HISTORIA UNIVERSAL

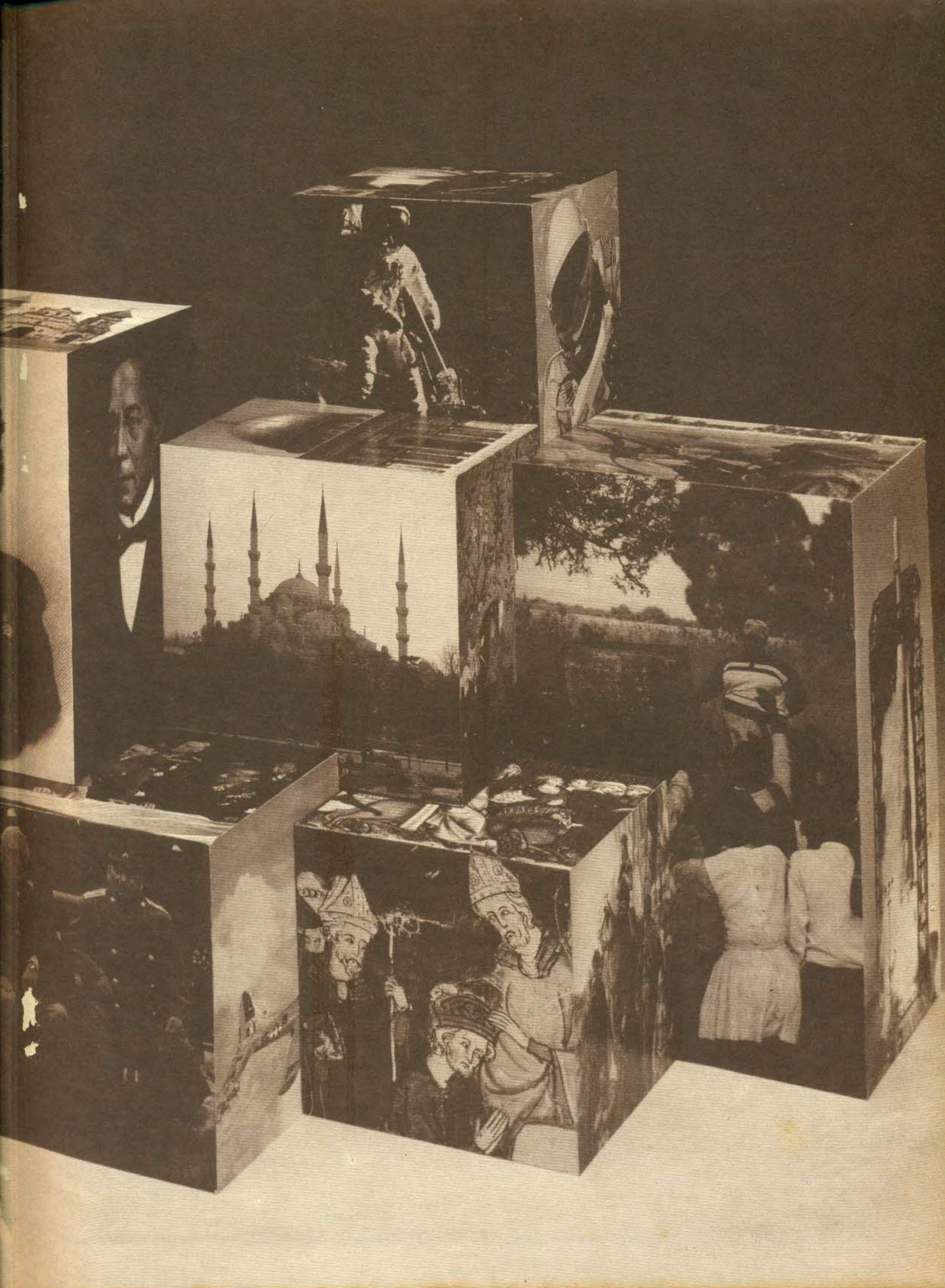
SIGLO XX:
LA ERA NUCLEAR

5

HISTORIA UNIVERSAL

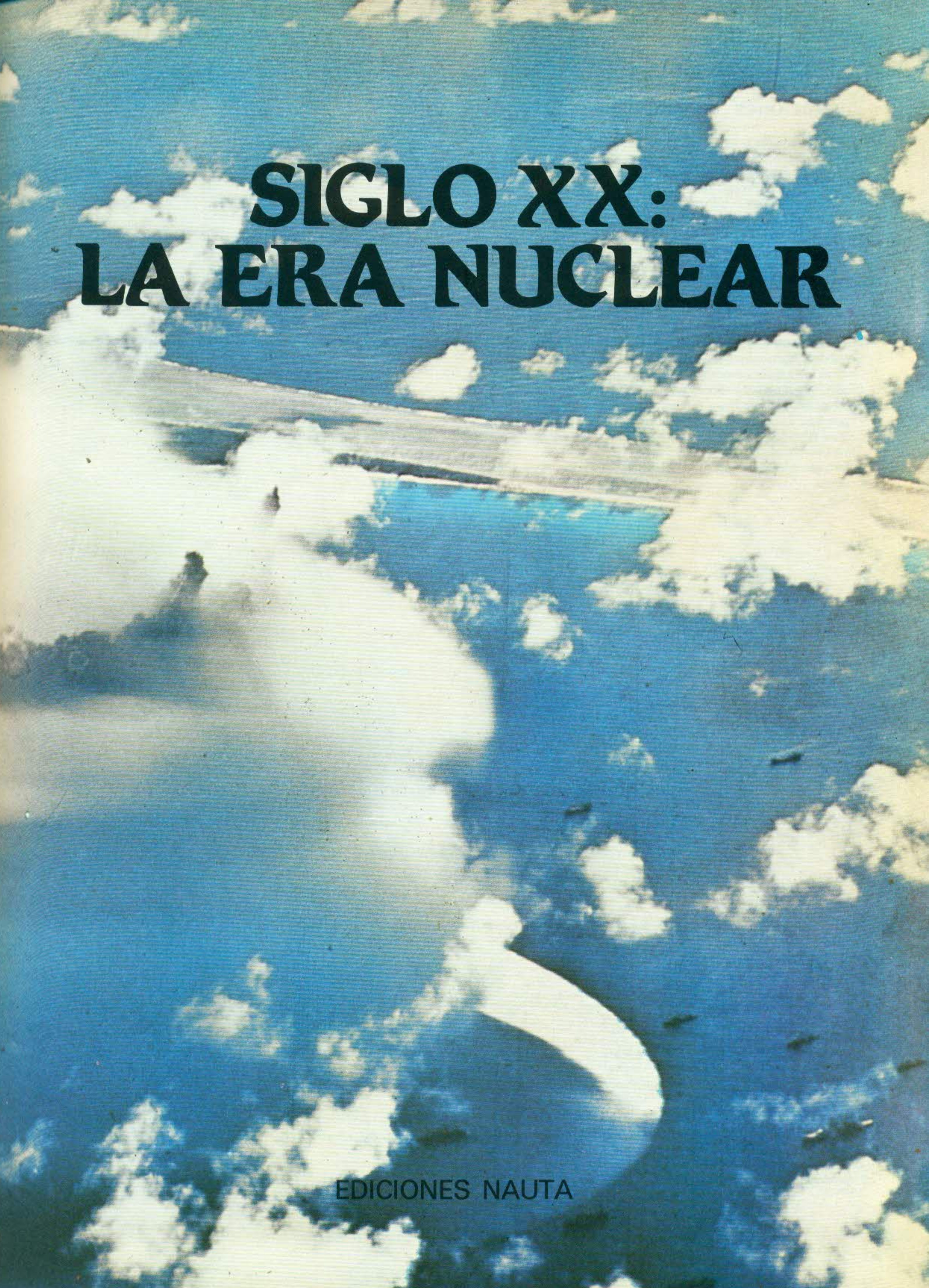
SIGLO XX: LA ERA NUCLEAR





HISTORIA UNIVERSAL




SIGLO XX:
LA ERA NUCLEAR
EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Archivo Nauta, Barcelona; Associated Press, Londres; Bisonte; Bisonte-U.S. Army; Bisonte-U.S. Atomic Energy Comm.; Bo Bojesen, Londres; Camera Press, Londres; CIRI, Barcelona; Colorific, Londres; Colorific-Alon Reininger; Elsevier, Amsterdam; Embajada de Estados Unidos, Madrid; Europa Press, Barcelona; Flash Press, Madrid; Fox Photos, Londres; Gruppo Editoriale Fabbri-Bompiani, Sonzogno, Etas, S.p.A., Milán; Hamlyn Group Picture Library, Feltham; Imperial War Museum, Londres; Library of Congress, Washington; MacClancy Press, Londres; Marshall Cavendish, Londres; Marshall Cavendish-Agence France Presse; Michael Holford Library, Londres; Mulero, Barcelona; NASA, Washington; National Archives, Washington; Novosti Press Agency, Londres; Popperfoto, Londres; Salmer, Barcelona; Salmer-Algar; Salmer-Novak; Salmer-Photri; Time Life-Ronald Haederle; U.S. Navy, Washington; Victoria and Albert Museum, Londres.

Edición original inglesa:

The Modern World
(Illustrated History Series)
Publicada por
The Hamlyn Publishing Group Limited
(Londres, Nueva York, Sydney, Toronto)
Astronaut House, Hounslow Road, Feltham,
Middlesex, Gran Bretaña

Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 - Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0758-9 (vol. V)
Depósito legal: M. 2.299-1983 (5)
Impreso en España - Printed in Spain
11892/E

Edición original

EQUIPO DE REALIZACIÓN

David Thomson
Christopher Andrew
Asa Briggs
James Henderson
David Gillard
George Shepperson
John Burnett
C. Duncan Rice
Esmond Wright
William H. McNeil

Edición española

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección:
Bernat Muniesa, *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*
José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos:
Luis Belenes
Salvador Busquets
Mercè Cabo
Jordi Fiblà
Montserrat Font
Carlos Jordán
Guillem Jurnet
Esteban Liniés
Juana Nadal
Carmen Núñez
Ricard Riambau
Dolors Rotllant
Teresa Torns
Joan Xirau

Colaboradores:
Ricardo Acedo
Pablo Antúnez
María Luisa Crispi
Jordi Domènech
Francisco Ramos
Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferran Hernández
Samuel Penalva
Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó

Cartografía:
Eduardo Dalmau
Rafael Fernández
Rosa Mª Guijarro
Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga
José Romero
Carmen Tomás

Producción:
Fernando Covarrubias
Ramón Laflor
Antonio Llord
Mª Dolors Mascasas

Sumario

EL MUNDO DESDE 1939

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico,* que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA



EL MUNDO DESDE 1939



Introducción

La nuestra es una era de cambios rápidos y trascendentales. El cambio, por definición, significa a la vez destrucción y desarrollo. Muchos estudiosos lo identifican en un hecho positivo; para otros, en cambio, significa la destrucción de la civilización. ¿Qué fuerzas son realmente constructivas en un proceso de cambio? El tiempo tiene la respuesta.

Su complejidad hace realmente difícil elaborar la historia de nuestra era. El esfuerzo de los historiadores debe centrarse en hallar las causas y perspectivas de los acontecimientos, pero en la valoración de los mismos no se coincide siempre. La experiencia humana no puede reducirse a una fórmula. Pero es cierto que un auténtico hilo conductor recorre la mayoría de las realizaciones humanas desde 1945. Existen aspectos de notable desarrollo en el campo del saber humano, ejercido normalmente a través de la organización colectiva de la experiencia, más que por individualidades o por masas no cualificadas. Los ejemplos más evidentes son políticos y militares. De qué modo tan enorme ha aumentado la capacidad destructiva desde 1945. También ha aumen-



tado el poder del Estado, tanto en los países desarrollados como en los atrasados. Pero la influencia de las corporaciones privadas también ha aumentado y a menudo se extiende más allá de las fronteras nacionales. De modo parecido, los sectores de profesionales, en innumerables ramas de la ciencia y la tecnología, se han internacionalizado y en algunos aspectos son capaces de autorregularse e influir incluso en los gobiernos y en las grandes corporaciones del mundo. Escuelas, sectas, partidos políticos, agencias de publicidad, organismos informativos y otros grupos que tratan de cambiar la mentalidad humana también han alcanzado una dimensión mayor. El cinturón televisivo alrededor del planeta que informó del primer alunizaje en 1969 no es más que un ejemplo espectacular de la fuerza que hoy tienen los medios de comunicación.

El efecto acumulativo de tales actividades colectivas es el molde de todas las sociedades. Las zonas aisladas han disminuido enormemente. Desde 1945, la radio, la televisión y la prensa, han hecho que la mayoría de los seres humanos estén insatisfechos con su tradicional forma de vida y confíen en poder disfrutar nuevas realidades.

Este cambio en las actitudes humanas excede incluso a las posibilidades prácticas de realización. Lo nuevo, en nuestro tiempo, es la potencialidad vislumbrada pero aún lejana de eliminar problemas que han acosado la vida humana durante miles de años. Pero, paradójicamente, esta visión optimista tiene su contrapartida en la fuerza creciente de los rasgos más temibles de la personalidad humana, que se expresan en la violencia. En el ámbito político, estas mismas fuerzas, aliadas con los instintos sociales que impulsan a los hombres a defender ambiciones y egoísmos, abren la posibilidad a la destrucción bélica masiva.

Arriba, disturbios estudiantiles en la Universidad del Estado de Kent, Ohio, en protesta por la intervención norteamericana en Camboya. La década de 1960 se caracterizó por la extensión de las protestas estudiantiles en todo el mundo en contra del orden establecido.

Página anterior, la ciudad de Las Vegas, emporio de la sociedad capitalista en Estados Unidos.

La II Guerra Mundial



La experiencia humana no puede reducirse a una simple fórmula, pero el historiador tiene el deber de buscar las claves, incluso del pasado más reciente. No hacerlo así, sería abdicar de su responsabilidad. El proceso histórico es una amalgama de fuerzas políticas, económicas y psicológicas que operan en diversas condiciones, sometidas a desviaciones ocasionales cuando influyen en ellas personalidades individuales sobresalientes y que gradualmente elevan el nivel de la suma total de lo colectivo.

Al contrario de lo que ocurrió con el estallido de la I Guerra Mundial, que, en conjunto, fue inesperada, las hostilidades que comenzaron en septiembre de 1939 eran temidas desde hacía varios años. Las causas del primer gran conflicto arrancaban del siglo anterior; las del segundo, radicaron en las cuestiones que aquél dejó inconclusas.

Políticamente, provinieron del irrefrenable nacionalismo de los estados, que la Liga de las Naciones no consiguió mitigar. En el aspecto económico, las causas derivaron de sistemas económicos competitivos, atrincherados tras las barreras del proteccionismo. Las causas psicológicas fueron las frustraciones heredadas del Tratado de Versalles. Los tres niveles se compaginaron dramáticamente, y lo que comenzó, una vez más, como una cuestión europea, acabó involucrando el planeta entero.

El motivo desencadenante fue la invasión alemana de Polonia el 1 de septiembre de 1939. Pero pudo haber sido otro. De hecho, era inevitable, dada la imposibilidad de articular los intereses, opuestos, de sistemas tan distintos como el nazifascismo, el comunismo y el capitalismo democrático. Directa o indirectamente, estas potencias se involucraron en la Guerra Civil española, utilizada como una especie de ensayo general. En la primavera de 1939 la guerra finalizó con la victoria del régimen totalitario del general Franco, apoyado por Hitler y Mussolini. La ocupación de la zona desmilitarizada de Renania por tropas alemanas, en 1936, desafiando al Tratado de Versalles, la firma del acuerdo entre Italia y Alemania, es decir, del Eje Roma-Berlín, y el Pacto Antikomintern (Alemania-Italia-Japón) de



1937, opuesto al comunismo internacional, los inútiles esfuerzos de Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética para constituir una contra-alianza... todo ello no fueron más que etapas hacia la catástrofe.

En marzo de 1938, Hitler invadió Austria y la incorporó al Reich alemán. En Checoslovaquia, la Alemania nazi apoyaba a la minoría de los Sudetes alemanes, y amenazaba con la intervención militar, provocando que a fines del verano, las grandes potencias europeas decretaran una movilización parcial. Sin embargo, el 29 de septiembre de 1938, con una política de pacificación, Francia y Gran Bretaña lograron evitar momentáneamente la guerra en el llamado Pacto de Munich. Su superficialidad, expresada en la fatua afirmación de Neville Chamberlain de que había obtenido «la paz con honor», era patente. Incluía la transferencia del territorio de los Sudetes a Alemania, a cambio de algunas vagas garantías con respecto a la «inviolabilidad» de las restantes fronteras checoslovacas. Constituyó una debilidad fatal.

En los meses siguientes, Checoslovaquia quedó prácticamente desmembrada. En octubre de 1938, su presidente, Benes, dimitió. En marzo de 1939 tropas alemanas ocuparon Bohemia y Moravia, y Alemania se anexionó parte de Lituania. Poco después, Hitler denunció el pacto alemán de no agresión con Polonia, y el 31 de marzo Francia y Gran Bretaña prometieron su apoyo a Polonia en caso de que fuera atacada. Fue un gesto tardío e ineficaz. El 16 de abril la Unión Soviética propuso una alianza defensiva con Gran Bretaña, pero la misión militar británica no marchó a Moscú hasta el 5 de agosto. De pronto, el 23 de agosto, se produjo una dramática inversión de las alianzas: sorprendentemente se firmó un tratado de

Arriba, tropas alemanas atraviesan el Niemen, cerca de Vilkiya, sobre un puente construido con pontones.

Izquierda, el general Charles De Gaulle (1890-1970), jefe de las fuerzas de la Francia Libre en Gran Bretaña. Sus propuestas de modernización del ejército efectuadas con anterioridad al inicio de la guerra fueron ignoradas; a pesar de ello, fue el único alto oficial que en 1940 no se rindió al ejército de ocupación alemán. Olvidado en un principio por los aliados, fue ganando más y más influencia en el transcurso de la guerra.

Página anterior, arriba, el Pacto de Munich, firmado en septiembre de 1938, tenía como objeto terminar con la crisis germano-checa. A la reunión asistieron (en la fotografía, de izquierda a derecha) el primer británico Neville Chamberlain; Edouard Daladier, primer ministro francés, Hitler, Mussolini y el conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia. No fue invitada a la conferencia Checoslovaquia, sin duda la nación más interesada en el conflicto.

Página anterior, abajo, tropas alemanas ocupan la zona desmilitarizada del Rhin. Fue, quizá, la empresa más afortunada de la carrera de Hitler. Conscientes de su propia debilidad militar, las naciones aliadas no opusieron resistencia alguna.

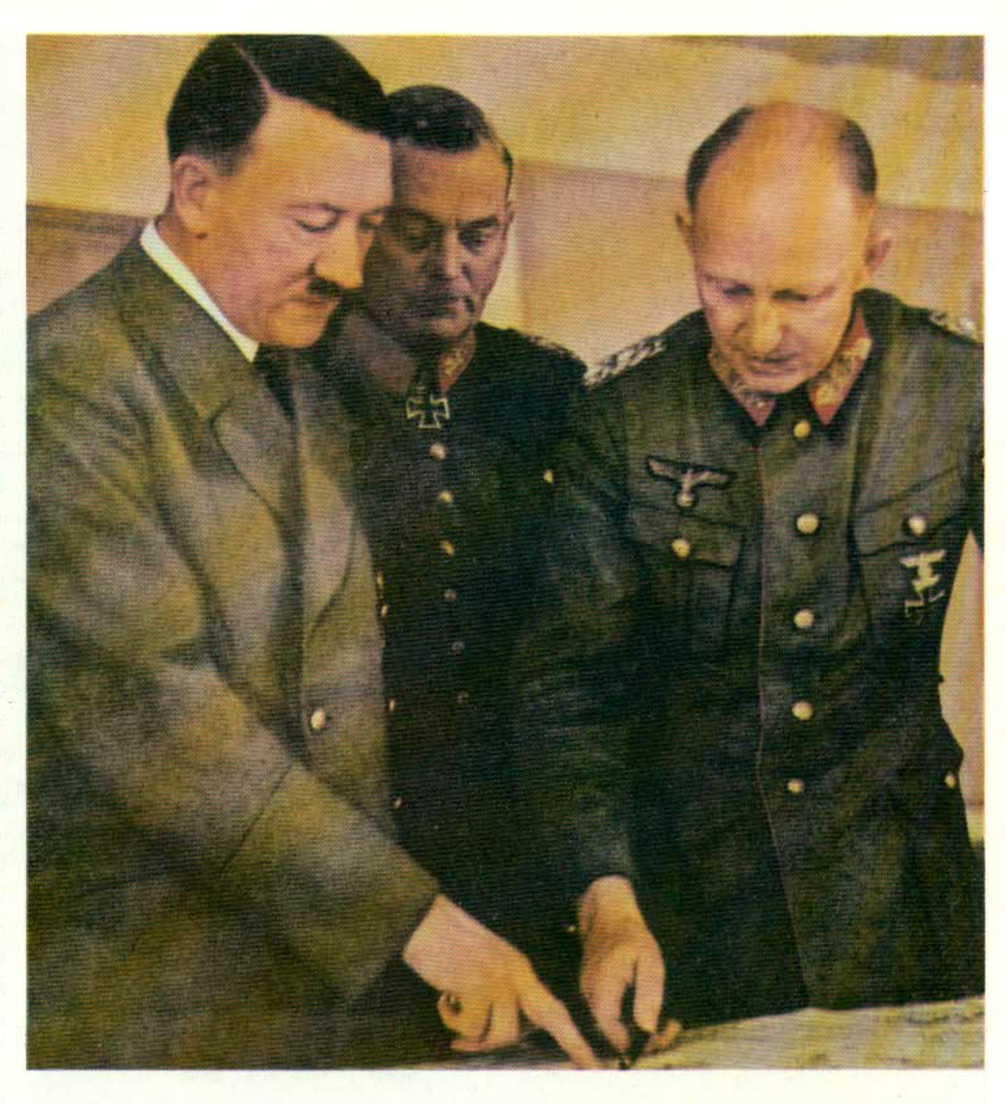
no agresión germano-soviético, inspirado por el deseo de Hitler de evitar una posible guerra en dos frentes y por la impaciencia de Stalin para asegurarse una pantalla que camuflara sus propios planes.

A continuación, Alemania exigió a Polonia el derecho a construir una carretera militar por un «pasillo» que, desde la I Guerra Mundial, separaba a Alemania occidental de sus provincias orientales; ello acompañado de la exigencia de la cesión, a Alemania, de la ciudad libre de Danzig. Reforzado por el apoyo de Francia y Gran Bretaña, el gobierno polaco se negó. Y esta fue la verdadera chispa que encendió la conflagración. La agresividad nazi, la ambigüedad soviética y la inhibición franco-británica quebraron finalmente el inseguro armisticio en Europa, que había durado exactamente veinte años.

Pero antes de seguir el curso de la II Guerra Mundial y su extensión más allá de Europa, en todo el planeta, es necesario examinar el resto de la escena mundial tal como aparecía en el verano de 1939.

En el sector oriental del Mediterráneo había dos complejas realidades. Una provenía de la independencia nacional de Egipto, obtenida de Gran Bretaña en 1936, aunque ésta retenía ciertos derechos estratégicos en la zona del canal de Suez en caso de guerra. La otra era una herencia de la I Guerra Mundial, a saber, el problema de las relaciones entre árabes y judíos, creado en gran parte por las promesas incompatibles del gobierno británico a árabes (Compromiso Mac-Mahon de 1916) y a judíos (Declaración Balfour de 1917), garantizando derechos de autodeterminación nacional a los primeros, mientras que promovía un «hogar nacional» para los segundos. El resultado fue el establecimiento, bajo la supervisión de la Liga de las Naciones, de un mandato británico para Palestina. Hacia mediados de los años treinta el terrorismo en esta zona se había convertido en tal problema para la administración británica, que se preparaban planes para la partición de Palestina entre los dos contendientes; planes que no eran aceptables ni para los árabes ni para los judíos. Las soluciones se hicieron cada vez más urgentes bajo el estímulo de la creciente demanda de inmigración de judíos que huían del terror hitleriano, pero cuando estalló la II Guerra Mundial el problema seguía pendiente. Las armas británicas controlaban los puntos estratégicos de Chipre, Malta y Gibraltar.

En el norte de África sólo había dos naciones independientes en 1933, Liberia y Etiopía. Esta última fue invadida en 1935 y anexionada en 1936 por Italia, mientras su emperador, Haile Selassie, se exiliaba. En aquel vasto continente había, en acusado contraste con Asia, una ausencia casi total de liderazgo autóctono nacionalista frente a las potencias imperialistas europeas dominantes, cuya política en sus dependencias africanas variaba: Bélgica y Portugal eran patriarcales, Francia asimilista y Gran Bretaña preparaba paternalmente, en África oriental y occidental, un autogobierno. Sudáfrica fue un caso especial, con una pequeña minoría de británicos y *afrikaans* que dominaban a una gran mayoría de bantúes, indios y otros grupos de «color».



La India, desde 1937, se mantuvo al borde de la independencia, pero el entendimiento anglo-indio se rompió y todos los diputados del Congreso autóctono dimitieron, como protesta contra la inclusión de la India en la declaración de guerra a Alemania en 1939, inclusión que el gobierno británico efectuó sin consultarles. El autogobierno indio fue pospuesto por ocho años. Mientras que las tropas indias lucharon en el lado aliado, un grupo disidente antibritánico, al mando de Bose, buscó el apoyo japonés.

En China se simultaneaban dos conflictos desde el inicio de los años de 1930. Uno de ellos, entre los chinos y los invasores japoneses (lucha desarrollada formalmente desde 1937); el otro entre el Partido Nacionalista de Chang Kai-Chek y los comunistas dirigidos por Mao Tse-Tung. Entre 1934 y 1937, este último, a fin de establecer y consolidar una base firme para nuevas actividades revolucionarias, condujo a sus seguidores —en la Larga Marcha de 10.000 kilómetros— hasta el nordeste de China, convirtiendo durante la misma a muchos campesinos al comunismo. Aunque durante la mayor parte de la II Guerra Mundial los dos dirigentes chinos se enfrentaron al enemigo común japonés, ni confiaron el uno en el otro ni buscaron una reconciliación. Al final prevaleció el partido de Mao, con el apoyo del campesinado.

Sin duda, el fenómeno más notable, en la década de 1930, en Extremo Oriente fue la ascensión del poder japonés desde los primeros días de su violenta agresión en Manchuria, proclamando un «orden nuevo» en Asia, en octubre de 1938. Durante el verano de 1939 estallaron hostilidades entre la Unión Soviética y Japón en Mongolia Exterior, pero con la firma del pacto entre soviéticos y nazis, Japón, a causa de su alianza con Alemania, tuvo



que orientar de nuevo su política exterior. Ello ocurrió un año antes de que estuviera preparado para la fase siguiente de su expansión. Cuando ésta se produjo, la mayor parte del sudeste asiático estaba madura para la agitación. Siam estuvo tradicionalmente a favor de Japón; Birmania era ingobernable bajo el control británico; Malasia era vulnerable a pesar del enclave británico en Singapur. La posesión holandesa en Insulindia podía ser agredida fácilmente, y el poder francés en Indochina era ya seriamente desafiado por el líder vietnamita Ho Chi-Minh. Las Filipinas estaban a punto de obtener la independencia de Estados Unidos.

Del resto de los países pertenecientes a la Comunidad Británica de Naciones en la región oriental, Sri Lanka era aún una colonia de la corona y, junto con Australia y Nueva Zelanda, apoyó a Gran Bretaña cuando declaró la guerra en 1939.

Al otro lado del Atlántico, Estados Unidos, bajo el *New Deal* de Roosevelt, se había recuperado de la depresión de 1929. Externamente, la política norteamericana se definía en base a la neutralidad y asumió una línea de «buena vecindad» con los países latinoamericanos. Sin embargo, algunos círculos comenzaron a manifestarse contra el totalitarismo, y en diciembre de 1938 se produjo la Declaración de Lima, firmada por Estados Unidos y los países latinoamericanos, señalando que cualquier interferencia de una potencia exterior en los asuntos del continente latinoamericano se consideraría un acto de guerra.

En cuanto a los mismos países latinoamericanos, la mayoría de ellos se habían esforzado en superar las consecuencias económicas de la Gran Depresión, principalmente utilizando formas dictatoriales

Arriba, carro de combate utilizado por las tropas alemanas durante la guerra. Después del revés sufrido en el frente ruso, los alemanes construirían, a finales de 1942, el modelo Panzer, *sin duda el más popular y efectivo carro de combate que participó en la II Guerra Mundial.*

Izquierda, cartel de propaganda nazi de reclutamiento para el frente del este, a mediados de 1941. (Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie, Amsterdam.)

Página anterior, junto al führer, el general de infantería Alfred Jodl; detrás, el mariscal Keitel. La instantánea está tomada en 1941, durante la campaña de Rusia.



de gobierno. Aunque algunos de ellos mostraban simpatía hacia los nazis, la mayor parte, en su momento, se declararon a favor de los aliados. Canadá, un país joven, altamente industrializado y que formaba parte de la Comunidad Británica de Naciones, se colocó inmediatamente al lado de Gran Bretaña cuando estalló la guerra.

El 23 de septiembre de 1939, por la Declaración de Neutralidad de Panamá, Estados Unidos y los países latinoamericanos proclamaron su neutralidad, pero ésta no prosperó. En Europa la neutralidad quedó rápidamente herida de muerte; Noruega, Dinamarca, Grecia, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, Islandia y Yugoslavia se vieron involucrados por la marcha de los acontecimientos. Sólo nueve países euroasiáticos se mantuvieron en condición de neutrales durante toda la guerra: Afganistán, Arabia Saudí, Siam, Portugal, Suecia, Turquía, Suiza, Irlanda y España, si bien ésta, gobernada por Franco, apoyaba implícitamente a alemanes e italianos. Cincuenta y siete naciones participaron en la guerra, cuarenta y seis con los aliados y once al lado del Eje.

La «guerra relámpago»

Durante las tres primeras semanas de septiembre de 1939 los ejércitos alemanes avanzaron rápidamente a través de Polonia. El 17 de septiembre tropas de la Unión Soviética entraron desde el este. El 27 de septiembre, Varsovia capituló ante Hitler, y el gobierno polaco marchó al exilio. Mientras tenían lugar estos acontecimientos, los mandos militares franceses y británicos actuaban con indecisión, aunque logísticamente tenían una marcada superioridad sobre las fuerzas alemanas que

se enfrentaban a ellos en aquella zona. La mentalidad del alto mando francés quedó simbolizada por la Línea Maginot, una línea de fortificación defensiva. Todavía sin terminar, los franceses descartaban la posibilidad de una infiltración enemiga.

Por otra parte, la relación entre Alemania y la Unión Soviética era muy frágil, pues Hitler había decidido atacar a los soviéticos en cualquier momento, mientras Stalin estaba resuelto a asegurar su propia defensa reforzando sus enclaves en el este de Polonia y ocupando, con la connivencia de Alemania, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia.

Mientras, en 1940 los aliados occidentales parecían incapaces de hacer algo más que organizar e incrementar el bloqueo naval de Alemania y esperar que finalizara la «guerra relámpago» de Hitler en el frente oriental. Una fuerza expedicionaria británica fue enviada al continente para apoyar al ejército francés.

La acción militar en esta primera etapa de la guerra tuvo una fase álgida en Finlandia. El 30 de noviembre de 1939 la Unión Soviética atacó aquel país pretextando su ambigüedad en la contienda.

Los fineses ofrecieron una resistencia inesperadamente dura, pero en marzo de 1940 el ejército finés se derrumbó y el gobierno se vio obligado a firmar la paz, cediendo la base naval de Hango a la Unión Soviética.

Hitler se disponía a tomar el poder en Noruega, utilizando al colaboracionista Quisling, pero decidió también acelerar la acción contra franceses y británicos, mientras la Unión Soviética se encontraba ocupada con Finlandia. En efecto, el dictador alemán ordenó un ataque al oeste para el 17 de enero de 1940, pero siete días antes los planes operacionales cayeron en manos de los aliados, y los alemanes pospusieron el ataque. En cambio, siguió adelante la invasión de Noruega y Dinamarca. Hitler tenía poderosas razones para hacerlo, pues sabía que los aliados se preparaban para interceptar las importaciones alemanas de mineral de hierro.

El 9 de abril de 1940 tropas alemanas entraron en Dinamarca y Noruega. El primer país se sometió rápidamente, pero los noruegos prosiguieron la lucha, mediante la resistencia guerrillera. A pesar de ello, los alemanes consiguieron el control del país y el litoral atlántico. La única compensación obtenida por los aliados fue una victoria naval cerca de Narvik, donde fue destruido un quinto del tonelaje de los buques de guerra alemanes.

En Francia, el primer ministro Daladier fue reemplazado por Paul Reynaud el 20 de marzo de 1940, cambio que no alteró fundamentalmente la actitud pesimista francesa. En Gran Bretaña, Churchill sucedió a Chamberlain el 10 de mayo de 1940, a la cabeza de un gobierno de coalición, y bajo su mando se robusteció la voluntad de resistir.

Los alemanes poseían en aquella etapa una clara iniciativa. Sus ofensivas en mayo a través de las Ardenas y su invasión de Bélgica, Luxemburgo y Países Bajos, el desastroso avance británico y francés, y la demolición del mito de la Línea Maginot por las columnas volantes alemanas, todos estos acontecimientos provocaron que a fines de aquel mes las







Arriba, Churchill en una visita de apoyo a los marinos británicos.

Abajo, izquierda, cartel de reclutamiento para las Waffen SS.

Abajo, derecha, en la Alemania nazi el anticomunismo llegó a ser obsesivo, como se observa en este cartel propagandístico.

Página anterior, sir Winston Churchill (1874-1965), primer ministro británico, supo mejor que nadie alentar a su país y al mundo libre a resistir frente al ataque alemán.

fuerzas británicas se retirasen a Dunkerque, donde se les unirían los restos derrotados de los ejércitos francés y belga. El mismo gobierno belga se había rendido el 28 de mayo, y el gobierno holandés estaba exiliado en Londres.

Un factor hizo posible la evacuación con éxito, el 4 de junio, de 222.500 británicos, 112.000 franceses y cerca de un millar de soldados belgas desde Dunkerque a Gran Bretaña. Fue la decisión de Hitler de frenar sus tanques precisamente al sur de Dunkerque, con la intención de reservarlos para su futura utilización en otras partes, convencido por la seguridad que le había dado Goering de que la Luftwaffe se bastaría con su ataque desde el aire para evitar la evacuación de las tropas aliadas. Y no fue así.

El 10 de junio, Mussolini declaró la guerra a Francia y Gran Bretaña. El 22 de junio los franceses se vieron obligados a firmar un armisticio y el viejo soldado, el mariscal Petain, se hizo cargo del gobierno de la parte derrotada de Francia que los alemanes habían decidido no ocupar, aproximadamente la región sudoeste, con Vichy, ahora sede del gobierno. El general Charles de Gaulle, empero, había escapado con algunos seguidores, organizando en Londres lo que se llamó «Francia Libre» y continuó luchando en nombre de una Francia no derrotada.

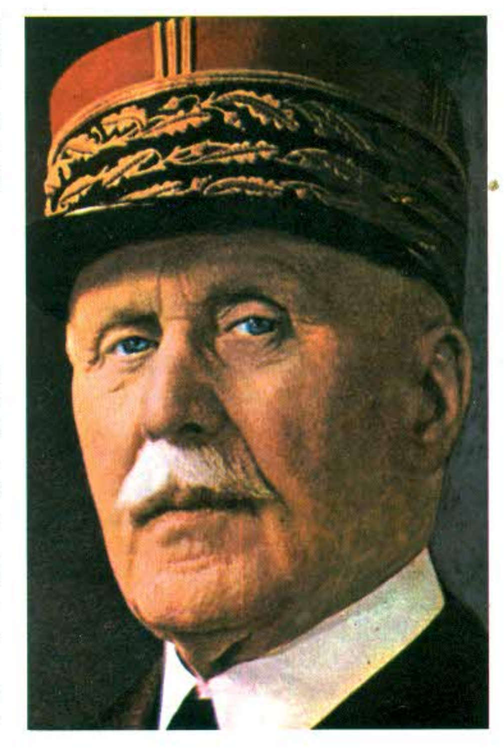
Mientras, la Unión Soviética intentó hacer un pacto con Hitler para la partición de los países balcánicos. Éste entregó Besarabia a Stalin porque todavía no se hallaba preparado para atacar a los rusos.

Al otro lado del Atlántico, el éxito de la «guerra relámpago» nazi modificaría la política norteamericana: la neutralidad se transformó gradualmente en «no beligerancia», actitud que comportaba una aceleración de la producción bélica, y en noviembre de 1940 se abandonó la Ley de Neutralidad. Ello permitía vender armas a los beligerantes.

Tal era la situación a principios del verano de 1940: una Francia postrada, ocupada por Alemania, con la colaboración de Pétain; una Alemania victoriosa, que también controlaba la mayor parte del norte de Europa; una Unión Soviética rapaz; Estados Unidos en lento despertar, y una Gran Bretaña desafiante. En palabras de Churchill: «La batalla de Francia ha terminado. Creo que la batalla de Inglaterra está a punto de comenzar... Preparémonos para cumplir con nuestro deber».

Influenciado por Goering, Hitler decidió que la invasión de Gran Bretaña tendría lugar durante el mes de agosto. A pesar de este peligro inminente, el gobierno británico envió aquel verano refuerzos a Oriente Medio, para frenar la arremetida de las fuerzas italianas en el norte de África. La Batalla de Inglaterra se libró entre el 13 de agosto y el 17 de septiembre de 1940, terminando con la derrota alemana al no poder obtener la hegemonía aérea. Ello supuso la suspensión de la invasión.





El frente oriental

Hitler se preparaba para atacar a la Unión Soviética. Como preparación para el ataque, y en parte para profundizar la debilidad de británicos, holandeses y franceses en Asia, Alemania se aproximó a Japón. El 27 de septiembre de 1940 se firmó un pacto tripartito entre Alemania, Italia y Japón, por el que los asociados europeos acordaban respaldar una «Nueva Asia» japonesa, y Japón accedía a apoyar una «Nueva Europa» nazi-fascista.

Durante el otoño los acontecimientos se precipitaron en el sudeste de Europa: Hit-



Arriba, el duce durante una visita al cuartel general de führer alemán; en la fotografía, junto a Mussolini, el general Jodl, Hitler y, detrás, el mariscal Keitel.

Abajo, Mussolini y Humberto de Saboya en el frente alpino. Ya terminando la guerra, y tras un breve reinado, Humberto II tuvo que abandonar Italia al instaurarse la República en 1946.

Página anterior, arriba, campo de aviación alemán en Cirenaica, Libia. En la II Guerra Mundial la aviación conoció un gran desarrollo, convirtiéndose en un factor decisivo en todas las batallas. (Fototeca Storica Nazionale, Roma.)

Página anterior, abajo, el mariscal Henri Philippe Pétain (1856-1951), jefe del gobierno de la Francia ocupada, con sede en Vichy. A causa de su política de colaboración fue juzgado, al ser liberada Francia, por el delito de alta traición y condenado a muerte, pena que le fue conmutada por la de cadena perpetua.



ler proclamó su apoyo a un régimen fascista recientemente establecido en Rumania por el general Antonescu, y a fines de octubre Italia invadió Grecia. El 5 de noviembre de 1940, Roosevelt fue elegido presidente de Estados Unidos para un tercer mandato. Inmediatamente trazó planes para la concesión de una ayuda económica en gran escala a Gran Bretaña, que fue efectiva el 11 de marzo de 1941.

En abril de 1941 las tropas alemanas iniciaron la invasión de Grecia y Yugoslavia, obligando a los respectivos gobiernos a buscar refugio en Londres, junto con los gobiernos de la Francia Libre, el polaco, el belga, el holandés, el noruego y el checoslovaco, ya establecidos allí. A principios de febrero Hitler había enviado a África a uno de sus mejores generales, Rommel, con el famoso *Afrika Korps*.

La agresión a la Unión Soviética era inminente, pero Stalin rechazó la oferta británica de una alianza militar el 13 de junio. El 22 de junio empezó la «Operación Barbarroja», nombre codificado con el que se conocía en los cuarteles generales alemanes la invasión de Rusia. Hitler había abierto, pues, un segundo frente.

Elementos decisivos en la guerra

En aquella época se intuyó que la guerra con la Unión Soviética significaba la derrota alemana, aunque no pudiera predecirse el cómo y el cuándo. La batalla del Atlántico había causado graves pérdidas navales a Gran Bretaña. La presencia alemana en Europa occidental, de norte a sur, era firme. Y Estados Unidos sólo estaba comprometido en la ayuda económica. Las perspectivas de Hitler eran, pues, halagüeñas.

La ocupación nazi de Europa se organizó en cuatro categorías: primero, aquellos países totalmente anexionados y gobernados directamente desde Berlín: Austria, el territorio de los Sudetes, el noroeste de Polonia, incluyendo Danzig, Alsacia-Lorena, Luxemburgo y el noroeste de Yugoslavia; segundo, las tierras occidentales: el protectorado de Bohemia y Moravia, la «gobernación general» de Polonia y finalmente los Estados Bálticos y las zonas temporalmente conquistadas de la Unión Soviética; tercero, los «territorios ocupados», a los que se concedió cierta



Arriba, la guerra de Rusia se desarrolló bajo durísimas condiciones materiales y climatológicas, que determinaron en gran medida la derrota alemana.

Izquierda, entre 1941 y 1943 transcurrió la campaña de Libia, en un terreno ideal para los carros de combate, por la inmensidad de las distancias y el nulo valor de la conservación del terreno. El Afrika Korps, nombre del ejército alemán que actuó en el norte de África, capitulaba ante las tropas británicas, en marzo de 1943, en Túnez.



medida de autogobierno, pero bajo control nazi: Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Francia, Servia, Grecia y (después de septiembre de 1943) el norte de Italia; cuarto, los satélites aliados de Alemania: Bulgaria, Hungría, Rumania, Croacia, Eslovenia y Finlandia.

A pesar de tal situación, tres hechos persistían como amenaza de la destrucción final de los nazis: una Gran Bretaña no derrotada; Estados Unidos en actitud cada vez más hostil, y un Japón todavía neutral con respecto a la Unión Soviética, neutralidad que, al mantenerse hasta casi el final de la guerra, significó que la Unión Soviética no hubo que temer un ataque desde su retaguardia asiática mientras luchaba desesperadamente con los ejércitos invasores de Hitler.

Los alemanes efectuaron espectaculares avances en la Unión Soviética, en un frente de casi 2.000 kilómetros; llegaron a los suburbios de Moscú y penetraron en Ucrania y Crimea. Pero las reservas y recursos de Siberia y los Urales seguían más allá de su alcance. Pronto el invierno ruso se desencadenó sobre los ejércitos alemanes.

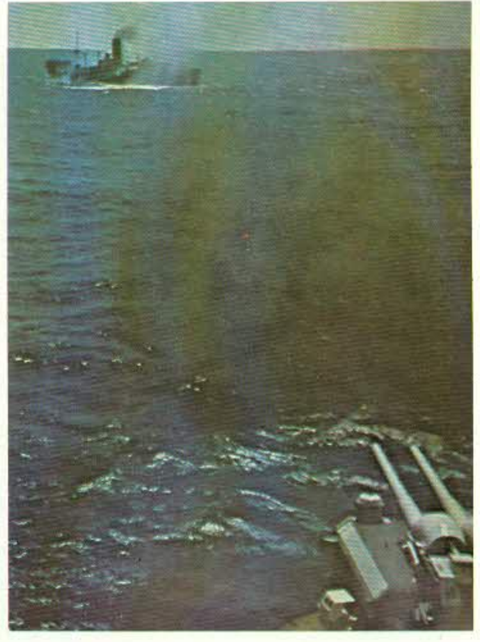
En agosto de 1941, Churchill y Roosevelt tuvieron su primer encuentro, a bordo de un buque, y redactaron la Carta Atlántica, un intento preliminar de bosquejar los objetivos de guerra de los aliados. Estados Unidos, aunque seguía siendo neutral, ofrecía ahora protección en el Atlántico a los convoyes aliados, entregando cada vez mayores suministros a Gran Bretaña.

En el Lejano Oriente, el régimen que gobernaba Japón se hizo más y más militarista a medida que aumentaban las oportunidades de una mayor expansión. El gobierno norteamericano se negó a tolerar cualquier acuerdo con Japón en tanto China siguiera sin liberarse de la presión japonesa. El 17 de octubre de 1941, Tojo se convirtió en jefe del gobierno, y aunque por entonces los norteamericanos esperaban una agresión japonesa en algún lugar, fueron cogidos por sorpresa cuando los aviones japoneses se lanzaron sobre la base naval de Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941. En menos de una hora infligieron a Estados Unidos unas pérdidas navales mayores que las sufridas durante la I Guerra Mundial, en 1917. Este acontecimiento involucró a Estados Unidos plenamente en la contienda.

La guerra adquirió su carácter global. El 1 de enero de 1942, 26 naciones aliadas firmaron la Declaración de las Naciones Unidas, pero ya había síntomas, tanto en Asia como en Europa, de las desavenencias que, tras 1945, dividirían a los vencedores. En China, Chang Kai-Chek, que no se había esforzado mucho contra los japoneses, se preocupaba cada vez más por oponerse a la expansión de la influencia de Mao Tse-Tung. Sin embargo, Roosevelt le apoyaba.

En Europa comenzaba a surgir la cuestión de si los soviéticos y sus aliados occidentales coincidirían en reconocer como legítimo al mismo gobierno de Polonia. De





Arriba, una fotografía de la revista de propaganda nazi Signal, *que se publicó en tiempos de guerra por toda Europa con gran éxito.*

Arriba, izquierda, Londres en llamas durante el bombardeo alemán de 1940; milagrosamente la catedral de San Pablo no sufrió daño alguno.

Abajo, izquierda, ciudadanos de Larissa dando la bienvenida a los invasores alemanes. A pesar de esto, el pueblo griego fue uno de los que más se resistieron a la invasión nazi, obligando a las fuerzas del führer a desplegarse por todo el territorio.

Página anterior, soldados italianos en la Acrópolis de Atenas. El ejército griego supo resistir la agresión italiana, pero sucumbió ante las divisiones alemanas en abril de 1941.



momento coincidieron en la persona del general Sikorski, residente en Londres, pero el espinoso y delicado problema de la línea fronteriza definitiva de la parte oriental de Polonia seguía sin resolverse, pues los soviéticos deseaban que se acomodara a sus intereses.

Los rasgos principales de los seis primeros meses de 1942 fueron la rápida expansión del control japonés en el sudeste asiático, el principio de la campaña antibritánica en la India emprendida por los dirigentes del Congreso en aquel país, y la relativa tregua de las hostilidades en el sector europeo, con excepción de los bombardeos aéreos y el despertar de diversos movimientos de resistencia anti-Eje.

Dos acontecimientos dominaron los meses de otoño. El primero fue la campaña norteafricana, que culminó con la victoria del general Montgomery en El Alamein, el 22 de octubre de 1942. A esta victoria siguió el desembarco de una fuerza militar anglonorteamericana en la costa norteafricana en noviembre (Opera-

ción Antorcha). Poco tiempo después, el almirante Darlan, al que se consideró el sucesor más probable de Pétain como jefe de la Francia de Vichy, fue persuadido de que pasara el Marruecos francés y Argelia al bando aliado. Después de su asesinato, el 24 de diciembre de 1942, se estableció una incómoda copresidencia francesa, entre el general Giraud, comandante de las tropas francesas en África del Norte y Oriente Medio, y el general Charles De Gaulle, del Comité de Liberación Nacional. El día 11 de noviembre de 1942 los alemanes consumaron la ocupación de la Francia del gobierno de Vichy.

El segundo hecho fue el intento obsesivo, y finalmente fatal, de Hitler por conquistar y retener a toda costa la ciudad de Stalingrado. Su fracaso y la rendición —el 31 de enero de 1943— de von Paulus, el general que mandaba allí, significaron el rápido declive de la iniciativa nazi en el frente oriental.



Invictos
No beligerantes
Neutrales
NORUEGA
Oslo
SUECIA
Leningrado
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
Moscú
Tula
Londres
CANAL
Berlín
Varsovia
ALEMANIA
POLONIA
Kiev
UCRANIA
Stalingrado
París
Praga
BOHEMIA
MORAVIA
ESLOVAQUIA
Rostov
FRANCIA
Vichy
Budapest
HUNGRÍA
RUMANIA
ITALIA
Belgrado
Bucarest
CROACIA
SERVIA
PORTUGAL
Madrid
Lisboa
ESPAÑA
BULGARIA
Roma
ALBANIA
GRECIA
Casablanca
Orán
Argel
Bona
Tunicia

El Reich alemán en 1942
El frente a finales de octubre de 1942
El Reich alemán
Territorios administrados por Alemania
Territorios ocupados por las tropas del Eje
Estados satélites del Eje
La Francia de Vichy
Territorios administrados por Italia

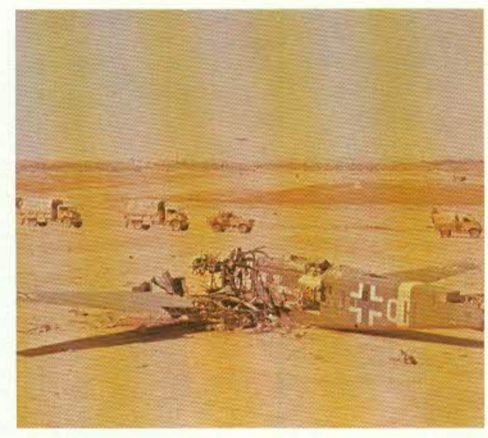
Churchill y Roosevelt

Cuando Churchill y Roosevelt se encontraron en Casablanca, en el norte de África, en enero de 1943, su principal tema de discusión fue cómo debía invadirse Europa. El primero recomendaba la invasión de Italia, mientras que el último presionaba por una invasión directa del norte de Francia. Como solución de compromiso se decidió atacar Sicilia.

Por otra parte, en los primeros meses de 1943 se realizaron preparativos para la apertura de la carretera de Birmania, mediante la cual podían enviarse suministros a Chang Kai-Chek desde Occidente. Las actividades de las tropas norteamericanas del general Stilwell y los *chindits* de Orde Wingate, detrás de las líneas japonesas, aseguraron que ningún refuerzo japonés que desembarcara en la costa sur de China podría tener éxito.

Desde enero de 1943 hasta julio de 1944 los norteamericanos llevaron a cabo una serie de ofensivas y contraofensivas en el Pacífico, aislando sus líneas de comunicación a amplios contingentes de tropas japonesas. En la primavera de 1943 los aliados ganaron por fin la batalla del Atlántico, y se completó la victoria aliada en el norte de África. En julio dio comienzo la invasión de Sicilia, al tiempo que Mussolini era acosado por los partisanos. El resultado fue la formación de un nuevo gobierno italiano bajo el mariscal Badoglio, que comenzó conversaciones secretas con los aliados para neutralizar a su país.

Finalmente, Hitler decidió acudir en ayuda de Mussolini. Envió 25 divisiones alemanas al norte de Italia, conquistó Roma en septiembre de 1943, mantuvo



Arriba, Europa durante la II Guerra Mundial.

Abajo, un Ju-52 alemán derribado en el desierto del norte de África.

Página anterior, arriba, batalla del mar de Java, el 27 de febrero de 1942. La pintura está realizada por J.P.M. Wanders (1976) según indicaciones del teniente capitán B.D.A. Kroese, comandante, en esa batalla, del torpedero Kortenaer, *que aparece en primer término. (Marinemuseum, Den Helder.)*

Página anterior, abajo, la batalla de Stalingrado se desarrolló durante el invierno de 1942-1943; consistió en una serie de enconados combates, calle por calle, que se prolongaron durante meses. Las bajísimas temperaturas y la escasez de víveres, junto a la prohibición expresa de Hitler a cualquier tipo de repliege llevó, finalmente, a la capitulación de las tropas germanas el 2 de febrero de 1943. Para Alemania era el principio del fin.





Arriba, B-17 estadounidenses son escoltados por un Mustang (al fondo) durante una misión de guerra.

Página anterior, Churchill, Roosevelt y Stalin en la Conferencia de Yalta. En ella se decidió la división de Alemania en tres zonas de ocupación, y se revisaba el futuro político de Polonia y Yugoslavia.

bajo vigilancia al rescatado Mussolini y retrasó el ya lento avance de las tropas aliadas por la península italiana, hasta que finalmente éstas reconquistaron Roma en junio de 1944. Entretanto estalló una guerra civil entre los dirigentes del movimiento de resistencia italiano y el gobierno de Badoglio, cuyo resultado fue el derribo de este último y su sustitución por Bonomi, presidente del Comité Nacional de Liberación.

Los aliados prestaban ahora una mayor atención a la cuestión de cómo podría tratarse a una Alemania derrotada, mientras Stalin presionaba cada vez más vigorosamente para la apertura por Gran Bretaña y Estados Unidos de un segundo frente en el oeste. Del 28 de noviembre al 3 de diciembre de 1943, Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron en Teherán. La principal característica de aquel encuentro fue el desacuerdo entre Churchill y Roosevelt. Este último estaba más dispuesto a ceder a las exigencias de Stalin, que buscaba la sovietización de Europa. En enero de 1944, Stalin estableció un «Consejo Nacional Polaco» constituido por comunistas polacos en Rusia, a manera de contrapeso del gobierno polaco exiliado en Londres. Era la primera semilla de la «guerra fría».

El crepúsculo de los dioses

El general norteamericano Eisenhower fijó la invasión de Francia para el 6 de junio de 1944: era el «día D». Los desembarcos en la costa francesa desde el otro lado del canal de la Mancha habían tenido éxito, pero la inesperada tenacidad de la resistencia alemana los hizo insuficientes. Durante aquella coyuntura Hitler ensayó las bombas volantes V-1 contra Londres, pero su acción fue contrarrestada antes de que pudieran provocar un daño decisivo.

El 20 de julio de 1944 había fracasado un movimiento de la resistencia alemana para asesinar a Hitler.



En agosto de 1944, París fue liberado de la ocupación alemana, mientras que los Balcanes estaban divididos entre la Unión Soviética y los aliados occidentales. Se produjo allí el llamado «acuerdo de los porcentajes», entre Churchill y Stalin: el 90% de Rumanía pasaría a la influencia de Rusia, en tanto que el 90% de Grecia quedaría en la órbita de Gran Bretaña. El 50% de Yugoslavia y Hungría quedarían a merced soviética y el resto de influencia occidental, al igual que Bulgaria. Aunque el proceso no se desarrolló siguiendo aquellas previsiones, constituye un ejemplo notable de chalaneo diplomático.

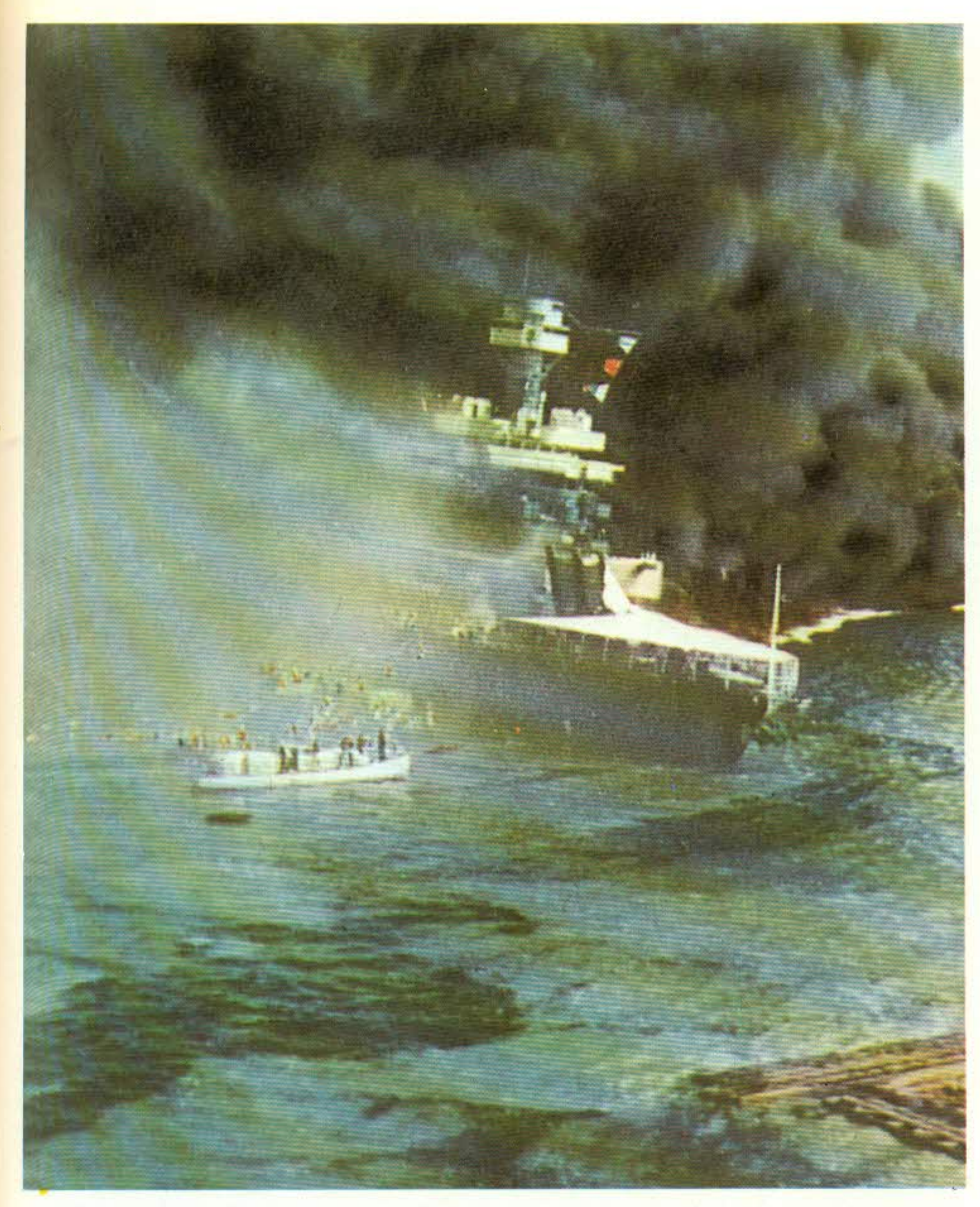
En agosto de 1944 tuvo lugar uno de los acontecimientos más trágicos y siniestros de la guerra: el levantamiento polaco en Varsovia contra sus opresores alemanes. Mientras este levantamiento era implacable y sistemáticamente aplastado por los nazis, las tropas soviéticas se mantuvieron a la expectativa.

Durante los primeros meses de 1945 los movimientos de pinza aliados se cerraron sobre el tambaleante Reich alemán. Los soviéticos avanzaban desde el este y los norteamericanos y británicos desde el oeste. El 30 de abril Hitler se suicidó bajo las ruinas de su cancillería, en Berlín. El 7 de mayo los alemanes se rindieron incondicionalmente en los cuarteles generales del general Eisenhower en Reims, repitiéndose el acto —a petición soviética— en Berlín, al día siguiente.

En Extremo Oriente, Japón se tambaleaba frente a la ofensiva norteamericana. Cuando Stalin, Churchill y el nuevo presidente norteamericano, Truman, se reunieron en Potsdam en julio de 1945, los dos últimos fueron informados de las propuestas de paz realizadas a través de la Unión Soviética, todavía no beligerante con Japón. Sin embargo, el 26 de julio, la Declaración de Potsdam exigió a Japón la rendición incondicional, bajo la amenaza de «una inmediata y total destrucción», lo cual significaba la utilización de la bomba atómica. Al no responder el gobierno japonés a este ultimátum, un avión norteamericano dejó caer la primera bomba sobre Hiroshima, el 6 de agosto, matando a 78.000 personas y destruyendo dos tercios de la ciudad. El 8 de agosto la Unión Soviética declaró la guerra a Japón e invadió Manchuria. El 9 de agosto se lanzó una segunda bomba atómica sobre Nagasaki, lo que produjo la completa rendición japonesa, el 2 de septiembre.

Cómo se ganó la guerra

La época de las grandes flotas navales de guerra había terminado. Los portaaviones se mostraron como un arma eficacísima, pero formaban parte de una guerra aérea. El uso cada vez mayor del radar fue otra característica distintiva de la guerra en el mar, como lo fue también el aumento de las «operaciones combinadas» para la invasión de una línea de costa ocupada por el enemigo. El control de los mares siguió siendo vital, pues los principales contendientes confiaban en sobrevivir y ganar, pero el modo en que se ejerció ese control fue muy distinto al de guerras anteriores y dependió mucho más que antes de la estrecha y activa cooperación con las fuerzas aéreas.

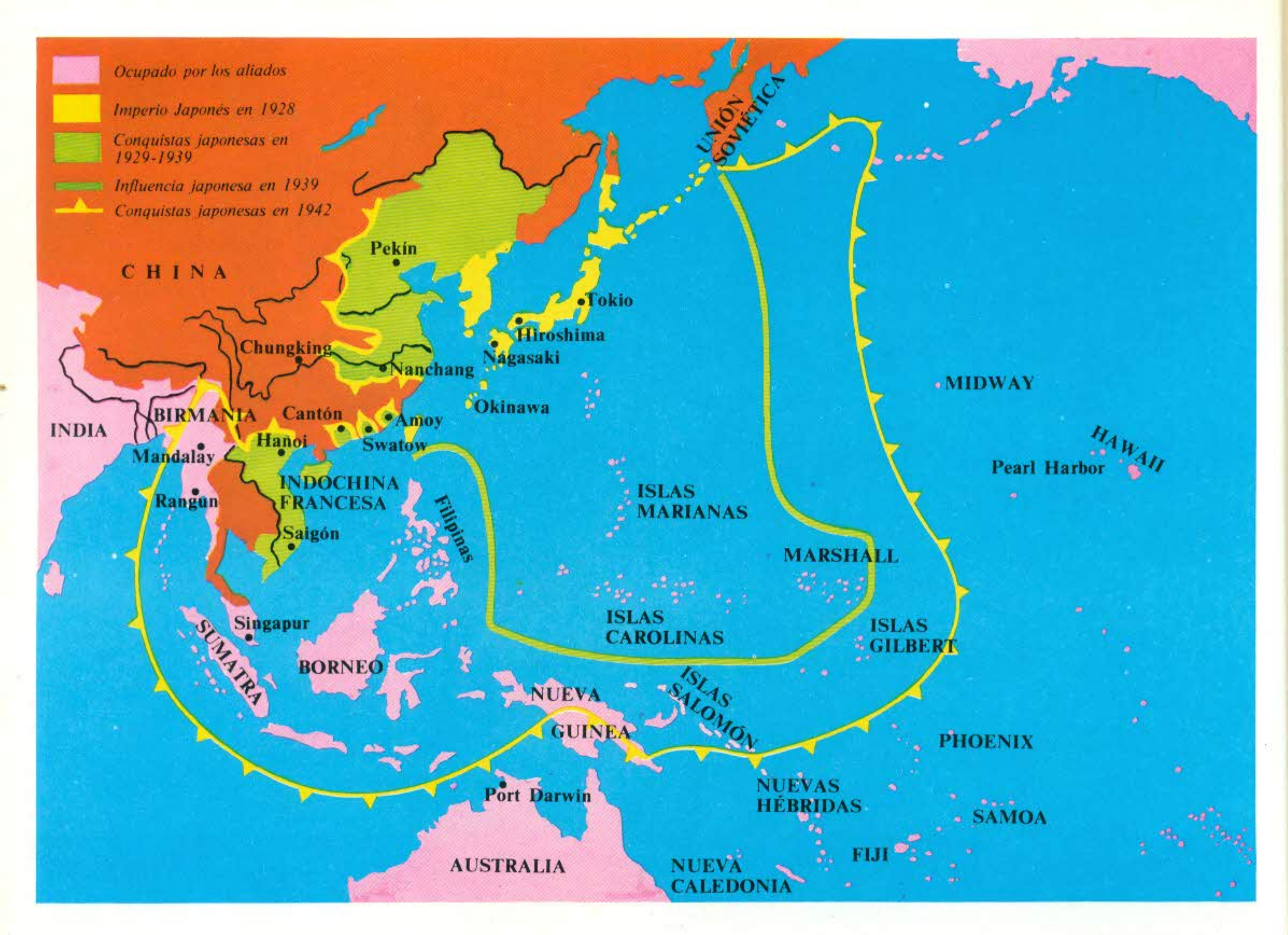




Arriba, tras el ataque a la base naval de Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, los japoneses disfrutaron de plena libertad de acción. No obstante, la entrada definitiva de Estados Unidos en la guerra sellaría la derrota de las potencias del Eje en la contienda mundial.

Abajo, cartel de propaganda aliado publicado en 1945. Una vez liberada Europa, todos los intereses bélicos occidentales se volvieron hacia el Japón.

Página anterior, en septiembre de 1943 Mussolini fue liberado de su prisión de Campo Imperatore por un comando de paracaidistas alemanes dirigido por Otto Skorzeny, en una operación que por su audacia y feliz término causaría la admiración de toda Europa. (Fototeca Storica Nazionale, Roma.)

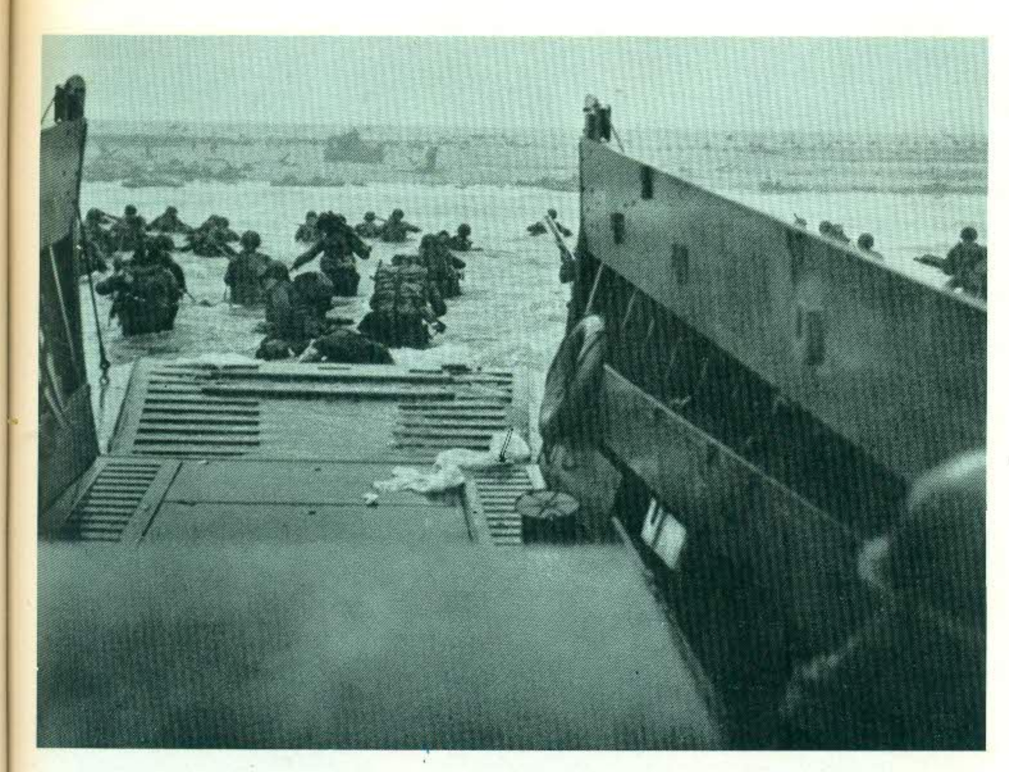


Por lo que respecta a la dirección de los ejércitos, la II Guerra Mundial fue mucho más una guerra de maniobras que la primera. Esto quedó espectacularmente demostrado en los «avances relámpagos» de vehículos armados que penetraban profundamente en el territorio enemigo sin esperar avanzar en un frente uniforme. De ello fueron ejemplos la invasión de Polonia en 1939 y la carrera alemana hacia los puertos del canal en 1940. Otra característica nueva fue el uso de tropas aerotransportadas y el lanzamiento de paracaidistas tras las líneas del enemigo, como el descenso alemán sobre Creta (mayo de 1941) y el británico sobre Arnhem (septiembre de 1944). Una nueva expresión pintoresca de la guerra de maniobras fue la campaña del norte de África, en la que los tanques ocuparon el lugar de la caballería tradicional en rápidos movimientos envolventes y de distanciamiento.

En los primeros meses de la guerra, tres cosas eran obvias: la soberbia eficacia y alta moral de los alemanes en la ofensiva; la baja moral francesa, y la decisión británica de resistir. Más tarde, cuando los alemanes iniciaron la invasión de Rusia, el Ejército Rojo, primero en su retirada, dejando la tierra «quemada», luego en su desesperado asedio de Leningrado y, finalmente, en su victorioso contraataque al mismo corazón de Europa central en 1945, justificó plenamente los años de preparación ideológica y militar.

No obstante, dado que el control del espacio aéreo resultó ser la condición imperativa para librar con éxito una campaña naval o terrestre, la contienda entre fuerzas aéreas rivales fue lo que proporcionó los resultados realmente decisivos y espectaculares. Pueden citarse tres ejemplos. Uno fue la batalla de Gran Bretaña, cuando los aviones de caza británicos se opusieron con éxito a la Luftwaffe sobre el canal de la Mancha y la costa sur de la isla, que era esencial para facilitar los desembarcos alemanes. Un segundo ejemplo fue el ataque aéreo japonés a la flota norteamericana apostada en Pearl Harbour, hecho de la mayor importancia por su impacto en la opinión pública norteamericana. Un tercer ejemplo fue el de los bombardeos masivos. ¿Qué daños materiales y morales provocaron realmente los ataques aéreos a ciudades y centros de producción industrial? El punto culminante de la nueva realidad bélica se manifestó especialmente en Dresde y Coventry, bombardeadas incesantemente, y sobre todo alcanzó una trágica importancia con las bombas atómicas arrojadas en Hiroshima y Nagasaki. Sólo la bomba A lanzada sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945 a las 8,15 horas, por la superfortaleza norteamericana Enola Gay destruyó doce kilómetros cuadrados de la zona más superpoblada de la ciudad. Se contaron 130.000 víctimas, de las cuales 80.000 murieron en el acto. La guerra dio paso al genocidio.

Los diversos episodios bélicos, navales, terrestres y aéreos, deben revisarse en la perspectiva de un contexto muy complejo, en el que se confundían factores bélicos y políticos. Como ejemplos de «error de cálculo» cabe citar que Hitler subestimó la fuerza militar de la Unión Soviética y que Roosevelt infravaloró las ambiciones políticas soviéticas. La tremenda disputa que se prolongó entre Stalin y los aliados occidentales acerca de la fecha de apertura de un segundo frente, sólo puede considerarse como una prueba de las sospechas subyacentes en el seno de la coalición contra Hitler.



Arriba, desembarco en la costa francesa del canal de la Mancha, cerca de Saint-Lô, de unidades norteamericanas, el 6 de junio de 1944.

Izquierda, abajo, estatua erigida en Washington para conmemorar la conquista de la isla de Iwo Jima, importante base nipona en el Pacífico durante la II Guerra Mundial, después de una durísima batalla en febrero de 1945.

Página anterior, evolución de la II Guerra Mundial en el Extremo Oriente.

En cierto sentido, Stalin obtuvo de Churchill y Roosevelt lo que no había podido obtener de Hitler: una presencia firme en Europa central y oriental.

La resistencia

Cualquier aproximación a la II Guerra Mundial sería incompleta sin una referencia a los movimientos de resistencia que en Europa y Asia lucharon por la liberación nacional. En Europa pueden detectarse tres fases bien definidas: el período de impotencia ante las ocupaciones nazis; la segunda fase, que se inicia el 22 de junio de 1941, fecha en que la invasión alemana de la Unión Soviética movilizó decididamente a los comunistas y reforzó los movimientos resistentes; y la tercera fase, cuando la mayor parte de los movimientos de resistencia pasaron a la ofensiva con el sabotaje en gran escala, enlazando con las fuerzas aliadas liberadoras.

De los movimientos europeos de resistencia en el oeste, es decir, de los que actuaron en Noruega, Dinamarca, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia, este último fue probablemente el más importante, pues activó una estrecha relación entre los combatientes del frente y los del exilio.

Los grupos organizados de saboteadores y los guerrilleros fueron conocidos colectivamente como el Maquis. Esta fuerza liberó por sus propios medios a Córcega en 1943 y libró una serie de duras batallas con los alemanes tras la apertura del segundo frente. Sería justo decir que los diversos movimientos de resistencia representaron los intereses de quienes se oponían al nazismo y el fascismo, y entre ellos hubo también quienes deseaban reformar el sistema social capitalista.

Los movimientos de resistencia existieron en los mismos países del Eje. En Italia, colaboraron con las fuerzas aliadas a medida que éstas progresaban. En Alemania la resistencia no estuvo bien organizada y fue ineficaz: fallaron varios intentos de asesinar a Hitler. No obstante, una minoría de alemanes de todos los sectores sociales se esforzaron para minar la tiranía nazi. No lograron interesar a los aliados en sus actividades clandestinas y la mayoría sufrieron una horrible muerte en manos de la Gestapo, especialmente tras el último intento abortado de von Stauffenberg para acabar con la vida de Hitler, el 20 de julio de 1944.

En Europa oriental la guerra produjo episodios terribles. Allí, sensibilizados por las matanzas cotidianas de sus vecinos, ciudadanos y campesinos asumieron con mayor rapidez una oposición activa. En la misma Unión Soviética operaron partisanos como auxiliares en las campañas del Ejército Rojo. En Yugoslavia se desarrolló una situación extremadamente compleja y penosa. Al principio, la resistencia fue dirigida por el coronel servio Mihailovitch y sus *cetniks,* con el total apoyo de los aliados y del gobierno yugoslavo en el exilio. Pero a Mihailovitch le preocupó más el nacionalismo servio y el anticomunismo que la campaña contra los nazis. Por ello, se originó un segundo movimiento de resistencia, especialmente después de que la Unión Soviética cambiara de bando. Este segundo movimiento fue dirigido por Tito, que finalmente obtuvo el total apoyo aliado. Mihailovitch fue juzgado y ejecutado por el gobierno de Tito.

El movimiento de resistencia albanés fue dirigido por otro comunista, el maestro de escuela Enver Hoxha.

En Polonia, ocupada por los nazis durante más de cinco años, la resistencia adoptó las tácticas de sabotaje. Ya se ha citado el destino del ejército nacional polaco en el verano de 1944, víctima de la política de las grandes potencias. ¿Cómo podía la resistencia polaca estar inspirada por los comunistas cuando temía tanto al comunismo como a la opresión nazi? Los mismos hombres y mujeres que habían sostenido heroicamente el movimiento secreto antinazi fueron liquidados a continuación por los soviéticos como traidores y reaccionarios, porque no eran comunistas.







Arriba, los alemanes hicieron uso del lanzallamas en el frente de Rusia. Se utilizó a menudo contra los nidos y fortificaciones difíciles de expugnar y contra carros de combate.

Izquierda, arriba, ciudadanos rusos son ahorcados por los alemanes en octubre de 1941. Los partisanos soviéticos gozaban del apoyo de la población y se movían con relativa facilidad tras las líneas alemanas.

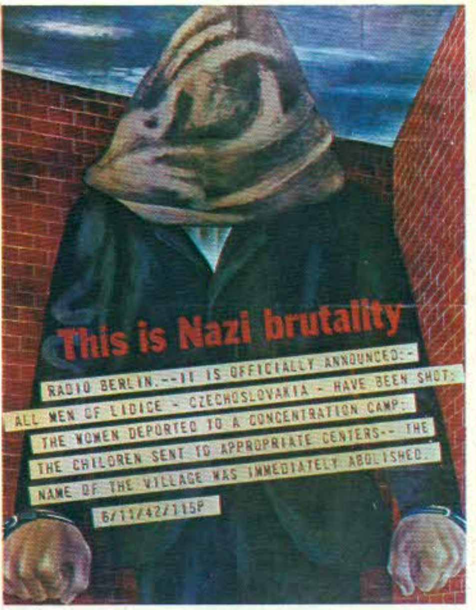
Izquierda, abajo, soldados soviéticos enarbolan la bandera roja sobre las ruinas del Reichstag en Berlín. La derrota nazi significó la creciente hegemonía de la URSS sobre los países de la Europa central y del este.

Página anterior, un cartel de propaganda soviético muestra a Hitler y a Mussolini protegiéndose en vano de los ataques aliados.

En Asia, el gran catalizador fue la ocupación japonesa de amplias zonas anteriormente bajo el control imperial de Gran Bretaña, Francia, Países Bajos y Estados Unidos. Ello provocó la resistencia contra los japoneses en Filipinas, Vietnam, Indonesia, Malaya, Birmania e, indirectamente, en la India. Allí, los movimientos de resistencia no sólo se propusieron expulsar al invasor, sino realizar una revolución social interna, en la perspectiva de liberarse del dominio colonial.

Los campos de concentración

Este tema, por doloroso que sea, pertenece a la historia de aquel período y no puede obviarse. Es necesario distinguir claramente entre los campos de concentración y el gueto de Varsovia —que fue una antecámara especialmente horrible de aquéllos—, por un lado, y los campos de prisioneros de guerra —gobernados en



gran manera por las convenciones de la Cruz Roja–, por otro. He aquí algunas preguntas que cualquier persona de nuestro tiempo tiene derecho a hacer: ¿Cuándo y dónde se establecieron los campos de concentración? ¿Quiénes y con qué fines los establecieron? ¿Cómo pudo existir semejante horror entre sociedades supuestamente civilizadas?

Los campos nazis tenían un doble propósito; retener a todos los que de un modo u otro amenazaban la existencia del régimen nazi y formar centros de trabajos forzados. Grandes cantidades de hombres y mujeres fueron transportados, a menudo, desde largas distancias, en condiciones infrahumanas, para formar allí una fuerza de trabajo. Además de todos los disidentes políticos, hubo entre los detenidos millares de judíos, la mayoría de los cuales perecieron, ya sea mediante la exterminación deliberada en hornos de gas y fusilamientos o bien por desnutrición, exceso de trabajo y abandono.

Los campos de concentración más importantes fueron los de Dachau, Buchenwald, Belsen, Sachsenhausen, Ravensbruck, Maüthausen, Auschwitz, Treblinka y Maidenek. Las operaciones de muerte se realizaron allí a una escala monstruosa.

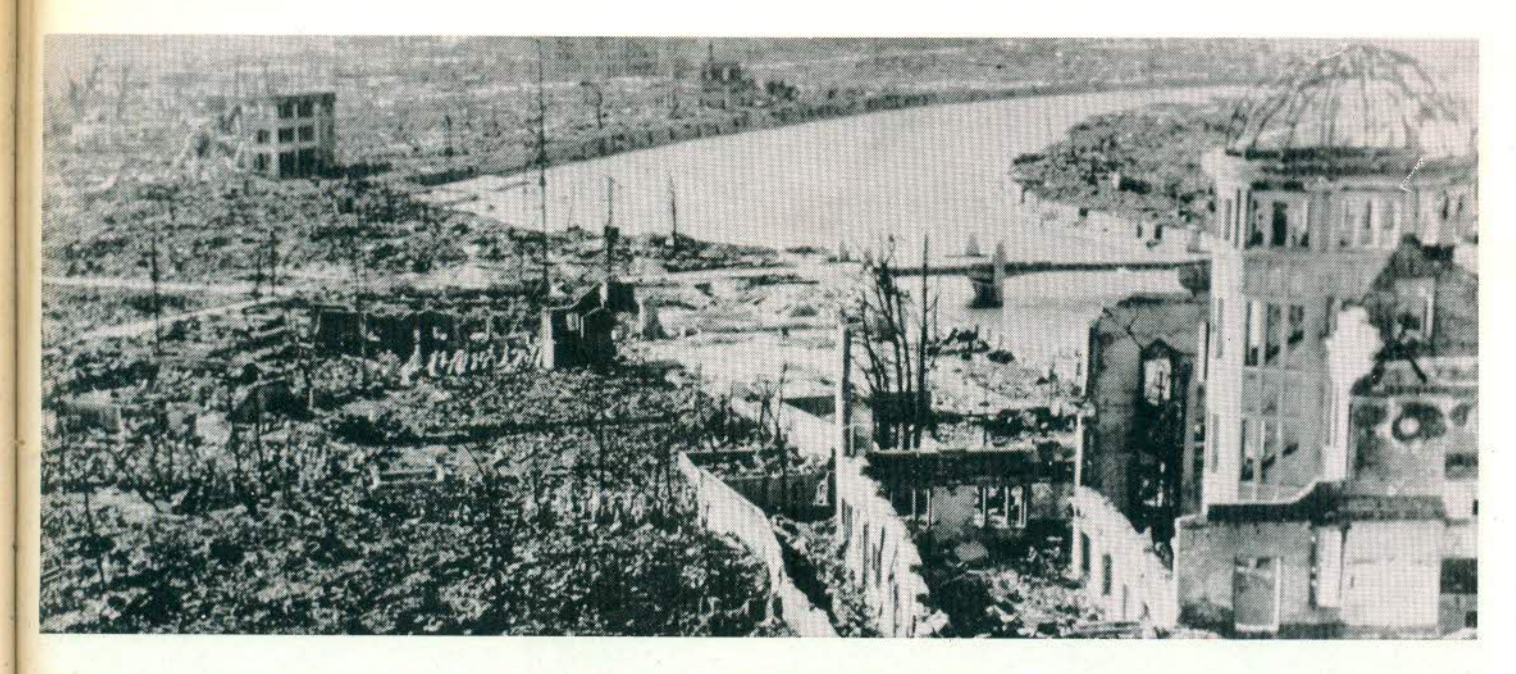
El gueto amurallado

El gueto de Varsovia ha pasado a la historia como un ejemplo específico de genocidio: la «solución final» del «problema judío», decidida por Hitler en 1941. Tras la conquista alemana de Polonia, medio millón de judíos fueron encerrados en una pequeña zona de la ciudad de Varsovia. Se la rodeó de un muro de ladrillo y, dentro del recinto, la vida se mantuvo a un mínimo nivel de subsistencia. En junio de 1942 los nazis decidieron liquidar el gueto, y en octubre 310.000 personas fueron deportadas a los campos de concentración. Las noticias del hecho llegaron a Londres a través del movimiento clandestino polaco: durante algunas semanas no se creyeron. En abril de 1943, los 56.000 judíos que habían quedado en el gueto se rebelaron en heroica resistencia contra sus verdugos nazis: el jefe de división de las SS perdió un millar de hombres en el aplastamiento y destrucción del gueto.

Fue este uno de los episodios de la matanza sistemática de seis millones de judíos ordenada por Hitler. El 17 de diciembre de 1942, los gobiernos aliados condenaron oficialmente el exterminio de los judíos y notificaron que quienes estuvieran implicados en su organización serían criminalmente responsables. En la raíz de aquellas atrocidades existía una terrible suposición: la de que quienes no comulgaban con el régimen gobernante o fueran de otra raza no eran seres humanos y, por consiguiente, podían ser tratados como simples objetos.

Las consecuencias

Como consecuencia de la guerra, los daños materiales y la alteración de la economía fueron enormes, pero las pérdidas y penalidades humanas fueron aún mayores. Las principales ciudades de Alemania quedaron convertidas en montones de escombros, y muchos centros urbanos de Europa presentaron durante mucho tiempo las señales de los duros bombar-

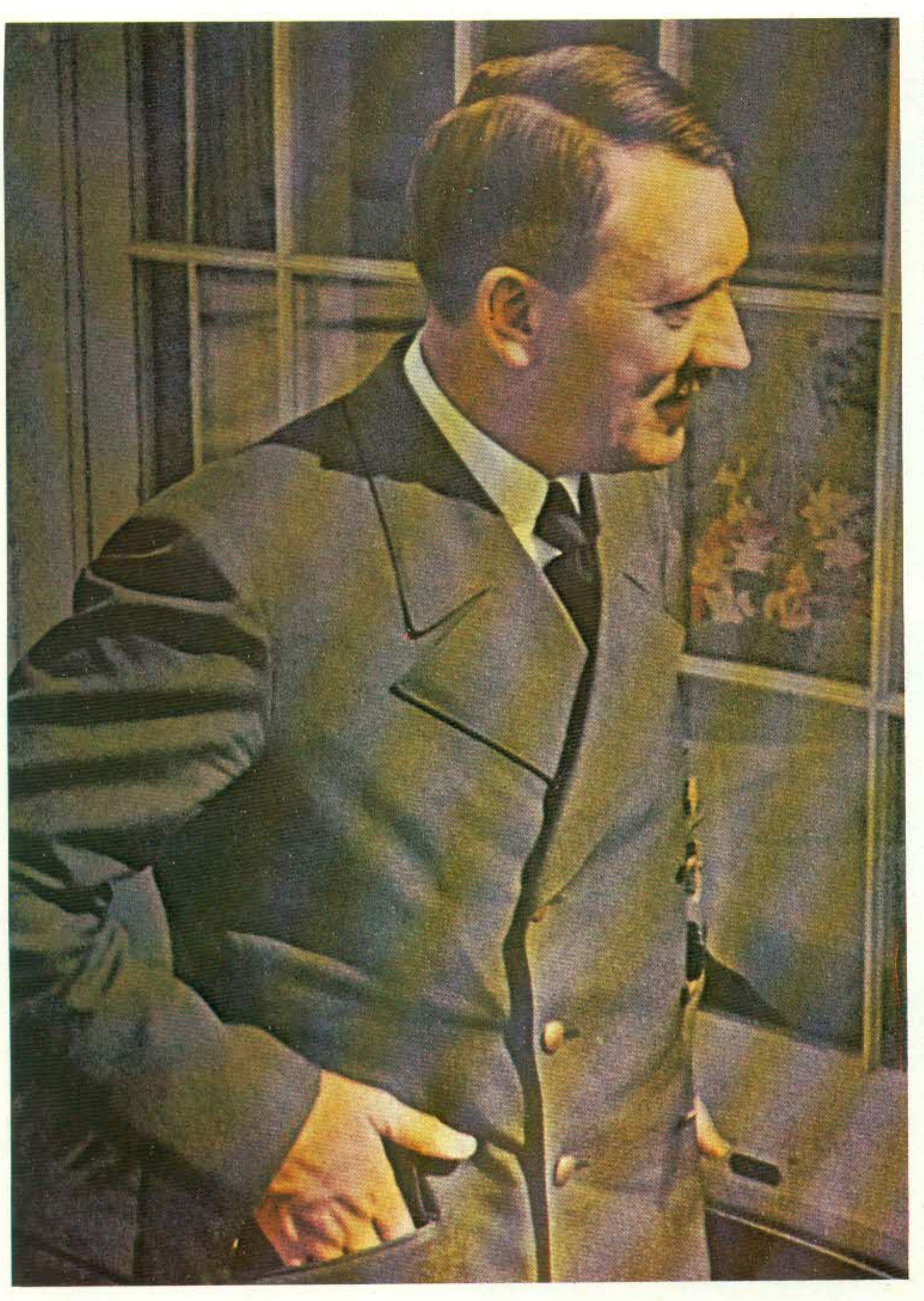


Arriba, el 6 de agosto de 1945 la aviación norteamericana lanzaba por vez primera una bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima, que quedó totalmente destruida. El día 9 de ese mismo mes una nueva bomba era arrojada en Nagasaki. Seis días más tarde el gobierno japonés capitulaba.

Izquierda, cartel holandés de propaganda antinazi que representa un tema tradicional de la iconografía europea.

Página anterior, izquierda, supervivientes del campo de exterminio de Buchenwald. La población judía en la Europa ocupada alcanzaba en 1941 la cantidad de 8,5 millones, de los que 5,5 millones fueron asesinados.

Página anterior, derecha, fotomontaje de John Heartfield (1891-1968), comunista alemán, denunciando la masacre de Lidice, población exterminada por los nazis para vengar el asesinato de Reinhard Heydrich, jefe de las SS en Bohemia, en 1942.



deos. Líneas férreas, puentes, fábricas y viviendas quedaron destruidos. Tampoco el campo escapó, pues la tierra fue «calcinada» por los ejércitos en retirada. Como consecuencia de la guerra cabe señalar el empobrecimiento de Gran Bretaña, que se convirtió en una potencia de segundo orden, profundamente endeudada, y la ruina de gran parte de la economía soviética que, a su vez, exigió una tremenda reparación a los países que ayudaron a Alemania.

Millones de personas quedaron sin hogar o fueron al exilio. Ayuda y rehabilitación eran las necesidades imperiosas en aquellos primeros meses de la posguerra. Ya en plena guerra, los aliados habían previsto en parte las necesidades de la posguerra. El 9 de noviembre de 1943, cuarenta y cuatro naciones del bando aliado establecieron la Administración de Ayuda y Rehabilitación de las Naciones Unidas (AARNU).

Los cuarteles generales de la organización se establecieron en Washington. La asistencia se distribuyó ampliamente, basándose en las necesidades de la población en las zonas más afectadas, sin discriminación de raza, credo o ideología política. A fines de 1945 se había contribuido con una ayuda de más de 3.500 millones de dólares.

De todas las actividades de la AARNU, las dedicadas a los deportados cobraron un relieve impresionante. Muchas personas desplazadas se mostraban reacias o poco dispuestas a ser repatriadas, ya porque hubieran perdido todos sus lazos con sus países de origen, ya por el cambio de las condiciones políticas de los mismos. A principios de 1946 se estimó que aproximadamente 1.675.000 personas eran refugiados «sin patria». La Organización Internacional de Refugiados (OIR) se encargó de ayudar a estas personas a partir de junio de 1947.

Las relaciones comerciales quedaron totalmente perturbadas por la guerra, y el control de los gobiernos sobre los movimientos de mercancías aumentó extraordinariamente. Así, la transición de las economías de guerra a las de paz fue difícil. El hecho de que Estados Unidos hubiera participado en la guerra, con todo lo que esto supuso para su participación posterior en los asuntos mundiales, fue otro factor decisivo. Con la Carta Atlántica los gobiernos británico y norteamericano comenzaron a tomar iniciativas para diseñar un nuevo orden tanto económico como político; el Acuerdo de Ayuda Mutua de 1942 entre ambos países fue una nueva etapa.

En el verano de 1945, Estados Unidos había facilitado a sus aliados suministros por valor de unos 44 millones de dólares.

La situación condujo a la organización de un Fondo Monetario Internacional en la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas, celebrada en Bretton Woods en 1944. En 1949 tenía 48 asociados. También se discutió en Bretton Woods un proyecto para establecer otro fondo internacional para la provisión de capital a más largo plazo, que se realizó con la creación en 1946 del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, o Banco Mundial. La tercera institución importante que se fundó fue el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), en el año 1947, constituido por 23 países, que en aquella época controlaban casi el 70% del comercio mundial.

Rusia y Estados Unidos

Tras la II Guerra Mundial dos grandes potencias eran hegemónicas: Estados Unidos y la Unión Soviética. China estaba dividida entre conservadores y comunistas, y Gran Bretaña era un vencedor empobrecido.

La Unión Soviética salió del conflicto militar victoriosa, pero con un coste terrible en vidas y daños materiales. Las pérdidas fueron tales que el país necesitó décadas de intenso trabajo para recuperarse. Sin embargo, el Ejército Rojo dominaba Europa oriental y el poder de Stalin

Países no ocupados
Países neutrales
Campos de concentración alemanes
Población judía en 1941 (en total unos 8.650.000)
Número estimado de judíos asesinados en 1945 (en total 5.138.000)

GRAN BRETAÑA
DINAMARCA 6 000 / 100
SUECIA
Mar Báltico
LETONIA 100 000 / 70 000
PRUSIA DEL ESTE
LITUANIA 140 000 / 104 000
HOLANDA 140 000 / 104 000
NEUENGAMME
RAVENSBRUCK
STUTTHOF
VUGHT
BELSEN
SACHSENHAUSEN
TREBLINKA
ALEMANIA
CHELMO
POLONIA 3 000 000 / 2 600 000
BÉLGICA 85 000 / 28 000
MITTLEL-BAUDORA
BUCHENWALD
SOBIBOR
GROSSROSEN
MAJDANEK
AUSCHWITZ
BELZEC
250 000 / 180 000
FLOSSENBERG
FRANCIA 300 000 / 65 000
CHECOSLOVAQUIA 81 000 / 60 000
MAUTHAUSEN
DACHAU
AUSTRIA 70 000 / 60 000
HUNGRÍA 710 000 / 200 000
SUIZA
ITALIA 120 000 / 9 000
Ocupación alemana
UNIÓN SOVIÉTICA 2 500 000 / 750 000
RUMANIA 1 000 000 / 750 000
YUGOSLAVIA 70 000 / 58 000
MAR ADRIÁTICO
BULGARIA 48 000 / 40 000
ALBANIA
GRECIA 67 000 / 60 000
MAR NEGRO
TURQUÍA



Arriba, mapa del exterminio judío en Europa por las fuerzas nazis.

Izquierda, oficiales alemanes capturados después de la liberación de París, el 25 de agosto de 1944. El comandante de la plaza, general Von Choltitz, se rindió a las tropas francesas del general Leclerc, después de haber desobedecido la orden de Hitler de destruir la capital francesa.

Página anterior, Adolf Hitler (1889-1945), canciller de Alemania desde 1933. Sus apariciones en público fueron disminuyendo en el transcurso de la guerra, su salud se deterioró y su visión de los acontecimientos acabó por no corresponder con la realidad de los hechos. Aún así, conservó la lealtad de los alemanes hasta el final de la guerra.

se proyectaba por toda Europa y Asia. Cuando cesaron las hostilidades, Estados Unidos era la mayor potencia industrial del mundo. Había roto su aislamiento y alcanzado la hegemonía mundial. En aquella coyuntura histórica era el único país que poseía el secreto de la bomba atómica.

Los dos problemas sin resolver que dominaban la escena de la posguerra eran el futuro de Alemania y el destino de Polonia. Los victoriosos aliados coincidían en que Alemania debería ser administrada por una comisión de control de las cuatro potencias, es decir, formada por norteamericanos, británicos, franceses y soviéticos, en un territorio distribuido regionalmente entre los vencedores, y la ciudad de Berlín estaría bajo un control especial cuatripartito.



Debían exigirse reparaciones a Alemania, pero no en la forma desproporcionada de 1919. En general, se acordó realizar una política de desnazificación, por medio de la cual todos los futuros sectores de control de la sociedad alemana quedarían purgados de los elementos que habían apoyado al régimen de Hitler. Este proyecto resultó extremadamente difícil de ejecutar, tanto por razones administrativas, como ideológicas, y se convertiría en una de las más amargas fuentes de discusión entre la Unión Soviética y sus asociados occidentales. Se acordó también que hubiera un juicio formal de los criminales de guerra, que se celebró ante un tribunal organizado en Nuremberg, y que juzgó a una serie de líderes nazis como criminales de guerra por las atrocidades cometidas.

Con respecto a Polonia, los aliados occidentales capitularon a la exigencia soviética de reconocer al antiguo gobierno de Lublin como legítimo gobierno de Polonia: la supuesta contragarantía de las «elecciones libres» a celebrarse en un futuro próximo, resultó inútil ante las evasivas soviéticas.

La Unión Soviética extendió sus fronteras hacia el oeste, ocupando antiguo territorio polaco, y a cambio Polonia recibió una compensación territorial extendiéndose hacia el oeste, en un territorio anteriormente alemán.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Año	Europa	Guerra en Asia	Otros acontecimientos
1939			
MAR	Alemania ocupa Checoslovaquia		Fin de la Guerra Civil española
ABR	Invasión italiana de Albania		
AGO	Pacto de no-agresión germano-soviético Gran Bretaña firma un pacto con Polonia		
SEP	Alemania ataca a Polonia Polonia es dividida entre Alemania y Rusia Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania		
SEP/OCT	Tratados soviéticos con Estonia, Lituania y Letonia		Pío XII, papa
DIC	Rusia expulsada de la Liga de las Naciones		
1940			
ABR	La armada alemana ataca Noruega		
MAY, 10	Alemania ocupa Dinamarca Tropas alemanas invaden Países Bajos		La coalición encabezada por Churchill gana las elecciones en Gran Bretaña
MAY, 27/ JUN, 4	Evacuación de Dunkerque		
JUN, 22	Francia firma un armisticio con Alemania		
JUL	Inicio de la «batalla de Inglaterra» Alemania ocupa las islas del Canal		El gobierno de Francia se traslada a Vichy
AGO	Enfrentamiento entre Italia y Gran Bretaña en el norte de África		Trotsky es asesinado en México
SEP		Japón se une al eje Roma-Berlín. La Indochina francesa, invadida	
OCT	Italia invade Grecia		

1941			
MAR	Derrota italiana en Matapán		
ABR	Addis Abeba reconquistada por Gran Bretaña	Pacto de neutralidad entre Rusia y Japón	
MAY	Alemania invade Grecia y Yugoslavia Batalla de Greta		
JUN	Tropas británicas y francesas entran en Siria Turquía firma un pacto de no agresión con Alemania		
JUN, 22	Alemania invade Rusia		
AGO, 14			Churchill y Roosevelt firman la Carta Atlántica
OCT	Ataque a Moscú		
DIC		Ataque a Pearl Harbour; Estados Unidos declara la guerra a las potencias del Eje Japón toma Hong Kong	
1942			
ENE		Captura de Manila Invasión de las Indias Orientales Holandesas	
FEB		Invasión de Singapur	
MAR		Invasión de Mandalay, en Filipinas Contraofensiva aliada en Nueva Guinea	
MAY		Batalla del mar del Coral	
JUN	Rommel entra en Tobruk		
JUL	Batalla de El Alamein		
SEP	Inicio de la batalla de Stalingrado		
NOV	Alemania ocupa el territorio aún no ocupado de Francia		
1943			
ENE	Gran Bretaña ocupa Trípoli Conferencia de Casablanca: se llega al acuerdo sobre la «rendición incondicional» de Alemania		
FEB	Rendición alemana en Stalingrado		
MAY	Rendición de las fuerzas del Eje en Túnez		
JUL	Invasión aliada de Sicilia	Tropas australianas se unen a las norteamericanas en el Pacífico	
SEP	El gobierno italiano se rinde a los aliados y se une a ellos		
1944			
ENE	Desembarco aliado en Anzio		
MAR	Bombardeo de Montecasino		
JUN	Desembarco aliado en Normandía	Las fuerzas norteamericanas bombardean Japón	
JUL	Atentado fallido contra Hitler		Islandia declara su independencia
AGO	Liberación de París		
SEP	Batalla de Arnhem		
OCT	Desembarco aliado en Grecia		
NOV			Roosevelt elegido por cuarta vez presidente de Estados Unidos
1945			
ENE	Tropas británicas liberan Hungría, Polonia y Austria de la ocupación alemana		
FEB, 7	Conferencia de Yalta		
ABR	Suicidio de Hitler Ejecución de Mussolini	Fuerzas norteamericanas invaden Okinawa	Muerte de Roosevelt. Harry S. Truman, presidente de Estados Unidos
MAY	Tropas soviéticas entran en Berlín Rendición incondicional de Alemania e Italia		
JUN			Creación de las Naciones Unidas
JUL	Conferencia de Postdam		Los laboristas ganan las elecciones en Gran Bretaña
AGO		Rusia declara la guerra a Japón e invade Manchuria Rendición de Japón	

Página anterior, entre el 20 de noviembre de 1945 y el 1 de octubre de 1946 se llevó a cabo en Nuremberg, ante un tribunal militar internacional, el proceso contra veinticuatro miembros del partido nazi y ocho organizaciones acusadas de crímenes de guerra. El veredicto permitió a la ONU definir el crimen de genocidio.

URSS: el postestalinismo

Al final de la II Guerra Mundial la situación socioeconómica de la Unión Soviética era angustiosa. Con más de 20 millones de muertos y los fundamentos industriales destruidos, el gobierno de Stalin se aprestó a construir prácticamente por segunda vez los cimientos del socialismo estatalizado.

La dictadura personal de Stalin, apoyado en un aparato burocrático cada vez más extenso y similar a una clase dominante, se incrementó. La guerra había deshecho materialmente el país, pero al mismo tiempo lo había cohesionado más en torno a sus líderes. Ello permitió a los stalinistas realizar nuevas purgas de miembros sospechosos de «desviacionismo» entre las filas del partido, y la policía secreta, la NKVD, dirigida eficazmente por Laurenti Beria, se cobró más y más víctimas, en general acusadas de «trotskismo», o simplemente de «actividades antisoviéticas». Más de la mitad de los miembros del partido eran funcionarios del Estado. La identificación Estado-Partido era, pues, casi total.



La ofensiva dictatorial se dejó sentir especialmente en el campo de la cultura, y las nuevas corrientes artísticas, en cine, pintura, música, escultura, arquitectura, etcétera, tropezaron con el implacable muro del «realismo socialista» impuesto por el Estado.

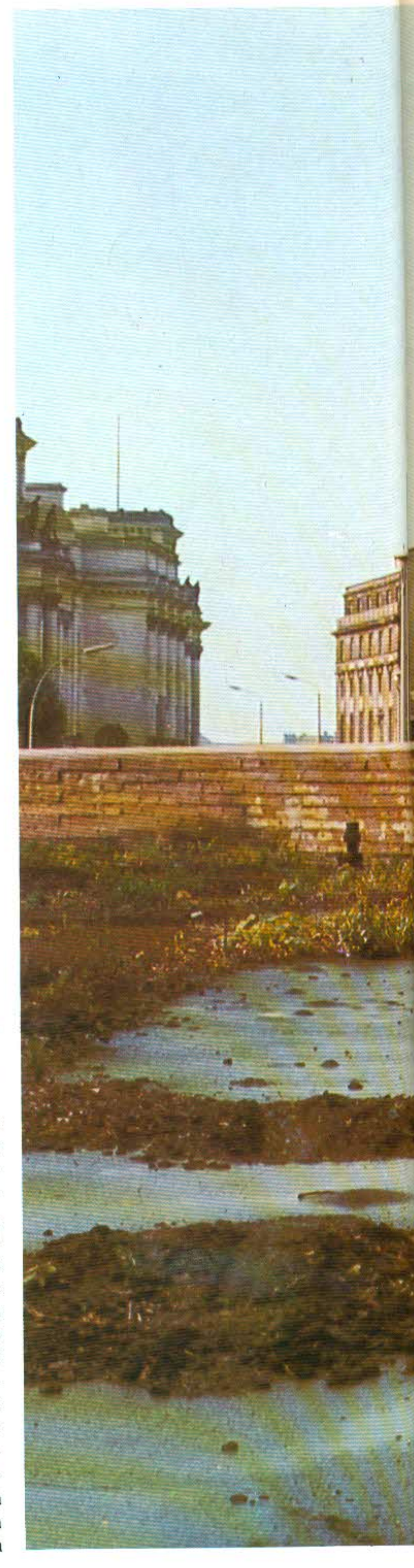
Eisenstein, uno de los grandes genios de la historia del cine, tuvo graves dificultades con el Régimen, y sus filmes fueron censurados. Por ejemplo, en su célebre obra *Octubre*, Trotsky era excluido del proceso revolucionario, como si no hubiera existido nunca, Shostakovitch, uno de los músicos más importantes del siglo XX, tuvo asimismo problemas con Zdanov, el «cerebro» de la cultura soviética. La atmósfera intelectual comenzó a hacerse irrespirable.

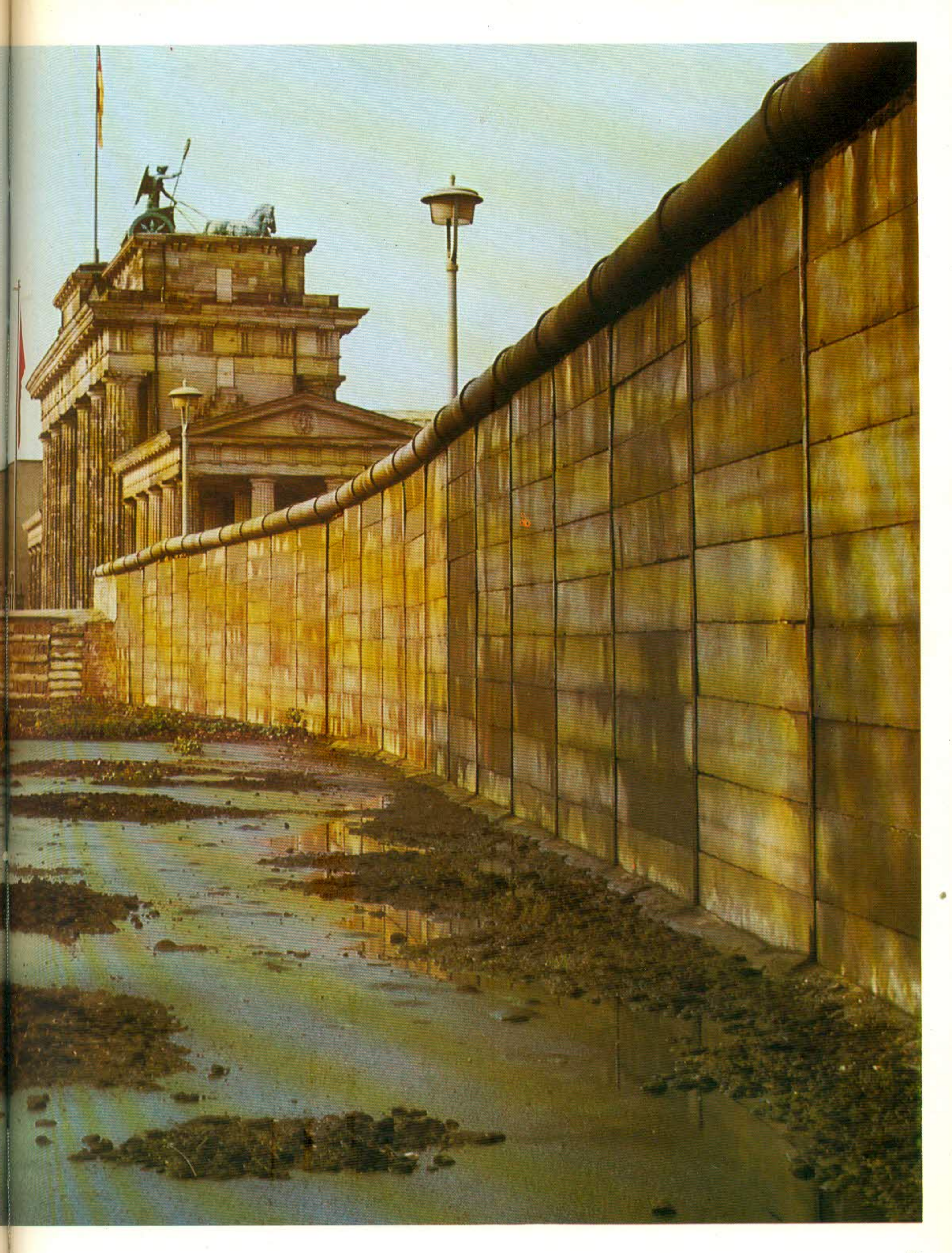
La economía prosiguió concediendo prioridad absoluta a la industria pesada, y se elaboró un Plan Quinquenal para 1946-1950, cuya consigna central era «reparar el daño causado por la guerra», alentando una intensa construcción de viviendas y medios de comunicación, y la prospección de nuevas fuentes energéticas. La agricultura fue sometida a un amplio plan de tecnificación, y la industria armamentista recibió un trato preferente, dada la situación internacional, caracterizada por la tensión de la «guerra fría», pues, como había señalado Churchill en 1947, un «telón de acero separa Europa en dos mundos».

Al iniciarse el siguiente Plan Quinquenal, figuraba ya el proyecto de construcción de la bomba nuclear.

La «guerra fría»

Stalin había conseguido arrancar de las potencias occidentales, al finalizar la guerra con el Eje, y merced a la predisposición personal de Roosevelt, el reconocimiento de su influencia sobre un sector de Europa, en el este, donde gradualmente se fueron organizando democracias populares gobernadas por los partidos comunistas. Rumanía, Bulgaria, Checoslovaquia, Albania, Polonia, Alemania Oriental y Hungría componían el «cinturón rojo» alrededor de las fronteras occidentales de la Unión Soviética. La hegemonía de este país sobre aquéllos se estableció a través de un conjunto de pactos económicos (el COMECON) y militares (el Pacto de Varsovia, respuesta rusa a la formación en Occidente de la OTAN). La deserción yugoslava creó, en 1948, gran tensión internacional, pero Stalin no se decidió a invadir aquel país por temor a una respuesta occidental. El titoísmo se convirtió en un nuevo anatema dentro del campo de la







política comunista, como sinónimo de «desviacionismo de derechas».

La crisis yugoslava fue seguida de la de Berlín, donde entre 1948 y 1949 el gobierno soviético impuso un bloqueo que obligó a organizar puentes aéreos a las potencias occidentales para romper el aislamiento de la vieja capital alemana, enclavada en territorio dominado por la Unión Soviética.

La política soviética se articuló en base a un esquema agresivo-moderado. Ambas actitudes se producían automáticamente según la tensión o distensión reinante en sus relaciones con los occidentales. Así, en las Naciones Unidas, la Unión Soviética alentó una política pacifista, organizando también diversas entidades internacionales cuyo objetivo era la lucha por la paz.

En 1949 y 1950 la aproximación a la China comunista se incrementó tras la vista de Mao Tse-Tung a Moscú. Se firmó un pacto de ayuda mutua, económica y militar. Ello aseguraba la frontera oriental del inmenso territorio soviético. Pero en 1950 estalló la guerra de Corea, y China apoyó a los norcoreanos contra el sur, al que respaldaba Estados Unidos. La Unión Soviética no intervino directamente en la lucha, pero armó a las tropas del norte y chinas que intervinieron en la guerra.

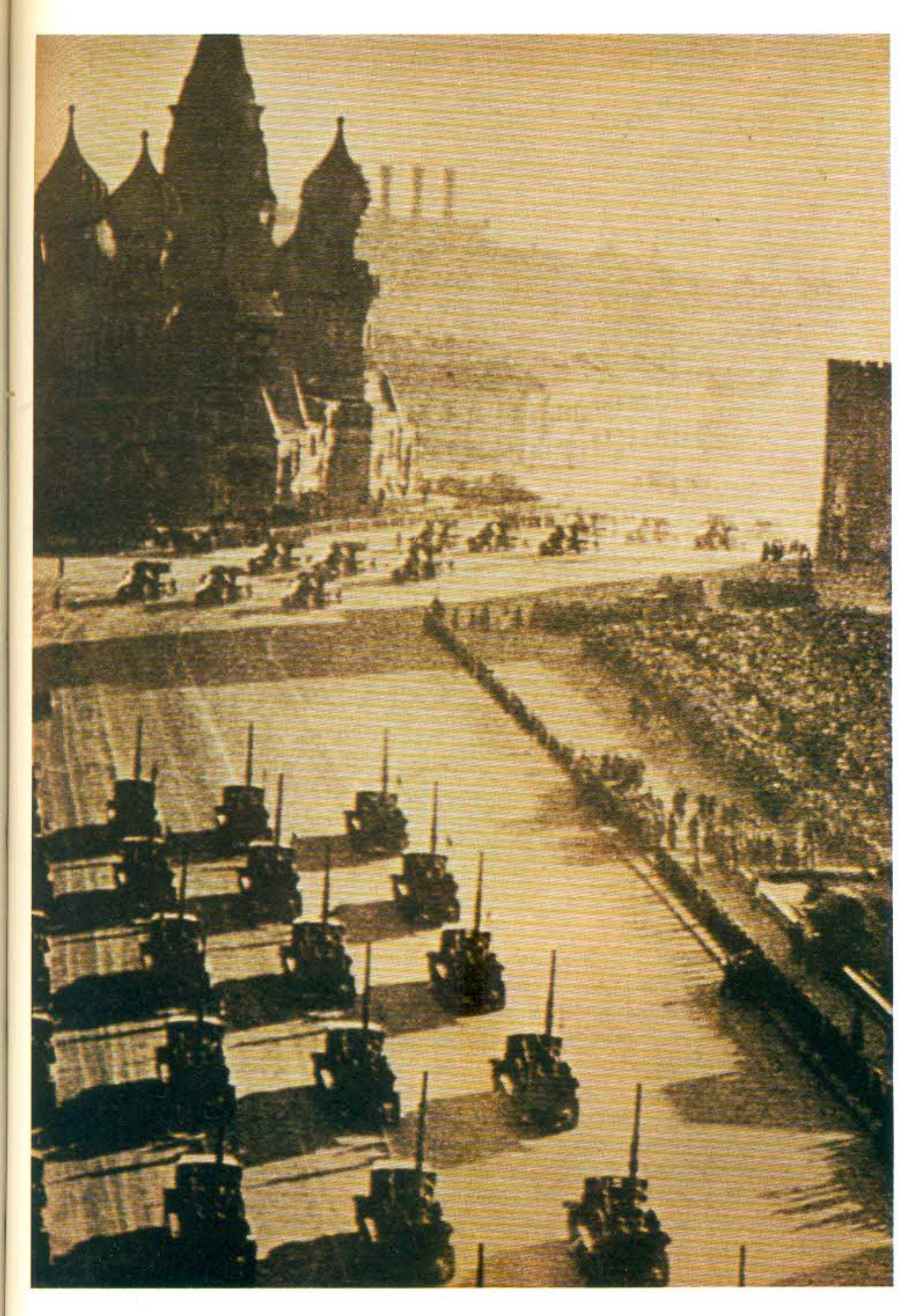
La «guerra fría», pues, robustecía la autoridad de Stalin en todos los terrenos. El dictador contaba ahora con un equipo de colaboradores de entre los cuales saldría probablemente su sucesor. Kaganovitch, Malenkov, Molotov, Beria, Kruschev, Bulganin, Mikoyan y Voroshilov constituían la élite stalinista.

Stalin falleció el 5 de marzo de 1953.

La desestalinización: la era de Kruschev

Stalin murió sin dejar un «delfín» claramente señalado, aunque su trato con Malenkov, hombre relativamente joven, recién incorporado al Buró Político y experto en ingeniería, le presentaba como el probable sucesor. Por otra parte, la singularidad de la estructura política soviética, funcionando en base a la cooptación para los máximos órganos de gobierno, convertía la sucesión en una cuestión a decidir por muy pocas personas. Lo cierto es que Malenkov se convirtió en la figura dominante, aunque se afirmó que la dirección se ejercería colectivamente. La presidencia del Estado la asumió Voroshilov; la jefatura del gobierno, Malenkov; la dirección del Interior y la jefatura de la policía, Beria; los asuntos exteriores, Molotov; la defensa, Bulganin; las cuestiones económicas, Mikoyan; y Kruschev, la primera secretaría del Comité Central del Partido Comunista.

Formalmente, la sucesión estaba superada. Pero una dictadura personal como la de Stalin no era fácil de sustituir, y forzosamente habrían de producirse disensiones y rivalidades.



Página 40, el largo mandato de Stalin, cuyo verdadero nombre era Yosif Visarianovich Dshugashvili (1879-1953), se caracterizó por la concentración de poderes en el partido, el establecimiento de un riguroso control antidesviacionista y de una acusada centralización del país.

Página 41, en 1961, las autoridades de Berlín Oriental, iniciaban la construcción de un muro que dividiría la ciudad en dos mitades, de influencia soviética y occidental respectivamente. En la fotografía, el muro, llamado "de la vergüenza", en las proximidades de la puerta de Brandenburgo.

Izquierda, desfile de tropas tras la victoria rusa en Stalingrado, a principios de 1943, cuando las fuerzas alemanas que tenían casi tomada la ciudad fueron cercadas y obligadas a capitular.

Página anterior, Stalin, Secretario general del partido desde 1911 y jefe real del Estado a la muerte de Lenin, fue la principal fuente ideológica y política de la revolución durante su mandato, hasta el punto de ser acusado por Kruschev, tras su muerte (5 de marzo de 1953), de "falsificador de la historia".

La primera conspiración fue la de Laurenti Beria, el hábil jefe de la policía y de los servicios secretos. Descubierto y detenido, fue ejecutado en julio de 1953, y los órganos de la seguridad interior quedaron sometidos al control directo del Partido. A las pocas semanas, Malenkov anunciaba cambios en los objetivos socioeconómicos. Se suprimían los campos de trabajo forzado, y se señalaba que la economía dejaría de estar subordinada a la política. El nuevo equipo prometía una mejora en el nivel del consumo de la población. Asimismo, se afrontaba un plan intensivo de explotación de la inmensa Siberia. En política exterior, se anunciaba la voluntad de potenciar la distensión.

Sin embargo, en febrero de 1955 estallaron las tensiones latentes entre dos fracciones de la dirección política máxima de la Unión Soviética. Por una parte, los stalinistas ortodoxos, como Malenkov, Molotov, Kaganovitch y Voroshilov; por otra, los partidarios de realizar algún tipo de ruptura con el pasado que permitiera relanzar el proceso socialista, es decir, Kruschev, Bulganin y Mikoyan.

Kruschev dio un golpe de fuerza en el seno del Politburó, contando con el apoyo del jefe del ejército, el prestigioso mariscal Zukov, héroe de la II Guerra Mundial.

El 8 de febrero, Bulganin sucedía a Malenkov en la jefatura del gobierno, y Kruschev se afirmaba como el nuevo dirigente

máximo de la Unión Soviética, aunque sin embargo estaba claro que nunca ningún nuevo dirigente, salvo que ocurriesen hechos excepcionales, podría llegar a asumir el grado de poder que detentara Stalin. De hecho, Kruschev era la cabeza visible de una fracción que impulsaría el proceso de la desestalinización. En febrero de 1956, en el XX Congreso del Partido, Kruschev leyó el célebre informe que denunciaba los «crímenes de Stalin». El sistema no era puesto en cuestión. Sencillamente, se atribuían los excesos y crueldades cometidos a la «egocéntrica personalidad» del dictador. El informe denunciaba las depuraciones que Stalin promoviera contra sus enemigos, rehabilitándose a toda la vieja guardia bolchevique exterminada por aquél, es decir, a Bujarin, Zinóviev, Kaménev, Rykov, etcétera, excepto a Trotsky y sus seguidores, sobre los cuales Kruschev corrió un tupido velo. Por otra parte, el escrito intentaba salvaguardar la pureza del leninismo frente a los excesos del stalinismo.

Los observadores y especialistas en cuestiones soviéticas señalaron la insuficiencia de la autocrítica realizada por el dirigente soviético.

Kruschev anunció indultos políticos, y una nueva orientación económica y exterior. Sin embargo, pronto sus intenciones se vieron sometidas a la dura prueba de la sublevación húngara que tuvo lugar en el año 1956, pues los tanques soviéticos entraron en Budapest, derribando al gobierno «fascista» de Imre Nagy y aplastando la rebelión.

En 1957 fue descubierta una conspiración de la vieja guardia stalinista, y Malenkov, Molotov, Voroshilov y Kaganovitch fueron expulsados del partido, pero no perseguidos. Fue la gran oportunidad de Kruschev para reforzar su posición personal, cooptando para el Politburó a hombres de su confianza: Suslov, Koslov, Breznev y Kossyguin.

Como muestra de la buena voluntad del nuevo equipo dirigente soviético, se asumía la definitiva neutralidad de Austria, y los soviéticos retiraron sus tropas de Viena. Al mismo tiempo, se aceptaba la «vía yugoslava» al socialismo, y Tito era rehabilitado. Por otra parte, se anunciaba la política de «coexistencia pacífica» con Occidente, aunque se decidía la potenciación de la solidaridad con los pueblos del Tercer Mundo y la ayuda a los movimientos anticolonialistas.

La desestalinización fue un impacto muy duro para los partidos comunistas de Europa occidental, curtidos por décadas de servidumbre a Stalin. La noticia fue bien recibida en Italia, donde Togliatti venía preconizando la necesidad de profundas reformas en el «campo del socialismo», pero la convulsión fue grande en el resto de los partidos. Moscú convocó una conferencia de 81 partidos para explicar el «nuevo curso» político. Y allí se produjo la gran disensión china.



Los representantes maoístas en la conferencia denunciaron el carácter «revisionista» de la tesis de la «coexistencia pacífica», y rompieron ideológicamente con el kruschevismo. Ellos preconizaban la irreductibilidad del antagonismo entre el «socialismo» y el «imperialismo», y la inevitabilidad de la guerra.

Sin embargo, a pesar de las críticas maoístas, lo cierto es que el apoyo soviético permitió a Nasser, en Egipto, la nacionalización del canal de Suez en 1956, y la revolución castrista en Cuba se pudo sostener a partir de 1959 merced al apoyo de la Unión Soviética. Otros movimientos anticolonialistas encontraron también un decidido apoyo, como los de Argelia, Indochina, etcétera.

En las Naciones Unidas, la Unión Soviética se presentaba ahora como el gran valedor de los países pobres y colonizados. En 1959, Kruschev visitó Estados Unidos, y su presencia en Nueva York y en la Asamblea de la ONU fue tumultuosa, enardeciendo a los líderes de los pueblos de color. El encuentro con Fidel Castro en Harlem —el líder cubano visitaba también las Naciones Unidas— fue organizado como una acción simbólica de la nueva etapa mundial, ante la perplejidad de los políticos occidentales.

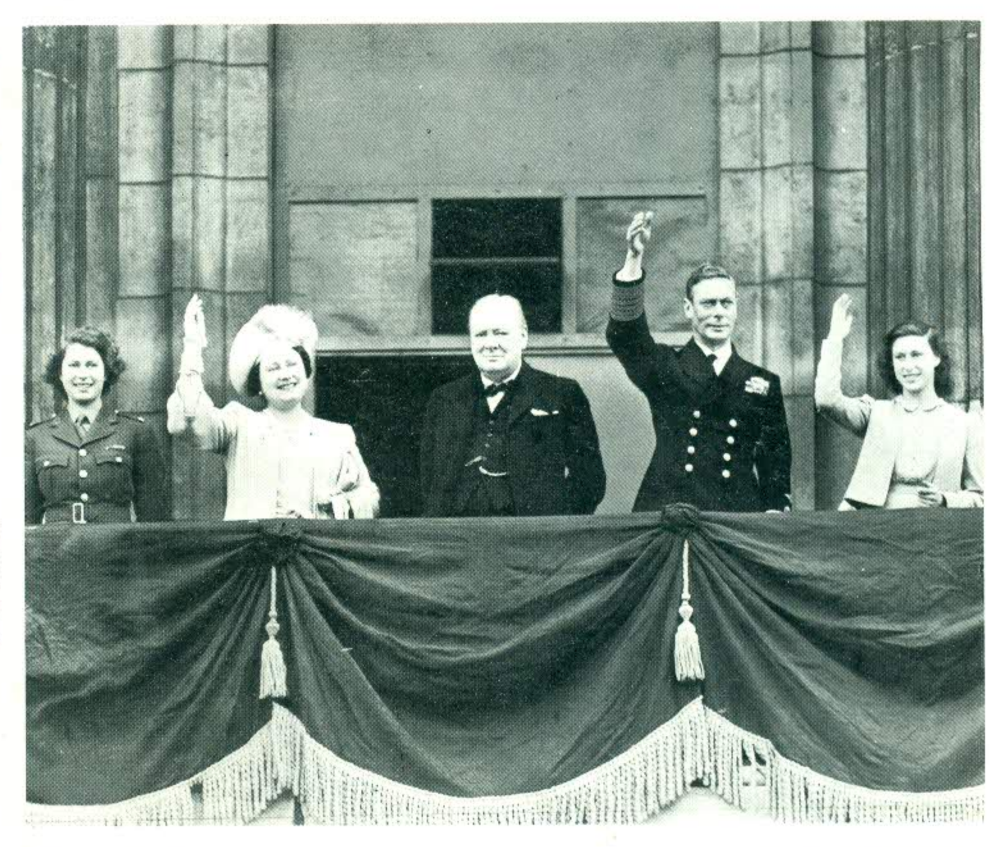
En 1960, De Gaulle, MacMillan y Eisenhower aceptaron reunirse con Kruschev en París para tratar de la situación política mundial, pero el dirigente soviético se retiró de la conferencia al tener noticia del descubrimiento de un avión-espía estadounidense en los cielos de la Unión Soviética, que sería abatido.

A principios de la década de 1960 se acumularían los problemas, en Berlín y con la «crisis del Caribe», y la estrella de Kruschev declinaría. En el interior, su política de tolerancia había producido un relajamiento político, y el consumo de la población se vio mejor atendido, pero la agricultura seguía siendo el talón de Aquiles de la economía soviética.

Tres meses después de haber firmado con Kennedy la suspensión de las pruebas nucleares, Kruschev dimitía presionado por sus hombres de confianza. Mikoyan asumía el cargo honorífico de la presidencia estatal, pero el nuevo equipo dirigente lo integraban Kossyguin, nuevo primer ministro, y sobre todo Breznev, nuevo secretario general del Partido.

Los protagonistas de la Historia: 1945 - 1965

La alianza anglo-norteamericana hizo posible la victoria aliada, y tales relaciones iluminan la política mundial de gran parte de los veinte años siguientes. Así pues, es necesario analizar la situación interna de ambos países durante aquel período.



Arriba, de izquierda a derecha, la princesa Isabel, la reina Isabel, sir Winston Churchill, Jorge VI y la princesa Margarita saludan a la multitud desde el balcón del palacio de Buckingham el 8 de mayo de 1945. La princesa Isabel sucedería a su padre en 1952, con el nombre de Isabel II de Inglaterra.

Página anterior, Nikita S. Kruschev visitó por vez primera los Estados Unidos en 1959, bajo el mandato presidencial de Eisenhower (en la fotografía, a la derecha). Su política de coexistencia se vería truncada sólo un año después, al cancelar la Conferencia de París a causa del derribo de un avión espía norteamericano sobre suelo soviético.

El declive de Gran Bretaña

En julio de 1945, el Partido Laborista obtuvo una gran victoria en las elecciones generales que se realizaron después de la derrota de Alemania (8 de mayo de 1945), pero cuando todavía se libraba la guerra contra Japón. En palabras del historiador británico A.J.P. Taylor: «Los electores aplaudieron a Churchill y votaron contra él». ¿Por qué? Creyeron que un gobierno de guerra no era el gobierno apropiado para abordar los problemas de la paz y que la reforma social sería mejor afrontada por las izquierdas. Con Clement Attlee como primer ministro, Herbert Morrison como viceprimer ministro, Ernest Bevin en el ministerio de Asuntos Exteriores y Stafford Cripps como presidente del ministerio de Comercio hasta 1947, y luego ministro de Hacienda, el nuevo gobierno presentaba un cuadro de hombres capaces y activos.

El equipo laborista logró mantener el pleno empleo e introdujo ciertas nacionalizaciones socializantes: en 1946 fueron estatalizados el Banco de Inglaterra, la industria del carbón y la aviación civil; en 1947 la Comisión Británica de Transportes se hizo cargo de los ferrocarriles, canales y transporte por carretera, mientras que la electricidad y las industrias del gas también pasaron al control estatal. En 1951 comenzaron a ser nacionalizados el hierro y el acero, pero, al contrario de lo que ocurrió con las demás industrias, este sector fue desnacionalizado casi por completo cuando los conservadores llegaron al poder en 1951.

Churchill dimite

Churchill encabezó el nuevo gobierno en 1951, pero había envejecido considerablemente. En 1953 sufrió un ataque de corazón, y finalmente dimitió de su cargo de primer ministro en 1955. Continuó siendo miembro del Parlamento hasta pocos meses antes de su muerte, en 1965, gozando de la veneración de sus compatriotas. En las siguientes elecciones generales, celebradas a principios de otoño de 1955, los conservadores, con Anthony Eden como primer ministro, asumieron de nuevo el poder con una confortable mayoría. Esto fue un síntoma de la recuperación del país, aunque sólo momentáneo.

Tras el fracaso de Suez y la retirada de Eden de la política en 1957, la sucesión en el Partido Conservador recayó en Harold MacMillan, cuyo gobierno continuó hasta fines de 1963. Ciertamente, para la mayoría de los británicos aquel fue un período de auge. Habían mejores viviendas y más bienes de consumo, aumentó el parque de automóviles y disminuyeron las horas de trabajo. En las elecciones de octubre de 1959 la mayoría conservadora se incrementó. No obstante, bajo la tranquila superficie política existían graves problemas, radicales diferencias de opinión entre los dos principales partidos políticos acerca del gasto armamentista y una creciente coherencia en la oposición laborista a medida que Hugh Gaitskell afirmaba su liderazgo. En 1961 el go-

HELP THEM FINISH THEIR JOB!

Give them homes and work!

VOTE LABOUR

bierno conservador inició negociaciones para el ingreso británico en la Comunidad Económica Europea; era una señal de que los días de la hegemonía británica como potencia mundial de primera clase habían terminado. El desaire que esta iniciativa recibió del general De Gaulle, precipitó la dimisión de MacMillan en octubre de 1963. Tras una disputa personal, nada edificante, por el liderazgo, a MacMillan le sucedió Alec Douglas-Home, pero en octubre de 1964, en las siguientes elecciones, el Partido Laborista volvió al poder con Harold Wilson, que obtuvo una escasa mayoría. Gaitskell había muerto inesperadamente en 1963.

En efecto, el veredicto de las urnas reveló tres millones de votos liberales, y el parlamento se dividió casi a partes iguales entre laboristas y conservadores. Sin embargo, los laboristas lograron reunir una abrumadora mayoría en la siguiente elección, celebrada dieciocho meses más tarde.

El fin de la secuencia política que va de 1945 a 1965 tuvo un contenido desalentador. El Parlamento dejó gradualmente de ser la sede de las grandes decisiones políticas. ¿Era aquel organismo incapaz de desempeñar sus funciones tradicionales de debate frente a unos problemas demasiado complejos? ¿La influencia de los sindicatos obreros tendía hacia su omnipresencia? ¿Asumían los cargos del ejecutivo poderes totalitarios? Tal cúmulo de cuestiones suscita un examen de la época.

Aunque el país no era ni mucho menos el de antes de 1939, la gran mayoría de los habitantes de Gran Bretaña disfrutaban de un nivel de vida superior al de cualquier otra época, pero su participación en el comercio mundial disminuía constantemente. Por ejemplo, entre 1953 y 1963, el volumen de las exportaciones británicas aumentó menos de un 40 %, mientras que las de los países del Mercado Común aumentaron más del 140 %. Dos hechos ilustran tan paradójica situación.

El primero fue la consecución del «Estado de bienestar», cuyos hitos principales fueron el informe Beveridge (1942), la creación del Servicio Nacional de Salud (1947) y la Ley de Asistencia Nacional (1948). Debe reconocerse en favor de gobernantes y gobernados que ello se estableció durante un período en que aún continuaba el racionamiento alimenticio, y el precio a pagar exigía que el público tolerase la perpetuación en tiempo de paz de muchas de las austeridades y controles propios del tiempo de guerra. No obstante, la democracia del bienestar se vio amenazada por tres factores. Uno fue la escasez de dólares (1949-1950), compartida con gran parte de Europa y superada

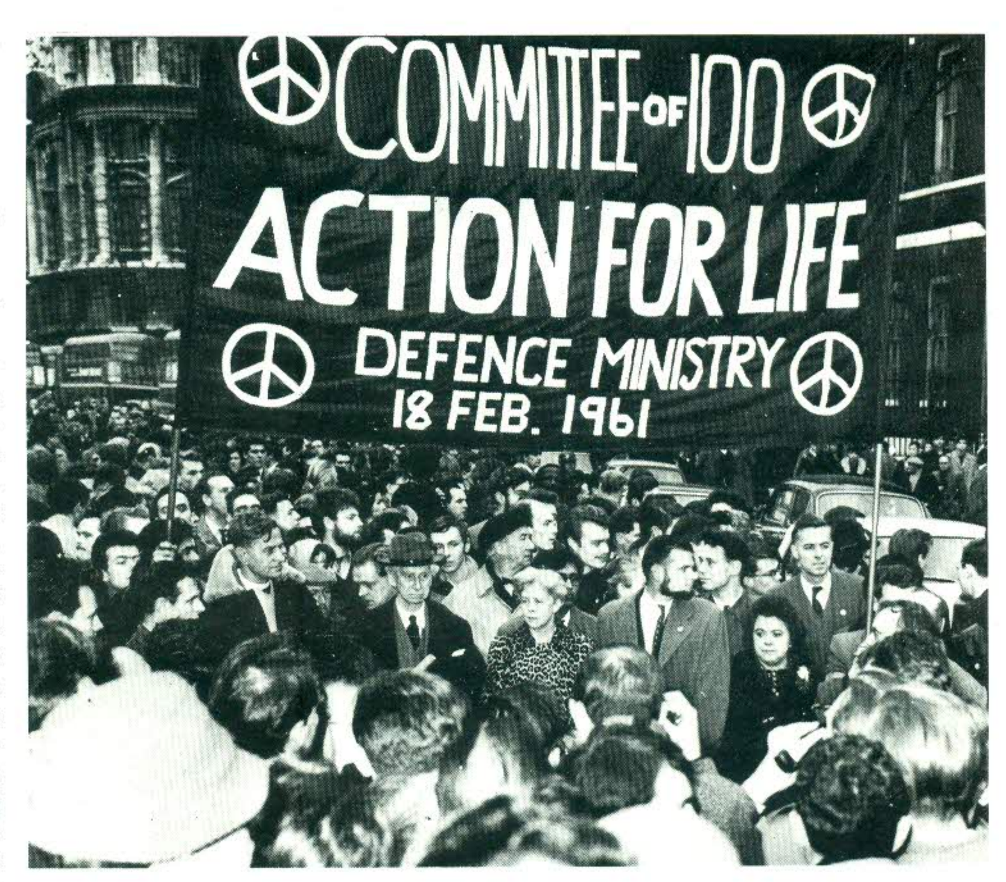


por medio del masivo Plan Marshall. Otro fue la práctica de los círculos mercantiles de evadir impuestos y perjudicar la moral y eficacia públicas. El tercero y, quizás, el factor más importante, fue el problema de la balanza de pagos británica, que dependía cada vez más de créditos exteriores para mantener su nivel de vida.

Para compensar estas influencias negativas, especialmente después de 1953, se intentó vigorizar la economía con frecuentes exhortaciones del gobierno a la patronal y a los trabajadores, en la perspectiva de aumentar las exportaciones. También se intentó mejorar las perspectivas con una tardía gestión para ingresar en la Comunidad Económica Europea. Este asunto dividía a los dos partidos británicos, cuando el gobierno conservador de MacMillan solicitó la inclusión, en el Tratado de Roma, en julio de 1962. El principal argumento económico fue que el Mercado Común europeo podría ofrecer a los fabricantes británicos un mercado mejor y más amplio del que ofrecía entonces la Comunidad de Naciones. El general De Gaulle impuso su veto con un resonante «no» en enero de 1963, basándose en que el Reino Unido no deseaba realmente unirse a la Comunidad y que para ésta sería más un lastre que una ventaja, tanto política como económicamente. Es posible que en este aspecto De Gaulle no estuviera del todo equivocado, si se tiene en cuenta que uno de los principales argumentos de los británicos que estaban en contra de la entrada en el Mercado Común era que la «Europa de los Seis» no constituía la Europa real, la cual se extendía mucho más hacia el norte y el sur, sino tan sólo una fracción de ella. De aquí que Gran Bretaña desarrollase una política comercial alternativa en colaboración con la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA).

En el proceso de ajuste económico entre 1945 y 1965, Gran Bretaña se benefició de la ola de elevación general de las condiciones de vida, común a todos los países europeos, pero perduró cierto grado de desmoralización. Gran Bretaña se había convertido en el inválido del sistema financiero internacional. Pese a todo ello, el «Estado benefactor» británico se aproximó a la «Gran Sociedad» de Estados Unidos.

Para profundizar más hacia la comprensión de los fenómenos políticos y económicos comentados hasta aquí, es necesario prestar atención a lo que podría llamarse el «mar de fondo cultural» de una población de 52 millones de habitantes, con una densidad media de 370 por kilómetro cuadrado. En los años 1950 aún permanecía la conmoción producida por los enormes y a veces heroicos esfuerzos de Gran Bretaña durante la II Guerra Mundial, pero estos valores ya declinaban.



Arriba, manifestación en contra de la construcción de bases para submarinos Polaris *en Escocia. La campaña en favor del desarme fue sin duda el más vivo movimiento político de finales de los 50 y principios de los 60.*

Página anterior, arriba, cartel del Partido Laborista para las elecciones de 1945. El eslogan se refiere a los objetivos últimos de la guerra: no sólo alcanzar la victoria frente al enemigo, sino, además, la construcción de un nuevo modelo de sociedad.

Página anterior, abajo, Los Isleños, *escultura realizada para el festival de Gran Bretaña en 1951.*

En ausencia de objetivos morales y políticos ampliamente compartidos, se inició la protesta de la juventud y surgieron grupos como los *teddy boys*, los *beats* y los *mods and rockers*. También ha de tenerse en cuenta la crisis religiosa. Sin embargo, el proceso de regulación cultural en el mundo de la posguerra no fue completamente negativo. Lo cierto es que, en el terreno de las artes, Gran Bretaña experimentó un verdadero renacimiento. Los nombres de Britten, Fonteyn, Piper, Moore y Murdoch son suficientes para indicar una variedad y riqueza artísticas. Los grupos más jóvenes buscaban una nueva serie de valores coherentes en los campos de la política y la ética, en especial los referentes a la conducta sexual. Quizá el signo más esperanzador de auténtico progreso se encontraría en la esfera de la educación. La ley de educación de 1944 había sido la culminación de una «revolución social silenciosa» que se había iniciado en 1870. Aunque no se hicieron efectivas todas sus cláusulas, produjo un fermento de interés por la educación de los niños británicos.

A modo de resumen, podría decirse que después de 1945, Gran Bretaña abandonó gradualmente las formas tradicionales de moralidad y religión, persiguiendo la prosperidad material con una ansiedad inusitada. Se cuestionaron las instituciones políticas y se apostó por una «nueva cultura».

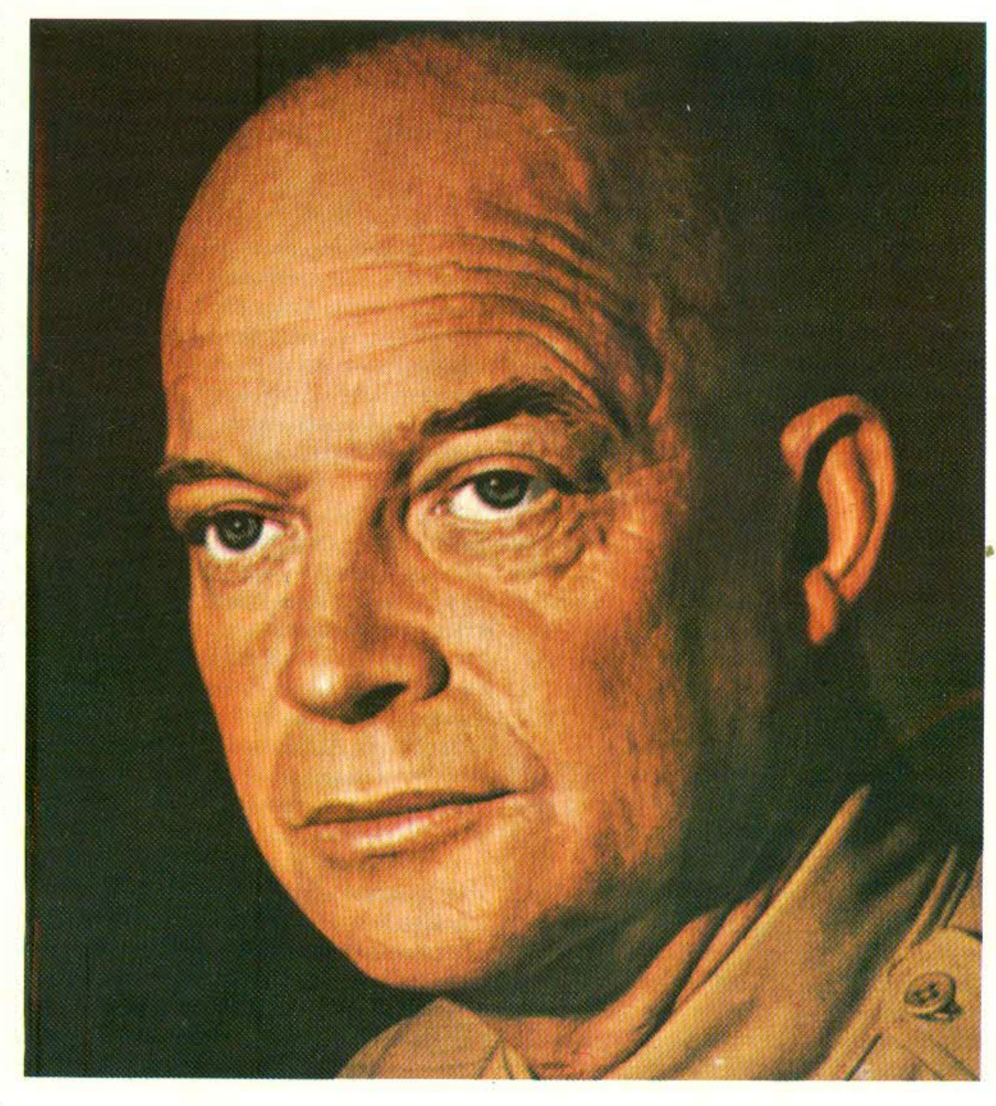
Estados Unidos

En contraste con la Gran Bretaña de posguerra, en Estados Unidos no hubo una amplia exigencia de reforma social, sino más bien un retorno a la situación anterior a la guerra. Sin embargo, tres potentes factores, que intervendrían a lo largo de las cuatro presidencias del período 1945 a 1965, actuaron para impedir que se cumpliera aquel deseo. El primer factor fue el creciente volumen y la vehemencia de la protesta de los negros, consecuencia de su participación en los esfuerzos generados por la guerra. El segundo factor, provocado hasta cierto punto por el anterior, fue una exigencia creciente de medidas para abolir las zonas de pobreza y miseria blancas que aún existían en la Unión. El tercer factor fue que los ciudadanos norteamericanos tomaron conciencia de las inevitables responsabilidades mundiales de su gobierno.

Debido a la muerte en activo de Franklin D. Roosevelt, su vicepresidente, Harry Truman, le sucedió automáticamente a principios del verano de 1945. Poco se sabía o esperaba del nuevo presidente. Al principio pareció que sería un gobernante de transición. No obstante, en el curso de sus dos períodos presidenciales, de 1945 a 1948 y de 1948 a 1952, su actuación contradijo aquella perspectiva. Dos cuestiones demostraron la capacidad de Truman para interpretar la opinión de las masas de sus conciudadanos, quienes se vieron reflejados en su sentido común. En primer lugar cierta comprensión del problema negro: el hecho de que se atreviera a incluir el tema de los derechos civiles en su programa electoral para 1948 demostraba que el problema no podía obviarse. En segundo lugar su modo de controlar el anticomunismo. En 1948, Alger Hiss, un alto funcionario del departamento de Estado y presidente de la Fundación Carnegie para la Paz, fue acusado por el ex comunista Whittaker Chambers de haber entregado secretos norteamericanos a los soviéticos en los años de 1930. Este incidente, cuyo resultado fue que el Tribunal Supremo consideró a Hiss convicto de perjurio, pero no de traición, en octubre de 1950, desató la alarma pública, latente durante largo tiempo, acerca de que la diplomacia norteamericana era burlada por la astucia soviética en todo el mundo.

Aunque pocos días después del veredicto sobre Hiss, Truman anunció que se relanzarían las investigaciones preparativas de la bomba de hidrógeno, ello no bastó para apaciguar a los «cazadores de brujas», cuyo líder fue el senador republicano por Wisconsin, Joseph McCarthy. Su principal crítica a la administración





Truman fue que existían comunistas en altos cargos gubernamentales. El Comité Tydings, nombrado para investigar estos cargos, informó en julio de 1950 que la acusación carecía de fundamento y que desacreditaba a McCarthy. No obstante, durante algún tiempo el país entero cedió a la atracción de una «caza de brujas» y muchos liberales y moderados fueron víctimas del mecanismo. El maccarthysmo fue una extraña cicatriz en el cuerpo político y social norteamericano, y sin duda ejerció una influencia considerable en las elecciones presidenciales de 1951-1952, convirtiendo los objetivos del candidato demócrata, Adlai Stevenson, en un imposible.

Los dos períodos de la presidencia Eisenhower (1952-1956 y 1956-1960) estuvieron marcados por un importante progreso material, por un conformismo social masivo e irreflexivo y por el dominio del «hombre organización». «Ike», como se conocía popularmente a Eisenhower, héroe nacional tras su mando victorioso de las fuerzas aliadas a fines de la II Guerra Mundial, se contentó con ser un presidente amable, aficionado al golf, que presidía las reuniones de sus colaboradores, escuchaba sus consejos, a menudo los seguía, adoptando una nítida postura paternal, tan grata al pueblo norteamericano.

Tras un breve y sórdido triunfo en el verano de 1954, el maccarthysmo fue finalmente extirpado por la resolución del Senado, en diciembre de 1954, que declaró que McCarthy «había contravenido la ética senatorial y tendido a deshonrar y desacreditar al Senado, obstruyendo sus métodos constitucionales y deteriorando su dignidad».

El gabinete Eisenhower, conservador, según él mismo admitía, se concentró en mitigar las heridas de la guerra de Corea, en reducir los gastos federales, eliminar la corrupción y reforzar la defensa nacional. En su segundo mandato surgieron nuevos problemas. Se produjo la revolución en Cuba y la crisis del Líbano, el lanzamiento soviético del *Sputnik I*, el incidente del avión «U2» y la fracasada conferencia «en la cumbre» de 1959, en París. Todo ello influyó y se combinó con crisis internas: el conflicto de la integración escolar en Little Rock, en Arkansas, fue una definitiva señal de alarma a toda la nación de que la paciencia de los negros y la moderación de los blancos, sobre todo en los estados sureños, había llegado casi al final. A los ciudadanos negros norteamericanos se les impedía el ejercicio de voto por procedimientos tan escandalosos como las pruebas de alfabetización; se les enviaba a escuelas inferiores mediante la tergiversación de los distritos escolares, y en la mayoría de estados sureños se les excluía de la prestación de servicios o cargos públicos.

Tal era la situación cuando la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, fundada tiempo atrás, y su Fondo de Defensa Legal y Educación adquirieron un nuevo impulso. Su primer triunfo fue la decisión del Tribunal Supremo, en mayo de 1954, de que «en el campo de la educación la doctrina de "iguales pero separados" no tiene fundamento». Dieciocho meses más tarde se abolió la segregación de asientos en los autobuses en Montgomery, estado de Alabama, como resultado del boicot negro a los autobuses organizado por el reverendo Martin Luther King.

Posteriormente, a principios del curso escolar de 1957, la junta escolar de Little



Arriba, anuncio publicado en Norteamérica alrededor de los años 50. Su enorme riqueza situó a este país a la cabeza de las naciones desarrolladas.

Página anterior, arriba, el presidente Harry S. Truman (mandatario estadounidense de 1945 a 1953) sostiene un ejemplar del Chicago Tribune *que anunció, por error, la victoria de su oponente Dewey en las elecciones presidenciales de 1948.*

Página anterior, abajo, Dwight D. Eisenhower (1890-1969), militar y trigésimo cuarto presidente de los Estados Unidos. Aunque no fue un genio militar, las querellas entre los aliados durante la II Guerra Mundial demostraron pronto que Eisenhower era insustituible como árbitro y moderador. (Fototeca Storica Nazionale, Roma.)



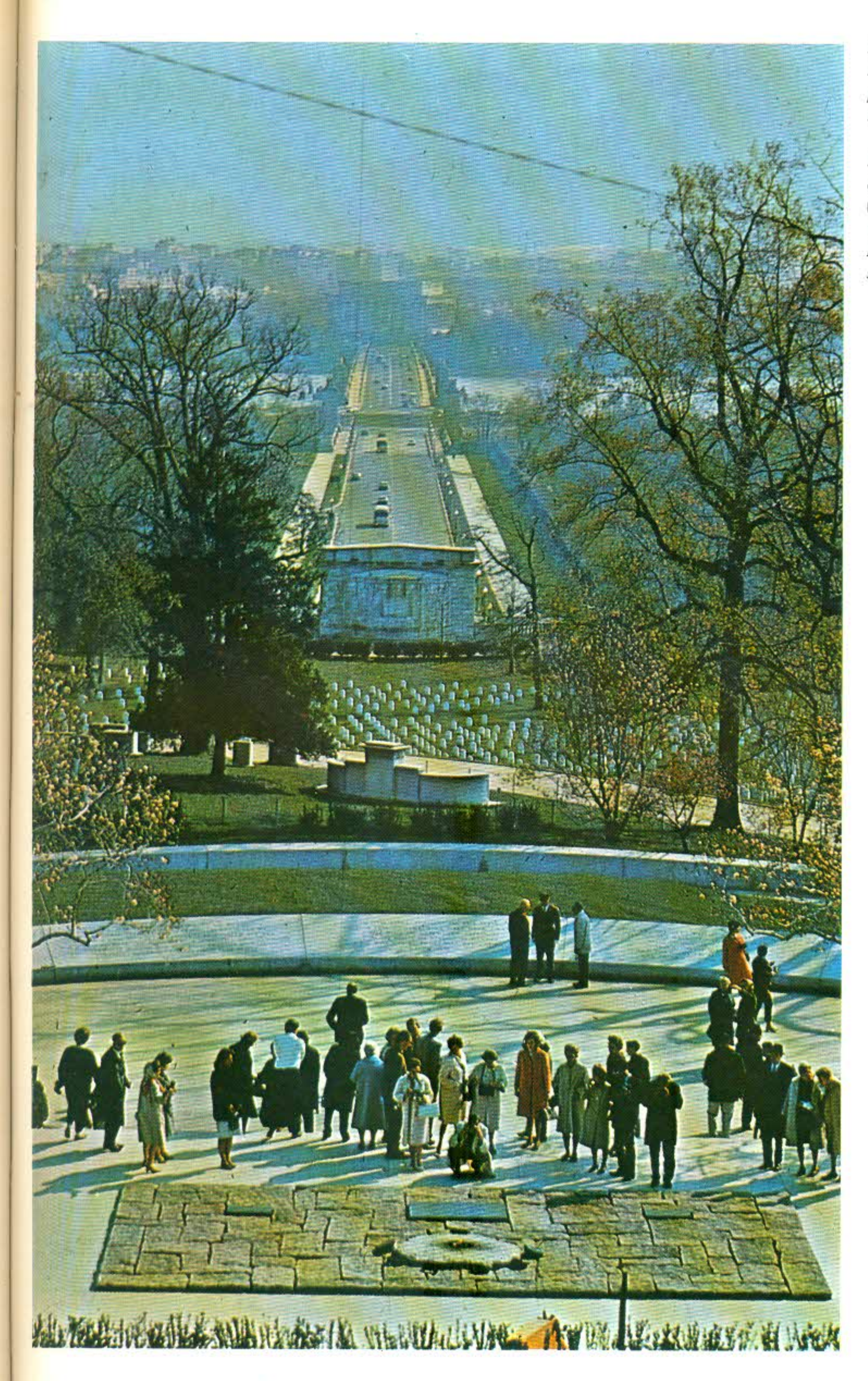
Rock decidió admitir a 17 estudiantes negros en la escuela secundaria central, sólo frecuentada por blancos. Desafiando la ley federal, el gobernador de Alabama apostó a la guardia nacional de Arkansas fuera de la escuela, al parecer para «evitar la violencia racial», pero en realidad para impedir la entrada de los negros. Esto constituía un desafío directo a la Constitución federal y, a pesar de los derechos estatales, se sintió obligado a intervenir para solucionar la situación de Little, Rock, prohibir las actividades del gobernador Faubus y respaldar la decisión del Tribunal Supremo. Para ello «federalizó» a la guardia nacional de Arkansas y envió un cuerpo militar de paracaidistas a Little Rock para imponer la ley y el orden durante el resto del año escolar.

Fue el principio de un malestar progresivo que se extendió por Estados Unidos durante la etapa final de la presidencia de Eisenhower. Sus componentes eran: el temor blanco frente a las aspiraciones negras; un sentimiento generalizado de vergüenza por la pobreza aún reinante en muchas zonas, y desaliento por los éxitos de la ciencia soviética. El Congreso aprobó la Ley de Educación para la Defensa Nacional, que permitía la apropiación de importantes fondos para la financiación de científicos y políticos.

Mientras, creció la revuelta negra. En 1960 el Congreso de Igualdad Racial organizó una serie de marchas por la libertad.

La era Eisenhower terminaba con una profunda depresión nacional. Era evidente que la fórmula política de los últimos ocho años era inoperante, a pesar de la riqueza material del país, para solucionar los dos grandes problemas: la situación de los negros en una sociedad opulenta y las obligaciones internacionales de Estados Unidos.

La presidencia de Kennedy fue tan breve en duración como distinta en estilo. En su inicio, en enero de 1961, John F. Kennedy, el presidente más joven que tuvo la nación, declaró su esperanza de que las naciones del mundo llegaran conjuntamente a «explorar el espacio, conquistar los desiertos, erradicar las enfermedades, investigar las profundidades del océano y alentar las artes y el comercio». Aunque 34 meses más tarde sucumbió bajo las balas de un asesino, su política de



Izquierda, Cementerio Nacional de Arlington, en la ciudad de Washington; en primer término la tumba de John F. Kennedy.

Página anterior, segundos después del asesinato del presidente John F. Kennedy (1917-1963) en Dallas. Según el informe Warren, el autor del magnicidio fue Lee Harvey Oswald, pero existen serias dudas sobre la exactitud de esta versión.

«nueva frontera» se manifestó vigorosamente.

La revuelta negra prosiguió: en septiembre de 1962 la Universidad de Mississippi admitió un estudiante negro. En agosto de 1963, un cuarto de millón de personas de color celebraron una pacífica reunión en Washington. Fueron escuchadas solidariamente por Kennedy, quien entonces recomendó al Congreso profundas medidas sobre derechos civiles, que se convirtieron en ley al cabo de un año.

Las iniciativas internas del presidente Kennedy fueron dificultadas por un Congreso nominalmente democrático, pero dominado por fuertes prejuicios conservadores. Cierto que Kennedy creó el Cuerpo de Paz Norteamericano para la prestación de servicios benéficos en ultramar y se vio promulgada la Ley de Expansión del Comercio, pero cuando fue asesinado, en noviembre de 1963, eran más las promesas que los logros. Su juventud, su nivel intelectual y su estilo habían proporcionado

nueva energía y esperanza a la vida nacional norteamericana en un momento de crisis.

Lyndon B. Johnson era personalmente la antítesis de Kennedy, pero compartía parte de sus ideas políticas. Como resultado de la aprobación de la Ley de Derechos Civiles, en 1964, impulsó las organizaciones de derechos civiles que actuaban en Estados Unidos, principalmente en el sur. Su misión consistía en verificar hasta qué grado se cumplían las leyes, alentando el registro de votantes y la educación política en las comunidades negras, y promoviendo la renovación urbana y la limpieza de los suburbios. A pesar de todo, la situación de los negros siguió siendo desesperada en muchas zonas del país.

La sombra de Vietnam se extendió sobre la administración Johnson, y las dudas impregnaron el ánimo de los jóvenes norteamericanos enviados a luchar allí. Se incrementó la resistencia negra en

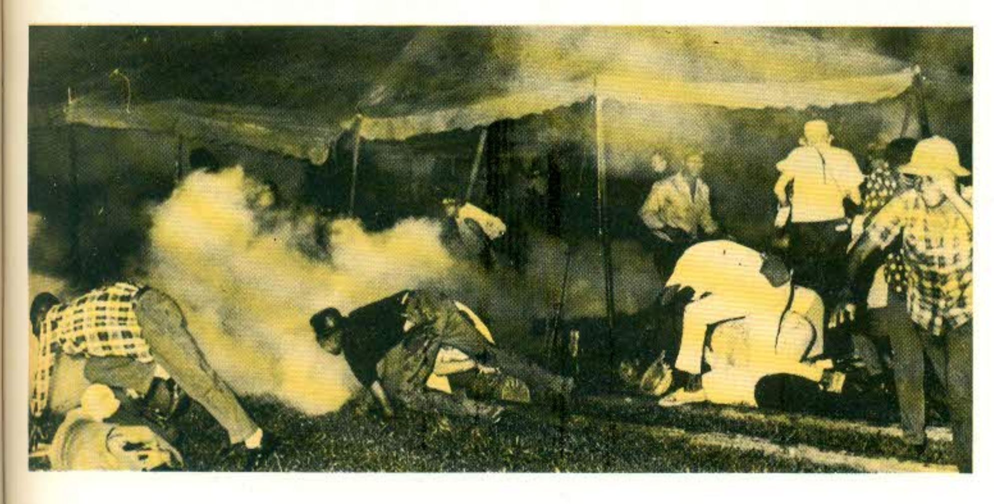


Izquierda, disturbios racistas en la ciudad de Nueva York, en julio de 1964. La segunda mitad de la década de los 60 se caracterizó por las revueltas de la gente de color contra la discriminación racial.

Abajo, manifestación antirracista reprimida con gases lacrimógenos en Mississippi, en junio de 1966.

Página anterior, arriba, el presidente Johnson se dirige al país desde el Capitolio. El "mensaje a la nación", con todo el Congreso, la Corte Suprema y el cuerpo diplomático reunidos, constituye una tradición política en los Estados Unidos.

Página anterior, abajo, Lyndon B. Johnson asumió la presidencia de los Estados Unidos a la muerte de John F. Kennedy. Posteriormente sería reelegido para el cuatrienio 1965-1968.



el país y aumentaron las filas de los norteamericanos que rechazaban el servicio militar en Vietnam. Se extendió la idea de que el dinero vertido en Vietnam se hubiera gastado mejor en el propio país. En el contexto de esa situación las propuestas del presidente Johnson para la creación de la «gran sociedad» palidecieron.



Los inicios de la «guerra fría»

El origen de la «guerra fría» puede encontrarse en el *Manifiesto comunista* de 1848. En él se lanzaba implícitamente un reto totalitario a la política liberal en nombre del materialismo dialéctico, la dictadura del proletariado y una economía planificada. Ese reto recibió un poderoso refuerzo con el triunfo del leninismo y el stalinismo, y el pacto germano-soviético, al estallar la II Guerra Mundial, fue sólo una matización táctica del mismo. Ya en la época en que se celebraron las conferencias de Potsdam y de Yalta, en 1945, resurgió de nuevo inequívocamente.

Al finalizar las hostilidades, la política norteamericana se basó en la suposición de una cooperación armoniosa con la Unión Soviética y el reforzamiento de las Naciones Unidas.

Este propósito perduró durante un año y medio, período durante el cual la Unión Soviética lanzó su reto al mundo no comunista. El control soviético se extendería entre 1945 y 1948 a lo largo de una amplia zona, desde el paralelo 38, en Corea, hasta el Elba en Europa; solamente en Yugoslavia el régimen titoísta se atrevió a seguir su propio camino, mientras que en Checoslovaquia no hubo más que un intervalo de respiro antes de que el poder soviético se impusiera en Praga en 1948.



Territorios anexionados por la Unión Soviética en 1945
Territorios anexionados por Polonia en 1945
Territorios ocupados por las fuerzas británicas y de Estados Unidos de 1945 a 1955
"Telón de acero" (el "telón" se desplazó hacia el este cuando la Unión Soviética, junto con los otros aliados, se retiraron de Austria en 1955)
Fronteras posteriores a 1945
Fronteras de 1937

Churchill expresó la importancia de estos acontecimientos en presencia del presidene Truman en Fulton, Missouri, el 5 de marzo de 1946:

«Una sombra se extiende en los escenarios de la reciente victoria aliada... Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, un telón de acero ha caído sobre el continente. Tras él se hallan las capitales de los antiguos estados de Europa central y oriental: Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía... Cualesquiera que sean las conclusiones que puedan extraerse de estos hechos, lo cierto es que no es esta la Europa por la que luchamos.»

Alemania fue el foco central de las tensiones, pues allí los soviéticos aislaron su zona de la británica, francesa y norteamericana, política y económicamente.

El 5 de junio de 1947, el secretario de Estado norteamericano, general Marshall, pronunció un discurso ofreciendo una ayuda económica sustancial a Europa occidental:

«Nuestra política no se dirige contra ningún país o doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos. Su propósito será un restablecimiento de una economía que funcione... Todo gobierno que desee ayudar en la tarea de recuperación encontrará una cooperación total... por parte del gobierno de Estados Unidos... Creo que la iniciativa debe partir de Europa.»

Y así fue, en efecto, por parte de Gran Bretaña y Francia. La Unión Soviética sostuvo que el proyecto debería aplicarse separadamente a cada nación y no al continente en su conjunto, y el Plan Marshall quedó reducido al oeste europeo. Al cabo de un año, la Organización de Cooperación Económica Europea (OCEE) se encargaría de controlar la ayuda norteamericana de 17.000 millones de dólares.

Paralelamente a este refuerzo económico de Europa occidental, George Kennan, jefe de la sección de planificación política del departamento de Estado, desarrolló una política de contención basada en la convicción de que los planes de la Rusia soviética eran potencialmente agresivos y había que ofrecerles resistencia, no sólo mediante medidas económicas y militares, sino por medio de una reafirmación positiva de los ideales políticos de la civilización occidental.

Nueve países comunistas en Europa occidental y central respondieron a esta acción estableciendo un Buró de Informa-

Arriba, Europa en los años inmediatamente posteriores a la II Guerra Mundial.

Arriba, izquierda, cartel conmemorativo del Plan Marshall de 1947, por el que Estados Unidos ofrecía su ayuda a los países de Europa devastados por la guerra.

Página anterior, arriba, en junio de 1945 tuvo lugar la Conferencia de Potsdam, convocada para ratificar los acuerdos de Yalta y decidir sobre el futuro de las dos Alemanias.

Página anterior, líderes del comunismo internacional reunidos en la capital moscovita para celebrar el 70 aniversario de Stalin, en diciembre de 1949.

ción Comunista (Kominform). Este organismo describió al plan Marshall como «un síntoma del expansionismo de Estados Unidos».

Durante la primavera y principios del verano de 1948 se produjeron levantamientos comunistas en Malaca contra el gobierno colonial británico, y en las Filipinas contra el nuevo gobierno independiente de Manila. Sin embargo, fue en Indochina donde la ofensiva comunista se hizo sostenida y eficaz. Mientras, en Europa, un golpe de Estado contra Benes y Masaryk estableció un gobierno comunista en Checoslovaquia, en febrero de 1948; en junio, Yugoslavia fue expulsada del Kominform, y desde aquella fecha hasta el otoño de 1949 la política de Stalin tendió a eliminar a los dirigentes comunistas sospechosos de desviación de la línea ortodoxa de Moscú.

El núcleo de la «guerra fría» fue la ciudad de Berlín, dividido en cuatro zonas.

En junio de 1948 las potencias occidentales anunciaron una reforma monetaria en Alemania Occidental, incluyendo en el plan a Berlín occidental. A las 6 de la madrugada del 24 de junio de 1948 las fuerzas soviéticas cortaron las carreteras y vías férreas de Berlín que comunicaban con el oeste. Los aliados replicaron organizando un puente aéreo de suministros a la ciudad sitiada, el cual mantuvieron con éxito hasta que los soviéticos levantaron el bloqueo en mayo de 1949.

Este incidente, combinado con una serie de amenazas comunistas en todo el mundo, estrechó los vínculos de Estados Unidos con sus aliados de Europa occidental. El 4 de abril de 1949 se creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), formada por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, el Benelux, Italia, Islandia, Canadá, Dinamarca, Noruega y Portugal; su preámbulo concluía: «Las partes acuerdan que un ataque armado contra una o más naciones en Europa o Norteamérica sería considerado como un ataque contra todas ellas».

La política de contención se había iniciado con firmeza y éxito en el otoño de 1949, pero su futuro se vio afectado por dos hechos: la explosión de la primera bomba atómica soviética y el predominio comunista en China.

Como ya vimos anteriormente, el conflicto entre Chang Kai-Chek y Mao Tse-Tung se extendió durante la II Guerra Mundial, y en julio de 1946 se convirtió en guerra civil. Los ejércitos comunistas de Mao triunfaron y, en octubre de 1949, Chang Kai-Chek se vio obligado a retirarse con los restos de sus tropas a la isla de Taiwan.

En 1945, para facilitar la rendición de Japón, Corea fue dividida por el paralelo 38. La mitad norte se colocó bajo supervisión soviética y la mitad sur bajo la norteamericana. En 1948 se creó la República de Corea, en el sur, más o menos independiente, y poco después la República Popular Democrática de Corea, en el norte. El paralelo 38 se había convertido en el telón de acero de Extremo Oriente.





En junio de 1949 fueron retiradas de Corea del Sur las tropas de ocupación norteamericanas. La Unión Soviética instigó una invasión de Corea del Sur por el ejército del Norte, y la guerra comenzó el 25 de junio de 1950. Los norteamericanos respondieron de inmediato a este reto enviando tropas y suministros al Sur, y poco después las Naciones Unidas recomendaron una acción militar de sus propias tropas «para repeler el ataque armado».

En septiembre de 1950 tropas norteamericanas desembarcaron en Inchon, y la política de Estados Unidos se centró en librar una guerra limitada, es decir, que no provocara la participación directa de la Unión Soviética o China. Sin embargo, el general norteamericano MacArthur tenía unos planes más agresivos, y sus tropas, en octubre de 1950, vulneraron territorios del Norte.

La Unión Soviética no respondió a la provocación. Pero China sí y sus tropas detuvieron las fuerzas norteamericanas. En diciembre de 1950, Estados Unidos y Gran Bretaña abandonaron su objetivo de unir el norte y el sur de Corea y firmaron una declaración señalando su intención de permanecer firmes en el paralelo 38.

En abril de 1951, el general MacArthur, que todavía abogaba por una política agresiva, fue destituido por el presidente Truman, quien reafirmó su política de contención y de guerra limitada.

Nuevas ofensivas chinas y norcoreanas en la península, en abril y mayo de 1951, fueron detenidas por las fuerzas nortea-



mericanas, iniciándose negociaciones para alcanzar un armisticio. Estas negociaciones se prolongaron durante varios meses mientras continuaba la guerra, con la amenaza de Estados Unidos de lanzar la bomba atómica en territorio chino. Finalmente, se firmó un armisticio en Panmunjon, el 27 de julio de 1953, confirmando la partición de Corea.

La situación en Extremo Oriente indujo a Estados Unidos a promocionar un enorme programa de rearme mundial. Ello señaló una nueva política de negociación norteamericana basada en la fuerza. Aspectos de este cambio fueron la firma de un tratado de paz con Japón en septiembre de 1951, la unión a la OTAN de Grecia y Turquía, y el surgimiento de una Alemania Occidental prácticamente independiente, la República Federal de Alemania, que pronto se convertiría en un miembro de pleno derecho de la alianza occidental.

Con la elección para la presidencia norteamericana del candidato republicano, general Eisenhower, en noviembre de 1952, y la muerte, en marzo de 1953, de Stalin, la situación mundial pareció estabilizarse. En la Unión Soviética el poder pasó, a través de Malenkov, a Kruschev. En junio de 1953 fue sofocado un levantamiento en Alemania Oriental por tropas soviéticas; en marzo de 1954, los norteamericanos experimentaron con éxito un nuevo ingenio nuclear en las islas Bikini: la bomba de hidrógeno.

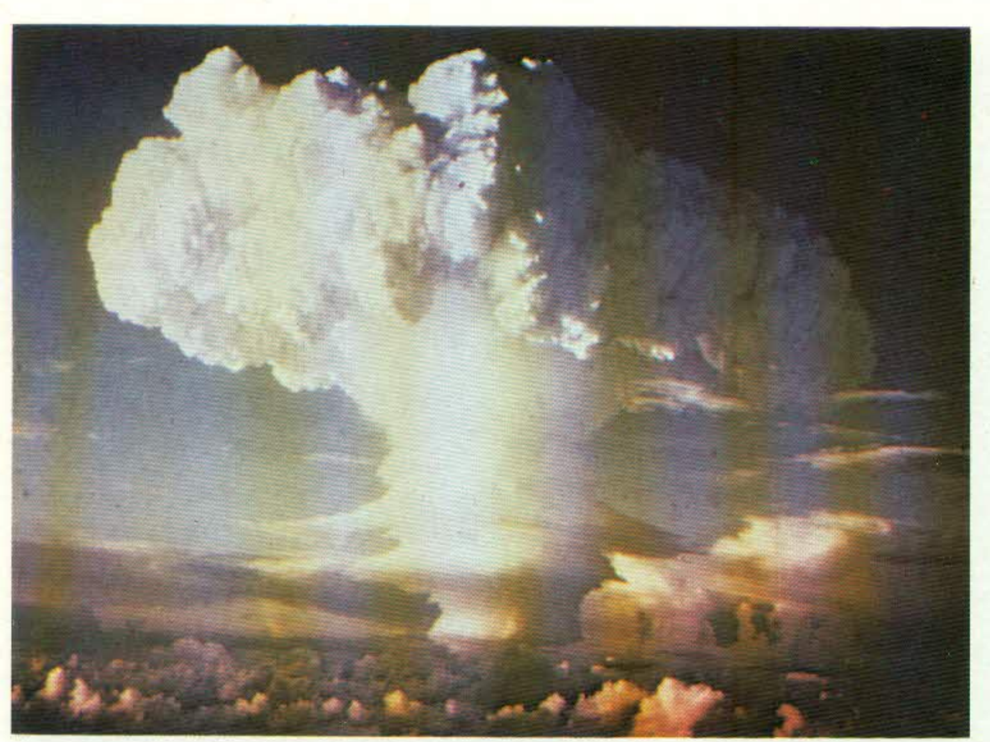
El nuevo secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles, practicó el arte de la política «al borde del abismo» en las relaciones internacionales entre el Este y el Oeste. Se habló de represalias masivas por Estados Unidos. En septiembre de 1954 se estableció un nuevo bastión anticomunista mediante la formación de la Organización del Tratado de Asia del Sudeste (SEATO), formada por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Thailandia, Pakistán, Australia y Nueva Zelanda.

Sin embargo, a pesar de tal crispación, el año 1954 señaló un avance hacia la acomodación, aunque limitada, entre la Unión Soviética y Estados Unidos. La Unión Soviética aceptó pactar un acuerdo de división de Alemania, y en abril de 1954 tuvo lugar la conferencia de Ginebra, convocada para discutir el futuro de

Arriba, refugiados de guerra coreanos. Consolidada la República Popular de China, Estados Unidos asumió el papel de defensor del "mundo libre" en Asia.

Página anterior, arriba, el Dakota *británico transporta pasajeros después de descargar provisiones en Berlín, durante el bloqueo soviético de 1948. El éxito del puente aéreo aseguró la supervivencia de Berlín Oeste.*

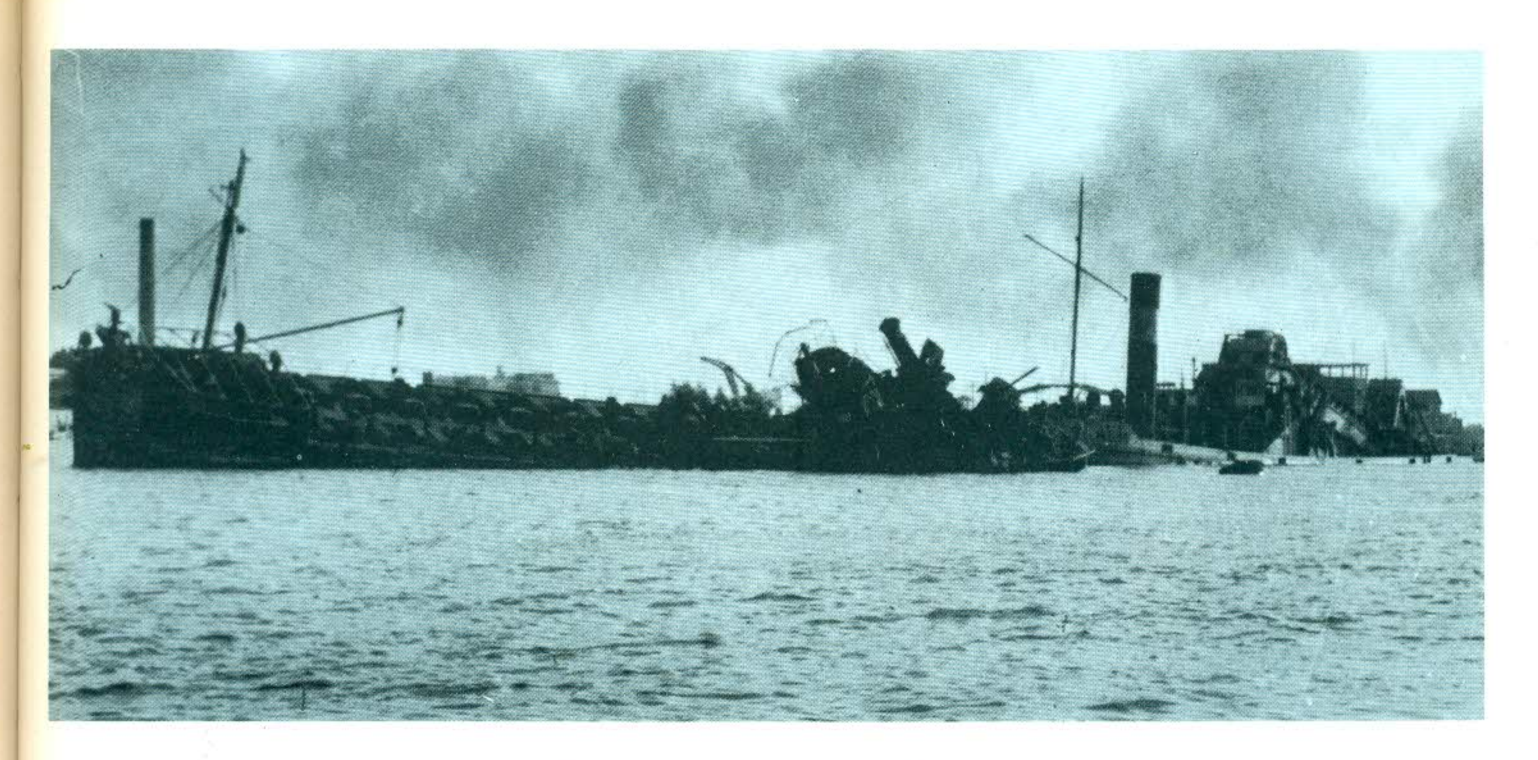
Página anterior, centro, el general Douglas MacArthur (1880-1964) es recibido en Estados Unidos después de ser depuesto como comandante en jefe de las fuerzas de las Naciones Unidas en Corea, a causa de su intención de intervenir militarmente en China.



Corea e Indochina. Con respecto a la primera no se logró nada, pero como resultado de la derrota francesa en Dien Bien Phu por las fuerzas comunistas, se acordó la partición de Vietnam en una zona Norte y otra Sur.

A principios del año 1955 se produjo un nuevo agravamiento entre los dos bloques. En enero, las islas costeras, Quemoy y Matsu, ocupadas por el gobierno nacionalista de Taiwan, fueron amenazadas por los comunistas chinos del continente. Inmediatamente el presidente norteamericano obtuvo autorización del Congreso para recurrir a las armas si fueran necesarias para la defensa. En abril de 1955 hubo una conferencia afroasiática en Bandung (Indonesia) donde el ministro chino de Asuntos Exteriores, Chu En-Lai, recomendó veladamente la «pacífica» liberación de Formosa. Este fue el inicio de un intervalo, de casi tres años en el área extremo oriental, de la «guerra fría».

En Europa, la República Federal de Alemania se convirtió formalmente en



miembro de la alianza occidental el 6 de mayo de 1955. El mismo mes la Unión Soviética organizó un sistema de defensa para los países orientales, el Pacto de Varsovia; posteriormente aceptó la situación de la Yugoslavia de Tito, y accedió a la firma de un tratado sobre la neutralidad de Austria. Al mismo tiempo, la Unión Soviética lanzó su primer misil balístico de alcance medio. Ambas potencias habían consolidado sus posiciones antes de acudir a la conferencia «cumbre» de Ginebra, en julio de 1955, la cual no condujo a ninguna solución, debido a la intransigencia básica de Estados Unidos y de la Unión Soviética, en especial sobre el tema de Alemania.

El drama de la «guerra fría» cobró nueva virulencia en el escenario de Oriente Medio. Como parte de la estrategia de Estados Unidos, en abril de 1955 se había firmado el Pacto de Bagdad entre Turquía, Iraq y Gran Bretaña, y algo más tarde con Pakistán e Irán, el cual originó graves tensiones, pues el presidente Nasser, de Egipto, vio en ello un aumento de la potencia del Iraq monárquico que rivalizaría con su propio liderazgo del mundo árabe. Incapaz de obtener armas desde Occidente para apoyar su guerra de guerrillas contra Israel, en septiembre de 1956 las adquirió a la Unión Soviética a través de Checoslovaquia. Al mismo tiempo, planeaba la gran presa de Asuán con la ayuda de capital norteamericano. Cuando en la primavera de 1956 se supo que el líder egipcio había reconocido a la China comunista, se retiraron las promesas norteamericanas y británicas de ayuda para el proyecto y construcción de la presa de Asuán.

Este fue el momento en que Nasser jugó su baza triunfal: el 26 de julio de 1956 nacionalizó el canal de Suez. Ello abrió la crisis de Suez, que reveló una gravísima división anglo-norteamericana y coincidió con el levantamiento húngaro y la entrada de los tanques soviéticos en Budapest. Durante aquella coyuntura se rompió la solidaridad occidental anticomunista. Sin embargo, los principales protagonistas ideológicos, Estados Unidos y la Unión Soviética, estaban interesados en evitar la extensión de las hostilidades en Oriente Medio.

Pese a la crisis, apuntaba ya la era de la coexistencia, enmarcada de modo siniestro por el inicio de la producción, en 1957, de dos armas devastadoras: el misil balístico de alcance intermedio y el misil balístico intercontinental. Todavía fue más significativo el «discurso secreto» que Kruschev dirigió al Partido Comunista en 1956, atacando violentamente a Stalin y su política.

Este discurso tuvo grandes repercusiones, primero en Polonia, donde estallaron tumultos contra el régimen estalinista en el mes de junio, a los que sucedió, en octubre, la formación de un gobierno revisionista dirigido por Wladislaw Gomulka.

Con el lanzamiento del satélite *Sputnik* en octubre de 1957, se inició una carrera frenética entre Estados Unidos y la Unión Soviética para obtener la supremacía en el campo de los misiles. Mientras, las naciones de Europa occidental se habían recuperado económicamente de los estragos de la guerra, y seis de ellas (Francia, Alemania Federal, Bélgica, Italia, Países Bajos y Luxemburgo) estrechaban más sus vínculos económicos con perspectivas

Arriba, buques egipcios bloquean la entrada del canal de Suez en noviembre de 1956. El fracasado intento de Gran Bretaña y Francia de arrebatar a Nasser el control del canal, inicia el ocaso de la dominación británica en la zona.

Página anterior, arriba, explosión de ensayo de una bomba de hidrógeno en el Pacífico, a finales de la década de 1940.

Página anterior, abajo, cohetes soviéticos de largo alcance son transportados por camiones especiales durante un desfile en la capital moscovita.

políticas, firmándose el Tratado de Roma en marzo de 1957, que institucionalizó la Comunidad Económica Europea a partir del 1 de enero de 1958.

La iniciativa política seguía en Moscú, que deseaba formalizar la coexistencia pacífica mediante una reunión en la cumbre, en condiciones que proveyeran la retirada de las fuerzas militares norteamericanas de Europa. Sin embargo, en el verano de 1958 el gobierno monárquico iraquí fue derribado, y aunque tropas británicas y norteamericanas pasaron al Líbano y Jordania para imposibilitar cualquier posible intromisión soviética en la situación, Iraq abandonó el Pacto de Bagdad, al que más tarde se le daría el nuevo nombre de Organización del Tratado de Oriente Central (CENTO).

Una vez más, el problema de Berlín cobró actualidad. El 10 de noviembre de 1958, Kruschev propuso que los signatarios de Potsdam, es decir, Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña, acordasen la conversión de Berlín en una «ciudad libre desmilitarizada», situada en territorio de la República Democrática Alemana. Era una insinuación para que los aliados occidentales se marcharan, que finalmente no prosperó. Nuevas consultas en Moscú, París y Washington no lograron resolver el problema. El estancamiento de las negociaciones espoleó a Kruschev y al nuevo presidente norteamericano, Kennedy, a intentar otro encuentro en la cumbre con la esperanza de romper el punto muerto sin sacrificar sus mutuos intereses.

Sin duda, otro factor decisivo fue la brecha abierta entre los regímenes comunistas de Moscú y Pekín. El motivo de la tensión era la diferencia de opinión entre la Unión Soviética y China acerca de la teoría, la táctica y la estrategia comunistas, resultado de hecho de que la revolución maoísta tenía un carácter agrarista. Además, el ingrediente nacionalista en China era tan fuerte como lo fuera en Rusia. El Partido Comunista Chino rechazó la política de coexistencia soviética, considerada contraria a los principios del marxismo-leninismo. Por otra parte, China iniciaba su «Gran Salto Adelante» durante la década de 1950: un intento de modernizar e industrializar aceleradamente el país. En julio de 1960, en la Conferencia de Bucarest de partidos comunistas, Moscú acusó a Pekín de herético y belicista. El apogeo de la controversia se alcanzó en el mes de noviembre de 1960 con un aparente compromiso que, sin embargo, no pudo ocultar la gran desconfianza subyacente y las diferencias de las políticas con respecto a la revolución mundial, y el modelo de los movimientos nacionales de liberación.



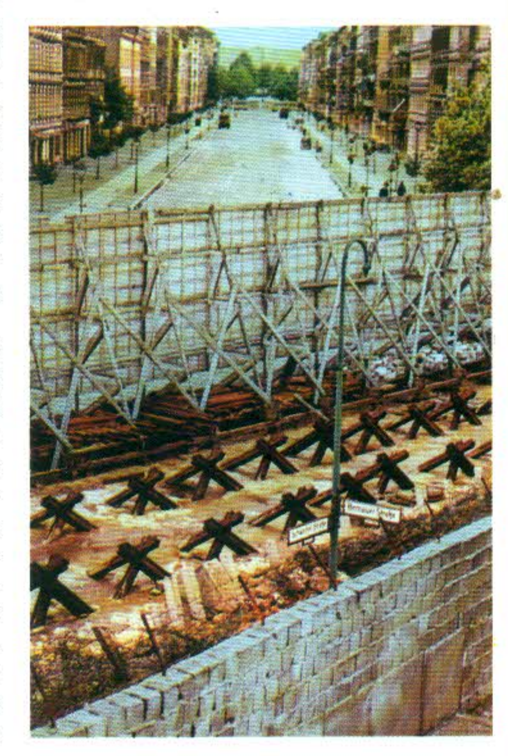
Kruschev prosiguió con su versión de la coexistencia con Occidente, aunque en noviembre de 1960 acusó a las Naciones Unidas de instrumento imperialista, a raíz de su intervención en el Congo.

El año 1961 fue decisivo en el contexto de la «guerra fría» al agudizarse las crisis de Cuba, Berlín y el Extremo Oriente (Laos y Vietnam). En abril de 1961 se produjo el desastroso intento, de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana, de apoyar un desembarco en la bahía de Cochinos, integrado por cubanos opuestos al régimen comunista de Fidel Castro. Al triunfo castrista siguió la construcción de plataformas de lanzamiento de misiles por los soviéticos en suelo cubano y el consiguiente ultimátum enviado por Kennedy a Kruschev el 22 de octubre de 1961, exigiendo su desmantelamiento. La Unión Soviética capituló y a cambio obtuvo el cierre de bases norteamericanas en Turquía.

El 3 y 4 de junio de 1961, Kennedy se reunió con Kruschev en Viena, y éste le comunicó su decisión de dar prioridad al asunto de Berlín. Kruschev repitió la exigencia soviética de 1958 amenazando con firmar un tratado de paz por separado con Alemania Occidental, volviendo a sugerir un *status* de «zona desmilitarizada» para Berlín occidental. Kennedy respondió con la firme decisión de proteger la independencia de Berlín occidental. Poco después, a causa del creciente número de refugiados que a través de Berlín pasaban a Alemania Occidental, Kruschev decidió construir la «muralla de Berlín» y el 13 de agosto de 1961 aquel flujo fue brutal y eficazmente cortado.

En Extremo Oriente, concretamente en Laos, luchaban en una guerra civil fuerzas procomunistas y prooccidentales. Tras las mediación de las Naciones Unidas, el país fue declarado neutral. Pero la situación en Vietnam empeoró con rapidez.

En agosto de 1963 el tratado de prohibición de pruebas nucleares fue firmado





por Estados Unidos, Unión Soviética y Gran Bretaña, pero no por China y Francia. Más tarde, el 1 de junio de 1963, se estableció la llamada «línea de emergencia», un circuito de teletipo directo entre Moscú y Washington, por medio del cual los respectivos jefes de Estado podrían ponerse instantáneamente en contacto en caso de crisis mundial.

No obstante, los armamentos, en cada lado, seguían siendo enormes y amenazantes, y el equilibrio se basaba en el miedo.

Los nuevos nacionalismos

Los nacionalismos en Asia y África se desarrollaron especialmente durante la II Guerra Mundial y después de ésta, en parte como consecuencia de los diversos movimientos de resistencia surgidos durante la misma.

Los principales movimientos nacionalistas de Asia actuaron en Mongolia (1945), Filipinas (1946), India (1947), Pakistán (1947), Sri Lanka (1948), Birmania (1948), Indonesia (1949), Laos (1949), Camboya (1953-54), Vietnam (1954), Malasia (1957-63), Singapur (1965), e islas Maldivas (1965).

El nacionalismo asiático fue causa y consecuencia de la crisis del imperialismo occidental, es decir, de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Holanda. Tres ejemplos pueden ilustrar un fenómeno general. Las Indias Occidentales holandesas habían formado, desde el siglo XVII, la parte esencial del imperio holandés. Entre 1929 y 1945 un hombre, el indonesio Ahmed Sukarno, planeó la independencia nacional de su país. Cuando tuvo lugar la ocupación japonesa durante la II Guerra Mundial, la potencia ocupante declaró que el país sería independiente de Holanda. Cuando al final de la guerra los holandeses trataron de restablecer su control, Sukarno se opuso y durante tres años y medio hubo una lucha violenta. En 1949, Sukarno tuvo que admitir su derrota militar, pero las Naciones Unidas, presionadas por la oleada anticolonialista, organizaron una conferencia en La Haya, cuyo resultado derivó en la independencia nacional de Indonesia en 1950.

A pesar de los duros discursos de Sukarno acerca de la revolución indonesia

Arriba, a través de representaciones de wayangs el pueblo de Indonesia aprendió las razones de la lucha contra los holandeses. Destaca, en el centro, la caracterización de Ahmed Sukarno, líder de los nacionalistas indonesios.

Página anterior, arriba, el entonces vicepresidente de los Estados Unidos Richard Nixon junto a Nikita Kruschev, en en célebre debate sobre la sociedad comunista sostenido en Moscú en 1959.

Página anterior, abajo, zona francesa de Berlín Oeste contemplada desde Berlín Este, capital de la Alemania Democrática.



en el «contexto de la revolución de la humanidad», y a pesar del éxito de aquél como anfitrión de la Conferencia de Bandung, en 1955, la reforma social del país no avanzó, mientras el Partido Comunista local —prosoviético— amenazaba con tomar el poder. En un curioso intento de rechazarlo, Sukarno pidió ayuda a la China de Mao, pero entonces intervinieron los militares indonesios que exigieron un gobierno nacional fuerte sin dependencias del exterior. Estos acontecimientos fueron observados con alarma y suspicacia por Estados Unidos, Unión Soviética y China, respectivamente, pues ninguno de ellos podía permitirse que Indonesia cayera exclusivamente en una órbita ideológica. En consecuencia, ha permanecido hasta ahora como una dictadura «no alineada», que sostiene lazos especialmente con Estados Unidos y China.

India y Pakistán son otros dos ejemplos del nacionalismo renovador. Durante doscientos años formaron, juntos, la «India británica». Tras una larga lucha por el *Swaraj*, o autonomía, bajo el mando del hindú Gandhi y el musulmán Jinnah, el continente indio consiguió la liberación nacional con la trágica condición de su división, en 1947, en dos estados nacionales independientes, India y Pakistán. Este hecho fue resultante de diferencias religiosas irreconciliables.

La enemistad entre los dos estados continuó después de 1947 y absorbió gran parte de la energía que los respectivos gobiernos hubieran podido aplicar a la solución de los inmensos problemas del alimento y la población. El primer ministro Nehru, excepcional líder de la India independiente, dirigió su país tratando de evitar el extremismo comunista en el interior, cultivando la neutralidad exterior y potenciando un «Tercer Mundo» distante entre los dos bloques de poder de la «guerra fría».

La disputa por Cachemira imposibilitó el acercamiento entre India y Pakistán. India la reclamaba, pero Pakistán puso objeciones basándose en que el 75% de la

población era musulmana. Se produjeron escaramuzas militares, y en 1948-1949 las Naciones Unidas trataron de imponer una tregua y líneas de demarcación, pero no obtuvieron ningún arreglo. En 1957 el mariscal Ayub Khan controló Pakistán convirtiendo el país en un estado militarista de tendencia prochina y antisoviética. En 1964 murió Nehru y le sucedió Shastri. Poco después volvieron a estallar las hostilidades, principalmente a causa de las ofensivas paquistaníes en Cachemira, que continuaron hasta la Paz de Tashkent, conseguida por iniciativa soviética, en enero de 1966.

La historia de Vietnam estuvo extrañamente entretejida con la historia mundial. Como Indonesia, Vietnam, o la «Indochina francesa», de la que entonces formaba parte, fue declarado «libre» de su condición colonial por los invasores japoneses, pero ya durante la ocupación japonesa se inició una guerra de guerrillas contra las tropas niponas, dirigida por Ho Chi-Minh. Éste, en 1945, creó la República Democrática de Vietnam del Norte, que los franceses se negaron a reconocer. Ello originó una nueva resistencia (Viet Minh) contra el intento francés de reafirmar su posición colonialista. Los guerrilleros, bajo la dirección del general Giap, hostigaron permanentemente a los invasores: 15.000 soldados franceses fueron cercados en la fortaleza de Dien Bien Phu, y finalmente obligados a rendirse en mayo de 1954.

Este acontecimiento activó entre las grandes potencias el interés por el futuro de Indochina. Así, se convocó la Conferencia de Ginebra, en la que se decidió dividir la región en cuatro partes: Vietnam del Norte, comunista, bajo la dirección de Ho Chi-Minh; Vietnam del Sur, no comunista, y dos estados neutrales al oeste: Laos y Camboya. El plan consistía en que todas las fuerzas extranjeras deberían abandonar Indochina y que dos años después se celebrarían elecciones libres en ambas partes de Vietnam, para elegir un gobierno para toda la nación.

Sin embargo, el mismo acto de la partición tuvo ya graves consecuencias: los suministros esenciales de arroz desde el delta del río Mekong quedaron aislados de Vietnam del Norte; además, aparecieron en el sur núcleos guerrilleros, y aunque muchos de ellos eran nacionalistas budistas, tenían en común con los comunistas el rechazo del régimen de Vietnam del Sur dirigido por el católico Ngo Dinh Diem.

En los años 1955-1956 se produjeron ataques esporádicos contra el régimen de Diem, quien apeló a Estados Unidos en busca de ayuda. Así, no tardaron en llegar 16.000 «consejeros militares» norteamericanos. Pese a ello, en 1961 los guerrilleros controlaban más de la mitad del territorio sudvietnamita. La crisis se complicó cuando oficiales descontentos se rebelaron contra Diem y, en 1936, lo asesinaron. Posteriormente, sucedieron varios gobiernos de breve duración, cada uno de ellos apoyado más y más por Estados Unidos, que empezó a considerar la lucha en Vietnam como un problema de dimensión mundial: si la amenaza comunista no era contrarrestada allí, las restantes piezas del rompecabezas, es decir, Laos, Camboya, Thailandia, Birmania, India y Pakistán caerían bajo el dominio comunista.

En agosto de 1964 se extendió la guerra. Torpedos comunistas amenazaron a los buques norteamericanos en la bahía de Tonkín y los aviones de Estados Unidos bombardearon las bases navales norvietnamitas. Washington envió nuevos contingentes de tropas —millares de combatientes— y los comunistas del Norte penetraron por la «senda de Ho Chi-Minh», para ayudar a las guerrillas del sur. La guerra, a escala total, pareció llegar a un callejón sin salida. Debido en parte al cansancio de la guerra y también al temor compartido por las demás potencias de que el problema de Vietnam pudiera encender en cualquier momento una guerra mundial, se iniciaron finalmente en París, en 1969, negociaciones para llegar a un compromiso. Pero éste no fue más que una derrota de Estados Unidos, que evacuó sus tropas, y Vietnam se unificó bajo la dirección comunista.

África

Los estados africanos que lograron la independencia de Gran Bretaña fueron: África del Sur, que se convirtió en República de Sudáfrica en 1961; Rhodesia del Sur, que promulgó su declaración unilateral de independencia en 1965 (Namibia o África Sudoccidental fue cedida al control de las Naciones Unidas y organizada como fideicomiso sudafricano); Ghana (1957); Nigeria (1960); Sierra Leona (1960); Uganda (1962); Kenya (1963); Malawi (1964); Zambia (1964); Tanzania (1964); Gambia (1965); Botswana (1968); Lesotho (1966); Mauricio (1968) y Swazilandia (1968).

El África francesa se organizó en los siguientes estados: Guinea (1958), Senegal (1958), Togo (1958), Camerún (1960), República Centroafricana (1960), Chad (1960), Congo-Brazzaville (1960), Dahomey (1960), Gabón (1960), Costa de Marfil (1960), República Malgache (1960), Malí (1960), Mauritania (1960),

Página anterior, arriba, conmemoración, el 1 de octubre de 1969, del aniversario de la fundación de la República Popular de China. La actitud de apoyo y amistad que mantuvo China con los movimientos independentistas de Asia, se reafirmó en la Conferencia de Bantung, en 1955, en donde se proclamaba la solidaridad anticolonialista.

Página anterior, abajo, indonesios reciben la comida en un campo de refugiados (julio de 1949). Las colonias orientales de Holanda, así como las de los demás países de Europa, se vieron sumidas en constantes luchas por su independencia.

República del Níger (1960), y Alto Volta (1960). Libia se liberó del dominio italiano en 1949, y la República Somalí hizo lo propio en 1960.

En la República de Sudáfrica una minoría blanca de británicos y *afrikaans,* de 3,5 millones de individuos, domina a la mayoría de 14 millones, formada por bantúes negros y asiáticos. La política oficial del gobierno es el *apartheid,* o discriminación racial, materializada de dos maneras: mediante la creación, bajo la ley, de «zonas de agrupamiento», habitadas por negros africanos y convertidas en reservas de trabajo, y la formación del estado bantustan Transkei, ocupado exclusivamente por bantúes, el cual disfruta de cierto grado de autonomía interna, pero cuya existencia depende, en realidad, de la voluntad del gobierno blanco sudafricano. Por parte de los no blancos hubo intentos de organizar una resistencia contra tal situación, pero a pesar de los esfuerzos de hombres como Luthuli y Mandela, el Congreso Nacional Africano fue prohibido y casi todos los dirigentes negros están en prisión o exiliados. Debido a las circunstancias descritas, la República de Sudáfrica fue expulsada de las Naciones Unidas el 6 de noviembre de 1962, por resolución de la Asamblea General.



Tras el fracaso del intento de federación de Rhodesia en 1963, la parte norte (Nyasalandia) alcanzó la independencia con el nombre de Malawi, bajo el mando de Hastings Banda, y la parte oriental (Rhodesia del Norte) lo hizo como Zambia, dirigida por Kenneth Kaunda, permaneciendo Rhodesia del Sur como colonia británica, con una población de 224.000 colonos blancos al frente de una mayoría negra de 4 millones. Debido a la creciente determinación de los sucesivos gobiernos blancos de perpetuar su dominio y negarse a hacer concesiones sobre la igualdad racial, en 1965, bajo la dirección de Ian Smith, los blancos declararon unilateralmente la independencia.

En otra parte de África, en su flanco occidental, la enorme Nigeria era una antigua colonia británica con una población casi enteramente africana, distribuida en 400 tribus, las principales de las cuales eran los hausa, los yoruba y los ibo. Tras seis años de agitada independencia se produjo un golpe de Estado militar en enero de 1966, suspendiéndose las constituciones federal y regional. En mayo de 1967 el país fue dividido en 12 nuevos estados, pero los ibo intentaron proclamarse independientes como Estado de Biafra. Tras una terrible guerra civil, los ibo sucumbieron finalmente a las fuerzas centralistas de Nigeria.

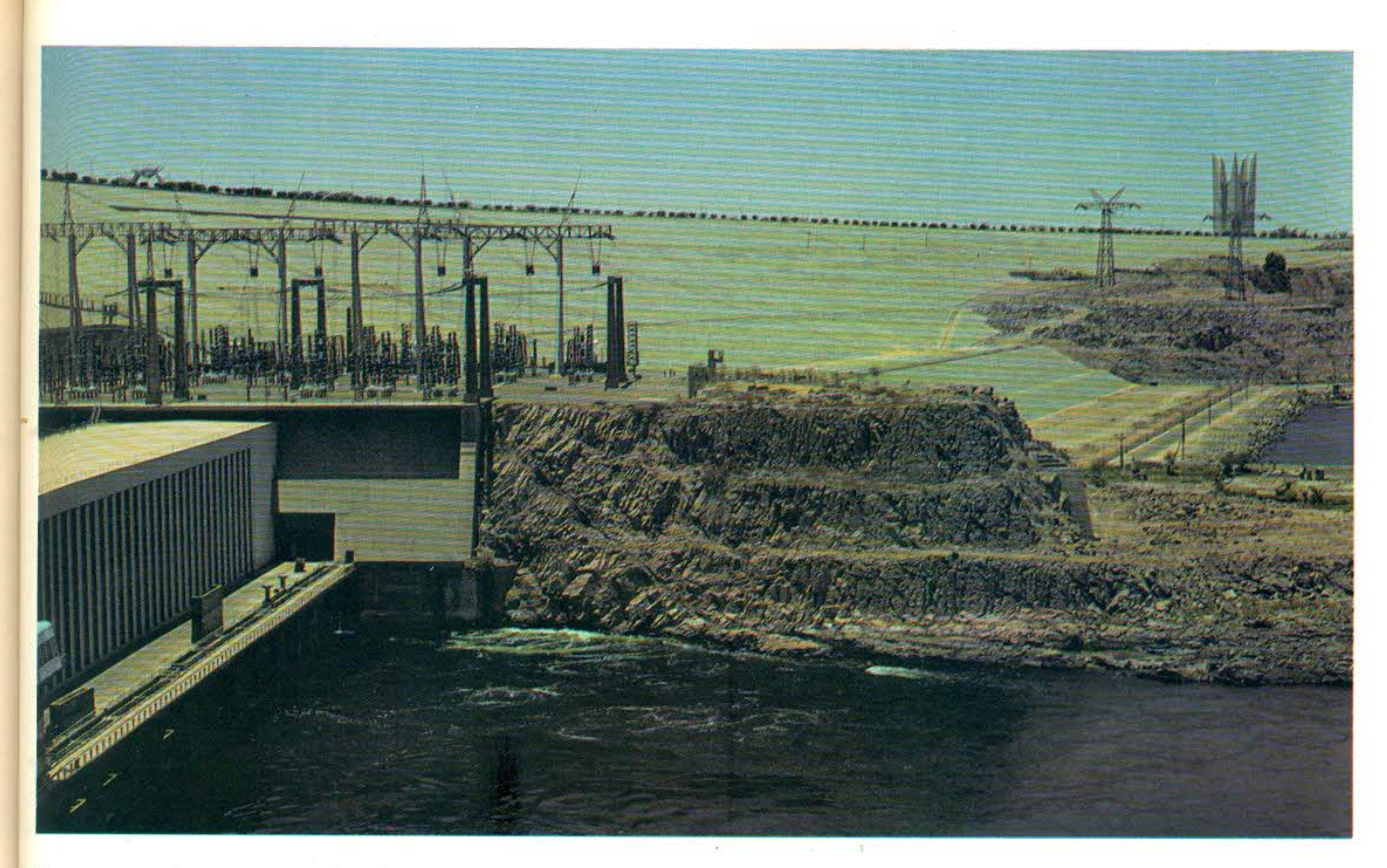
Tras estos ejemplos de postimperialismo británico es interesante citar el caso de la antigua colonia francesa de Senegal, en la que la metrópoli había intentado «afrancesar» sus modos de vida, y de hecho la influencia cultural francesa permaneció largamente. El primer presidente de Senegal, Leopold Senghor, impulsó el concepto cultural de «negritud». Como consecuencia de un prolongado período de contacto gubernamental con los franceses, la vida política senegalesa se desarrolló con fuerza, aunque fracasó en el intento de federar, en 1959, a Malí, Dahomey y Alto Volta.

El enorme Congo belga, hoy Zaire, alcanzó su independencia en 1960, en una situación social muy delicada, producto de un período de explotación intensiva por Bélgica, especialmente en los días del liderazgo personal del rey Leopoldo II, impulsando deliberadamente una política de no proporcionar educación superior más que a una ínfima fracción de la población negra. Por ello, cuando las fuerzas que presionaban por la liberación del dominio colonial obligaron a la retirada política de Bélgica, faltaron los cuadros políticos esenciales para formar un gobierno estable.

Más tarde, los intereses económicos de Estados Unidos, Gran Bretaña, y la propia Bélgica, especialmente centrados en la riqueza mineral de Katanga, interfirieron la vida política de la nueva nación y la crisis se internacionalizó. Patrice Lumumba, líder nacional, fue asesinado por instigación de los intereses neocolonialistas, y finalmente los «cascos azules» de las Naciones Unidas impusieron un delicado equilibrio.

En el norte de África y Oriente Medio el nacionalismo se centró en tres puntos principales: la lucha argelina por la independencia, Nasser, y el resurgir del nacionalismo árabe y el caso de Israel. Los estados que se independizaron fueron los siguientes: Tunicia (1956), Marruecos (1956), Sudán (1956), Siria (1941), Egipto (1953), Argelia (1962), Yemen (1962), República Popular de Yemen del Sur (1967), Chipre (1960) y Malta (1964). Israel se constituyó en nación en 1948.

Adquirida por los franceses en 1830, Argelia fue dividida en 1871 en tres departamentos de la Francia metropolitana, estableciéndose una nutrida colonia europea. Entre los colonos y el gobierno de París se generó durante años una tensión, a causa de la oposición de quienes el gobierno metropolitano promocionara culturalmente a la población nativa de Argelia. Tras la I Guerra Mundial se produjeron los primeros síntomas de nacionalismo, y, en 1942, durante la II Guerra Mundial, un Manifiesto del Pueblo Argelino reclamaba la soberanía de una Argelia independiente tan pronto finalizaran las hostilidades. La situación fue particularmente delicada en aquellos meses finales de la contienda mundial, pues Argel se había convertido en la sede del gobierno provisional francés del general De Gaulle. En un intento de adaptarse a las exigencias autóctonas, se legisló el derecho de voto para el Parlamento francés en 1944, a toda la población mayor de 21 años. No obstante, resultó imposible llegar a un compromiso. En marzo de 1954, los nacionalistas formaron un Consejo Revolucionario, y a pesar de nuevos intentos de acuerdo en la Conferencia de Evian, en 1962, Argelia



fue escenario de una guerra colonialista. A fines de 1962, el general De Gaulle, con gran realismo, concedió la independencia total al Frente de Liberación Nacional.

Oriente Medio

Las bases del nacionalismo árabe son en parte religiosas, inspiradas en el Islam, y en parte políticas, es decir, resultantes de la resistencia al imperialismo europeo, principalmente británico, francés e italiano. Como consecuencia de la estrategia británica de pactar acuerdos distintos sobre la misma cuestión con los judíos y árabes durante la I Guerra Mundial (Declaración de Balfour, en 1917, y promesa de Mac-Mahon, en 1916), se creó en Oriente Medio un gravísimo foco de tensiones.

Ya en 1945 se había formado la Liga Árabe con el objetivo de crear una acción concertada a fin de que todos los estados árabes de Oriente Medio expulsaran a los judíos. Sin embargo, en la guerra árabe-israelí de 1948, que siguió al abandono por Gran Bretaña de su mandato en Palestina, y el fracaso de la mediación de las Naciones Unidas, Egipto y Jordania sufrieron graves reveses militares. La tregua de 1949 señaló simplemente la derrota árabe y el triunfo judío. Aquella derrota preparó el camino al nacionalismo militar de Egipto, primero con Naguib y luego, desde 1954, con Nasser, quien procedió enérgicamente a galvanizar a su país haciendo de la construcción de la presa de Asuán un símbolo vital de la modernización de Egipto. Ya nos referimos a las ramificaciones internacionales de este hecho; resta sólo decir que se produjo una perpetuación del antagonismo árabe-israelí y el incremento del prestigio de Nasser en otros países árabes. Si se estudia la historia de todos los estados árabes durante los últimos veinte años, se encontrarán dos realidades: el triunfo de las causas anticolonialistas y el fracaso del panarabismo.

El surgimiento del moderno estado de Israel debe enfocarse en relación con el sionismo, con la Declaración de Balfour, en 1917, garantizando la creación de un «hogar nacional judío», y la persecución de los judíos por el nazismo. Cuando llegó a su fin el mandato británico en Palestina, el 14 de mayo de 1948, se produjo la partición. La guerra inmediata proporcionó la victoria a los israelíes, pero el armisticio de 1949 no satisfizo a nadie: Israel se sintió inseguro y los países árabes estaban aún dispuestos a destruirlo. Esta posición se exacerbó a causa de la política israelí durante la crisis de Suez y por una larga serie de continuos incidentes fronterizos que culminaron con la guerra árabe-israelí de 1967, cuando los ejércitos árabes fueron aniquilados e Israel obtuvo considerables ganancias territoriales.

Arriba, la presa de Asuán significó la revitalización política y económica de Egipto. Se inició con la ayuda de los países anglosajones, pero tras la crisis del canal de Suez se encargó de las obras la Unión Soviética.

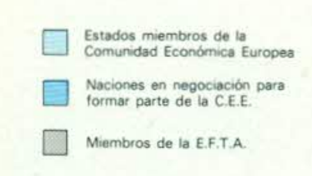
Página anterior, sospechosos de pertenecer a la guerrilla del Mau Mau son conducidos para su interrogatorio. La violencia de los Mau Mau se dirigió de forma indistinta contra blancos y negros.

GROENLANDIA
(DINAMARCA)
ISLANDIA
ANEXO
ISLANDIA
MAR DE NORUEGA
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
MAR DEL NORTE
DINAMARCA
MAR BÁLTICO
IRLANDA
REINO UNIDO
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
LUXEMBURGO
REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA
FRANCIA
OCÉANO ATLÁNTICO
SUIZA
AUSTRIA
(Miembro también de la E.F.T.A.)
PORTUGAL
ESPAÑA
ITALIA
MAR MEDITERRÁNEO
GRECIA
MAR NEGRO

Los protagonistas de la Historia: 1965-1978



Este período aparece dominado por Estados Unidos, la Unión Soviética y la República Popular China, en tanto que el continente europeo intentó asumir una identidad colectiva propia. Por otra parte, las tensiones derivadas de la II Guerra





Mundial persistieron, aunque en algunos aspectos se alcanzaron acuerdos parciales.

La estabilización de las dos Alemanias fue el resultado de uno de aquellos acuerdos. Después de que Willy Brandt se convirtiera en canciller de la República Federal de Alemania, en octubre de 1969, en diciembre del año siguiente firmó un tratado con Polonia reconociendo la línea Oder-Neisse como la frontera común. Tras la retirada, en mayo de 1971, del líder de la República Democrática Alemana, Walter Ulbricht, al que sucedió Honecker, quedó expedito el camino para una mayor colaboración entre las dos Alemanias. En diciembre de 1971 se llegó a un acuerdo con respecto a los viajes y el acceso del tráfico entre el este y el oeste de Alemania, y en junio de 1973 las Naciones Unidas admitieron como miembros a las dos naciones alemanas. Un retoque final de estabilización lo proporcionó la firma de un Tratado de Paz en mayo de 1977 entre Polonia y Alemania Oriental.

Otro factor importante de la época fue el ingreso de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea. En julio de 1966, ésta adoptó una política agrícola común. En mayo de 1967, Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda solicitaron su adhesión como miembros de la Comunidad, pero el general De Gaulle impuso su veto contra la primera. En julio de 1968 cesaron todos los impuestos aduaneros internos de la CEE y se introdujo una tarifa arancelaria externa común. Tras la muerte del general De Gaulle, en noviembre de 1970, quedó libre el camino para que Gran Bretaña –así como Dinamarca e Irlanda– se uniera a la CEE en enero de 1973. La adhesión británica fue decidida mediante un referéndum, celebrado en junio de 1975. Harold Wilson, entonces dirigente del gobierno laborista (hasta abril de 1976, en que le sucedió James Callaghan) y la señora Margaret Thatcher, elegida recientemente líder del Partido Conservador en la oposición, promovieron ambos una total participación británica en Europa. A principios de la década de 1970, Gran Bretaña comenzó a obtener beneficios de su petróleo del mar del Norte, mientras se iniciaba una nueva etapa en la evolución de la unificación europea, en 1979, con elecciones directas para el Parlamento europeo.

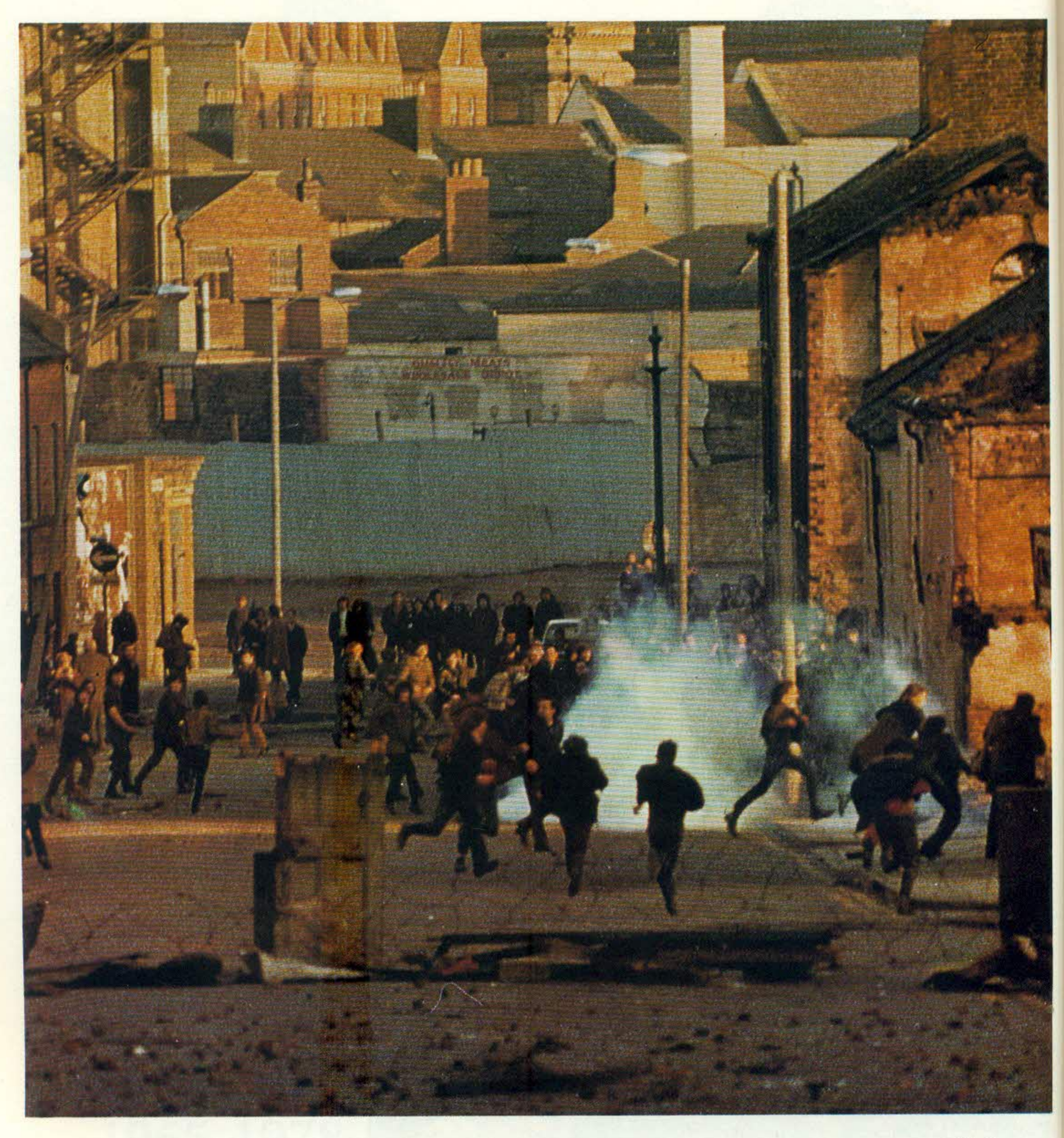
Otro acontecimiento de singular importancia fue la llamada «primavera checoslovaca». En enero de 1968, el régimen comunista checoslovaco inició un programa de reformas cuando Alexander Dubcek accedió al poder como primer secretario del Partido Comunista. Su divisa fue «un socialismo con rostro humano». Sin em-



Arriba, en diciembre de 1971 era firmado por las grandes potencias el acuerdo para la normalización del tránsito entre las dos Alemanias.

Página anterior, arriba, la Comunidad Económica Europea en 1979. Varias de las naciones del mundo desarrollado habían establecido acuerdos comerciales con la Comunidad o bien participaban del estatuto de asociados.

Página anterior, abajo, en 1970, en un intento de aproximación de los dos Estados alemanes, se reunían en Erfurt y Kassel el canciller de la República Federal Willy Brandt y el por entonces viceprimer ministro germano oriental Willy Stoph.



bargo, la eliminación de la censura y otras medidas dirigidas a matizar la rigidez política, acompañadas de claros indicios de que Checoslovaquia escapaba políticamente a la sujeción soviética, promovió, en agosto de 1968, la invasión del país por una fuerza militar soviética. Ideológicamente, fue una marcha atrás. En abril de 1969, Dubcek fue obligado a dimitir y se instauró un gobierno checoslovaco prosoviético. Pero la batalla por la liberación no cesó, como quedó demostrado en enero de 1977 al difundirse la Carta 77, un manifiesto de los checoslovacos que proclamaban sus convicciones antitotalitarias.

Las relaciones entre el gobierno irlandés de Dublín y el británico se colapsaron a causa de la trágica lucha intestina en el Ulster, exacerbada en el otoño e invierno de 1968-1969 por los enfrentamientos entre protestantes y católicos, por las marchas pro derechos civiles de los católicos y por las crecientes actividades terroristas perpetradas sobre todo por el Ejército Republicano Irlandés (IRA). En mayo de 1972, la situación en el Ulster, pese a la presencia de tropas británicas, se había deteriorado de tal manera, que la provincia se hizo localmente ingobernable y el gobierno británico asumió directamente el problema. Aunque las actividades terroristas remitieron tras un breve pero infructuoso intento de exportarlas a Londres, los problemas subyacentes, políticos, económicos y religiosos, siguen distantes de solucionarse.



Izquierda, Praga antes de la invasión rusa en agosto de 1968. La paulatina liberalización de las estructuras políticas y económicas de Checoslovaquia durante las décadas de 1950 y 1960 encontraría, finalmente, la expeditiva oposición de las naciones del Pacto de Varsovia, con la excepción de Rumania. Las tropas del Pacto entraban en Checoslovaquia en la noche del 20 al 21 de agosto de 1968.

Página anterior, disturbios en el barrio de Londonderry, en Irlanda del Norte. En los últimos años el grupo terrorista IRA (Ejército Republicano Irlandés) ha reivindicado el derecho a que los miembros encarcelados de su organización sean considerados presos políticos por el gobierno de Londres.







Izquierda, arriba, soldados de la 199 Brigada de infantería de los Estados Unidos abandonan el territorio camboyano. Tras la ruptura de relaciones entre Camboya y Washington en 1965 por este tipo de incursiones fronterizas, el país ha sufrido las presiones de dos bloques antagónicos y varios cambios de régimen promovidos por uno u otro bando.

Izquierda, abajo, civiles camboyanos sorprendidos por el avance de una división sudvietnamita cerca de Krek.

Página anterior, supervivientes de la masacre de My Lai en 1967, cuando una unidad del ejército norteamericano asesinó a trescientos civiles vietnamitas.

El Extremo Oriente

Tras un quinquenio de guerra, en enero de 1969, Vietnam del Norte recibió su primer reconocimiento diplomático por parte de Suecia. En enero de 1973, tras varios meses de actividad diplomática, privada y pública, se llegó a un alto el fuego entre el Norte y el Sur. Sin embargo, la lucha prosiguió hasta el 30 de abril de 1975, fecha en que el presidente sudvietnamita Minh se rindió incondicionalmente a los comunistas. En abril de 1976 volvieron a unirse las dos mitades del país y Vietnam fue reconocido como un solo estado.

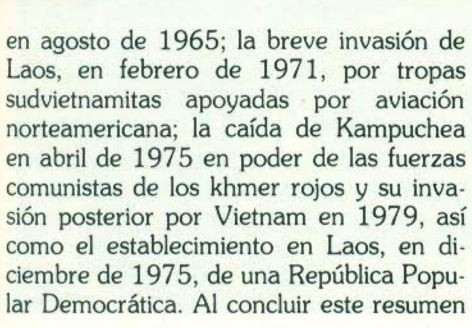
El aspecto más importante de toda la guerra de Vietnam fue que demostró la incapacidad de una gran potencia, en este caso Estados Unidos, para imponer su voluntad cuando se enfrentaba a la decidida oposición de un pueblo, como el vietnamita, inspirado en un nacionalismo de fortísimas raíces sociales.



Después de 1966 las relaciones entre China y la Unión Soviética se deterioraron, y en China se inició una fase de luchas internas por el poder. En agosto de aquel año hicieron su primera operación los llamados «guardias rojos» en una de las inmensas concentraciones de Mao Tse-Tung, inicio de lo que sería conocido como «Revolución Cultural». Se trató de un movimiento alentado por el anciano líder para «preservar la pureza de la revolución original». A principios de 1967, tras un período de dislocación social, el primer ministro Chu En-Lai exigió disciplina y se ordenó a los guardias rojos que desistieran de la violencia. En abril de 1975 el general Chang Kai-Chek murió en Taiwan, y en el continente, el Congreso Nacional del Pueblo Chino dirigió el país en una nueva perspectiva, hacia cierta relajación ideológica interior y la recuperación de contactos internacionales, incluso con Estados Unidos. El 9 de septiembre de 1976 murió Mao Tse-Tung y le sucedió Hua Kuo-Feng. Desde entonces, la reacción contra el maoísmo no ha cesado de ganar fuerza.

Otros acontecimientos destacables en Extremo Oriente en este período son la secesión de Singapur respecto de Malaya,



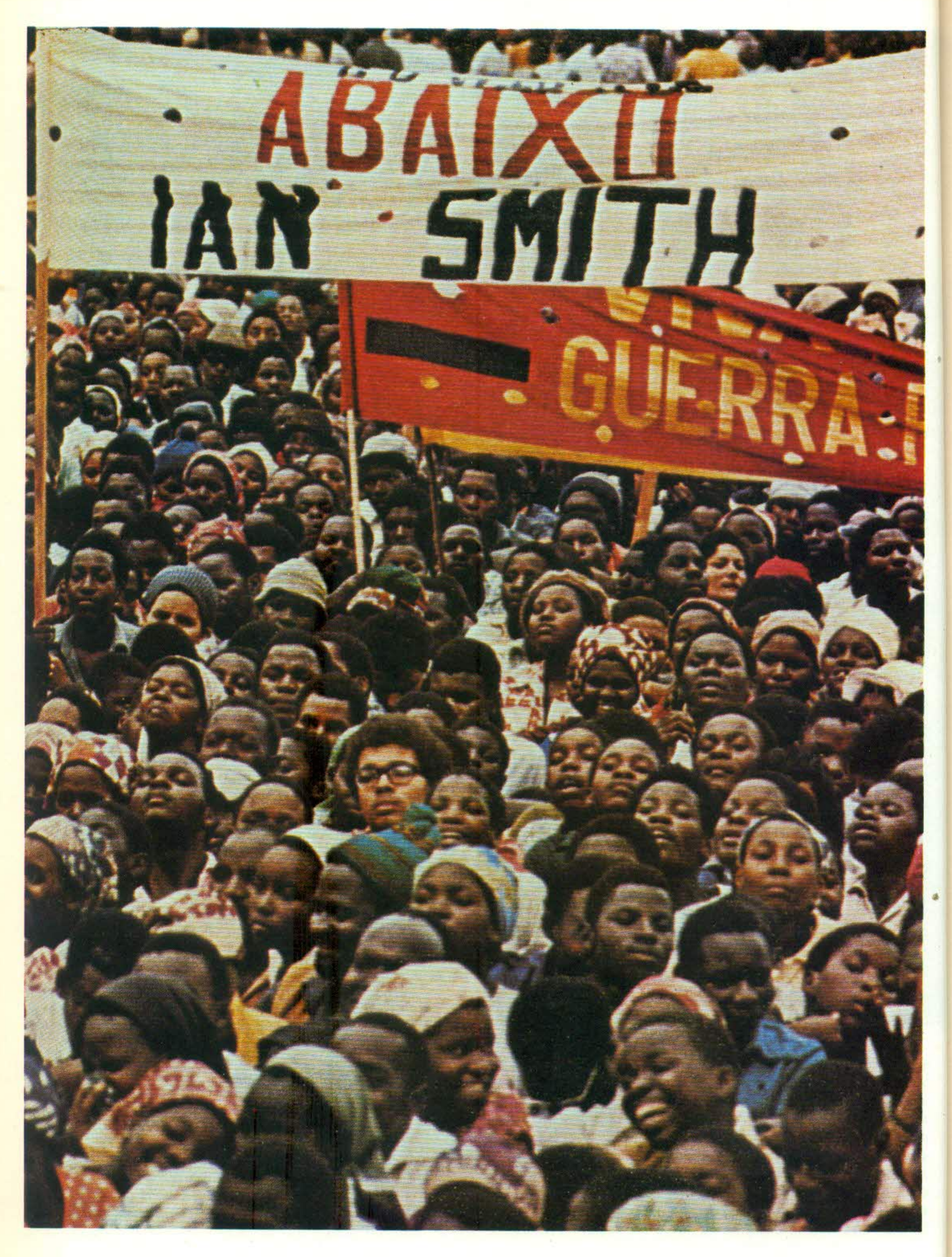

en agosto de 1965; la breve invasión de Laos, en febrero de 1971, por tropas sudvietnamitas apoyadas por aviación norteamericana; la caída de Kampuchea en abril de 1975 en poder de las fuerzas comunistas de los khmer rojos y su invasión posterior por Vietnam en 1979, así como el establecimiento en Laos, en diciembre de 1975, de una República Popular Democrática. Al concluir este resumen



Arriba, miembros de la Guardia Roja, movimiento juvenil formado a partir de las organizaciones escolares de la Revolución Cultural desde 1964, se dan cita en un estadio de Pekín.

Izquierda, Mao Tse-Tung (1893-1976), poeta, filósofo, sociólogo, político y líder revolucionario chino que sentó las bases teóricas y prácticas para la instauración del régimen comunista en China, que culminaron en la creación de la República Popular.

Página anterior, niños chinos despiden con estandartes al primer ministro japonés Kakuei Tanaka.


ABAIXO
IAN SMITH
GUERRA

debe señalarse que si la causa del comunismo triunfó en Extremo Oriente, ello no comportó una confrontación con la otra gran nación en aquel hemisferio, Japón, que durante estos años se convirtió en una gran potencia industrial y capitalista.

África

El tema dominante de los acontecimientos del continente africano es la gran fuerza del nacionalismo y su atracción para las inversiones extranjeras.

Bajo la dirección sucesiva de Verwoerd, Vorster y Botha, la República de Sudáfrica continuó su política de *apartheid*, aunque su viabilidad final aparece hipotecada por el triunfo de los diversos movimientos de liberación nacional alrededor de sus fronteras, como en Angola y Mozambique.

Pese a las sanciones, el régimen de Smith, en Rhodesia, con la aquiescencia tácita de Gran Bretaña, logró sobrevivir varios años, declarándose República en marzo de 1970. Sin embargo, tras el establecimiento de un Consejo Nacional Africano en diciembre de 1971, y a pesar de la falta de unidad entre los oponentes negros al régimen de Smith, se inició una guerra de guerrillas para destruirlo y



Arriba, desfile de tropas en conmemoración de la independencia de Zaire en la capital Kinshasa. Al terminar la dominación colonial numerosos países africanos pudieron organizar ejércitos puramente autóctonos, si bien copiaron casi al detalle los cuadros de sus antiguos explotadores.

Izquierda, de la expresión etíope "negusa nagast", rey de reyes, derivó el título de Negus, emperador de Etiopía.

Página anterior, manifestación en Rhodesia contra el régimen de minorías blancas representado por Ian Smith, exigiendo su dimisión.



reemplazarlo por el estado independiente de Zimbabwe. Bajo su presión, Ian Smith admitió, en septiembre de 1976, que una mayoría negra gobernara al cabo de dos años. Con este fin propuso un arreglo interno y aceptó la alianza con algunos políticos rhodesianos negros moderados, especialmente el obispo Muzarewa, pero el Frente Patriótico, dirigido por Nkomo y Mugabe, se negó a aceptar esta política y reanudó la lucha. Su triunfo se produjo definitivamente en 1980.

Entre otros numerosos conflictos africanos, cabe destacar los intentos de gobierno experimentados por Ghana, primero bajo el presidente Nkrumah, depuesto en 1966, y luego un abortado gobierno civil y democrático derrocado por el ejército. Tras la deposición del emperador etíope Hailé Selassié, en septiembre de 1974, se produjo el conflicto entre Etiopía y Somalia en 1977, y la lucha por la independencia de Namibia (África Sudoccidental), que enfrenta a la República de Sudáfrica con sus vecinos.

El continente indio

En enero de 1966 la señora Indira Gandhi fue nominada primer ministro de la India. En 1967, tras una serie de pequeños enfrentamientos fronterizos, la India resistió con éxito un fuerte avance de las tropas chinas en Sikkim. En marzo de 1971 el jeque Mujib Rahman declaró a Pakistán Oriental como estado libre e indepeniente de Bangladesh, y a pesar de los bombardeos de Pakistán, India reconoció la nueva nación el 3 de diciembre de 1971. En julio de 1972, Rahman y la

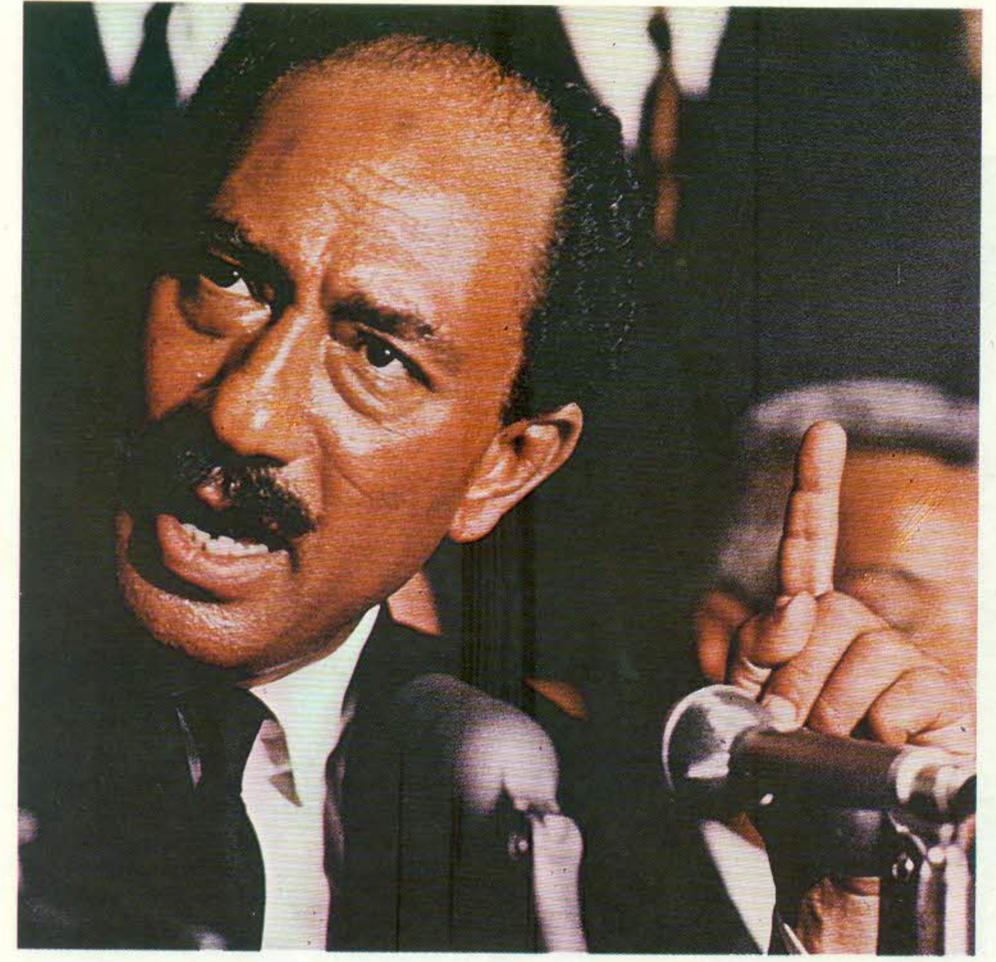


Arriba, Israel y sus estados limítrofes.

Izquierda, Ali Bhutto recibe como presidente de Pakistán a la primer ministro de la India Indira Gandhi.

Página anterior, izquierda, Mujib Rahman preside un desfile motorizado en Dacca poco después de la creación del nuevo estado de Bangladesh.

Página anterior, derecha. A pesar de su escandalosa retirada en 1977 y del desprestigio político, Indira Gandhi volvió a ocupar el cargo de primer ministro de la India en 1980.



señora Gandhi establecieron vínculos de cooperación.

No obstante, durante el curso de su mandato como primer ministro, el gobierno de Indira Gandhi fue denunciado por corrupción e intimidación de sus oponentes, y en junio de 1975 fue declarada culpable de prácticas corruptas prohibiéndosele su presentación para cargos electorales durante seis años. En marzo de 1977, Desai la sustituyó como primer ministro, pero, decidida a regresar a la política, hizo campaña para las elecciones en un distrito campesino al sur de la India y volvió al Congreso como el miembro dirigente de la oposición en noviembre de 1978. Mientras, el jeque Mujib de Bangladesh y su familia habían sido asesinados en agosto de 1975, y el cargo de presidente lo ocupaba ahora Assad. En Pakistán, el general Muhammed Zia al-Hug derribó a Bhutto en 1977, y este último fue sentenciado a muerte por traición al Estado y ejecutado.

Oriente Medio

Esta zona de tan precaria estabilidad continuó asolada por el conflicto árabe-israelí. La creación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) sig-



Izquierda, Yasser Arafat, líder de la OLP, en una conferencia internacional para tratar los distintos focos de conflictos en Oriente Medio.

Página anterior, arriba, el rey Hussein de Jordania y Yasser Arafat firman un tratado de paz en Amman, capital de aquel país.

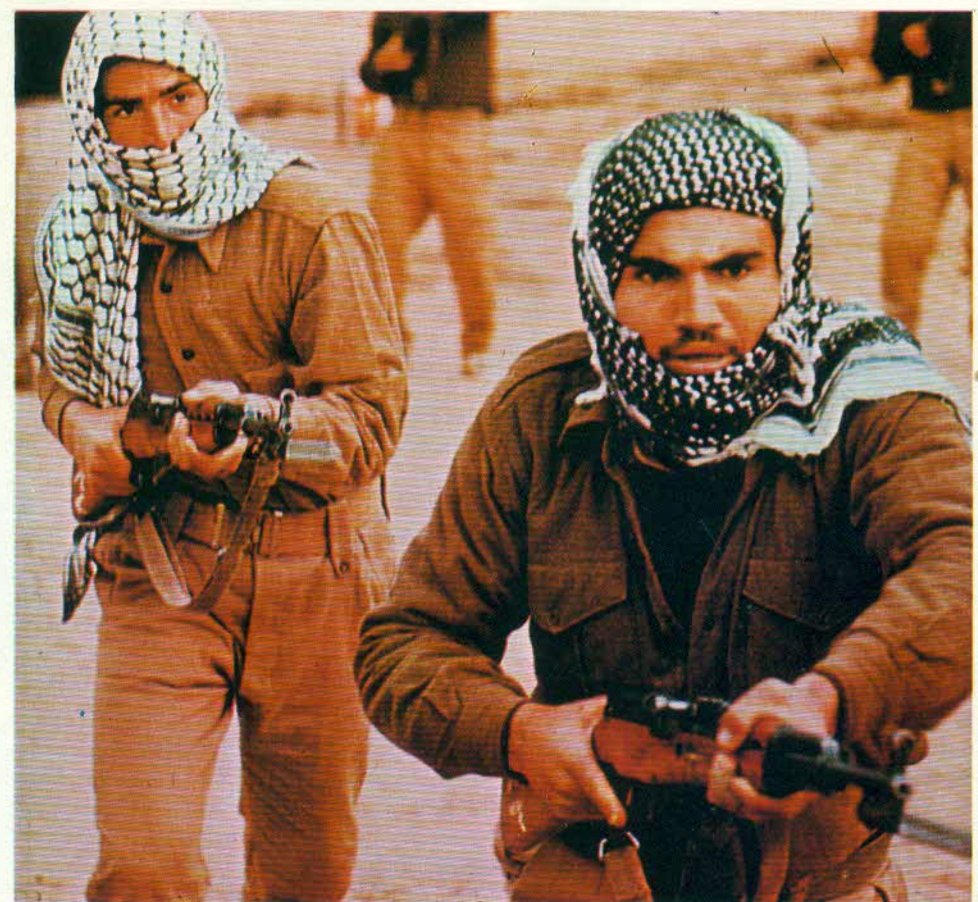
Página anterior, abajo, el presidente egipcio Anwar el-Sadat (1918-1981), muerto en un atentado por elementos opuestos a su política de acercamiento a Israel.

nificó la voluntad de este pueblo de establecer un estado árabe independiente en la orilla occidental del río Jordán. El movimiento, bajo el liderazgo de Yasser Arafat, trató de promover su causa por métodos terroristas a nivel mundial.

Una complicación adicional en los asuntos de Oriente Medio la causaron las tensiones entre Siria y el Líbano, que en los años de 1970 resultarían un factor desestabilizador en la política interna de este último país. Mientras, continuaron los incidentes de diversa gravedad entre Israel y Egipto, que sólo disminuyeron levemente por medio de un alto el fuego de noventa días en el conflicto árabe-israelí, en el verano de 1970. En septiembre de ese mismo año, Sadat sucedió a Nasser

como dirigente de Egipto, y a principios de 1971, las Naciones Unidas se esforzaron infructuosamente por iniciar conversaciones de paz. Tras el fracaso de un plan del rey Hussein de Jordania para establecer un estado autónomo de Palestina y la ocupación por Israel de toda la orilla occidental, en octubre de 1973 se desarrolló una nueva guerra entre Israel y Egipto. Las conversaciones de paz, celebradas en Ginebra en septiembre de 1975, condujeron al acuerdo de retirada de las tropas israelíes del Sinaí y la creación de una nueva zona neutral que sirviera de tapón entre los judíos y las fuerzas egipcias.

En diciembre de 1977 el nuevo premier israelí, Menahem Begin, invitó al presidente egipcio Sadat a acudir a Jerusalén para celebrar conversaciones. Así comenzó una aproximación entre Israel y Egipto, ansiosamente alentada por el presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, quien persuadió a ambos para que celebraran consultas, bajo su patrocinio, en Camp David, su retiro campestre. Como consecuencia, surgió la perspectiva de un real acuerdo de paz entre Israel y Egipto, aunque muy discutido por los otros estados árabes contrarios a cualquier forma de convenio que pudiera ratificar la condición permanente del estado de Israel.





Arriba, el general Moshe Dayan (1915-1981) visita en un hospital de Tel-Aviv a los heridos en la guerra relámpago del Yom Kippur de 1973.

Izquierda, festejos por un nuevo asentamiento judío en la zona oeste de los territorios ocupados por Israel a Jordania durante la Guerra de los Seis Días.

Página anterior, arriba, atentado terrorista árabe en el aeropuerto de Dawson, cerca de Amman, Jordania, en septiembre de 1970.

Página anterior, abajo, entrenamiento de guerrilleros árabes en un campamento libio.

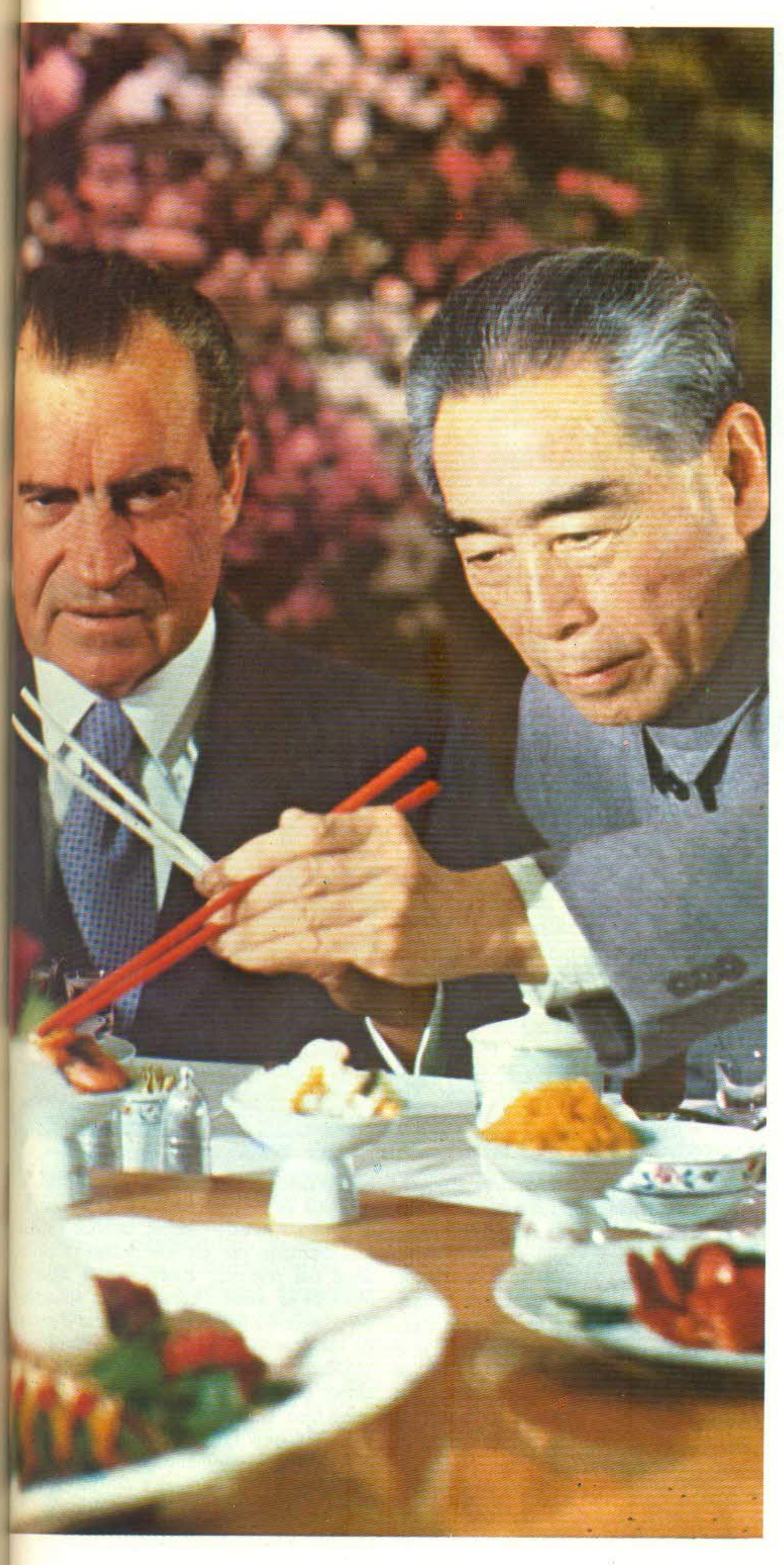






Estados Unidos

El curso de los acontecimientos en Estados Unidos señala cuatro características dominantes: la guerra en Vietnam, la cuestión de los derechos civiles con respecto al racismo, el escándalo Watergate y los compromisos internacionales derivados de su supremacía occidental. En marzo de 1968 se anunció que Robert Kennedy desafiaría al presidente Johnson como candidato demócrata a la presidencia, pero en junio de aquel año Kennedy fue asesinado. También en abril de 1968 fue asesinado el líder negro doctor Martin Luther King, casi al mismo tiempo que el Congreso aprobaba un proyecto de ley sobre derechos civiles. En agosto de 1968, Richard Nixon obtuvo la nominación republicana y Hubert Humphrey la demócrata. Durante 1969 aumentaron las protestas contra la participación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam, y en diciembre de aquel año Nixon, ya presidente, anunció la retirada gradual de las tropas norteamericanas. En mayo de 1972 Nixon visitó Moscú y en noviembre fue reelegido en la presidencia. Sin embargo, en enero de 1973 se inició el juicio de siete hombres acusados de intervenir los teléfonos de la sede del partido demócrata en el edificio Watergate en Washington D.C. A partir de este hecho comenzaron a salir a la luz pruebas tan contundentes de las irregularidades cometidas por la administración Nixon que, en octubre de 1973, se solicitó el proceso del presidente. En julio de 1974 el Tribunal Supremo dictaminó que las cintas magnetofónicas que contenían pruebas incriminatorias contra el presidente y sus colaboradores deberían ser entregadas al poder judicial, y el 8 de agosto Nixon dimitió de su cargo, siendo sucedido por el vicepresidente Gerald Ford. El caso Watergate empañó gravemente la imagen de la vida política norteamericana, que Ford, y luego su sucesor, en noviembre de 1976, Jimmy Carter, trataron de restaurar.



Izquierda, Richard Nixon y Chu En-Lai disfrutan de una cena al estilo tradicional chino durante la visita del presidente norteamericano a la República Popular China en febrero de 1972. Es la primera vez en la historia que un presidente norteamericano viaja oficialmente a este país.

Página anterior, arriba, el presidente egipcio Anwar el-Sadat, el presidente norteamericano Jimmy Carter y el primer ministro israelí Menahem Begin firman el 26 de marzo de 1979 en la Casa Blanca un tratado que habría de reducir las tensiones que tradicionalmente han enfrentado a los pueblos árabe y judío.

Página anterior, abajo, izquierda, el candidato a la presidencia de los Estados Unidos, Richard Nixon, es recibido calurosamente en la ciudad de Phoenix durante su campaña electoral, a principios de 1968. Años después, con el escándalo Watergate, la reacción del electorado sería muy distinta.

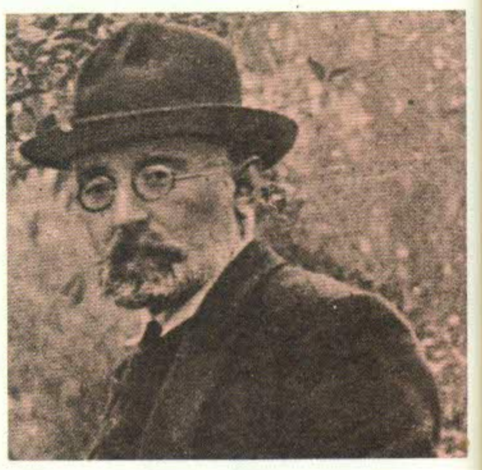
Página anterior, abajo, derecha, Henry Kissinger, secretario de Estado norteamericano de 1973 a 1977 con varios presidentes. Su "política de lanzadera" significó un nuevo período de expansión para las relaciones internacionales de los Estados Unidos.

España: franquismo y posfranquismo

La derrota de la II República en la guerra civil abrió en España un larguísimo paréntesis histórico, que se inicia en abril de 1939 y comprende hasta noviembre de 1975. Treinta y seis años de un régimen autoritario vinculado a la personalidad del general Francisco Franco, autotitulado «Caudillo» y «Generalísimo de los Ejércitos». Etapa ésta que algunas corrientes historiográficas han denominado la «II Dictadura», otras, el «Régimen franquista», y algunas, sencillamente la «Dictadura franquista». Pero lo cierto es que España –junto con Portugal–, después de la II Guerra Mundial, es decir, a partir de 1945, quedaron como islotes totalitarios en una Europa que se recomponía sobre las bases de la democracia política y la economía de mercado en su área occidental, y con la adopción de regímenes comunistas –dirigismo político y economía planificada– en el sector oriental.

La complejidad de la larga etapa de la II Dictadura es notable, pues sin perder nunca sus componentes esenciales, el régimen del general Franco se acomodó sucesivamente a las diversas circunstancias que caracterizaron el mundo internacional contemporáneo, y aunque se vinculó sociológicamente al mundo llamado «occidental», comandado por Estados Unidos, lo cierto es que la Dictadura permaneció siempre como un «extraño» en su entorno geográfico-cultural desde un punto de vista político, aunque económicamente sus relaciones se forjaron con este «mundo occidental».

Para algunas corrientes historiográficas, el régimen franquista fue una dictadura fascista. Para otras, un totalitarismo ultraconservador. Ciertos autores lo definen como un régimen autoritario personalista. Y ha habido quien ha señalado la naturaleza militar de la dictadura. Ahora bien, en cualquiera de las definiciones dadas al régimen político instaurado en 1939, se excluye la componente democrática. Lo cierto es que, en la perspectiva actual, se consolida cada vez más la calificación de régimen totalitario, de «partido único», sostenido por las clases sociales aristocráticas, la gran burguesía, el alto funcionariado –incluyendo el aparato militar– y la



Iglesia católica institucional. En cambio, la connotación «fascista» no encaja con lo que fue su realidad global, aunque existió este componente en los primeros cinco años del régimen, cuando la II Guerra Mundial se desarrollaba en una situación de equilibrio militar, y mientras la derrota de las potencias del Eje no era clara.

Desde un punto de vista político, el régimen del general Franco tendría una primera fase, la de 1939-1945, de predominio ideológico fascistizante, materializado a través del predominio del falangismo. A partir de 1945, el declive del falangismo abrió paso a una preponderancia de las fuerzas político-sociales vinculadas a la

Iglesia católica, seguidoras de un corporativismo paternalista basado en la doctrina social eclesiástica, materializada a través de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP). Esta influencia se mantuvo largo tiempo, y cobró nuevo impulso tras los pactos militares con Estados Unidos, en 1953, que significaron la superación del aislamiento por parte del régimen en el contexto de la «guerra fría». La influencia política de la Iglesia católica se prolongaría, también a mediados de la década de 1950, a través del Opus Dei, y en lo sucesivo, el general Franco procuraría mantener en sus gobiernos un equilibrio entre la burocracia falangista, instalada esencialmente en el funcionariado estatal y los Sindicatos Verticales, y la clase política ligada a la Iglesia católica. Todo ello, impregnado de una detentación real del poder por el Ejército, al que Franco despojó gradualmente de sus mandos más proclives hacia una rápida solución monárquica teñida de un constitucionalismo democrático.

Económicamente, en el franquismo se sucedieron varias etapas. En primer lugar, una etapa de economía autárquica, basada en una situación de subconsumo para las clases populares y motivada por el aislamiento internacional. El fin de este aislamiento, en la década de 1950, permitió al régimen abordar una política desarrollista, de acumulación acelerada de capital, basada en promocionar una fortísima inmigración hacia el exterior y abrir una industria turística que alcanzó su cenit en la década de 1960. Este desarrollismo fue dirigido por la tecnocracia opusdeísta, cuya hegemonía se sostuvo hasta el final del Régimen, con ciertas coyunturas en que la burocracia sindical, como ya hemos señalado, contrapesó su protagonismo.

La inmediata posguerra

La Guerra Civil española se saldó con un número de muertos cuya cifra es aún objeto de controversia, pero parece consolidarse la creencia de considerar, a través de los estudios de historiadores liberales, como el estadounidense Jackson y el británico Thomas —y mientras los estudiosos autóctonos no clarifiquen mejor aquella realidad—, que la cifra fue inferior al millón de muertos, quizás de 700.000 a 800.000 víctimas entre 1936 y 1939 por acción de guerra. Los sectores más jóvenes, vigorosos y activos de la sociedad española dejaron su vida en los campos de guerra, y el triunfo de los sublevados supuso una onerosa carga adicional sobre el país, al comportar el exilio masivo de intelectuales, obreros cualificados y técnicos, que en número aproximado a los 200.000 abandonaron el país instalándose en México, Francia y la Unión Soviética.

Por otra parte, las cifras sobre la represión ejercida por el régimen del 18 de julio han sido también objeto de estudio por parte del ya citado historiador Jackson, quien valoró la represión como «no inferior a los 150.000 ejecutados, ni superior a los 200.000». Cifra, en cualquier caso, terrible, avalada por datos concretos, como por ejemplo, los que proporciona el diario *Ya* del 29 de noviembre de 1944, donde se reconoce que hubo un elevadísimo número de presos políticos en un momento determinado de la posguerra: «Considérese que, de 271.139 españoles recluidos en el momento más alto de las cifras penitenciarias,...».

Lo cierto es que la suma de cifras de los muertos en guerra, más los exiliados, más los ejecutados en la represión, significó para el país un empobrecimiento humano no solamente cuantitativo, sino también cualitativo, por contarse, como se ha señalado ya, entre los muertos y exiliados los sectores más activos del país, intelectual y profesionalmente. Aquella «España vital», que Ortega y Gasset definiera para identificar a las nuevas fuerzas del trabajo y la cultura que aspiraban a una modernización global de España, fue el medio donde se cebó esencialmente la represión. Una vez más, la «España vital» era erradicada violentamente de la historia española.

El nuevo régimen, llamado «del 18 de julio», y posteriormente denominado «del Movimiento Nacional», tuvo problemas de legitimación —pues todo Estado necesita una justificación legitimadora para ejercer su hegemonía sobre la sociedad civil—,



Arriba, el segundo gobierno de Franco, formado el 10 de agosto de 1939.

Página anterior, arriba, Franco y Serrano Súñer se reúnen con el mariscal Pétain en Montpellier en 1941.

Página anterior, abajo, don Miguel de Unamuno, el filósofo y escritor español que mejor supo prever las consecuencias de la guerra, que no vería terminar.

dado el carácter violento de sus orígenes. Los regímenes totalitarios fascistas de Hitler y Mussolini partieron de la legitimidad constitucional democrática, y llegaron al poder a través de las elecciones democráticas. Luego, una vez instalados en los aparatos estatales, liquidaron el marco democrático que utilizaran para su acceso, y cuando su legitimidad fue puesta en entredicho siempre pudieron recurrir a la coartada de aquellas urnas que supieron instrumentalizar. Los problemas del régimen del llamado «Nuevo Estado Español» fueron distintos, pues su punto de partida había sido una guerra fratricida.

Ya a poco de iniciada la guerra, en 1936, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, en zona controlada por los sublevados, se celebró un acto académico presidido por las incipientes autoridades militares y civiles del Movimiento, en presencia del rector de la institución, el anciano filósofo Miguel de Unamuno. Éste, respondiendo a varias intervenciones demagógicas de los presentes contra los pueblos vasco y catalán y contra la democracia, señaló, encarándose con el general Millán Astray, que «venceréis, pues tenéis de vuestra parte la fuerza bruta; pero no convenceréis, porque os falta la razón». En medio de un gran tumulto, el general legionario lanzó el grito de «¡Viva la muerte! ¡Abajo la inteligencia!». El anciano filósofo fue destituido y detenido domiciliariamente, muriendo a las pocas semanas de enfermedad. Tiempo después, entre su postrera correspondencia, se halló una carta en la que señalaba la brutalidad existente «en ambos bandos de la contienda», profetizando finalmente: «La dictadura que se avecina en España no tendrá parangón en la historia».

La legitimidad del régimen, carente de la «razón» unamuniana, fue problemática. No tenía el recurso de las urnas y el sufragio. Pero buscó el de la Iglesia católica institucional, y lo obtuvo. El levantamiento del 18 de julio de 1936 fue conceptuado como «Cruzada», y el enemigo, republicano, liberal, socialista, comunista o anarquista, reagrupado también conceptualmente como la «anti-España». Ni siquiera liberales como Ortega y Gasset tuvieron lugar en el estrecho marco de la plataforma ideológica del «Nuevo Estado». Incluso el pretendiente a la corona, Juan de Borbón, afecto inicialmente a la insurrección, mantuvo relaciones tensas con el régimen, viviendo fuera de España.

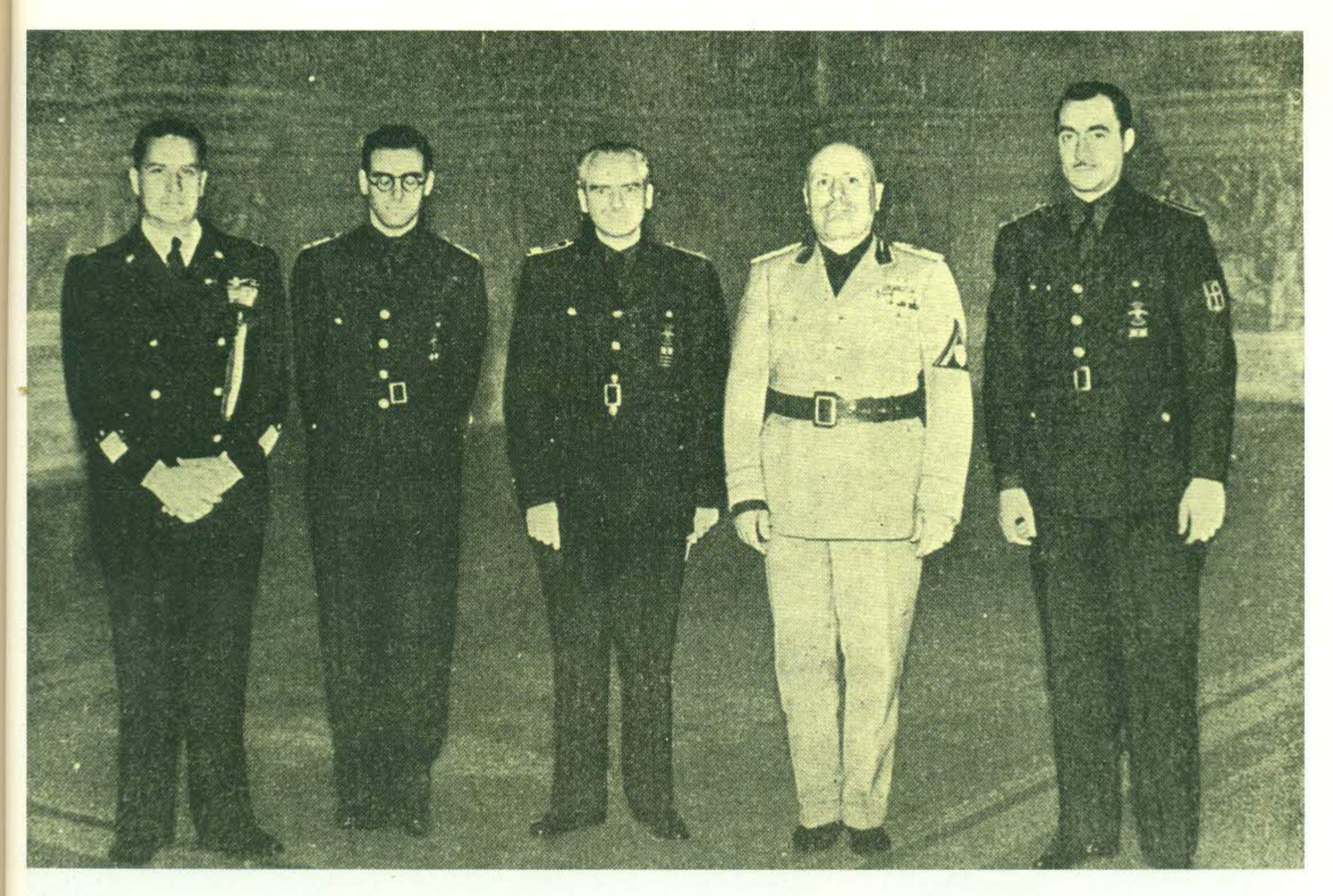
Ya se ha señalado anteriormente que el general Franco fue promovido, el 29 de septiembre de 1936, a jefe del gobierno y del Estado, y nombrado «Generalísimo de los Ejércitos», aunque inicialmente con carácter provisional. Pero, esta provisionalidad se transformaría en vitalicia a medida que sus posibles oponentes fueron desapareciendo de la escena política, ya fuera a causa de muertes accidentales —Mola y Sanjurjo—, o bien por ostracismo político —Queipo de Llano, Arana, Cabanellas.





En abril de 1937 se elaboró el decreto de unificación de los dos principales núcleos ideológicos afectos al Alzamiento, es decir, falangistas y carlistas, componiendo el eje central del Movimiento Nacional. Ello produjo graves disensiones en el seno del falangismo, y los sectores más puros, encabezados por Manuel Hedilla, fueron marginados, incluso violentamente, del proceso político. Todas las demás organizaciones o sindicatos quedaron disueltos y prohibidos en el «Nuevo Estado».

El 1 de febrero de 1938 se formó el primer gobierno en Burgos, cuyo programa era prácticamente el ideario falangista. El Fuero del Trabajo subordinaba la economía a la política, con lo cual se perfilaba un contexto económico que, aunque basado en la economía de mercado y la libre iniciativa empresarial, estaría sometido a una amplia fiscalización estatalista. En ese primer gobierno, el «hombre fuerte», políticamente hablando, sería el cuñado de Franco, Ramón Serrano Súñer, de ideas germanófilas. Unos días después se promulgaba la funesta ley de Responsabilidades Políticas, instrumento perseguidor de todo sospechoso de republicanismo. En 1940, finalizada la guerra, se aprobó otro decreto de persecución de la Masonería y el Comunismo, que de hecho englobaba cualquier discrepancia, aunque fuese de la derecha liberal. Al año siguiente, otra ley cerraba el círculo represivo: la ley de Seguridad del Estado.



La etapa autárquica

Amputado el cuerpo social de aquellos miembros más activos que hubieran podido reactivar el país, el Régimen se encontró con una nación prácticamente deshecha.

Desde el punto de vista internacional, el Régimen había sido reconocido en 1936 por la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, y ese mismo año España suscribía con esas potencias el Pacto Antikomintern, de carácter anticomunista. Estallada la gran contienda mundial, Franco se entrevistó en Hendaya con Hitler, el 23 de octubre de 1940, conviniéndose, según han demostrado estudios actuales —del historiador español Ángel Viñas—, en que España se manifestara no-beligerante, lo que no significaba neutralidad. El territorio español era ya afecto a las potencias del Eje, y su entrada en guerra hubiera significado para aquéllas nuevos problemas, pues el ejército español estaba agotado por la larga guerra civil, y siempre cabía la posibilidad de que se reactivaran guerrillas interiores antifascistas, lo que hubiera supuesto un nuevo frente bélico que no interesaba a Alemania. A la misma conclusión se llegó en la entrevista Franco-Mussolini, celebrada en Bordighera el 12 de febrero de 1941. Como muestra de colaboración con la Alemania de Hitler, Franco organizó la División Azul, que combatiría en el frente de Europa oriental. Paralelamente, se firmaba el Pacto Ibérico con el régimen ultraconservador portugués, dirigido por Oliveira Salazar.

Pero la guerra mundial evolucionó desfavorablemente a las potencias nazi-fascistas, y el Régimen de Franco comenzó a considerar con aprensión el final de la misma, cuya realidad había sido ocultada al pueblo español sistemáticamente —las derrotas del Eje eran anunciadas como «retiradas estratégicas»—. La prensa del franquismo comenzó a moderar sus ataques contra Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, limitándose a atacar al comunismo. En 1945, tras finalizar la contienda, el Régimen de Franco fue condenado por las Naciones Unidas y se privó al estado español de su entrada en la organización mundial de las naciones. En cierto sentido, el Régimen obtenía un respiro, al comprobar que los aliados no se decidirían por una intervención militar en España para restablecer la democracia, como solicitaban los dirigentes republicanos en el exilio, que llegaron a pactar con las fuerzas monárquicas partidarias de restaurar la monarquía en la persona de Juan de Borbón. El Régimen, pues, podía sentirse seguro, ya que las potencias de-

Arriba, conferencia hispano-italiana en Roma, en 1941. De izquierda a derecha: Ciano, Antonio Tovar, Serrano Súñer, Mussolini y Miguel Primo de Rivera.

Página anterior, arriba, Hitler y Franco pasan revista a la compañía de honor durante la entrevista de Hendaya en octubre de 1940.

Página anterior, abajo, Franco y Hitler frente a frente en Hendaya. Como táctica diplomática, el generalísimo llegó media hora tarde a la cita.



mocráticas occidentales lo repudiaban políticamente, pero habían decidido, una vez más, «no intervenir» en los asuntos internos. Pero por otra parte, la situación económica interior del país era realmente angustiosa.

El nuevo Régimen estaba económicamente en quiebra al finalizar la II Guerra Mundial, carente de reservas de oro y de divisas, y con una menguada capacidad productiva. El intervencionismo estatal se aplicó a todos los frentes económicos, y se fundaron diversas instituciones estatales para potenciar la industria. Desde un punto de vista agrario, el Régimen obvió toda posible redistribución de la tierra y afrontó únicamente ciertas reformas técnicas. Por otra parte, se había legislado por decreto la abolición de la lucha de clases, y en los nuevos Sindicatos Verticales convivían representantes de los sectores empresarial y obrero, regulándose los salarios por decreto. Las huelgas quedaron prohibidas, y también el cierre patronal.



Izquierda, el presidente norteamericano Eisenhower se reunió oficialmente con Franco el 23 de septiembre de 1953. Con la ayuda americana se iniciaba una nueva etapa para el régimen franquista: se rompía el bloqueo económico a España, se potenciaba la industrialización y se abrían las fronteras a una nueva fuente de riqueza, el turismo.

Página anterior, la Residencia Sanitaria Francisco Franco, en Barcelona, construida en la década de los 60. Una característica de los regímenes totalitarios en vías de desaparición o transformación es la de realizar obras gigantescas, generalmente en el área de los servicios públicos, muy por encima de las posibilidades reales de aprovechamiento y eficacia.

Al mismo tiempo, se ordenó la institucionalización de la Seguridad Social.

El desarrollo industrial hasta 1950 fue muy lento, por no decir prácticamente nulo.

A la vista de la nueva correlación mundial de fuerzas, el Régimen promulgó en julio de 1945 un indulto, lo que no significaba, sin embargo, una liberalización de la situación política. En 1947 se decretó la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado —según la cual España se constituía en un reino—, confirmada por un referéndum nacional. Pareció que Franco adoptaría medidas trascendentales, pero lo cierto es que pronto se vio que pensaba permanecer en el poder, a modo de regente, apoyándose en la idea de saltar la sucesión monárquica por encima de Juan de Borbón, posponiéndola para cuando el primogénito de éste, el príncipe Juan Carlos, fuera mayor de edad.

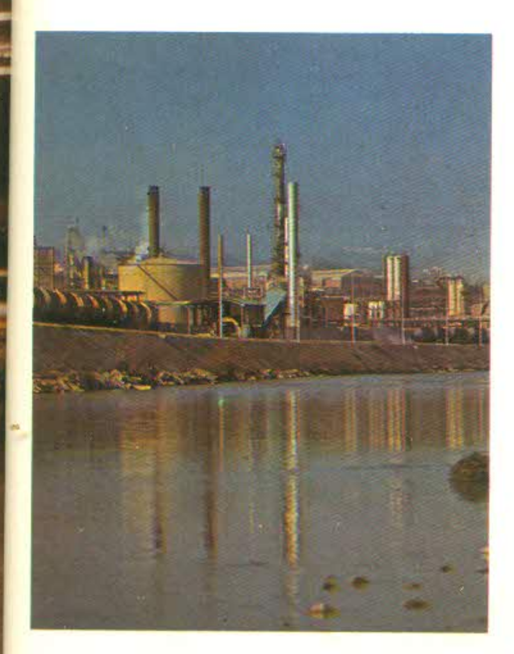
En el contexto de la «guerra fría», la situación del Régimen mejoró ostensiblemente al iniciarse la década de 1950. En 1948 la economía española había recibido la ayuda de la Argentina peronista, y ahora en 1950 el Congreso de Estados Unidos concedía al gobierno español un crédito, mientras que las Naciones Unidas aceptaban el restablecimiento de relaciones diplomáticas y los embajadores occidentales retornaban a Madrid.

El 26 de septiembre de 1953 se firmaba el pacto hispano-estadounidense de ayuda militar, certificado por la entrevista entre Franco y Eisenhower. Ello suponía la legitimación del Régimen. Un nuevo paréntesis se abría, quedando atrás las congojas e incertidumbres de la clase política de la Dictadura.

Hasta 1950 se habían sucedido siete gobiernos, siempre presididos por el general Franco, que acumulaba todos los poderes de decisión ejecutiva.

Por otra parte, el Régimen aspiraba a institucionalizar unas Cortes basadas en los tercios sindical, familiar y municipal,


SULZER



con elecciones de representantes surgidos de las listas confeccionadas por el partido único oficial.

El despegue económico: 1953-1962

En 1952 y 1953 se pusieron en marcha los planes agrarios de Badajoz y Jaén, a través del Instituto de Colonización, desarrollándose un programa de obras hidráulicas, de comunicación, repoblación forestal, construcción de nuevos pueblos, electrificación, etcétera.

En el ámbito industrial, el desarrollo hasta 1950 fue prácticamente nulo, por no decir regresivo. Sin embargo, los créditos estadounidenses y de otros países europeos, así como el descubrimiento del turismo, factor que proporcionaba divisas, permitieron barruntar un horizonte de despegue económico, en una coyuntura en que la inflación amenazaba con el derrumbe del Régimen. La ayuda occidental fue un factor clave en el apuntalamiento del mismo. En 1959 los ministros de la institución Opus Dei elaboraron un Plan de Estabilización Económica, apoyado por el Fondo Monetario Internacional. Este plan comportaba la congelación salarial, recorte selectivo del crédito, anulación momentánea de las emisiones de Deuda Pública, nuevos tipos de cambio de divisas y liberalización de ciertos sectores hasta entonces protegidos en el intercambio exportación-importación. Este plan mantenía a las clases trabajadoras en un nivel de subsistencia, pero éstas estaban ya sumidas en él desde el final de la guerra, y además carecían de la vitalidad necesaria para movilizarse, pues la tremenda represión se hallaba muy presente en la memoria colectiva. Por otra parte, como consecuencia del Plan, quebraron numerosas pequeñas industrias y empresas, faltas de créditos para poder operar. El gran capital monopolista, vinculado al aparato estatal, fue el gran triunfador económico del plan de reactivación.

Asimismo, a través del plan se potenció la emigración al exterior, a los países en vías de acelerado crecimiento industrial (Alemania, Francia, Países Bajos y Gran Bretaña), con lo que el paro interior quedaba camuflado y los emigrantes enviaban divisas.

En ese período hubo diversos conflictos sociales. De hecho, la conflictividad social era sumamente difícil, dado el peso de la represión, traducida en la acción vigilante de la Brigada Político-Social y los tribunales de Orden Público. En 1947, según parece, había estallado en Manresa una huelga general, y la factoría Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona fue escenario de disturbios a poco de finalizada la contienda, así como Bilbao, también escenario de varias huelgas. En 1951 estalló en Barcelona un conflicto en torno a la subida del precio de los transportes, que culminó en una huelga general de un día, tras numerosas jornadas de agitación estudiantil y de negativa ciudadana a utilizar los transportes públicos. Aquella «huelga de los tranvías» ha sido señalada por algunos estudiosos como la «última batalla de la generación que perdió la guerra». En el año 1957 se reprodujo un conflicto bastante similar, y la acción popular se amplió en protesta contra la carestía de la vida y los bajos salarios.

En la fase que nos ocupa, la actividad oposicionista organizada fue escasa. De hecho, el peso más espectacular de la lucha contra la Dictadura lo llevaron viejos cuadros del anarcosindicalismo que operaban mediante la guerrilla rural y urbana. El historiador británico Hobsbawn señala la popularidad del guerrillero catalán Francisco Sabater, que mantuvo en jaque a las fuerzas represivas hasta que fue muerto en San Celoni, tras una persecución espectacular en la que el guerrillero burló sucesivamente diversos cercos policiales. Junto con Sabater, operó en Barcelona José Luis Facerías, mientras Ramón Vila Capdevila lo hacía en los medios rurales de Berga.

En la posguerra habían permanecido focos guerrilleros en las montañas asturianas y gallegas, y hacia 1960 todavía se daban noticias acerca de refriegas de la Guardia Civil contra «bandoleros».

En el exterior, la oposición republicana se disgregó tras la intensificación de las relaciones de Estados Unidos y las potencias europeoccidentales con el Régimen. El Partido Socialista Obrero Español

Izquierda, polígono industrial en la cuenca del río Llobregat, cerca de Barcelona. Cataluña, una zona de tradición mercantil e industrial, fue una de las áreas más favorecidas por el desarrollo económico iniciado en los años 50.

Página anterior, moderna nave textil en las cercanías de Barcelona. El atraso de la industria española con respecto a la tecnología europea obligó a los empresarios españoles a importar la mayor parte de la maquinaria y la asistencia técnica imprescindible para equiparar la producción a las espectativas de crecimiento económico.



(PSOE) se mantuvo como una entelequia, sin proyección social interior, y el Partido Comunista, condicionado por los intereses de la Unión Soviética, estaba reducido a unas pocas células sumidas en una absoluta clandestinidad.

De hecho, en este período el Régimen franquista superó la crisis que parecía sentenciarlo. Entre 1951 y 1961 habían operado tres gobiernos, siendo destacable que fue en aquella etapa cuando se consolidó la personalidad del almirante Carrero Blanco como íntimo y absolutamente fiel colaborador de Franco. Un mínimo intento de liberalización en los sectores intelectuales y universitarios, auspiciado por el ministro católico Joaquín Ruiz Jiménez, fue rápidamente cortado tras serios disturbios en las universidades de Madrid y Barcelona.

Asimismo, en la composición de los gobiernos, la burocracia falangista comenzó a perder terreno en favor de la tecnocracia del Opus Dei, que de hecho dirigiría la política económica del Régimen en la década siguiente.

Desarrollo y conflictividad: la irrupción de las nuevas generaciones

El año 1962 fue un ejercicio de novedades políticas. Franco, para frenar las ambiciones del general Muñoz Grandes, decidió nombrarle vicepresidente del Gobierno, un cargo de hecho honorífico, pero que permitía al interfecto asistir a los



Consejos de Ministros y aparecer como la segunda figura del Régimen. También entraron en el gobierno hombres como Manuel Fraga Iribarne, considerado como una de las carreras políticas con mejor porvenir. El Opus Dei aumentó su presencia, disponiendo del total control de la economía española, a través de Ullastres, Navarro Rubio y López Bravo. Asimismo, se daba entrada a un ministro sin cartera muy significativo: el financiero catalán Pedro Gual Villalbí, hombre vinculado a la antigua Lliga Regionalista, y al viejo líder catalanista conservador Cambó. Por otra parte, los falangistas desaparecían prácticamente del gabinete, quedando reducidos al ámbito sindical.

Este gobierno abordó la aplicación de una política desarrollista, y tuvo que afrontar la irrupción en la vida del país de las nuevas generaciones que no habían hecho la guerra civil. En algunos pozos de la cuenca minera carbonífera de Asturias estalló una huelga, que se generalizó por toda la región, en marzo y abril de 1962. Los mineros solicitaban mejoras salariales y libertad sindical, rechazando las mediaciones del Sindicato Vertical, exigiendo un diálogo directo con el gobierno a través de las «comisiones de obreros», elegidas en asambleas celebradas en los pozos. El conflicto fue arduo y largo, pero la represión no pudo sofocarlo, obteniendo los mineros asturianos diversas mejoras económicas. A partir de ese momento, y durante toda la década, las minas asturianas serían, de modo intermitente, el primer frente de acción obrera contra la Dictadura.

Por otra parte, la oposición interior comenzó a ser capitalizada por grupos de identidad marxista. El anarcosindicalismo había llevado el peso de la oposición hasta 1961. Diezmado por la represión, ahora irrumpían en la escena el Partido Comunista y otros grupos comunistas no stalinistas, así como organizaciones del tipo del Frente de Liberación Popular, integrada por intelectuales impulsados por el modelo cubano castrista y alentados por la lucha guerrillera en Argelia. La nueva oposición extendió por toda la península la forma de lucha obrera surgida en Asturias, es decir, las «comisiones de obreros», con éxito notable en Cataluña, País Vasco y Madrid.

Arriba, Franco es aclamado en una apertura legislativa de las Cortes, que en este período histórico constituían una mera parodia de parlamento democrático.

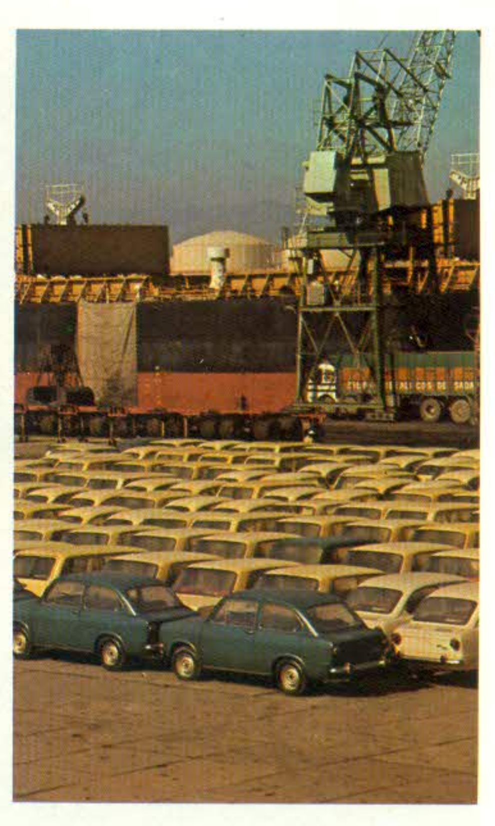
Página anterior, aglomeración industrial de Sabadell, en la provincia de Barcelona. La búsqueda del mayor beneficio exige la concentración de elementos materiales y humanos en los lugares de máximo rendimiento. A partir de los años 50 crecen desmesuradamente las poblaciones cercanas a las ciudades importantes al absorber a las nuevas masas obreras.



El Régimen había solicitado en 1962 abrir negociaciones con las instituciones europeas, aunque su totalitarismo político impedía cualquier asimilación a las mismas. En aquellas fechas la oposición exterior, concitada con intelectuales liberales y democristianos del interior, celebró en Munich una reunión de denuncia del Régimen franquista, figurando personalidades como Vidal Beneyto y José María Gil Robles, así como dirigentes socialistas del exterior, quedando excluidos los comunistas. El Régimen reaccionó violentamente, y a su regreso, numerosos de los implicados fueron deportados y condenados a fuertes multas.

En 1965 se configuró el decimosegundo gobierno del Régimen. Su nota más destacada fue la entrada en el mismo de Laureano López Rodó, nombrado ministro sin cartera y comisario del Plan de Desarrollo. Miembro destacado de la tecnocracia opusdeísta, López Rodó dirigiría la política económica del Régimen prácticamente hasta los inicios de la década de 1970, a través de los sucesivos I y II Planes de Desarrollo.

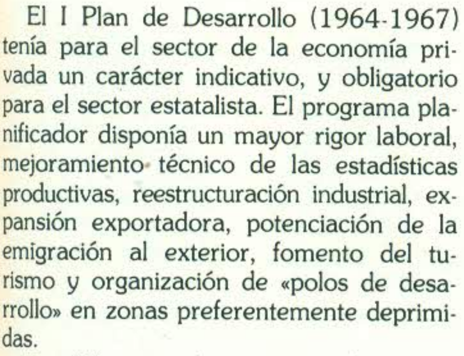




Arriba, automóviles españoles destinados a la exportación esperan ser embarcados en el puerto de Barcelona. Aunque políticamente opuestos al régimen, numerosos países lo apoyaron en sus intercambios comerciales.

Izquierda, Laureano López Rodó, ministro sin cartera de 1965 a 1973. Su entrada en el gobierno confirmaba el nuevo rumbo de la política económica española.

Página anterior, José María Gil Robles, abogado y político conservador durante la II República. Colaboró activamente en el alzamiento del 18 de julio, que ayudó a preparar. Sus ideas monárquicas y sus críticas al régimen lo alejaron de los cargos públicos en 1962.



El I Plan de Desarrollo (1964-1967) tenía para el sector de la economía privada un carácter indicativo, y obligatorio para el sector estatalista. El programa planificador disponía un mayor rigor laboral, mejoramiento técnico de las estadísticas productivas, reestructuración industrial, expansión exportadora, potenciación de la emigración al exterior, fomento del turismo y organización de «polos de desarrollo» en zonas preferentemente deprimidas.

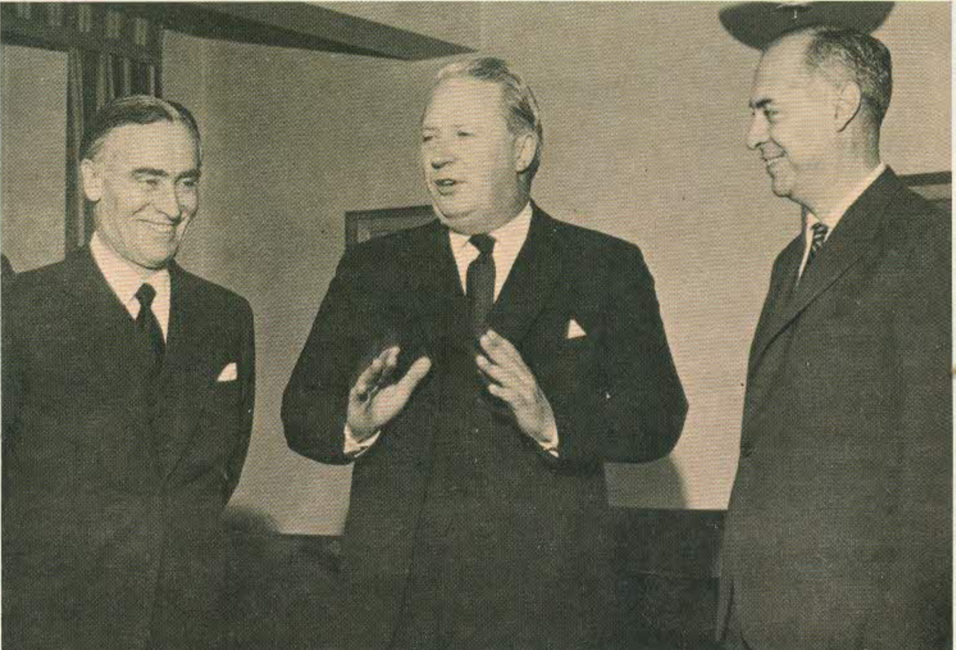
Este Plan tuvo éxito a corto plazo, pues aprovechando la onda de expansión económica mundial que hizo de la década de 1960 un período de extraordinario auge capitalista, consiguió efectivamente sentar los fundamentos para un crecimiento económico muy notable, pero absolutamente desordenado. De hecho, este tipo de desarrollismo, basado en un descontrol absoluto de la iniciativa privada, generaría a la larga gravísimos problemas que heredarían los gobiernos del posfranquismo: corrupción administrativa y privada, con el surgimiento masivo de una burguesía especuladora —llamada propiamente «franquista», por ser producto estricto del desarrollismo del Régimen—, el caos urbanístico y el engrosamiento del aparato estatal hasta límites insospechados, convirtiéndose las empresas del Instituto Nacional de Industria en vivero para políticos jubilados, que de ese modo percibían como «consejeros industriales» diversos sueldos. Incluso empresas como SEAT, fábrica de automóviles que trabajaba con patente de la italiana FIAT, se convirtió en un complejo industrial sobrecargado de personal burocrático y de funcionarios retirados.

Fue este gobierno el que intentó auspiciar cierto grado de libertad, especialmente la libertad de expresión, a través de la gestión del ministerio de Fraga Iribarne. Sin embargo, prosiguió la censura, y los tímidos intentos aperturistas languidecieron paulatinamente. La Ley de Prensa de 1966 era un arma de dos filos,

y su misma ambigüedad se volvía permanentemente contra quienes osaban profundizar en vericuetos informativos ajenos a los intereses políticos de la Dictadura.

El 22 de junio de 1967 se constituyó el decimotercer gobierno. En él desaparecía, contra todo pronóstico, el general Muñoz Grandes de la vicepresidencia del gobierno, asumida ahora por el almirante Carrero Blanco, nuevo «hombre fuerte» del Régimen. En política económica, López Rodó seguía al frente de los destinos de los Planes de Desarrollo. Este gobierno firmó el primer acuerdo comercial con la Unión Soviética.

Fue en aquella fase cuando en el País Vasco comenzó a resurgir la conciencia nacionalista, traducida en una intensa actividad política clandestina, en cuyo medio comenzaría a cobrar vida la organización separatista vasca Euzkadi Ta Askatasuna (ETA), cuyo protagonismo en la vida del país sería creciente, constituyendo uno de los problemas de mayor gravedad para el poder central.



La política ultracentralista del Régimen acabó por desencadenar la reacción vasca y catalana. En el País Vasco, llegó a peligrar la identidad de aquel pueblo, y esta situación límite unió a las diversas fuerzas intelectuales y populares. En Cataluña, la reacción nacionalista fue más mitigada, pero latía un sentimiento de opresión que dio lugar a situaciones muy delicadas, y de hecho motivó el enfrentamiento del Régimen y algunos sectores de la Iglesia, especialmente el abad Escarré del monasterio de Montserrat, quien calificó al Régimen de totalitario y «perseguidor de la identidad nacional catalana».

El movimiento huelguístico fue también a más, casi paralelo al expansionismo desarrollista. El sindicato clandestino de Comisiones Obreras fue implantándose en numerosas áreas industriales, dominado



Izquierda, el ministro de Información y Turismo (1962-1969) Manuel Fraga Iribarne en una cena de gala ofrecida por Televisión Española a los participantes del Festival de la Canción de Eurovisión de 1969. Los intentos aperturistas de este ministro se vieron frenados por la censura franquista hasta provocar su caída, al autorizar a la prensa la divulgación del caso MATESA.

Página anterior, arriba, Fraga Iribarne asiste como representante del gobierno español a la firma, junto al presidente Macías, del acto de independencia de Guinea en Santa Isabel, el 12 de octubre de 1968. Pese a sus contradicciones internas, el régimen de Franco pretendía dar una imagen liberal frente a la ONU y los países desarrollados.

Página anterior, abajo, Laureano López Rodó, a la derecha, se entrevista en Londres con el entonces secretario de Industria británico Edward Heath, en el centro, y el embajador español en Londres marqués de Santa Cruz, a la izquierda, en noviembre de 1963. En su papel de comisario del Plan de Desarrollo, López Rodó precisaba el apoyo de las potencias occidentales.

por el Partido Comunista, pero también por otras fuerzas comunistas opuestas o escindidas de aquel partido, que acusaban a Santiago Carrillo de instrumentalizar la organización sindical obrera. Fue en esos años cuando el Partido Comunista impulsó una política de «infiltración» en los sindicatos oficiales verticalistas, aprovechando las elecciones de enlaces sindicales. El resultado fue catastrófico, pues miles de militantes, al descubrirse su identidad, fueron a parar a los tribunales y las cárceles. El mismo PCE y su filial catalana, el PSUC, sufrieron numerosas escisiones por la izquierda revolucionaria, al tiempo que, curiosamente, el partido se alimentaba de elementos católicos.

El año 1969 fue especialmente complejo para el Régimen. En diciembre de 1966 se había celebrado un referéndum sobre la Ley Orgánica del Estado, aprobada por gran mayoría, en un ambiente de nulas libertades opositoras. Esta ley sería completada en 1969. En julio, las Cortes aprobaron la propuesta del general Franco de que el príncipe Juan Carlos de Borbón le sucediera en la jefatura del Estado a título de rey, en el momento en que el caudillo lo decidiera, concediéndosele al pretendiente el título de Príncipe de España. Ello significaba que la línea sucesoria de los Borbón quedaba alterada, al ser marginado el hijo de Alfonso XIII y padre del príncipe, Juan de Borbón.

La complejidad del momento surgió al estallar el escándalo MATESA. Esta empresa, que fabricaba telares, resultó ser un gigantesco fraude montado con créditos estatales. La denuncia del asunto se produjo por las tensiones internas dentro del propio Régimen, entre los sectores falangistas y los tecnocráticos. Fraga Iribarne dio luz verde a la prensa para tratar el tema, en perjuicio de la tecnocracia opusdeísta, varios de cuyos principales miembros estaban involucrados en el asunto.

El escándalo provocó una crisis de gobierno. El general Franco, aconsejado por Carrero Blanco, adoptó una actitud plenamente favorable a la tecnocracia, que salió, paradójicamente, reforzada de la crisis. En octubre de 1969 salían del gobierno el falangista Solís y Fraga Iribarne, promotores de la difusión del escándalo MATESA, mientras que la presencia del Opus Dei era confirmada y aumentada con nuevos ministerios. Poco después, el gobierno promulgaba un indulto que marginaba de toda responsabilidad a ministros como Navarro Rubio, García Moncó y Espinosa Sanmartín.

La delicada salud del general Franco se tradujo en una creciente preponderancia de Carrero Blanco, almirante de buró que en la Guerra Civil dirigiera los servicios secretos del bando rebelde, y que de hecho siempre había estado junto a Franco en las oficinas de la presidencia del gobierno. Por otra parte, el almirante aparecía también estrechamente vinculado al Opus Dei, y muy especialmente a López Rodó, el cerebro de la economía española en la última década. En el nuevo gobierno, el desplazamiento de la burocracia falangista era ostensible. Además, se desvinculaban dos actividades, conformando cada una un ministerio: en el de Relaciones Sindicales entraba García-Ramal, un falangista de segunda fila, aunque colaborador de Solís, el ministro saliente; en la



Secretaría General del Movimiento se instalaba un personaje complejo, el profesor Torcuato Fernández-Miranda, que a la larga desempeñaría un papel decisivo en la metamorfosis del Régimen a la muerte de Franco.

La muerte de Franco

La década que se abría en 1970 presenciaría forzosamente la muerte del general Franco, de edad ya avanzada y con una salud muy quebrantada, aquejado de un progresivo parkinsonismo.

La situación del país era compleja. Económicamente, los dos grandes pilares del desarrollo seguían siendo la persistencia en la migración al exterior de cerca de dos millones de trabajadores, y la industria turística. Ambas realidades constituían una poderosa fuente de divisas. El intervencionismo estatal se mantenía patente en numerosos sectores, y el aparato estatal sufría una inflación funcionarial, aunque esto era ya tradicional en la historia del país. La burocratización convirtió en parasitarios a organismos como el Instituto Nacional de Industria, cuya misión era sanear empresas en crisis y devolverlas a la iniciativa privada, pero que también era un vivero de políticos y funcionarios jubilados.

La oposición al régimen se radicalizó. La organización separatista vasca ETA adoptó una estrategia de violencia, junto a otros grupos de extrema izquierda, como el FRAP. La universidad estaba prácticamente paralizada, y esta parálisis académica progresaría a lo largo de la década hasta 1977. Parálisis que solamente afectaba a la vida académica, pues los centros de enseñanza eran sede de una intensísima vida política a favor de las libertades democráticas, y como consecuencia de ello, la presencia de la policía fue creciente en los recintos, y masivas las detenciones y juicios.

En el ámbito obrero, el movimiento huelguístico alcanzaría en el período 1970-1975 sus mayores índices en la historia del Régimen. Los Sindicatos Verticales eran impotentes e inoperantes, y el paternalismo franquista declinaba frente a las nuevas generaciones. Comisiones Obreras desarrolló una intensa actividad en los medios obreros, pero en su seno latían divergencias que en ocasiones diluían su protagonismo.

En la oposición política, el Partido Comunista, que figuraba en primer plano de actividad, sufría desde 1963-1964 una profunda crisis, traducida en expulsiones, escisiones y fraccionamientos. Sin embargo, el aparato exterior permaneció prácticamente incólume alrededor de Carrillo.

El año 1973 fue crucial en la historia del Régimen. Por una parte, el 9 de junio de 1973 se decidió desglosar la cúspide del poder en una jefatura del Estado y una jefatura del gobierno. Franco



Arriba, Franco, recuperado de su flebitis, despacha en el hospital, en julio de 1974, con el presidente del Gobierno Arias Navarro, sucesor de Carrero Blanco, fallecido poco antes en un atentado terrorista.

Página anterior, el primer gobierno de Arias asiste a una recepción del jefe del Estado en el Palacio del Pardo.

mantenía la primera, y Carrero Blanco asumía la segunda. Desglose convencional, pues de hecho el almirante era una personalidad política moldeada totalmente a imagen y semejanza de Franco, con quien venía ya compartiendo decisiones importantes desde hacía muchos lustros. A la vista del quebrantado estado físico del caudillo, Carrero Blanco aparecía como la clave de la continuidad del Régimen, realidad confirmada por su nuevo cargo.

Sin embargo, el 20 de diciembre de aquel año, el almirante fue objeto de un atentado por parte de la organización separatista vasca ETA. El automóvil blindado en que circulaba por la calle Claudio Coello de Madrid fue lanzado por los aires tras la tremenda explosión de una mina en el subsuelo, elevándose a más de cuatro pisos de altura y cayendo en el interior de una residencia de jesuitas.

Carrero Blanco resultó muerto en el acto. Los analistas consideraron que el Régimen acababa de sufrir un golpe del cual probablemente no se recuperaría. Se habló también de la posible complicidad de ciertos servicios secretos, o de la inhibición de otros, pero tales extremos no han sido probados. El general Franco nombró nuevo jefe de gobierno a Carlos Arias Navarro, ministro de la Gobernación del anterior gabinete, y en teoría responsable hasta entonces de la seguridad de las personalidades políticas.

Arias Navarro era un político del llamado «círculo de El Pardo», es decir, uno de los escasos personajes que tenían acceso íntimo a la residencia del caudillo. Al final de la Guerra Civil se había distinguido por su dureza como fiscal en la provincia de Málaga, y posteriormente fue el hombre de máxima confianza del teniente general Camilo Alonso Vega, asimismo miembro de los círculos allegados a Franco y rector de la política represiva durante muchos años. Arias Navarro había sido también alcalde de Madrid.

El nuevo jefe de gobierno desbloqueó un tema que desagradaba a su antecesor: el de las asociaciones políticas. Forjó el llamado «espíritu del 12 de febrero», en 1974, que consistía en establecer ciertas reformas que permitieran la articulación de asociaciones políticas. En resumen, se trataba de «pluralizar la unidad dentro del Movimiento Nacional», con el objeto de simular cierto juego político de cara a cambiar la imagen del Régimen frente al exterior europeo y poder así conectar con las instituciones de la Europa en construcción supranacional. A las pocas semanas, sin embargo, el gobierno dio el visto bueno a la ejecución del joven anarquista catalán Salvador Puig Antich, acusado de la muerte de un policía. Con ello, naufragaba la nueva liberalización.

El tema «asociacionista» disgregó a las familias políticas del Régimen, ya enfrentadas abiertamente entre sí a raíz del asunto MATESA. Los sectores falangistas eran absolutamente reacios a la apertura, pero su fuerza perdía empuje a medida que pasaban los meses, sobre todo a causa de la pésima salud de Franco, muy disminuido ya, y que en el verano de aquel año sufrió una grave crisis que le obligó a delegar los poderes de la jefatura del Estado en el Príncipe de España. El país pensó que esta cesión sería definitiva, pues Franco aparecía incapacitado para regir la dirección del Régimen. Pero no fue así. A principios de septiembre reasumió sus poderes, y de hecho anunció que gobernaría hasta su muerte.

La muerte del general Franco, en noviembre de 1975, se vio rodeada de una serie de graves circunstancias. El Régimen se cuarteaba, por la cuestión de las asociaciones políticas. Por otra parte, la acción violenta de la oposición radical (ETA y FRAP) iba en aumento, proliferando los atentados contra fuerzas del orden público. En septiembe, el país vivió un clímax de máxima ansiedad. El día 27 fueron ejecutados cinco militantes de aquella oposición, acusados de diversos crímenes. El clamor europeo fue unánime: el Régimen no abdicaba de la esencia represiva que lo caracterizaba. Varios países suspendieron sus relaciones diplomáticas con Madrid. Entre la población reinaba una gran perplejidad. El Régimen parecía volver a sus orígenes.





Como respuesta a la protesta exterior, el general Franco se reunió con sus partidarios, y en presencia del Príncipe de España, en la Plaza de Oriente de Madrid, acusó a la masonería y al comunismo de maniobrar «contra España». Simultáneamente, una extraña organización violenta hasta este momento desconocida, los GRAPO, atentaba contra varios policías en diversos lugares del país.

El mismo 1 de octubre, tras el acto de la Plaza de Oriente, Franco enfermó, aparentemente de gripe. Se inició aquí una áspera y larga agonía, prolongada innecesariamente por sus médicos y familiares. El 30 de octubre, ante la gravedad de su estado, se decidió que delegara nuevamente los poderes en el príncipe Juan Carlos, pero de modo aún eventual. Sin embargo, la asunción de la jefatura del Estado por el sucesor de Franco sería definitiva, pues éste falleció el día 20 de noviembre.

El día 22 del mismo mes, el príncipe era coronado rey de España con el nombre de Juan Carlos I, jurando fidelidad a los principios fundamentales del Movimiento Nacional.

Arriba, el cuerpo de Franco es conducido a hombros hasta su sepultura en el Valle de los Caídos, cerca de Madrid, el 23 de noviembre de 1975.

Página anterior, arriba, manifestación de adhesión al caudillo en la plaza de Oriente de Madrid el 1 de octubre de 1975.

Página anterior, abajo, Torcuato Fernández Miranda, el primer presidente de las Cortes españolas tras la muerte de Franco.





La transición hacia la democracia formal

Tras la muerte del general Franco, España entró en una fase de transición. El monarca confirmó a Arias Navarro en la jefatura del gobierno, opción que provocó desánimo en los medios políticos vinculados a la oposición democrática moderada contra el Régimen. Sin embargo, el rey encargó a Arias que llevara el país hacia una recuperación de las instituciones democráticas. El problema consistía en cómo realizar el tránsito sin romper con la legalidad vigente.

Arias Navarro dio entrada en su gobierno a Fraga Iribarne y Areílza, decididos aperturistas, pero también a Solís, que encarnaba el viejo falangismo del sindicato verticalista. Por otra parte, el estamento militar constituía la pieza clave, y lo cierto es que en él predominaba una actitud continuista. La Iglesia católica, otro de los pilares del Régimen, hacía ya dos años que institucionalmente se alejaba de aquél, manifestando su voluntad reformadora. Igualmente, los sectores más activos del capital no parecían discrepar de la perspectiva de un cambio, que podría liberalizar la economía, y al mismo tiempo disolver los tutelajes estatales en las relaciones socio-laborales. Y naturalmente, el enorme aparato estatal, preñado de intereses creados y vinculado a las esencias primigenias del Régimen, es decir, la burocracia falangista, se oponía radicalmente a cualquier modificación que permitiera el

Arriba, Juan Carlos I en su primera visita oficial como monarca español a Cataluña. La adopción de un sistema democrático exigía atender a las demandas nacionalistas de todos aquellos pueblos cuya identidad aplastó el régimen de Franco.

Página anterior, Juan Carlos I de España durante su discurso de proclamación, en noviembre de 1975.



acceso al juego político de los partidos clásicos.

En la oposición, el socialismo democrático se reorganizaba a marchas forzadas, pues el PSOE no existía como embrión de partido. El aparato del mismo en el exilio, comandado por Rodolfo Llopis, fue desplazado por una dirección socialista del «interior», dirigida por un abogado sevillano llamado Felipe González, apoyado por la socialdemocracia alemana. El Partido Comunista, por su parte, sostenía la necesidad de una ruptura «pacífica». En el interior, otras oposiciones, como la democracia cristiana de Ruiz Jiménez y los miembros del colectivo «Tácito», católico democrático, postulaban también la necesidad de cambios rápidos y profundos.

Pero Arias Navarro no era el hombre que la situación exigía. Sus asociaciones políticas basadas en la «pluralidad unitarista» eran inviables. La crisis y la parálisis se hicieron patentes. Políticamente, el país entró en vía muerta, y fue despertado con el estallido de los sucesos de Vitoria, en la primavera de 1976, cuando la policía reprimió una manifestación obrera, muriendo varias personas. La huelga general fue inmediata. Las reformas urgían, y si la situación no se modificaba, el proceso podría radicalizarse. Por otra parte, ETA asumía una actividad creciente, haciendo de su objetivo las fuerzas policiales y militares, cuyas bajas fueron aumentando por la proliferación de atentados. La agitación de la extrema derecha fue también en aumento, soliviantada por las perspectivas de una transformación política democrática, y en Montejurra, centro de peregrinación tradicionalista, tuvieron lugar trágicos sucesos promovidos por la ultraderecha.

En París, el Partido Comunista y otros grupos menores, junto a personalidades liberales radicales, dieron impulso a la Junta Democrática, que se presentaba como embrión de una alternativa democrática. En el interior surgía, promovida por el PSOE y la Democracia Cristiana, una Plataforma Democrática, de índole similar. Ambas orientarían su programa hacia la necesidad de una ruptura, y muy especialmente la organización impulsada por los comunistas, que denunciaban el carácter continuista de la monarquía. El indulto y la cancelación de responsabilidades políticas decretados por el rey Juan Carlos I al asumir el trono, parecían insuficientes a la oposición, y la campaña de ésta se orientó hacia la consecución de una amnistía total y la formación de un gobierno provisional que preparara una Constitución y unas elecciones democráticas.

La gestión de Arias Navarro para plasmar en la realidad la transición hacia una democracia de corte formalista, según era la voluntad de la corona, se mostró carente de convicción y energía, pues las viejas instituciones del Régimen resistían y frenaban la transformación, en tanto que el gobierno toleraba en cierto sentido las actividades del PSOE y de los grupos democráticos liberales.

En junio de 1976 se produjo un cambio decisivo en la jefatura del gobierno. Adolfo Suárez era nombrado para ocupar el cargo. La decisión causó estupor, pues Areílza, un liberal que abandonara el franquismo tres lustros atrás, parecía la personalidad idónea para dirigir la transición. Suárez había nacido políticamente en las entrañas del falangismo y la burocracia estatalista, ocupando cargos en el Sindicato Español Universitario y en diversos departamentos del Estado, y en los dos últimos años asumía posiciones próximas al tecnocratismo. Además, era el títular de la Secretaría General del «partido único». Al parecer, fue Torcuato Fernández-Miranda quien, a petición del monarca, orientó la situación hacia la elección de un primer ministro capaz de asumir el complejo papel de desmontar el viejo Régimen. Condición indispensable para ello era que dicho político conociera a la perfección los entresijos y recovecos de los aparatos franquistas. Fue, pues, Fernández-Miranda quien promocionó la figura de Suárez por encima de las de Areílza y el propio Fraga Iribarne, a quienes la opinión pública señalaba como jefes eventuales del gobierno. La influyente revista política madrileña, socialdemócrata, *Cambio 16* acogió el nombramiento de Suárez con escepticismo, señalando que constituía un «apagón». Igualmente, desde las filas de la oposición democrática se manifestó la decepción.

La gestión de Suárez fue rápida y eficaz. Elaboró un programa conocido como la Reforma Política, que proyectaba la legalización de los partidos, y elecciones legislativas para constituir unas Cortes con dos cámaras. El problema radicaba en que las instituciones franquistas, y concretamente las Cortes, sentenciaran su propia desaparición para dar paso a una nueva clase política.

Desde sus posiciones ultraconservadoras, los principales líderes del franquismo, Girón de Velasco, Raimundo Fernández Cuesta, Labadie Otermín, y un sector del ejército vinculado a los militares de origen falangista, denunciaban como «traición» la perspectiva del cambio, pero su impotencia fue manifiesta. La extraña organización GRAPO intensificó sus actividades terroristas, denunciadas desde la oposición como sufragadas o inspiradas en la extrema derecha.

El 16 de noviembre de 1976 las Cortes españolas decidieron su propia liquida-

Página anterior, el líder socialista Felipe González. Su elección como secretario general del PSOE, en 1974, significó el triunfo de los grupos moderados del Partido, y el definitivo abandono de opciones radicales que, poco antes, propugnaron la necesidad de una ruptura democrática.


SUD

ción, aprobando el proyecto de la Reforma Política. Inmediatamente, el gobierno organizó un referéndum popular, último paso para articular la transformación de las instituciones. Desde la oposición se vaciló, y ante el referéndum, tanto el PSOE como el Partido Comunista potenciaron suavemente, sin convicción, la abstención, aunque su campaña careció de persuasión. De hecho, Suárez había mantenido ya intensas reuniones con los socialistas Felipe González y Enrique Tierno Galván, y con el comunista Ramón Tamames, representante del partido de Carrillo. El 15 de diciembre el pueblo español aceptó por amplia mayoría la Reforma Política. El continuismo del Régimen estaba sentenciado, pero la ruptura también. La oposición se había plegado al programa suarista, basado en la reforma. El referéndum se había celebrado en un clima de alta tensión, pues la organización GRAPO mantenía secuestrados a dos hombres pertenecientes, el uno al sector más radical del franquismo, el financiero Antonio María de Oriol y Urquijo, y el otro al ejército, el teniente general Emilio Villaescusa, que finalmente serían liberados.

Suárez, al formar su gobierno, sabía muy bien que el único problema realmente importante para articular su programa radicaba en la actitud del ejército. Por ello, había vinculado la institución militar a su gobierno, nombrando vicepresidente al teniente general Gutiérrez Mellado, representante, sin embargo —como los hechos demostrarían posteriormente—, de sólo un sector de la institución castrense. Gutiérrez Mellado, en un discurso pronunciado en la tradicional Pascua Militar, el 6 de enero de 1977, señaló la necesidad de subordinación del poder militar al poder civil.

Restaba también el problema de la legalización del Partido Comunista, y su asimilación por el ejército. El 6 de abril Suárez legalizó de *facto* a aquella organización, cediendo a las condiciones exigidas por el PSOE para participar en la Reforma. La decisión produjo críticas y la dimisión gubernamental del almirante Pita da Veiga, pero días después sería confirmada de *jure*. Las condiciones para la celebración de elecciones generales estaban ya dadas.

Por otra parte, la disolución de los Sindicatos Verticales era un proceso en marcha, paralelo al de la legalización de un nuevo sindicalismo, en cuya carrera surgían viejas organizaciones como UGT y CNT, y otras nuevas, como Comisiones Obreras. La acción popular seguía sosteniendo la necesidad de una amnistía como factor previo para concurrir a las elecciones, y la presión llegó a ser fortísima. Por otra parte, en Cataluña y País Vasco se reclamaba la autonomía.

La Ley Electoral se basó en los criterios del «sistema Hondt», que favorecía a las mayorías. El 15 de junio se celebraron los comicios, los primeros desde que el Frente Popular venciera en febrero de 1936, cinco meses antes del inicio de la Guerra Civil. El gobierno había institucionalizado una nueva organización política, Unión de Centro Democrático (UCD), una compleja y abigarrada plataforma en la que figuraban mayoritariamente políticos de pasado franquista (Fernández Ordóñez, Calvo Sotelo, Pío Cabanillas, Arias Salgado), con críticos moderados del franquismo en los últimos años (González Seara, Landelino Lavilla), e incluso individualidades que un día figuraron en la oposición violenta, como Pérez Llorca y Leal. A su derecha se presentaban Alianza Popular, dirigida por Fraga Iribarne, y una plataforma franquista cuyo aparato más importante era Fuerza Nueva, encabezada por Blas Piñar. A la izquierda de UCD aparecían el PSOE, el Partido Comunista y numerosos grupos de extrema izquierda agrupados en plataformas electorales. Solamente se marginaron del proceso los anarcosindicalistas, e individualidades de diversa ideología, pero sustentadores de la necesidad de una ruptura, aunque fuera moderada, es decir, al menos administrativa, pues consideraban que el país necesitaba una «nueva moral» para reiniciar esta



Arriba, carteles de propaganda en las elecciones generales de junio de 1977. La Unión de Centro Democrático basó su campaña en la figura de Adolfo Suárez, cuyo prestigio entre las clases medias determinó el triunfo de su Partido en aquellas elecciones.

Página anterior, Adolfo Suárez inició su carrera política con el régimen franquista. Designado por el rey, en 1976, en la jefatura del gobierno, fue el encargado de dirigir la transición democrática en España.


TOTS
AMB EL PRESIDE
REF
UGT
UGT
CATALUNYA



Izquierda, aspecto de una mesa electoral durante las elecciones de 1977. En términos generales el dominio de la periferia correspondió a las fuerzas progresistas, siendo la coalición de UCD y la derecha más tradicional mayoritarias en el interior.

Página anterior, el 11 de septiembre de 1977 el pueblo de Cataluña protagonizó una multitudinaria manifestación para reivindicar el Estatuto de Autonomía que habría de permitir la recuperación de los órganos históricos de su autogobierno.

etapa democrática. Purgar políticamente los aparatos estatales de la vieja clase política era, para ellos, una necesidad insoslayable, más que una exigencia. Pero, al haber accedido el PSOE «renovado» y los comunistas al plan de Suárez, la suerte estaba echada.

La pugna electoral se centró entre UCD y el PSOE, y tras un laborioso recuento de votos, finalmente resultó vencedor el partido suarista, que dominaba en el Congreso y en el Senado. En el País Vasco vencieron las fuerzas conjuntas del nacionalismo y en Cataluña la izquierda socialista-comunista obtuvo también mayoría. La extrema izquierda no tuvo acceso al Parlamento, y las agrupaciones declaradamente franquistas fueron barridas por las urnas.

Esto significaba la apertura de una nueva etapa en la historia del país, pero no el fin de los graves problemas. De hecho, el tránsito había contado con un auténtico motor, tal como señalara Areílza, el rey Juan Carlos I.

Una Constitución consensuada

A partir de las elecciones de junio de 1977 el país entró en una etapa constitucionalista. Las manifestaciones populares exigían aún una amnistía, pues los comicios habían tenido lugar mientras en las cárceles había presos políticos encarcelados en el período del Régimen anterior, cuyas leyes de hecho seguían vigentes y eran administradas por el mismo funcionariado. Ello era consecuencia de la naturaleza de la Reforma Política. Sin embargo, la presión por la amnistía decidió al gobierno, a petición del rey, a programarla en sucesivas etapas, y de hecho a finales de 1978 no quedaban ya presos políticos del Régimen anterior. La amnistía no llegó a ser total, pues no incluyó a los delitos comunes ni tampoco a los de tipo administrativo por corrupción, cohecho, etc., pues ello hubiera significado una ruptura traducida en la depuración del aparato estatal. El ministro Martín Villa, antiguo miembro de Falange y colaborador íntimo de Suárez, señaló que «aquí no ha habido ruptura, pues de lo contrario yo no sería ministro».

El proceso consensual de las fuerzas representadas en el espectro parlamentario se inició de modo oficial con los Pactos de la Moncloa, un amplio programa para combatir la crisis económica, la violencia de organizaciones como ETA, y en definitiva, estabilizar la frágil y peculiar democracia. Desde el punto de vista económico, los pactos suponían el reforzamiento de una política socialdemócrata, auspiciada por el economista y ministro Fuentes Quintana, pero la falta de inversiones acabó por hacer fracasar sus planes, y las presiones de la patronal motiva-

ron la dimisión del profesor. A nivel político, se trataba de dar a UCD las máximas facilidades para conducir el proceso político, por lo que los sindicatos, concretamente UGT y Comisiones Obreras, dominados respectivamente por socialistas y comunistas, se avenían a frenar las exigencias de sus bases. Finalmente, se marginó de los pactos el partido de Fraga Iribarne.



El consenso se puso nuevamente de manifiesto en la elaboración de la Constitución, en un proceso en el que, por ejemplo, el Partido Comunista aparecía situado muchas veces a la derecha de UCD. La Constitución fue redactada a lo largo de 1978. Esta nueva Carta Magna marginaba temas tan espinosos como la fuente de legitimación de la Monarquía, y por otra parte se acordaba que el monarca no quedaba sujeto a responsabilidades políticas. Asimismo, se señalaba la función del ejército como velador de la «unidad nacional» y del «orden constitucional», interpretando algunos estudiosos que con ello se le situaba por encima de la Constitución. En otro importante artículo se legitimaban los derechos adquiridos desde el 18 de julio de 1936, cualesquiera que fueran sus orígenes, cerrando así cualquier posibilidad de solicitar responsabilidades políticas o criminales por cualquier actividad ejer-



cida por las fuerzas políticas del viejo Régimen. En el complejo texto, cuya redacción resultó muy laboriosa y su redactado final excesivamente espeso para una fácil comprensión, se señalaba la soberanía del pueblo, institucionalizándose las libertades de reunión, asociación y expresión. A petición del diputado comunista Solé-Tura fue suprimida la constitucionalidad del «referéndum popular», pues según argumentó dicho representante en la ponencia constitucional, podría en el futuro ser utilizado por fuerzas anticonstitucionales. Esta medida restrictiva de las libertades provocó cierto estupor en algunos medios políticos sensibilizados ante el consenso. Asimismo, la Constitución abría el camino a posibles autonomías, en relación con la futura concesión de estatutos a nacionalidades como Cataluña, Galicia, y sobre todo el País Vasco, donde la sensibilización nacionalista alcanzaba ya cotas muy elevadas a la que se sumaban algunos actos terroristas a cargo de ETA.

Finalmente, la Constitución fue aprobada por el pueblo mediante referéndum, excepto en el País Vasco, donde la abstención impidió que el voto afirmativo superase el 50 % necesario. Inmediatamente, con la oposición del Partido Comunista, se anunciaron nuevas elecciones legislativas.

Mientras, el panorama político se había modificado. Alianza Popular se ensanchó bajo la dirección de Fraga Iribarne, transformándose en Coalición Democrática. El profesor Tierno Galván decidió disolver su propio partido, Socialista Popular, a cambio de instalarse en el PSOE, y en la extrema izquierda se debilitaban numerosas organizaciones, como el Partido del Trabajo. El 1 de marzo se realizaron las elecciones legislativas, venciendo nuevamente UCD, seguida de los socialistas, convertidos definitivamente en el segundo gran partido del país. Los comunistas se mantuvieron en un bajo nivel, al igual que Coalición Democrática, en tanto que la

Arriba, marcha de la Libertad, celebrada en el País Vasco a finales de la década de 1970, en apoyo de los terroristas de ETA detenidos.

Página anterior, Josep Tarradellas (en el centro), presidente de la Generalitat de Cataluña en el exilio y posteriormente, ya reinstaurado el órgano de autogobierno, por designación real, junto a Felipe González (a su derecha) y otros destacados dirigentes socialistas.

Página anterior, abajo, Felipe González dialoga con el político centrista Emilio Attard. El consenso entre UCD, partido en el gobierno, y el PSOE, primer partido de la oposición, en los grandes temas de Estado ha sido permanente durante los primeros años de vida democrática en España.



plataforma de fuerzas franquistas solamente obtuvo un escaño. La gran sorpresa fue el alza del nacionalismo vasco radical, es decir, de Herri Batasuna –vinculada ideológicamente a ETA–, cuya presencia amenazaba a la mayoría del Partido Nacionalista Vasco, consensualista y de moderado conservadurismo.

Globalmente, cabe señalar que la abstención superó las previsiones, ya pesimistas, con un 32%, siendo especialmente fuerte en el País Vasco, Cataluña y Galicia. El consenso comenzaba a hacer mella en algunos ambientes ciudadanos, sensibilizados por la lentitud en las reformas estructurales que el país exigía para superar la crisis económica y social. En las elecciones municipales de abril de 1978 fueron las izquierdas las que dominaron, y a pesar de la elevada abstención, ciudades como Barcelona y Madrid dispusieron de alcaldes socialistas.

Por otra parte, la violencia terrorista siguió haciendo estragos entre personali-



dades civiles y militares, pero especialmente tomaba como objetivo a estas últimas. El gobernador militar de Madrid, general Ortín Gil, y el teniente general Gómez Ortigüela, fueron víctimas de atentados perpetrados por ETA. En el País Vasco, las fuerzas nacionalistas radicales presionaban manifestándose por la ruptura.

El proceso autonómico se resentiría desde el principio, a causa del enfoque dado por el gobierno ucedeísta, en el sentido de conceder autonomía a todas las regiones de España; una autonomía estrictamente administrativa. Y ello, sin distinguir los casos específicos de Galicia, y sobre todo de Cataluña y País Vasco, donde la autonomía sí tenía un sentido plenamente histórico, y por otra parte aparecía como la única vía para sofocar la efervescencia nacionalista. En Cataluña, en el verano de 1977, el gobierno había restaurado la Generalitat, identificada con el presidente de la misma en el exilio, Josep Tarradellas, antiguo político que militara en Esquerra Republicana de Catalunya y desempeñara cargos de importancia en la Generalitat durante la II República. Este notable exiliado regresó a Barcelona en septiembre, previo paso por Madrid, en una operación realizada al margen de las fuerzas políticas catalanas, pero que éstas, desconcertadas, consintieron. Tarradellas ocupó interinamente la presidencia de la restaurada Generalitat, aunque su poder real fue más bien figurativo.

Antes de finalizar el año 1979 el País Vasco y Cataluña contaban con estatutos autonómicos, cartas muy moderadas que descartaban la autonomía en el control de la Hacienda, de la Magistratura y de las fuerzas del orden. Sin embargo, el proceso autonomista se vio colapsado por la lentitud en las discusiones de cesión de competencias, y por las demandas de otras regiones, como Andalucía, que exigían un trato igual a catalanes y vascos. En las elecciones autonómicas celebradas en el País Vasco y Cataluña, en 1980, UCD y los socialistas sufrieron serios descalabros, y las fuerzas nacionalistas moderadas pasaron a dominar la situación de los Parlamentos locales. En Cataluña fue elegido presidente de la Generalitat Jordi

Arriba, manifestación laboral en las calles de Madrid. Las reivindicaciones obreras, en su mayor parte controladas por los sindicatos de la UGT y CC.OO., fueron consecuencia inevitable de la democratización de la política española.

Página anterior, Adolfo Suárez se dirige a los miembros del Consejo de Europa, el verano de 1980.



Pujol, cuyas relaciones con el saliente Tarradellas eran tensas, pues éste se mostraba partidario de una Generalitat consensuada y no de partido. En el País Vasco, el *lendakari* era Carlos Garaicoetxea, líder del Partido Nacionalista Vasco. La oposición nacionalista radical, Herri Batasuna, se situó como segunda fuerza política, superando a socialistas y ucedeístas.

El asalto al Parlamento

Varios factores se concentraron para conformar lo que algunos medios de la opinión pública denominaban el «desencanto» producido por la Reforma Política. En primer lugar, la crisis económica, que aunque generalizada a nivel internacional desde 1974 –a raíz de los cambios en la política petrolífera de los países productores–, incidía fuertemente en España por la carencia de inversiones privadas y la creciente carestía de la vida promovida por la imparable inflación. Como consecuencia de ello, el paro laboral comenzó a incrementarse, alcanzando niveles no conocidos anteriormente. Por otra parte, las pugnas entre las diversas corrientes de UCD impedían que se abordara la solución de los grandes problemas de tipo estructural, a pesar de lo cual se afrontó una legislación sobre el divorcio. La naturaleza del aparato estatal era otro motivo de dificultades, pero ello era esencialmente lógico según el esquema de la Reforma Política. La vieja burocracia del Régimen anterior permanecía intacta. Ahora, había que sumarle nuevas instituciones vinculadas con la democracia y los autonomismos. La nómina estatal se engrosó, en un país que tradicionalmente tenía un Estado de dimensiones excesivas, muchos de cuyos miembros asumían multiplicidad de cargos y de salarios. Una Ley de Incompatibilidades hubiera conseguido racionalizar el aparato estatal, impidiendo la asunción de más de una función por persona, pero fue congelada por decisión del partido gubernamental. Así, la administración aparece como un pesado lastre para la economía del país, componiendo un marco proclive a las corrupciones. El déficit del sector público superaba en 1981 los 700 mil millones de pesetas.

Simultáneamente, las acciones de ETA contra las fuerzas del orden y el propio ejército se incrementaron, sin que el gobierno decidiera profundizar el proceso autonómico vasco como mejor manera de aislar a los separatistas.

El desgaste de Adolfo Suárez y del vicepresidente, general Gutiérrez Mellado, era ya una evidencia indiscutible en los

medios políticos a finales de 1980. Al iniciarse 1981 los rumores de cambio de gobierno cobraron realidad, pero se vieron sobresaltados por un hecho imprevisto: un intento fracasado de golpe de Estado.

A principios de febrero se anunció la dimisión de Suárez y el nombramiento de Leopoldo Calvo Sotelo para sucederle. Durante la sesión parlamentaria de investidura del nuevo gobierno, celebrada el 23 de febrero, los diputados se vieron sorprendidos por la entrada en el Parlamento del teniente coronel de la Guardia Civil, Antonio Tejero, al frente de más de doscientos miembros de aquel cuerpo. Los asaltantes mantuvieron secuestrado al Parlamento durante cerca de cuarenta y ocho horas. Mientras, en Valencia, el capitán general Milans del Bosch decretaba el «estado de excepción» en la región, aboliendo los partidos políticos y los sindicatos, y retrotrayendo a la región valenciana a una situación similar a la existente cuando el franquismo. Paralelamente, los tanques ocupaban la ciudad levantina, en tanto que Milans del Bosch decía actuar en «nombre del rey». En Madrid, el general Armada asumió un complejo protagonismo, situándose en actitud de asumir la dirección del golpe de Estado, mientras la división Brunete, acantonada en las cercanías de la capital, decisiva para acelerar o frenar la intentona, se debatía en una situación confusa.

La inmediata acción del rey Juan Carlos I fue decisiva en el fracaso del golpe de Estado. El monarca recibió la lealtad de las otras capitanías generales y ordenó, como jefe de las Fuerzas Armadas, a Milans del Bosch que depusiera su actitud. La intentona militar entró en vía muerta, y el teniente coronel Tejero abandonó el Parlamento una vez vio claro que habían fracasado los apoyos necesarios. Las movilizaciones golpistas alentadas por la extrema derecha nostálgica del franquismo no hallaron eco decisivo, y el 25 de febrero la normalidad institucional se había restablecido. Todos los medios políticos coincidieron en señalar que el papel del monarca había sido decisivo en la salvación de la democracia. Éste, por su parte, llamó la atención de los partidos políticos en el sentido de lo delicado de la situación y de la necesidad de no exacerbarla con exigencias drásticas de responsabilidades.

La fragilidad de la democracia

Pasada la crisis, Leopoldo Calvo Sotelo asumió la jefatura del gobierno. Su pasado político estaba vinculado al franquismo, en cargos de carácter tecnocrático. Al producirse el tránsito se sumó a UCD, como miembro de la dirección de este partido.

El nuevo gobierno señaló que se apurarían responsabilidades por el intento de asalto al Parlamento, y manifestó su voluntad de reorganizar la política del país. Así, decidió pactar con el PSOE una modificación del proceso autonómico que tantas sensibilidades provocaba en el estamento militar, desarrollando el pacto de la «concertación», destinado a limitar el autonomismo, y por otra parte reactivó los pactos con las centrales sindicales UGT y Comisiones Obreras. Éstas recibieron ayuda económica estatal –pues el nivel de cotización y afiliación a las mismas se había reducido a niveles mínimos, hasta el punto de que se dijo que sólo un 15% de la población trabajadora se hallaba afiliada a ellas–, y a cambio accedían a moderar a sus bases en las peticiones salariales, estableciéndose un tope de aumentos. La otra contrapartida, la de crear puestos de trabajo, aparece un tanto problemática.

En la primavera de 1981 estalló el escándalo del aceite de colza. La adulteración de aceite de consumo por diversas empresas privadas, al parecer relacionadas con algunas instancias administrativas estatales, produjo el inicio de un proceso de muertes por envenenamiento que han superado las 250 víctimas. Ello ponía de manifiesto las deficiencias administrativas de un aparato estatal escasamente eficaz.

De hecho, los numerosos problemas que tiene planteado el país son herencia de la larga etapa franquista, pero la naturaleza de la transición impidió que se abordara con eficacia la solución de los mismos, cuya gravedad y amplitud hipotecan ahora el futuro del país y de la frágil democracia.



Arriba, Leopoldo Calvo Sotelo jura su cargo de presidente del Gobierno español el 26 de febrero de 1981.

Página anterior, el 23 de febrero de 1981 el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero, al frente de más de doscientos miembros de aquel cuerpo, irrumpía por la fuerza de las armas en el Congreso de los Diputados, en un intento de derrocar el régimen constitucional y democrático en España.



La gran actualidad de América Latina

La década de 1980 se ha abierto con la prosecución de la crisis mundial. Crisis de naturaleza global, aunque en su profundidad la cuestión económica palpite con una fuerza protagonista. Crisis de valores, instituciones y de teorías tenidas hasta el presente como «inviolables» por la marcha de la historia.

Esta crisis encuentra diversas formas de manifestación en el planeta, según los condicionamientos de un país, de unas regiones o unos bloques.

También América Latina vive la peculiaridad de sus propias crisis —tan múltiples entre sí y, a la vez, tan similares—, empalmadas con las que padecen todas las áreas del planeta. Hoy no hay excepciones, pues el mismo carácter globalizador de la sociedad de nuestra época hace que los problemas se expandan al igual que en la teoría de los vasos comunicantes: el nivel del líquido en los tubos tiende a asimilarse en su horizontalidad. Sólo que la rica pluralidad de la producción social y política de la humanidad hace que las formas que adoptan los problemas aparezcan con variaciones.

Cuando se habla de América Latina —y esto lo ha repetido en varias ocasiones el actual presidente de México, José López Portillo— es necesario tener siempre presente «la existencia de Estados Unidos», al igual que no es posible hablar de Europa oriental o amplias zonas de Asia prescindiendo del «condicionamiento soviético». Es el sino de nuestra época.

Las relaciones de Estados Unidos con América Latina han pasado a lo largo de su joven historia por numerosas vicisitudes. Moderación o endurecimiento son los dos paréntesis que señalan los límites de aquella relación. La etapa presidencial de Carter, que finalizó en 1980-1981, marcó una coyuntura singular en las relaciones entre Estados Unidos y las naciones latinoamericanas. Carter introdujo como base de su política universal el tema de los Derechos Humanos. Mediante un uso inteligente de esta cuestión consiguió debilitar el posible prestigio de la Unión Soviética, poniendo de manifiesto la carencia, en aquella potencia mundial, de las libertades básicas necesarias para una existencia de vida social basada en la autodeterminación de la persona.

Pero esa misma política de Derechos Humanos tuvo otras incidencias en otras zonas y con respecto a otros regímenes políticos. En el dilema democracia-dictadura, Carter optó claramente por la democracia y ello significó la adopción de criterios variables con los distintos países en función de su situación política. Por ejemplo, las relaciones con España mejoraron notablemente tras la instauración de la democracia, después de varios lustros de régimen dictatorial.

Forzosamente, la actitud política de la presidencia estadounidense incidió también en América Latina, región del mundo con un gran potencial económico que desarrollar, pero con graves desequilibrios sociales y, evidentemente, políticos. Carter se distanció de los autoritarismos y se aproximó a las democracias.

Quedaban ya lejos los tiempos del intervencionismo directo para sofocar en América Latina las rupturas democratizadoras. Estudios históricos realizados en los últimos años recuerdan el pasado intervencionista directo, es decir militar, de Estados Unidos en el continente latinoamericano: Colombia fue invadida en 1902; Cuba en 1898, 1906 y 1961; Guatemala en 1920 y 1954; Haití en 1914 y 1915; Honduras en 1903, 1905,



Izquierda, los mandatarios Breznev (URSS) y Carter (EE.UU.) reunidos en Viena (18 de junio de 1979) con motivo de las conversaciones sobre limitación de armas nucleares SALT-2. El presidente de Estados Unidos, con su política de exaltación de los Derechos Humanos, procuró desenmascarar la falta de libertades en el «paraíso soviético», para justificar la intervención norteamericana en los países de Latinoamérica.

Página anterior, Che Guevara, revolucionario argentino que formó parte de los primeros gobiernos de Fidel Castro, en Cuba, y murió en 1967, luchando en la guerrilla de Bolivia, se ha convertido en símbolo de los luchadores contra toda clase de colonialismos imperialistas en el mundo.

1906, 1910, 1911, 1912, 1919, 1924 y 1925; México en 1913, 1914, 1916, 1917 y 1919; Nicaragua en 1896, 1909, 1910, 1911, 1912, 1926, 1927, 1928 y 1929; Panamá en 1901, 1902, 1904, 1918 y 1925; Puerto Rico en 1898 y 1937; República Dominicana en 1903, 1904, 1908, y 1965; Venezuela en 1908.

Tan denso historial forzosamente tenía y tiene que estar presente en la memoria de los latinoamericanos, sobre todo si se tiene en cuenta que tales intervenciones tuvieron siempre el signo de impedir la democratización social y política. Con Franklin D. Roosevelt varió en cierto grado la actitud estadounidense, y con el malogrado John F. Kennedy se entró en una segunda etapa de moderación solamente oscurecida por el desdichado asunto de la Bahía de Cochinos, en Cuba. Jimmy Carter incidió con más fuerza no sólo en moderar la acción hegemónica de Estados Unidos, sino en mostrarse claramente decidido a apoyar las democracias y renuente con todos los regímenes autoritarios.

Sin embargo, la «era Carter» ha dejado paso a la «era Reagan», y con este tránsito vuelven a variar ciertas circunstancias. Sin dejar de ayudar a las democracias, el nuevo presidente estadounidense ha optado por reconsiderar sus relaciones con los regímenes autoritarios y establecer una política de acomodo con ellos, en la perspectiva de frenar lo que él denomina la «subversión mundial».

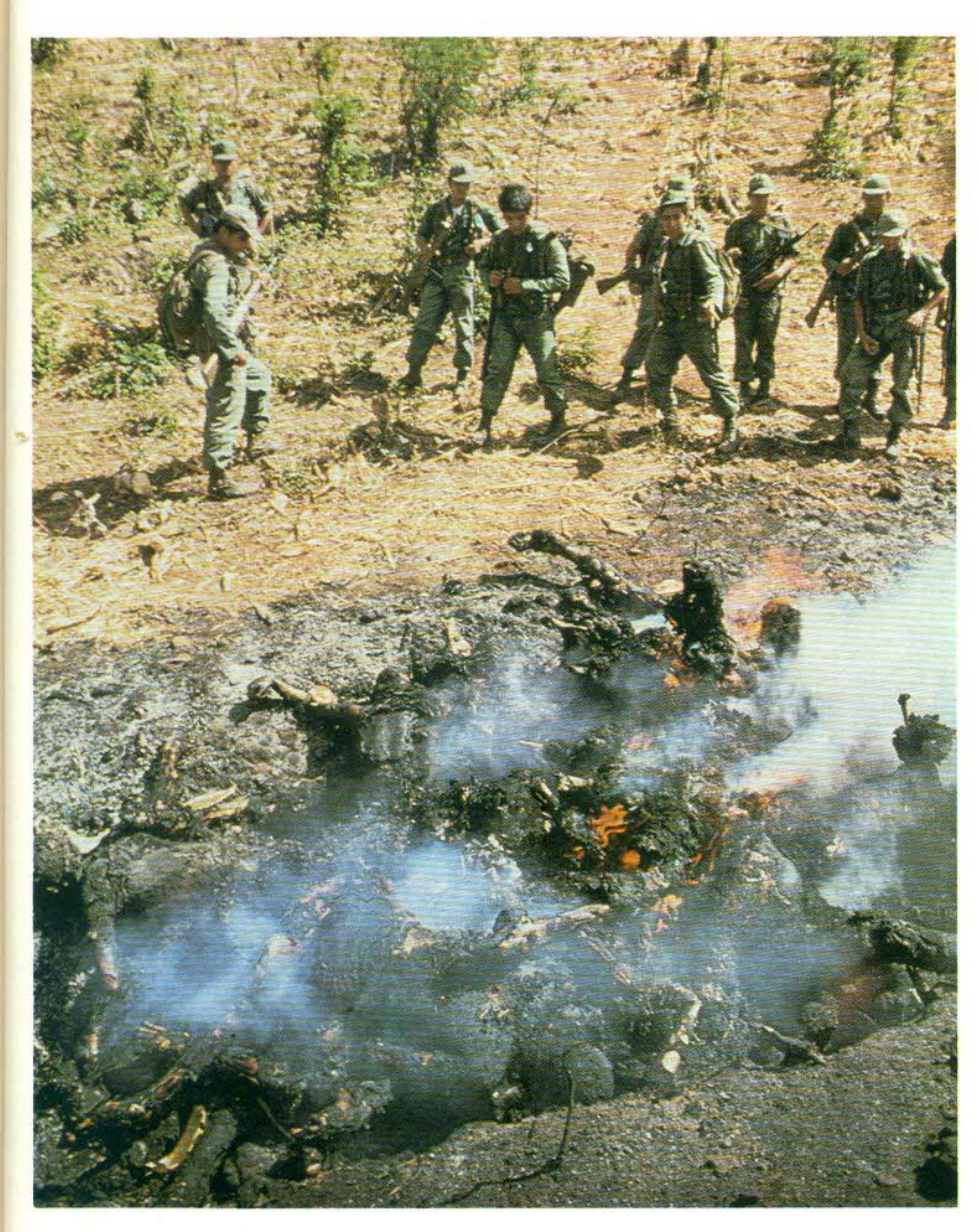
La revolución nicaragüense, tan compleja en sí misma, con sus componentes cristianos, social-demócratas y marxistas, fue un «desliz» —se dice ahora— de la era Carter, que no debe volver a ocurrir. Pero, ¿será posible?

El hervidero centroamericano

América Central es un mosaico de naciones con un clima excelente, unas tierras ricas y unas poblaciones jóvenes. Pero su situación social presenta características prerrevolucionarias, inducidas por la pobreza y las desigualdades sociales, especialmente acusadas. Estos factores facilitaron el proceso revolucionario sandinista en Nicaragua. Y esos mismos factores están presentes claramente en El Salvador y, en menor grado, en Guatemala. El agobio social existente allí ha permitido la afloración de movimientos guerrilleros que sin el caldo de cultivo de la pobreza no hubieran encontrado posibilidades de gestación y desarrollo. Caldo de cultivo propicio también para la penetración de ideologías y ayudas foráneas, de signo socializante radical o comunistizante, procedentes de Cuba y la URSS.

Sin embargo, como señaló un alto dirigente político venezolano —el ex presidente Carlos Andrés Pérez— el problema no está en Cuba o en la Unión Soviética, sino en los propios países en donde las condiciones sociales y culturales se mantienen en un nivel ínfimo. Es lo que puede permitir a cubanos y soviéticos extraer partido de tales situaciones. Pero solamente eso.





Izquierda, ataque de los guardias nacionales a un campamento de guerrilleros en El Salvador.

Página anterior, José Napoleón Duarte, elegido presidente de la República de El Salvador, por la Junta de Gobierno, el 13 de diciembre de 1980.

La guerra salvadoreña

El año 1981 se inició de modo dramático para las fuerzas de la oposición democrática de El Salvador, a raíz de un atentado al líder Enrique Álvarez que le costó la vida. Le sucedió el político socialdemócrata Guillermo Ungo, que asumió la dirección del Frente Democrático Revolucionario, decidido antagonista del personalismo del presidente Napoleón Duarte.

A lo largo de 1981, el régimen autoritario salvadoreño anunció su propósito democratizador, aunque también su voluntad de aplastar la sublevación, contando para ello con el apoyo decidido de la Administración Reagan.

El conflicto violento sigue mientras que Guillermo Ungo ha conseguido, tras intensas gestiones internacionales, el reconocimiento *de facto* de países tan poco sospechosos de subversión como son la República Federal Alemana, Francia y México. El presidente francés François Mitterrand y el mexicano José López Portillo firmaron un comunicado conjunto en el que abogaban para El Salvador por una salida política –no violenta– y el pleno reconocimiento de la oposición democrática, denunciando a José Napoleón Duarte.

En esta situación, el gobierno salvadoreño ha proyectado unas elecciones para marzo de 1982 que darían paso a una Asamblea Constituyente para articular la vida del país hacia una nueva etapa. El movimiento guerrillero no ha reconocido la legitimidad del proceso y la tensión sigue abierta.

El proyecto sandinista

La Administración Carter intentó apoyar a los sectores no castristas del movimiento revolucionario instalado en el po-



der tras la caída del dictador Anastasio Somoza en junio de 1979 (muerto por un comando sandinista en las calles de Asunción, Paraguay, en el mes septiembre de 1980).

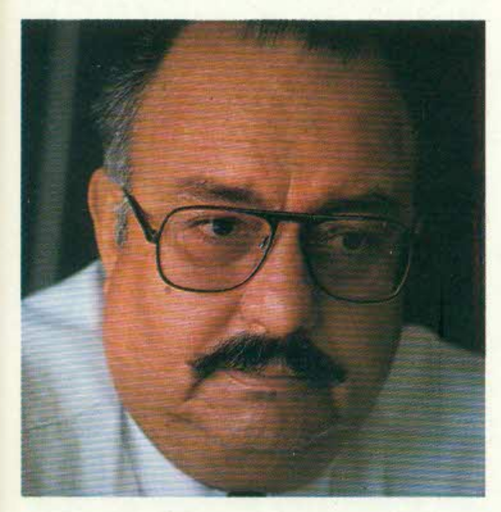
Pero la profundidad de la crisis económica que incide sobre la zona centroamericana y la histórica sensibilidad contra el «coloso del Norte», comportaron una radicalización del proceso revolucionario, desplazado cada vez más a posiciones de centralización del poder en manos de los sectores más procastristas, en detrimento de las fracciones socialdemócratas.

En marzo de 1980 el gobierno nicaragüense designó al comandante Daniel Ortega «coordinador» de la Junta, convirtiéndose *de facto* en jefe de Estado. A partir de ese momento la situación interior nicaragüense entró en una fase de sosiego, aunque lo cierto es que ha crecido la tendencia a limitar la acción de la economía de mercado y la iniciativa privada, sustituidas progresivamente por la centralización económica controlada. A pesar de ello, la revolución nicaragüense es valorada con cierta simpatía por varias potencias europeas.

Están latentes en el pequeño país de Sandino dos opciones ya clásicas: la estatificación comunista o una socialdemocracia profundamente reformadora. Sin embargo, desde Estados Unidos, hay dificultades para captar los matices y diferencias y, por otra parte, el tema salvadoreño ha permitido al presidente Reagan acusar al sandinismo de «exportador» de la revolución, igualando su papel al de la Cuba castrista.

La diversidad centroamericana

En el resto de países de América Central la realidad aparece muy diversa y aunque en Guatemala la situación es grave, lo cierto es que el país parece haber entrado en una etapa de crisis conte-



nida. Las elecciones previstas para 1982 fueron denunciadas por la oposición, que de hecho sigue resguardada en la clandestinidad, y el poder de Lucas García aparece crecientemente omnímodo. Entre él y los movimientos guerrilleros que operan intermitentemente, se creó en 1981 una tercera vía, traducida en la formación del Frente Amplio Opositor, dirigido por dos políticos moderados: Alejandro Maldonado y Roberto Carpio, del Partido Nacional y Demócrata Cristiano respectivamente.

Sin embargo, la resistencia del poder a negociar con todos estos partidos, puede trocar los escrutinios en una parodia, lo que favorecería, sin lugar a dudas, la insu-

Arriba, celebración del segundo aniversario de la revolución de Nicaragua en 1981.

Izquierda, Anastasio Somoza, presidente de Nicaragua derrocado por la guerrilla en Junio de 1979.

Página anterior, guerrilleros sandinistas que, entre 1978 y 1979, lograron derribar el régimen dictatorial de Somoza.



rrección armada de la guerrilla declaradamente procastrista.

Honduras parece haber entrado en una situación de calma política tras el proceso democratizador de los dos últimos años, mientras que Costa Rica mantiene su tradicional adscripción a la democracia que la ha convertido en una auténtica *rara avis* dentro de esta compleja y agitada zona centroamericana. La crisis económica se hace sentir en la sociedad costarricense. En las elecciones previstas para principios de 1982 la opción se encuentra sintetizada entre el frente conservador moderado, actualmente en el poder, y la socialdemocracia, que tan inteligentemente enraizará en el país el casi legendario ex presidente José Figueres. Pero sea cual fuere el resultado de los próximos y esperados comicios,lo cierto es que Costa Rica, una vez más, asiste a las elecciones con bastantes garantías democráticas.

Panamá perdió en julio de 1981 a un gran líder histórico: el brigadier Omar Torrijos, muerto en accidente de aviación. Fue él el artífice de la realización de un viejo sueño: la recuperación de la soberanía nacional sobre la Zona del Canal, que desde 1968 propugnaba tenazmente. Torrijos llegó a decir en 1978: «No pretendo entrar en la historia, sino simplemente en la Zona del Canal». Y lo hizo pacíficamente, tras intensas negociaciones con Estados Unidos, hallando finalmente en la Administración Carter un interlocutor dialogante y abierto. Ello dio al líder panameño un carisma y un prestigio entre su pueblo y en el seno de los países tercermundistas. Por otra parte, él mismo cedió el poder político en unas elecciones auspiciadas bajo su mandato, cuyo resultado fue el ascenso a la presidencia de Arístides Royo, quien ha manifestado repetidamente su voluntad de no alejarse de los presupuestos e ideales políticos de su antecesor Torrijos, mientras dure su mandato.

Igualmente halagüeña fue la celebración de las elecciones en la República Dominicana, que hace cuatro años significaron el desplazamiento del poder de Joaquín Balaguer y su sustitución por el socialdemócrata Guzmán. Nuevos comicios apuntan para 1982, y todo indica que vencerá el candidato del partido Revolucionario Democrático, actualmente en el poder. Ello significará realmente una consolidación del proceso institucional democrático.

Brasil: un coloso con pies de barro

Los problemas de Brasil son ingentes desde principios de la década de 1980. Las estadísticas futuristas señalaban, a mediados de los años de 1970, que en el siglo XXI una de las cuatro potencias mundiales sería Brasil, junto con Estados Unidos, la Unión Soviética y China. Y el punto de partida para esta hipótesis era, por una parte, la inmensa riqueza aún por descubrir y explotar encerrada en las tierras del enorme país; por otra, un impetuoso crecimiento demográfico, traducido en una población consecuentemente joven y activa.

La supresión de la democracia con el derrocamiento del poder civil en 1964, abrió un período de dictadura militar y la sucesión en el poder se viene produciendo, desde entonces, a través de la cooperación en el seno de las Fuerzas Armadas de la personalidad militar más idónea para el desempeño del cargo. Se sucedieron los jefes de Estado militares y en septiembre de 1981 el presidente, general Figueiredo, el más proclive a la reforma democratizadora de todos los militares



que han ocupado el poder hasta ahora, anunció la posibilidad de un proyecto propiciador de cambios políticos.

De hecho, esta decisión era el resultado de un cúmulo de presiones ejercidas sobre el gobierno. En primer lugar, la iglesia católica brasileña viene desde hace un lustro pronunciándose sobre la necesidad de relajar la vida política del país. Son numerosos los sacerdotes que actúan como portavoces de las inquietudes populares. Ellos han protagonizado ocupaciones de tierras, para establecer allí comunidades agrarias con gentes sin trabajo de los suburbios de las grandes ciudades. La detención de varios sacerdotes por parte del gobierno generó tensiones entre las dos instituciones.

El movimiento sindical ha recuperado parte de la potencia perdida en 1964 y su presión comienza a ser intensa. La industria electrodoméstica decreció en un 30% de ventas con respecto al año 1980 y otros sectores industriales siguieron igual camino. Ello, unido a un proceso inflacionista que supera la cota del 100%, crea una situación de gran agobio social. El gobierno fue impotente para impedir concentraciones obreras e incluso toleró un congreso sindical clandestino, pero realizado abiertamente, del que renació la Central Única de Trabajadores, erradicada de la legalidad desde hacía 17 años.

En el orden político, casi paralelamente a los renacidos sindicatos, surgió un nuevo y peculiar partido, llamado Partido de los Trabajadores, plataforma que aglutina diversas opiniones ideológicas. Con menos empuje, otros partidos clásicos desarrollan también actividades toleradas: Partido Popular, Partido Democrático Trabajador, Partido Trabajador Brasileiro, Movimiento Democrático Brasileiro y Partido Democrático Social.

Frente a tan compleja situación el gobierno militar anunció un proyecto reformador. En el esquema de 1980 se pensó en una salida hacia la democracia basada en un consenso al «estilo español», es decir, acordado por las principales fuerzas políticas y el ejército, que ejercería un papel tutelar. Sin embargo, el promotor de este proyecto, el general Golbery do Couto e Silva fue retirado de la vida activa a mediados de 1981. Esta medida se in-

Arriba, el general João Baptista Figueiredo en el momento de la toma de posesión del cargo de Presidente de la República del Brasil, en marzo de 1979. Había sido elegido el 15 de octubre de 1978.

Página anterior, elecciones en Honduras (diciembre de 1981).



terpretó como un síntoma de tensiones en el seno de las propias Fuerzas Armadas.

Por otra parte, la explotación de las inmensas riquezas de la Amazonia se ha realizado de un modo caótico, que recuerda el estilo del viejo Oeste norteamericano: expoliación indiscriminada, apropiaciones indebidas, fortunas aceleradas, masacre de amerindios. El dilema entre dictadura o democracia habrá de comportar en su resolución elementos de control y planificación socioeconómica. La enorme despensa de la selva lo exige.

El gran bloque subcontinental

La gran masa continental del Sur hispanoparlante es un mosaico de situaciones políticas, aunque la crisis económica y la sensibilización sociopolítica aparecen como un común denominador.

Los dilemas entre autoritarismo y democracia presentan una perspectiva muy compleja, pues los movimientos guerrilleros son un factor real en la vida de la mayoría de esos países.

Argentina es otro gigante con un porvenir, a largo plazo, forzosamente espléndido. Tanta es la riqueza de su suelo y subsuelo. Esencialmente, este país es una entidad que desde un punto de vista teórico podría ser autosuficiente. Cereales y carnes de primerísima calidad, abundante pesca, minerales de variadísima gama y carburantes. Y, sin embargo, los problemas argentinos son muchos. Al igual que en Brasil, los militares tomaron el poder, pero mucho más tarde, en 1976, y en una coyuntura difícil. El país se encuentra atenazado por el irresistible mito del peronismo, que ha rebasado incluso la vida del que fuera su mentor, Juan Domingo Perón. El tremendo poso sindicalista parece imposible de marginar y rebrota inesperadamente. De hecho, el peronismo entró en descomposición al escindirse varias fracciones: desde los movimientos «montoneros» de extrema izquierda lindantes con el marxismo, hasta el peronismo institucional encarnado por la segunda esposa del general Perón, Isabel, pasando por la gama de actitudes tan sólo sindicalistas. La violencia se había adueñado de las calles en 1975-1976 y la Administración dirigida por Isabel Perón entró en bancarrota.

Una vez más en la historia argentina, el Ejército asumió, con el general Videla, el control de la situación combatiendo drásticamente a la guerrilla e intentando rehacer la economía. La guerrilla fue finalmente dominada, aunque la represión ha dejado profundos ecos. En la cuestión económica el mando militar se halla en un callejón sin salida. La sustitución del general Videla por el general Viola se realizó al parecer en la perspectiva de una apertura política, pero la dimisión de éste a finales de 1981 y su sustitución por el también general Gualtieri parece demostrar, al igual que en el caso brasileño, la



Arriba, el general Roberto Viola (izquierda) sucede a Jorge Rafael Videla (junto al micrófono, en la fotografía) en la presidencia de la República Argentina en marzo de 1981.

Página anterior, manifestación en Buenos Aires en 1973, el día de la toma de posesión de la presidencia por Héctor Cámpora, correligionario de Juan Domingo Perón.

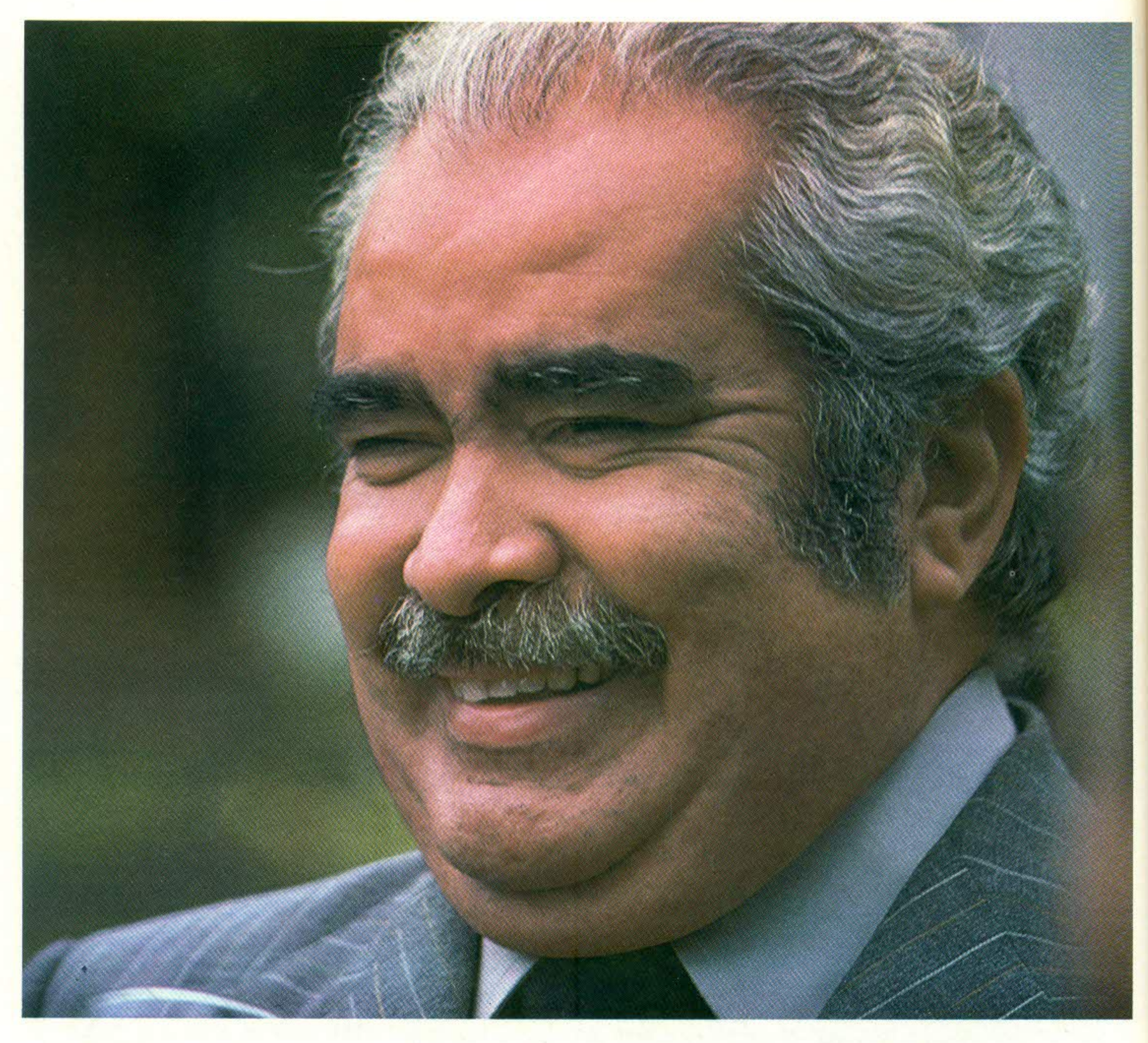
existencia de divergencias en el bloque militar.

El reto argentino pasa también por la capacidad de aprovechar las inmensas e inagotables posibilidades económicas naturales.

Acerca de Colombia, se dijo una vez, «hace un siglo que vive en guerra civil». De hecho, la violencia impera desde antiguo en forma de nutridos grupos que lindan entre el bandidaje y la guerrilla política. Desaparecen unos, pero inmediatamente surgen otros. A pesar de ello, funciona allí una corteza democrática en cuyo delgado margen se turnan liberales y conservadores. Este turnismo es una estrecha y frágil democracia que solamente aglutina a una cuarta parte de la población. En 1981 se encontró atenazado por la consolidación de un movimiento guerrillero que, por primera vez, pareció presentar profundas raíces urbanas –hasta entonces se trataba de movimientos rurales que operaban en las selvas–. Las guerrillas del Frente Armado Revolucionario Colombiano y del Movimiento-19, operando al modo de los sandinistas nicaragüenses, han cosechado diversos éxitos, rechazando la amnistía propuesta por el gobierno a cambio de ciertas negociaciones. La otra parte de la tenaza la constituye el ejército, alertado ante cualquier posibilidad de subversión de la sociedad colombiana.

La democracia colombiana es la más frágil del continente, pero también una de las más antiguas, a pesar de sus limitaciones.

Ecuador halló su recuperación democrática al decidir los militares la devolución del poder a los civiles. Asumió la presidencia Jaime Roldós, hombre de talante socialdemócrata, que encontró una muerte inesperada en un accidente de aviación ocurrido en mayo de 1981, cuando apenas había desarrollado unos meses de su mandato presidencial. Le sustituyó el vicepresidente, el demócratacristiano Oswaldo Hurtado. La moderación caracteriza la acción del poder político que tiene entre



otros objetivos gestar una racional explotación de la riqueza petrolífera recientemente descubierta. En el exterior, el gobierno se inclinó matizadamente hacia la izquierda, formalizándose de hecho su ingreso en el Movimiento de Países No-Alineados.

Venezuela se presenta como modelo de país con un sistema político democrático consolidado. En efecto, el sistema aparece fuertemente arraigado, aunque la gestión del gobierno de Luis Herrera Campíns, perteneciente a la democracia cristiana (COPEI), ha sido criticada por su excesiva derechización. La larga gestión socialdemócrata iniciada por el legendario Rómulo Betancourt ha dejado en aquella nación unos posos y tradiciones difíciles de trastocar. Las previstas elecciones de 1983 se presentan como un nuevo duelo entre Acción Democrática, el viejo partido socialdemócrata hoy en la oposición, y la citada COPEI.

La situación económica venezolana presenta complicaciones, pero la inmensa riqueza petrolífera que alberga su subsuelo permite al gobierno capear el marasmo de la crisis mundial. La industrialización es una realidad, aunque no se hace al ritmo necesario.

El caso de Uruguay es de los más singulares del continente. La pequeña nación fue en los alrededores de la II Guerra Mundial la «Suiza americana». Su prosperidad tuvo, entre otras causas, la atracción de capitales foráneos, pero la recuperación de la economía europea fue para Uruguay negativa, pues aquellos capitales que allí entraron al amparo de la situación bélica marcharon tan sorprendentemente como habían llegado, sin dejar el fundamento de una infraestructura industrial y comercial capaz de prolongar el «milagro» a partir de la propia realidad socioeconómica del país.

La crisis económica —anterior a la mundial que se originó en 1974— abrió en Uruguay una situación de deterioro social con rápida proyección política. Un movimiento urbano fortísimo, los Tupamaros, y la descomposición de los partidos tradicionales, Blanco y Colorado, amenazados por la posible victoria de una coalición de izquierda reformadora, el Frente Amplio, hicieron que el ejército disolviera el orden institucional y tomara el poder. El 1 de noviembre de 1981 el general Gregorio Álvarez fue designado por la Junta Militar presidente de la nación, sustituyendo al civil Aparicio Méndez. Del nuevo manda-



tario se han afirmado cosas diversas: desde que puede tender a perpetuarse en el poder, hasta que podría facilitar el desarrollo de un proceso democrático. La reforma política propuesta por el ejército en 1981 fue rechazada en referéndum por los uruguayos, que la consideraron insuficiente.

El mandato militar no ha permitido tampoco solucionar a Uruguay los viejos problemas planteados por su poco sólida infraestructura económica. Por otra parte, el régimen autoritario provocó una fuerte emigración política hacia Europa, una sangría que para una nación de reducida población como la uruguaya se hace notar en todos los frentes de la vida nacional.

Perú parece haber entrado en una fase de sosiego político desde que las fuerzas armadas decidieron poner fin al experimento revolucionario iniciado por el legendario general Juan Velasco Alvarado. Algunas de sus reformas sociales y económicas se han diluido, pero otras han perdurado como muestra de la voluntad de progreso de la fracción militar que intentó extraer al país del subdesarrollo. La recuperación del poder por los civiles se produjo en una coyuntura de agobio económico y la Junta Militar propició unas elecciones en las que venció Belaúnde Terry.

Chile ha seguido desde 1973 sometida al dictado de la Junta Militar presidida por el general Augusto Pinochet, cuya permanencia en el poder fue refrendada en 1981 por un porcentaje de la población

Arriba, Aparicio Méndez, presidente del Uruguay (1976-1981).

Página anterior, Luis Herrera Campíns, presidente de Venezuela tras las elecciones de diciembre de 1978.



inferior al previsto. En Chile se aplicaron las nuevas medidas económicas de la «escuela neoliberal de Chicago» y, tras un inicio prometedor, el país ha entrado en una fase de reactivación inflacionaria. Por otra parte, la tensiones políticas se pusieron de manifiesto durante el entierro, en febrero de 1982, del ex presidente demócratacristiano Eduardo Frei.

Bolivia es, quizás, un caso único en el mundo contemporáneo. El general García Meza accedió al poder en julio de 1980, tras derribar el orden institucional recién restablecido. Prácticamente el país ha conocido un golpe de Estado anual en los últimos cien años. El general García Meza fue a su vez derribado del poder en septiembre de 1981 y el grupo militar dominante delegó el gobierno en el general Celso Torrelio. Una sucesión de cambios políticos tan intensa hace difícil que una nación pueda funcionar con normalidad. Ello ha repercutido en la economía, a pesar de ser un país con grandes riquezas en su subsuelo, aunque sin salidas al mar.

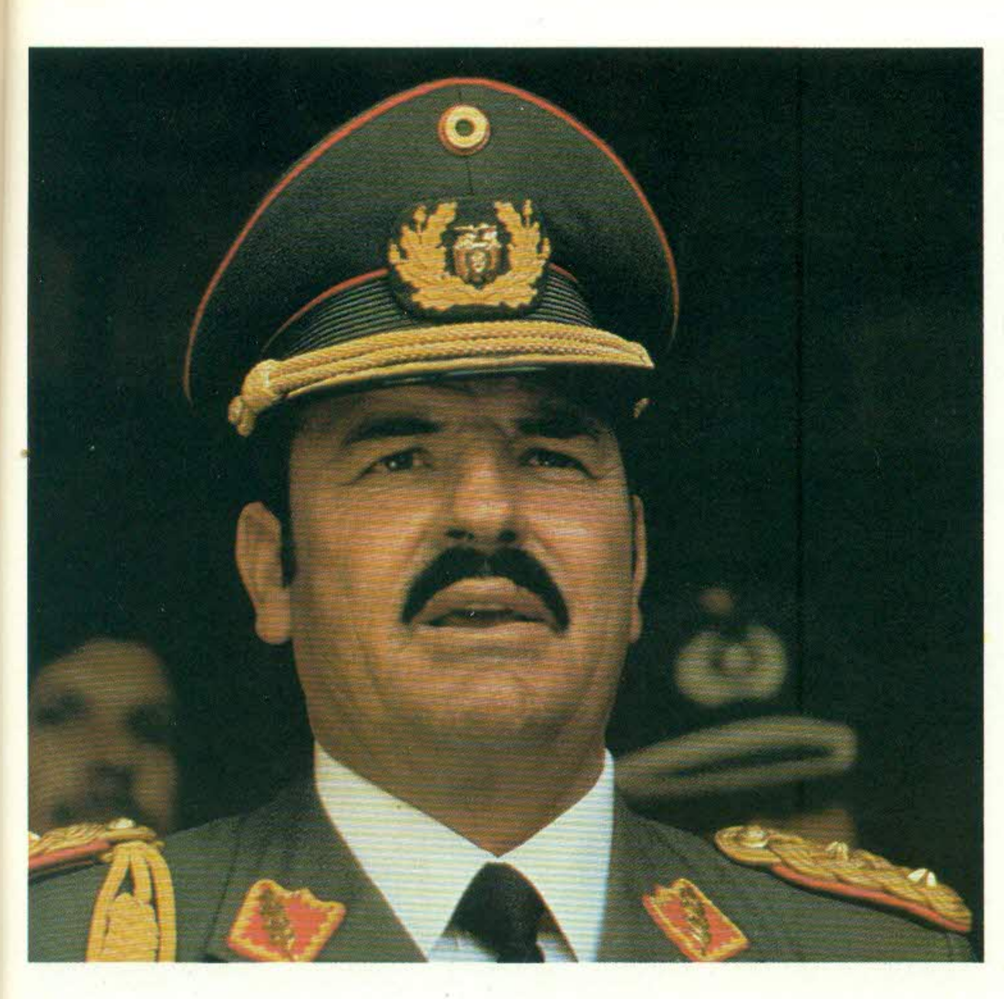
El Paraguay del general Alfredo Stroessner vive desde hace varios lustros bajo el régimen autoritario que, en los últimos años, ha cosechado ciertos éxitos económicos, consiguiendo atraer capitales foráneos, especialmente españoles. No hay indicios de cambios políticos democratizadores en aquel país rodeado de naciones gigantes.

Caso aparte es la situación de Cuba. Si bien es cierto que el régimen castrista instaurado en 1959 por los guerrilleros consiguió sanear la situación social y económica, también lo es el hecho de que aquel modelo aparece estancado y progresivamente asimilado a los regímenes burocráticos dependientes de la Unión Soviética. Por otra parte, la acumulación de poderes en la persona de Fidel Castro tiene un sentido claramente antidemocrático y la isla vive en un permanente «estado de excepción». La economía cubana pasó de depender de la estadounidense para convertirse en dependiente de la soviética. La presión de Estados Unidos, con el mantenimiento del bloqueo de la isla, es un elemento onmipresente en la vida cubana, mitigado en los últimos meses por la apertura del frente revolucionario de Nicaragua, país con el cual Cuba sostiene sólidas relaciones.

Los problemas fronterizos

Aparte de los problemas peculiares de cada país, entre algunas naciones latinoamericanas existen aún contenciosos territoriales que, de modo más o menos periódico, afloran en tensiones también variablemente agudas. Esta conflictividad múltiple tiene generalmente su origen en un pasado lejano, producto de la acción y presencia continuada del colonialismo británico.

Entre Venezuela y Guyana hay un litigio en torno a 250.000 km², actualmente incluidos en territorio guyanés. El origen de la cuestión se remonta a 1899, cuando un laudo arbitral concluido en París cedió a Gran Bretaña aquella zona fijando una frontera con Venezuela. Al independizarse Guyana, Londres le cedió también aquel territorio, reiterando Venezuela su





Izquierda, arriba, Celso Torrelio Villa, presidente de Bolivia desde agosto de 1981.

Abajo, al general Alfredo Stroessner, que gobierna en Paraguay desde 1954.

Página anterior, izquierda, el general Augusto Pinochet, que asumió el poder en Chile después del derrocamiento de Allende, el 11 de septiembre de 1973.

Página anterior, derecha, Salvador Allende (1909-1973), elegido presidente de Chile en las elecciones de 1970. Murió en el golpe militar que acabó con su mandato.



propuesta y el no reconocimiento de la frontera. La cesión parisina era para un período de tiempo limitado que vence precisamente en 1982. Ello ha hecho que el tema resurja, agudizado por el proyecto del gobierno guyano de construir una gran presa en la zona.

Venezuela mantiene también litigio territorial con Colombia, pero en esta ocasión la disputa es sobre una área marina del golfo del Caribe. Las conversaciones iniciadas en 1981 para solventar el tema fueron suspendidas por Venezuela. Colombia propuso la mediación vaticana, pero el presidente venezolano, Herrera Campins, la rechazó proponiendo una reanudación del diálogo para el año 1984.

Perú y Ecuador tienen asimismo problemas fronterizos. En 1927 ambos países firmaron un acuerdo sobre límites que hoy Ecuador no reconoce, alegando haberlo rubricado bajo amenaza bélica. De hecho, para la nación ecuatoriana supuso la pérdida de gran parte de su territorio. Por el protocolo de Río de Janeiro de 1942, Perú devolvió parte del área y, al formalizar la nueva frontera, 78 km² de terreno quedaron como «tierra de nadie», pero progresivamente fueron ocupados por los ecuatorianos. Ello originó la pequeña guerra de cinco días del 28 de enero de 1981, que cesó al intervenir con carácter mediador Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos. En febrero, el presidente ecuatoriano afirmó no reconocer el protocolo acusando a Perú de reactivar el conflicto en función de sus problemas internos.

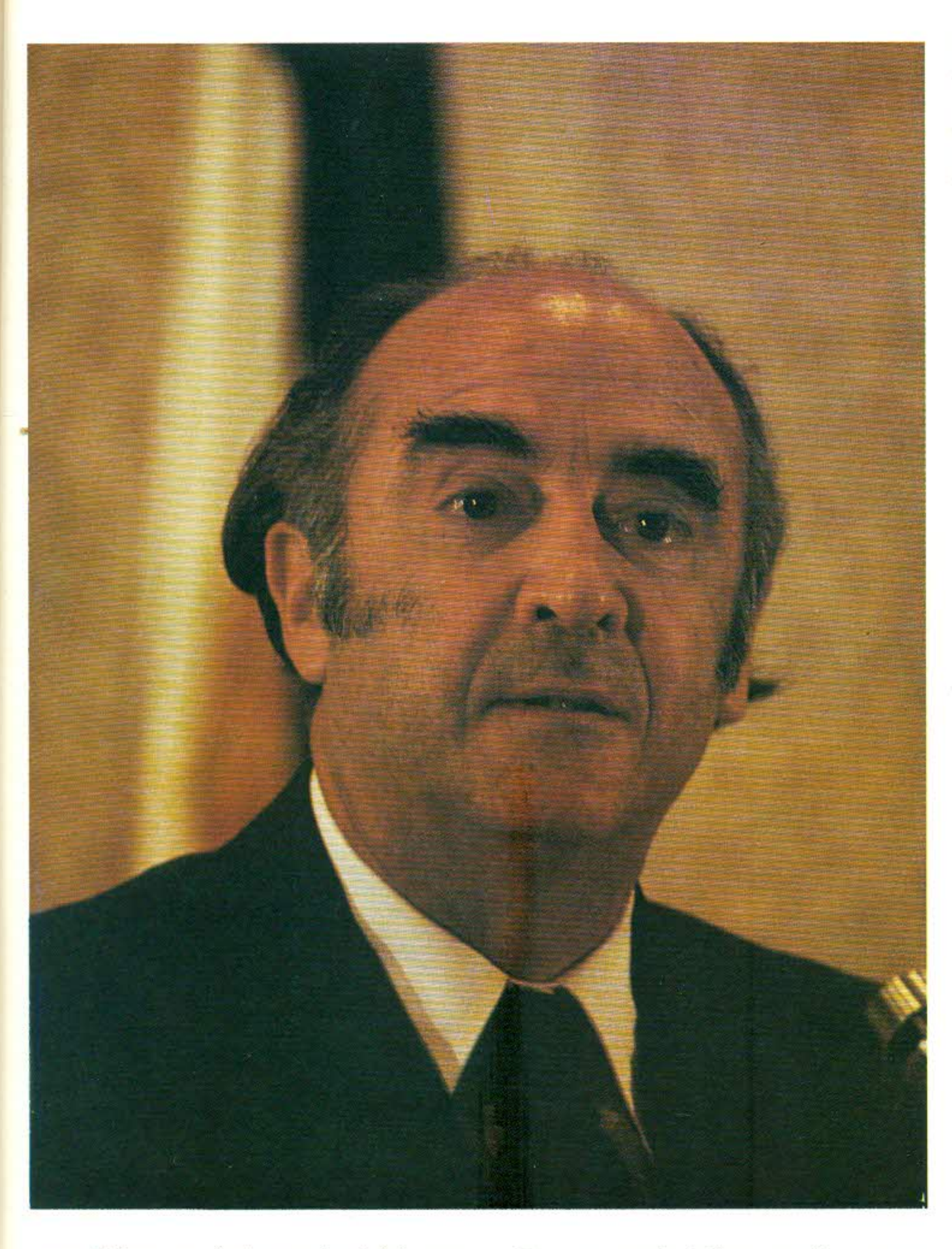
Más complicado es el litigio que implica a Bolivia, Chile y Perú, que ya en 1879 combatieron, perdiendo Bolivia su posibilidad de acceso al mar. Desde entonces, el gobierno boliviano de La Paz reclama una salida al mar a los países vecinos, que supondría la cesión de una estrecha franja a través de Arica, antigua zona de Perú que Chile se anexionó en la guerra de 1879.

El conflicto fronterizo entre Argentina y Chile surge a intermitencias y su origen involucra también a la gestión británica en su época expansionista. En 1854, en Londres se estableció unilateralmente que el cabo de Hornos constituye el punto de referencia de separación de los océanos Pacífico y Atlántico. A partir de aquel momento, argentinos y chilenos anunciaron su pretensión sobre la zona, altamente estratégica, y concretamente en torno a tres pequeñas islas: Lennox, Nueva y Picton. En enero de 1978, unos meses antes de que se cumpliera la fecha por la que Gran Bretaña pensaba entregar el área a Chile, Argentina manifestó la nulidad de la decisión. La mediación del papa Juan Pablo II frenó un eventual choque armado, pero su arbitraje no se hizo público.

Las islas meridionales Malvinas fueron ocupadas por Gran Bretaña en 1833, cuando su posición geográfica indica que lo lógico fuera que estuvieran integradas en la nación Argentina. La existencia, al parecer, de un abundante yacimiento petrolífero, reavivó el litigio en 1980. Ello podría ser la causa de la resistencia británica a ceder este enclave, que no es más que un residuo de un colonialismo ya caduco.

La presencia mexicana

Capítulo aparte merece la actual proyección de México, tanto en el hemisferio americano como en el resto del mundo, resultante del gran auge desarrollista en que vive el país. La etapa presidencial de José López Portillo será recordada por haber catapultado a México a nivel de potencia política. En el orden interno, la notable producción petrolífera ha hecho que esta nación dé un paso de gigante en la lucha contra el subdesarrollo secular, hasta el punto de que, en un mundo en



Izquierda, José López Portillo, que asumió la presidencia de México en 1976.

Página anterior, reunión en Cancún (México) de los principales gobiernos del mundo a finales de 1981.

crisis, México es el objetivo final del viaje de grandes capitales de la inversión foránea.

Ello ha permitido abordar la construcción de grandes obras públicas y desarrollar un amplio programa de culturización.

Pero ha sido en el plano de la política exterior donde México ha hecho sentir su presencia con una fuerza inimaginable hace unos años. El gobierno mexicano ha seguido una clara política de defensa de los derechos de los países subdesarrollados, auspiciando la celebración de la Conferencia de Cancún en 1981, para reactivar el diálogo entre los países industrializados occidentales y los países en vías de desarrollo. El hecho de que el resultado de la misma no fuese satisfactorio no reduce el mérito de la iniciativa mexicana, cuyo presidente señaló que la postura de la Administración Reagan era «desalentadora».

En este sentido México tiende a actuar como freno de ciertas iniciativas estadounidenses y, por ejemplo, en la crisis de El Salvador ha apoyado abiertamente tesis opuestas a la Administración estadounidense.

Igualmente, el gobierno mexicano ha reforzado sus lazos de amistad con Nicaragua y, sobre todo, con Cuba. El presidente López Portillo manifestó a finales de 1981: «No podemos desconocer el derecho de los pueblos de Centroamérica y el Caribe a buscar por sí mismos las formas de gobierno y organización social a las que aspiran. Ni podríamos aceptar que quedaran excluidos de programas de cooperación países amigos, por el mero hecho de haberse dado regímenes políticos que no son del agrado de todos, ni excluir a los que no lo son del nuestro... así seguiremos actuando. Es el único camino digno de México».

México no tiene hoy contencioso alguno con ningún país y ello le permite asumir un papel arbitral y moderador en el concierto mundial de las naciones.

Un porvenir claroscuro

El dilema latinoamericano parece de difícil solución y, por otra parte, la historia no es predicción, sino pasado y presente. Sin embargo, sí es posible afirmar que la idea de Simón Bolívar de organizar una gran federación continental hubiera situado hoy a América Latina como la primera potencia mundial. No fue así. Sin embargo, existen aún posibilidades de articular una cooperación entre las naciones latinoamericanas.

Los medios políticos internacionales conceden gran importancia a la consolidación de la COPPAL en 1981, es decir, la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina, articulada en base al respeto de las ideologías. Esta institución refuerza otras que ya operan, con más o menos vitalidad, como la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL).

Unos y otros organismos son embriones de lo que podría constituir una plataforma progresiva de cooperación. Ésta es la única vía que tienen hoy los pueblos para superar las dificultades que individualmente parecen insalvables.

En tal sentido se han pronunciado a lo largo de 1981 numerosos líderes políticos. Así, el ex presidente venezolano Carlos Andrés Pérez consideró que «la perspectiva debería pasar por el fortalecimiento de los gobiernos democráticos en América Latina, lo cual robustecería la capacidad de nuestro continente para afrontar las relaciones con Estados Unidos». El que fuera presidente de Bolivia, Hernán Siles Suazo ha dicho: «Debería ir hacia la unidad de los países andinos, y a partir de aquí extenderla a México a través de Venezuela. Y luego por correlación influir sobre los países del cono sur. Entonces, la aproximación con Brasil sería un hecho». El ex presidente costarricense Rodrigo Carazo, sin embargo, ha trazado con palabras precisas la realidad presente: «Los países pobres han cosechado en 1981 una abundante carga de infortunios, derivados de los bajos precios a que venden sus productos, el alza constante en el costo de sus importaciones, las crecientes barreras creadas en el mundo industrializado...».

Los países de América Latina no son «pobres» en el sentido literal del término. En cualquier caso, estarían empobrecidos por las causas que señala Carazo. La base material para superar ese empobrecimiento se halla en las riquezas del suelo y el subsuelo. Son causas políticas, pues, las que vinculan a los países latinoamericanos en el subdesarrollo. Solamente una conciencia política compartida por todos ellos es la que puede permitirles dar el salto histórico.

ACONTECIMIENTOS MUNDIALES DE 1945 A 1981

Año	Europa	América	Asia y Oriente Medio	África
1945	Finaliza la guerra en Europa (mayo de 1945) Conferencia de Postdam (julio de 1945) Gobierno laborista en Gran Bretaña (julio de 1945); nacionalización del Banco de Inglaterra, de la aviación civil, de la industria del carbón (1946), de la electricidad y transportes (1947). Se crea el Servicio Nacional de Sanidad (1948) Plan Marshall (1947) Democracias populares en: Bulgaria (1946) Polonia (1947) Checoslovaquia (1948) Rumania (1948) Alemania del Este (1949) Hungría (1949) Organización de Europa en cuestiones económicas y militares (1948) Puente aéreo de Berlín (1948) Fundación de la República Federal de Alemania (1949)	Muerte de F.D. Roosevelt, le sucede Harry S. Truman (abril de 1945) Creación de la Organización de los Estados Americanos (1948) Truman reelegido presidente de los Estados Unidos (1948)	Lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki: fin de la guerra en Extremo Oriente (agosto de 1945) Guerra Civil en Indochina (1946) Independencia de India (1947) Asesinato de Gandhi (1948) Guerra árabe-israelí Los judíos fundan el nuevo estado de Israel (1948) Los comunistas controlan Corea del Norte y el norte de China (1948) Alto el fuego en Cachemira (1949) Proclamación de la independencia en Laos, Indonesia, Camboya y Vietnam (1949) Armisticio árabe-israelí. Partición de Jerusalén (1949) Mao Tse-Tung líder de la República Popular China Guerra en Corea (1949)	Sudáfrica adopta el *apartheid* como sistema político (1948)
1950	Creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (1950) Los conservadores ganan las elecciones en Gran Bretaña (1951) Isabel II, reina de Gran Bretaña (1952) Muerte de Stalin (1953)	Estados Unidos interviene en la guerra de Corea (1950) Creación del Comité de Actividades Antinorteamericanas (1950) Alger Hiss, culpable de perjurio (1950) en Estados Unidos El general MacArthur relevado del mando (1951) de las tropas norteamericanas en Corea Dwight D. Eisenhower, presidente de Estados Unidos (1953)	India obtiene la independencia e ingresa en la Commonwealth (1950) Nacionalización del petróleo en Irán (1951) Caída del rey Faruk de Egipto (1952) Los franceses son derrotados en Dien-Bien-Phu; retirada de Indochina (1954)	La tribu mau-mau aterroriza a la población blanca de Kenia (1952)
1955	Gran Bretaña dimite a causa de la crisis de Suez (1956) Tropas soviéticas sofocan las revueltas de Hungría (1956) Gran Bretaña prueba la bomba de hidrógeno (1957) Lanzamiento del Sputnik I (1957) Charles de Gaulle, presidente de Francia (1958) Nikita Kruschev, primer ministro de la URSS (1958) Chipre independiente (1959)	La Corte Suprema actúa contra escuelas segregacionistas (1955) Envío de tropas federales a Little Rock, Arkansas (1957)	Crisis de Suez (1956) Crisis en Siria (1957) Nueva Constitución para Singapur; se crea el CENTO (1959)	Sir Roy Welensky, primer ministro de la Federación de Rhodesia (1956) Costa de Oro se convierte en el estado independiente de Ghana. Kwame Nkrumah es proclamado primer ministro (1957) Congreso Nacional Africano en Rhodesia (1959)

1960	Gagarin, primer astronauta (1961) Francia veta la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común (1963)	John F. Kennedy, presidente (1961) Crisis cubana (1962) Kennedy es asesinado: le sucede Lyndon B. Johnson (1963) Ley sobre los Derechos Civiles, aprobada (1964)	Inicio de la presa de Asuán (1960) Independencia de Argelia (1962)	Nigeria independiente (1960) Sudáfrica abandona la Commonwealth (1961) Rhodesia del Norte se convierte en Zambia (1964) Ian Smith, primer ministro de Rhodesia del Sur (1964)
1965	Alborotos estudiantiles (1968) Rusia invade Checoslovaquia (1968) Willy Brandt canciller de Alemania Occidental (1969) Solzjenitsin expulsado de Rusia (1969)	Atentados mortales contra Robert Kennedy y Martin Luther King; alborotos racistas (1968) Richard Nixon, presidente de Estados Unidos (1969) Llega a la Luna el primer hombre (21 de julio de 1969)	Revolución Cultural en China (1967) Guerra de los Seis Días entre Israel y los Estados Árabes (1967)	Declaración unilateral de independencia en Rhodesia (1965) Guerra Civil en Nigeria (1967-1970)
1970	Muerte de De Gaulle (1970) Muerte de Salazar e inauguración de un régimen democrático en Portugal (1970) División de Chipre entre Grecia y Turquía (1973) Caída del régimen de los Coroneles en Grecia (1973) Crisis del petróleo (1973)	Nixon es reelegido presidente (1972) Nixon visita China (1973) Derrocamiento del presidente Allende de Chile (1973) El general Juan Domingo Perón regresa a Argentina (1973) El *Mariner 10* en busca de Venus (1974)	Bangla Desh independiente (1971) Guerra del Yom Kippur entre Israel y los Estados Árabes. Crisis del petróleo (1973) El emperador Hailé Selassié es depuesto (1974)	
1975	Muerte del general Franco; le sucede el rey Juan Carlos I (1975) Primeras elecciones generales en España después de cuarenta y un años (1977) Elección del primer papa no italiano en los últimos cuatro siglos: Juan Pablo II, de nacionalidad polaca (1978) Margaret Thatcher, primer ministro de Gran Bretaña. Victoria del Partido Conservador y primera mujer, en Europa, que llega a la jefatura de un Estado (1979)	Jimmy Carter, presidente de Estados Unidos (1976)	Inicio de la guerra civil en el Líbano (1975) Estado de emergencia en India (1975) Estados Unidos se retira de Vietnam del Sur (1975) Muerte de Mao Tse-Tung (1976) Indira Gandhi derrotada en las elecciones de 1977 Empiezan las conversaciones de paz entre Israel y Egipto (1977) El sha de Irán se exilia (1979) Israel y Egipto firman conversaciones de paz (1979)	Independencia de Mozambique (1975) Muerte de Jomo Kenyatta (1978) Primeras elecciones libres en Zimbabwe con voto negro (1979)
1980	Fallece el mariscal Josip Broz, Tito, presidente de Yugoslavia (1980) Triunfo socialista en las elecciones griegas Fracasa un intento de golpe de Estado en España (1981) Dimisión del primer ministro español Adolfo Suárez. Le sustituye Leopoldo Calvo Sotelo (1981) Los militares asumen el poder en Polonia (1981) Atentado contra el papa Juan Pablo II, que resulta gravemente herido (1981) Triunfo socialista en las elecciones francesas François Mitterrand nuevo presidente (1981)	Importante gira política del presidente López Portillo por América Latina (1980) Ronald Reagan, republicano, nuevo presidente electo de Estados Unidos (1980) Atentado contra el presidente estadounidense Reagan, que resulta levemente herido (1981) Fallece en accidente el líder panameño Omar Torrijos (1981) Reunión en México de la Conferencia Norte-Sur (1981)	Derrocamiento del sha de Irán por el movimiento religiosa chiita dirigido por Jomeini (1980) Golpe de Estado militar en Turquía (1980) Tropas soviéticas invaden Afganistán a petición del Gobierno afgano (1980) Juicio en China contra la esposa de Mao Tse-Tung y sus colaboradores izquierdistas (1981) Israel se anexiona los altos del Golan sirios (1981)	Muere en atentado el presidente egipcio Anwar el-Sadat (1981)


ATELIERS FRANCAIS

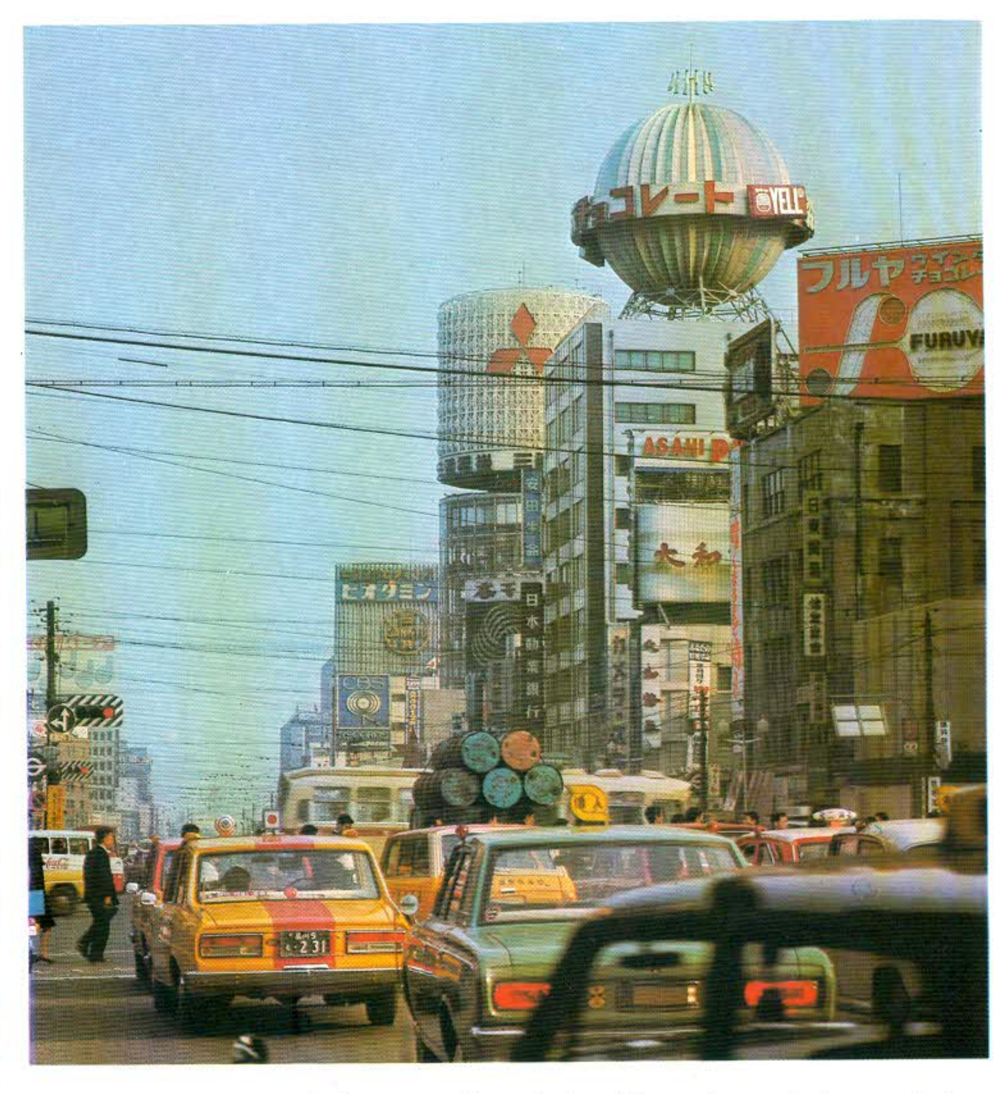
Una panorámica globalizadora

La economía mundial

A partir de 1945 algunos hechos favorecieron un grado mayor de cooperación económica, mientras que otros actuaron en contra de tal cooperación. Entre los primeros, figuraba la necesidad del capitalismo industrial de obtener mercados. Entre los segundos, estaban la división ideológica entre Oriente y Occidente que restringió las relaciones económicas entre los dos bloques, y la tendencia de las pequeñas naciones a levantar barreras comerciales para defenderse de las grandes potencias. El dólar reemplazó a la libra esterlina como la divisa más importante en el sistema monetario mundial. La formación del Mercado Común europeo no fue bien acogida. En julio de 1961 el presidente de Uruguay afirmó que «la formación de un Mercado Común Europeo y la zona de libre comercio europeo constituyen prácticamente una declaración de guerra contra las exportaciones latinoamericanas. En consecuencia, debemos replicar a una integración con otra. A la cooperación intereuropea con la cooperación latinoamericana».

De aquí la formación de una Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, organizada por el tratado de Montevideo de 1960, y la firma, en 1962, del Tratado General de Integración Económica de los Estados de América Central. En África, Oriente Medio y sudeste asiático se intentaron iniciativas similares. La respuesta comunista al Plan Marshall, el Consejo de Asistencia Económica Mutua (COMECON) fue ya establecido en 1949.

Hacia finales de la década de 1960, el Fondo Monetario Internacional planeó el establecimiento de una nueva unidad monetaria internacional para regular las tasas de cambio entre las economías nacionales. La preocupación mundial por la inflación se inició en 1970 y fue exacerbada por la escasez de dólares norteamericanos. A finales de 1974 cesó definitivamente el período más largo de crecimiento económico sostenido que jamás se había conocido en la historia. Se habían necesitado setenta años hasta la II Guerra Mundial para que se doblara la producción industrial mundial. Sólo en una década después de la guerra (1948-1957) se dobló de nuevo, y entre 1948 y 1974 aumentó más del 250%. Sin embargo, hay que situar este fenómeno en el contexto de un enorme desequilibrio mundial entre el Norte, rico, y el Sur, pobre. Las economías del Tercer Mundo –el Sur– se distanciaban de las de los llamados países «desarrollados». En 1972, una conferencia celebrada en Estocolmo por la Organización de las Naciones Unidas, reunió a los países pobres y ricos para discutir los problemas del medio ambiente y planear modelos para una conducta económica colectiva. Se llegó a la conclusión, según un artículo de *The Observer*, de que: «El coche fabricado en Birmingham con hierro brasileño, fundido con carbón polaco, puede correr con petróleo libio, y sus residuos polucionantes van a parar a las aguas del Báltico, donde pescan los soviéticos».



Arriba, el famoso barrio de Ginza, en Tokio, principal centro comercial de la capital japonesa y corazón de su vida nocturna. Después de la II Guerra Mundial, Japón se ha convertido en una de las primeras potencias industriales por su presencia competitiva en todos los mercados del mundo.

Página anterior, el barco Gadinia, *destinado al transporte de gas o petróleo, es uno de los más modernos buques de la flota mercante francesa.*

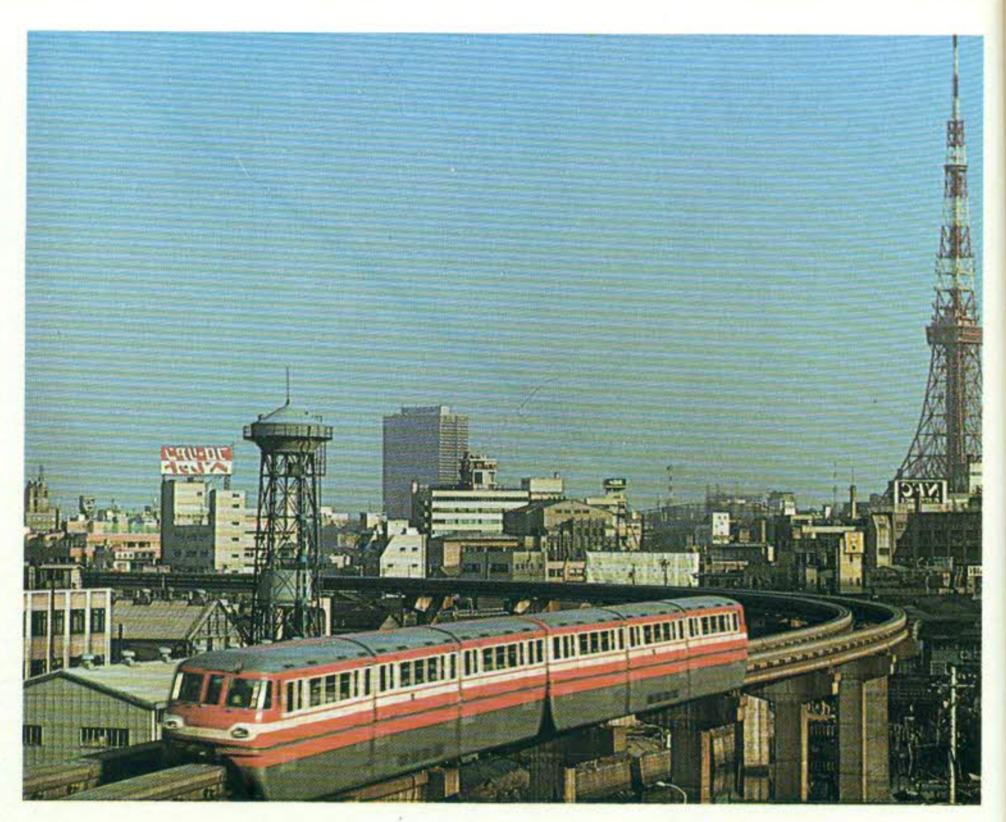
La prosperidad mundial

La explosión demográfica de mediados del siglo XX significa que, mientras que se

tardaron 1600 años en duplicar la población mundial, entre el nacimiento de Jesucristo y el año 1650, posteriormente, en sólo dos siglos, a partir de esta última fecha y 1850, se duplicó de nuevo. Siguiendo tal proporción, se ha estimado que volverá a duplicarse entre los años 1950 y 2000, pasando de unos 3.000 millones a 6.000 millones de habitantes.

La causa principal de este espectacular aumento es el control de la mortalidad, es decir, la prolongación de la esperanza de vida humana sin ninguna clase de disminución correlativa en la tasa de natalidad. Los efectos de este impresionante fenómeno a mediados del siglo XX se observan en la disminución de espacios abiertos, el hacinamiento en las ciudades, la polución de la naturaleza y la necesidad de un gran aumento en la producción de bienes para mantener incluso los lamentables niveles actuales de vida, considerados desde una perspectiva mundial. Por otra parte, los mayores aumentos de población se han producido en aquellos países en los que, debido a su subdesarrollo, existen menos posibilidades de freno. Este desequilibrio entre las tasas de mortalidad y natalidad puede ilustrarse vivamente con el caso de México, cuya población parece que se duplicará en sólo veinte años. En contraste, la reducción de las tasas de mortandad en los países industrialmente desarrollados sólo ha originado una aceleración moderada del crecimiento de la población, puesto que ha sido gradual y acompañada de un descenso de los nacimientos.

El reconocimiento del carácter esencial de este problema mundial motivó el nombramiento, en 1945, de una comisión especial de las Naciones Unidas para ocuparse de los problemas demográficos. Es evidente que la base del problema radica en la producción y distribución de alimentos suficientes para satisfacer el hambre de cantidades cada vez mayores de seres humanos, pero ello genera una serie de nuevos problemas, como la necesidad de inversiones de capital a largo plazo, las inmediatas urgencias en educación y vivienda, la diferencia de estructuras de edad en las diversas naciones y los distintos sistemas políticos existentes en el mundo. Por una diversidad de motivos, religiosos, ideológicos y técnicos, el control de nacimientos todavía no ha alcanzado la proporción suficiente para mitigar el problema, aunque la ciencia médica ofrece soluciones varias. De hecho, el único país donde parece resolverse el problema de la relación entre población y alimentos es Japón. Allí la adopción de una política de control de nacimientos ha significado que la tasa de éstos bajó del 34,3‰ en 1947 al 19,4‰ en 1955.





Ante estas realidades conviene meditar razonamientos como el que sigue, debido a un funcionario de sanidad en Venezuela, que no es precisamente uno de los países más pobres de Latinoamérica, y que comprendía la delicada situación de la humanidad a mediados del siglo XX: «Una campaña con éxito para reducir la mortalidad infantil ha creado más problemas. Si no se dispone de adecuados suministros de alimentos a precios razonables y de un conocimiento profundo de la nutrición, los niños que salvemos pueden enfermar o morir por mala nutrición antes de llegar a la edad escolar. Cuando lleguen a ésta, no habrá suficientes escuelas, a menos que podamos extender en gran manera nuestros servicios educacionales. Si faltan escuelas, pueden convertirse en delincuentes juveniles y crear nuevas necesidades... A



menos que podamos avanzar en todos los frentes al mismo tiempo, el ahorro de vidas nos deja más atrás».

La última frase proporciona la clave del porqué la reciente historia mundial ha de estudiarse simultáneamente en todas sus dimensiones para que en cierto modo tenga algún sentido.

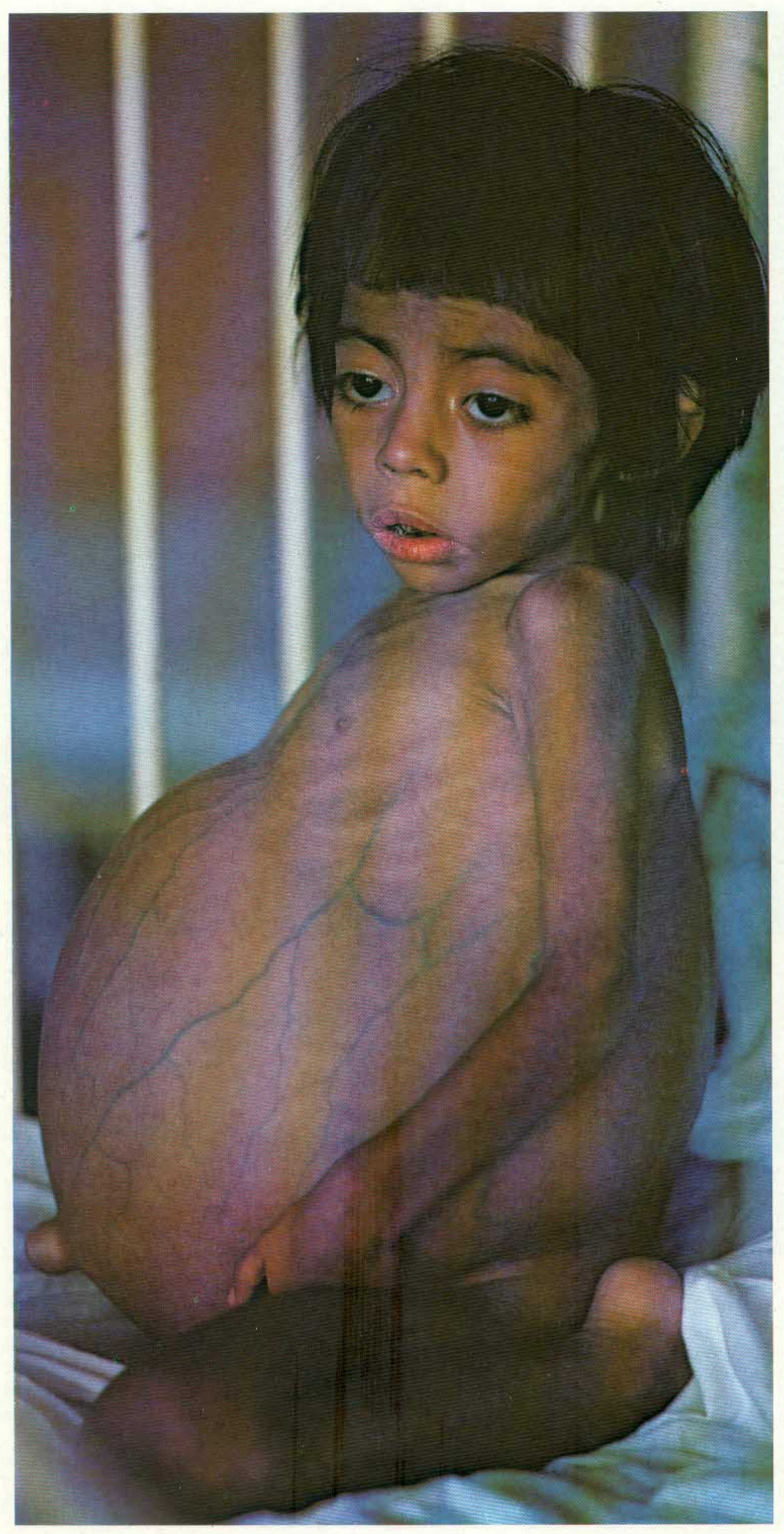
Los países desarrollados incluyen cerca de la mitad de la población mundial, y sólo una sexta parte vive en los países desarrollados de Europa, América del Norte, Japón, Australia y Nueva Zelanda, mientras que el resto pertenece a los países comunistas, es decir, la Unión Soviética, Europa oriental y China. La mitad, por lo menos, de la población mundial vive por debajo de lo que las naciones occidentales considerarían como el mínimo para la subsistencia. Los criterios que determinan si una economía es desarrollada o subdesarrollada son sus recursos agrarios, de mano de obra e industriales, y la efectividad con que éstos se han aplicado al bienestar de sus pueblos. En la década de 1950 se entendió que las necesidades de capital de los países subdesarrollados eran mucho mayores de lo que se había supuesto con anterioridad, y que para que un país subdesarrollado pudiera «despegar» de su perpetua pobreza, era necesaria una inversión de capital sostenida durante cierto período, sólo proporcionable «desde fuera». También se puso en tela de juicio si tal operación podría realizarse con éxito sin una gran medida de control gubernamental. Dado que el Banco Mundial no era apropiado para producir estos fondos de capital, se intentaron otras diversas formas de «ayuda». La mayor dificultad estribó en que los préstamos, aunque efectuados a interés ordinario, aplastaban las frágiles economías receptoras.

El rasgo principal del período comprendido entre 1950 y 1960 fue la creciente prosperidad de los países desarrollados. Ejemplo de ello fue el aumento de la tasa

Arriba, tren japonés de alta velocidad inaugurado en 1964, con motivo de los Juegos Olímpicos, con el Fujiyama al fondo, a su paso por Shizuoka. El Imperio del Sol Naciente combina el respeto a las antiguas tradiciones con un gran avance tecnológico.

Página anterior, arriba, el tren monorraíl que conecta el centro de la ciudad de Tokio con el aeropuerto en 15 minutos. Al fondo, la torre de Tokio, más alta que la de Eiffel en París.

Página anterior, abajo, edificio de los Diputados y Consejeros, de Tokio.



de crecimiento en los países de Europa occidental de hasta el 6 y 7 %.

A principios de 1946 se calculaba que existían en Europa cerca de 1.750.000 personas apátridas. La Organización Internacional del Refugiado (OIR) se hizo cargo de esta labor relevando a la AARNU. La constitución de la OIR fue aprobada el 15 de diciembre de 1946. Una Comisión Preparatoria sustituyó gradualmente a la AARNU, y la OIR fue totalmente operativa el 20 de agosto de 1948. Entre esa fecha y su disolución en febrero de 1952, estableció a más de un millón de personas desplazadas, ayudando a que 73.000 regresaran a sus hogares.

El 1 de enero de 1957 se creó el cargo de Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (UNHCR), inicialmente para un período de tres años, y desde entonces su mandato ha sido renovado periódicamente.

Desde 1945 se calcula que entre 40 y 50 millones de personas se hallaron en calidad de refugiados. El refugiado es, pues, un fenómeno de la reciente historia mundial. Un ser desarraigado que se pregunta quién es, para qué vive y cuál es el sentido de su existencia. Los servicios de ayuda no pueden proporcionarles la respuesta adecuada, pero sí facilitarles una ayuda inestimable en la perspectiva de una mejora de su existencia.

El Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (CESNU) tiene 27 miembros y trabaja en colaboración con organismos tales como la Organización Mundial de la Salud, la Organización para la Alimentación y Agricultura, y la UNICEF, para eliminar enfermedades, el hambre, la ignorancia, las deficiencias de vivienda, la carencia de ropas y el desempleo.

Sin embargo, la humanidad, en el último cuarto del siglo XX, sigue enfrentada a la trágica paradoja de que cuantas más vidas se salvan, más bocas hay que alimentar. En una amplia zona de Asia la mortalidad infantil bajó aproximadamente a dos tercios entre finales de los años 1940 y principios de 1970, y la esperanza de vida aumentó más o menos en la misma proporción, ya que de 30 años ha pasado a los 50 años.

Relaciones entre razas

Las relaciones entre pueblos de diferentes colores de piel se han multiplicado y diversificado durante los últimos cuarenta años. Las comunicaciones, la independencia nacional de las naciones de Asia y África, y la propaganda ideológica han





Arriba, refugiados en Berlín en 1945, después de la guerra. Las destrucciones producidas por los bombardeos y la desorganización del país después de la derrota, provocaron numerosos problemas políticos y humanitarios en Alemania.

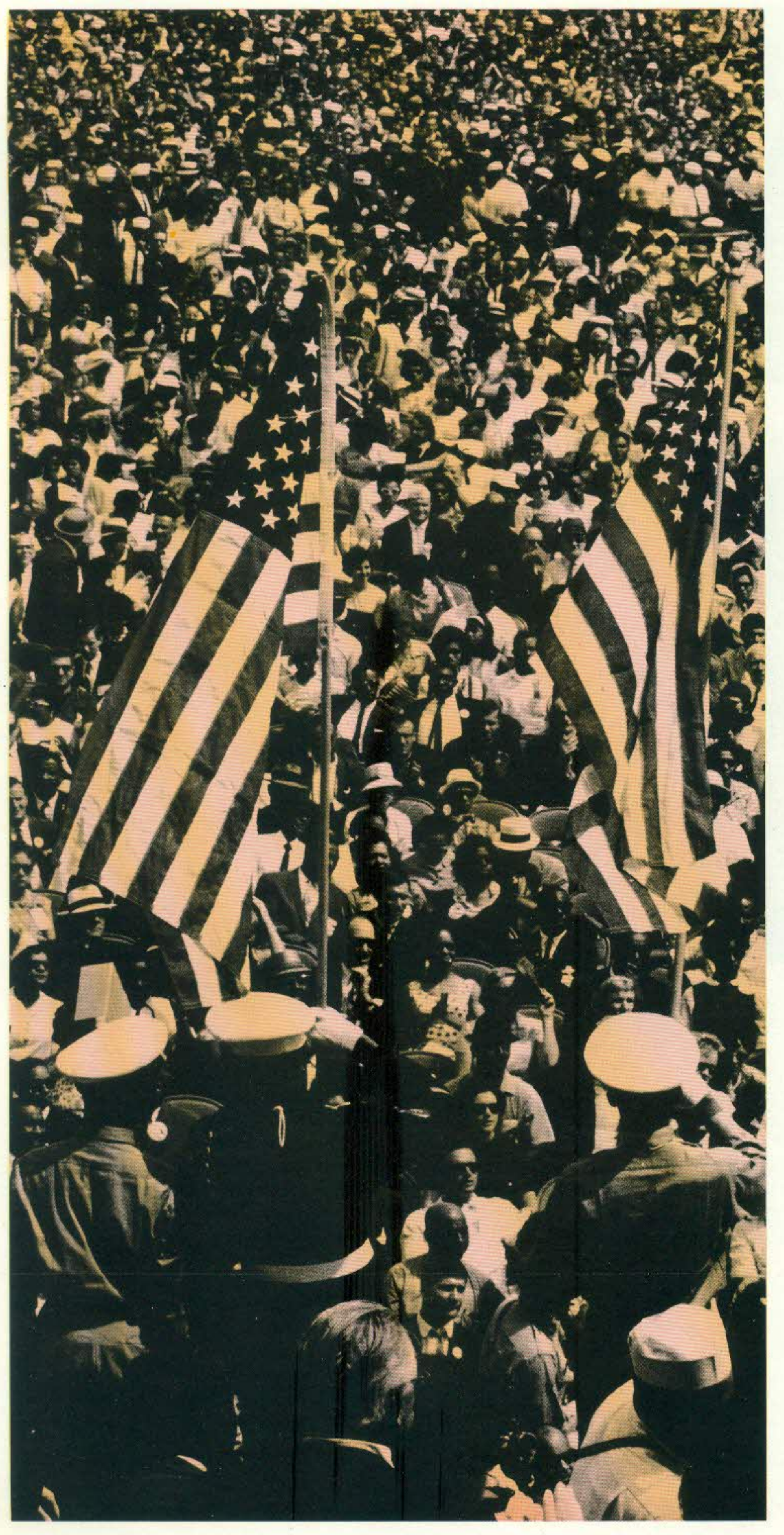
Izquierda, vacunación contra el cólera en un campo de refugiados pakistaníes.

Página anterior, un niño hambriento, víctima de la incapacidad mundial para organizar humanitariamente el reparto de alimentos.

dado prioridad a la tolerancia entre los pueblos de distintas razas.

En la República de Sudáfrica, las relaciones raciales se gobiernan de acuerdo con la política oficial del *apartheid,* o «desarrollo por separado». Aunque la separación entre británicos y *afrikaaners,* por un lado, y bantúes, negros y asiáticos por otro, se remonta a mucho tiempo atrás, fue en 1948 que el gobierno nacionalista institucionalizó los prejuicios de sus predecesores y presentó el *apartheid* como un principio moral. Teóricamente, *apartheid* significa la creación de unidades socioeconómicas separadas y autosuficientes, y su «justificación» consiste en que es la única alternativa posible a la completa integración, la cual significaría la desaparición de la tradicional y «providencial» dominación blanca. Desde 1950 se han promulgado una serie de leyes para completar la política de *apartheid:* entre ellas, la de más largo alcance es la Ley de Represión del Comunismo (1950), que faculta a las autoridades locales para detener, sin orden de arresto, a nativos no blancos en zonas urbanas, y enviarlos a trabajar a cualquier zona (1953); otra ley convierte en ilegal la reunión de más de diez personas no blancas sin permiso (1956); la supresión del Congreso Nacional Africano (1958), la abolición de la representación parlamentaria de los no blancos, la ley de corporación de inversiones para el desarrollo económico de las zonas bantúes (1959) y, finalmente, la Ley de Sabotajes, de 1962, que impone la posibilidad de pena de muerte para casi cualquier acto de desafío político.

Otro rasgo principal de la política de los blancos sudafricanos ha sido el inicio del establecimiento de *bantustans,* el primero de los cuales fue el Transkei. Se trata de zonas reservadas a la ocupación exclusiva de bantúes, y éstos, según se dice, lograrán allí su autogobierno, relacio-

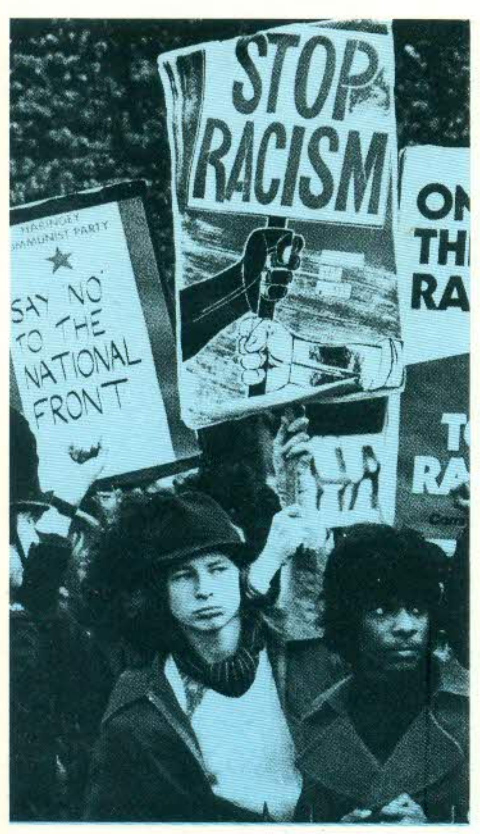


nándose federalmente con el gobierno central blanco. Sin embargo, como el suelo de estas zonas es el más pobre y, sobre todo, la educación y el bienestar social de los negros en su conjunto progresa muy lentamente por la falta de dinero, las perspectivas de los bantustans son penosas.

La minoría blanca ejerce un control absoluto de la política y la economía de Sudáfrica, y la mayoría negra vive en zonas suburbiales especiales, situadas en las afueras de Johannesburgo y Ciudad de El Cabo, o en el campo, teniendo prohibido habitar en los distritos residenciales blancos a menos que sean empleados domésticos. Por otra parte, al estar rodeada por países independientes como Angola, Mozambique y Zimbabwe, de nación negra, las posibilidades de supervivencia de una Sudáfrica dominada por los blancos deben considerarse mínimas. Y en esa perspectiva se situó la conferencia mundial para la acción contra el *apartheid*, celebrada en Lagos, Nigeria, en agosto de 1977.

El problema de las relaciones entre razas en Estados Unidos tiene más de tres siglos de historia. Durante este tiempo los negros, desarraigados de África para ser utilizados por una clase gobernante blanca en los Estados sureños de Estados Unidos, han sufrido la terrible e ignominiosa experiencia de la esclavitud. Tras la guerra civil de 1861-1865, la esclavitud fue teóricamente abolida, pero la segregación entre negros y blancos y una absoluta depresión de los niveles de vida significó en la práctica la continua opresión de los negros por los blancos hasta los tiempos más recientes. Tras algunos años de lucha ineficaz por parte de algunos líderes negros entre las dos guerras mundiales, seguido por la presión de los negros que lucharon con los blancos contra un enemigo común en la II Guerra Mundial, la población negra afirmó sus derechos constitucionales como ciudadanos norteamericanos. Cuando la población total de Estados Unidos era de 180 millones, cerca de diecinueve millones eran negros y 1.750.000 pertenecían a otras razas. Entre 1940 y 1960 la población negra que vivía fuera de los antiguos Estados sureños pasó de menos de 4 millones a más de 9 millones, y la mayor parte de este aumento se concentró en las ciudades centrales de las doce mayores áreas metropolitanas del país.

En 1954 se produjo la decisión del Tribunal Supremo Federal con respecto a la inconstitucionalidad de la segregación escolar entre niños blancos y negros. En 1957 este principio se afirmó en Little Rock, frente a una fuerte oposición local blanca. En 1960 tres miembros negros



ocuparon escaños en el Congreso. Los negros intentaron afirmar sus derechos a entrar en los mismos locales que los blancos. No obstante, debido a la presión extremista de los blancos, sobre todo de la sociedad secreta conocida como el Ku Klux Klan, siguió siendo difícil para los negros ejercer su derecho al voto en algunos Estados. En 1963 tuvo lugar la formidable marcha hacia Washington y su recepción solidaria por el presidente Kennedy. En 1964 entró en vigor la Ley de Derechos Civiles. Sin embargo, tanto en el Norte como en el Sur esta ascensión de los negros fue contemplada con temor y odio por muchos blancos. La enérgica minoría de los jóvenes estudiantes universitarios norteamericanos se puso al lado de la causa negra. Marchas pro derechos civiles formadas por blancos y negros, el asesinato de Luther King en la primavera de 1968 y la aparición posterior de un fuerte y siniestro «contragolpe» dirigido contra pretensiones negras perfectamente legales, han tenido dos claras repercusiones. Una ha sido el cambio del equilibrio entre la no violencia y la violencia a favor de ésta; la otra ha consistido en que los libe-

Arriba, un miembro de la comisión Pearce (encuesta británica para un acuerdo con el gobierno de Rhodesia), conferenciando con los representantes de una tribu en 1971.

Izquierda, manifestación antirracista en Londres, a finales de la década de 1970. Las declaraciones del National Front, minúsculo partido racista, provocaron la respuesta de los partidarios de la solidaridad e igualdad entre todas las razas.

Página anterior, Marcha de la Libertad, en Washington, a mediados de la década de 1960, después de la aprobación de la Ley de Derechos Civiles, para lograr su aplicación real.


PAKIS





Izquierda, arriba, el Dr. Martin Luther King (1929-1968), dirigente negro norteamericano, Premio Nobel de la Paz (1964), en el hotel de Memphis, aproximadamente en el mismo lugar que ocupaba, el día siguiente, cuando recibió los disparos de su asesino. Junto a él se halla el Rvdo. Ralph Abernathy que le sucedió al frente del movimiento pacifista.

Izquierda, abajo, exposición del cuerpo de Martin Luther King, el 5 de abril de 1968, en Memphis (Tennessee), antes de ser enviado a Atlanta.

Página anterior, reunión de los delegados de 31 países miembros de la Commonwealth británica.

rales blancos norteamericanos han perdido credibilidad entre las masas negras.

Las relaciones entre razas en Gran Bretaña también se han convertido en un agudo problema. En 1950 había allí 100.000 personas de color procedentes del Caribe, África, Oriente Medio y Asia. En 1968 el número sobrepasaba el millón entre una población total de 53 millones. Tal aumento fue el resultado de dos causas: la necesidad de mano de obra para los servicios de transporte y sanidad en Gran Bretaña, y el deseo de los ciudadanos de la Comunidad Británica de Naciones de mejorar sus condiciones de vida y empleo ejerciendo su derecho a buscar trabajo en Gran Bretaña. Como la mayoría de los inmigrantes de color han tendido a congregarse en algunas de las zonas urbanas e industriales de Gran Bretaña densamente pobladas, su presencia ha originado un aumento alarmante de los prejuicios racistas entre los ciudadanos blancos, inquietos por su propia seguridad. En 1962 se aprobó la Ley de Inmigración de la Commonwealth, la cual limitaba la inmigración de trabajadores a 7.500 por año. En 1965 se aprobó la Ley de Relaciones Raciales, que declaraba ilegal la discriminación en lugares públicos por motivos de color. En 1966 se estableció una Junta de Relaciones Raciales para fomentar la obra de los comités locales de conciliación, y se prestó considerable atención a los aspectos educacionales de los problemas de los inmigrantes de color,





a través del Comité Nacional para los inmigrantes de la Commonwealth. Las cuidadosas investigaciones realizadas por organismos públicos y privados mostraron que la discriminación se había hecho innegable, y en 1968 se aprobó una nueva Ley de Relaciones Raciales, la cual estableció la Junta de Relaciones Raciales y la Comisión de Relaciones Comunitarias, nombrada por el ministro del Interior para tratar las relaciones raciales y comunitarias en Gran Bretaña.

El mantenimiento de la paz

Cuatro rasgos principales perfilan la historia del mantenimiento de la paz desde 1945: el nacimiento y evolución de la Organización de las Naciones Unidas; diversas iniciativas a nivel gubernamental para detener o por lo menos limitar la fabricación y aumento de armamentos; el fenómeno del terrorismo y la violencia en las relaciones individuales y colectivas, y la persistente presión de reducidos pacifistas. Aunque no ha habido ninguna gran guerra, las luchas armadas locales en todo el planeta han sido muy numerosas durante los últimos cuarenta años. Una paz como la que precariamente existe depende del llamado «equilibrio de terror» entre las potencias equipadas con armamento nuclear.

La Carta de las Naciones Unidas fue redactada por los representantes de 50 países en una conferencia celebrada para discutir la organización interna, celebrada en San Francisco entre el 25 de abril y el 26 de junio de 1945. Las Naciones Unidas iniciaron oficialmente su existencia el 24 de octubre de 1945, cuando la Carta fue ratificada por China, Francia, Unión Soviética, Gran Bretaña, Estados Unidos y una mayoría de los demás signatarios. Su función, como declara inequívocamente el preámbulo, es prevenir la guerra, salvaguardar los derechos humanos primordiales, asegurar la justicia en todo el

Arriba, el presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, durante la Conferencia de San Francisco (1945), paso previo para la fundación de la Organización de las Naciones Unidas.

Página anterior, edificio de la ONU en Nueva York.

mundo y promover el bienestar social de la humanidad.

La victoriosa coalición militar que creó las Naciones Unidas decidió retener el control de los asuntos mundiales, disponiendo de una mayoría permanente en el Consejo de Seguridad. El órgano teórico principal de las Naciones Unidas es la Asamblea General, compuesta por todos los estados miembros, cuyo total, a fines de 1978, era de 151. El Consejo de Seguridad se compone de 5 miembros permanentes y 10 no permanentes, elegidos por la Asamblea General para períodos bianuales.

El Consejo Económico y Social es responsable de las actividades benefactoras de las Naciones Unidas. También se mantienen agencias especiales como la Organización para la Alimentación y Agricultura y el Tribunal Internacional de Justicia.

El Secretariado de las Naciones Unidas se compone de un secretario general, nombrado por la Asamblea General a recomendación del Consejo de Seguridad, y el personal anexo necesario. El artículo 99 de la Carta da al secretario general poderes para llamar la atención del Consejo de Seguridad sobre cualquier asunto que, en su opinión, pueda constituir una amenaza a la paz y la seguridad.

En 1950 era evidente la crisis mundial como consecuencia del desarrollo de la «guerra fría». La actitud negativa de Stalin hacia la Asamblea General, a la que consideraba simplemente como marioneta del imperialismo norteamericano, y su utilización del veto en el Consejo de Seguridad, parecieron imposibilitar toda esperanza de una evolución constructiva.

A pesar de ello, Trygve Lie, y aún más su sucesor, Dag Hammarskjold, ambos secretarios generales, desplegaron una considerable habilidad en el refuerzo gradual de las Naciones Unidas, centrándose en demostrar su independencia. A medida que la «guerra fría» progresaba a mediados de los años 1950, las Naciones Unidas, bajo la dirección de Hammarskjold, descubrió que podía cumplir eficazmente su papel de mantenedora de la paz, siempre que se abstuviera de intervenir allí donde había colisión entre las políticas de la Unión Soviética y Estados Unidos, y que apoyara a los nuevos Estados miembros de África y Asia, que entonces podían formar una mayoría en la Asamblea.

Es instructivo observar las etapas en que se produjo este desarrollo. Sin duda, la primera y más importante tuvo lugar en 1950. Una propuesta soviética para eliminar al representante de la China de Formosa en el Consejo de Seguridad fue denegada, por lo cual la Unión Soviética boicoteó todos los órganos de las Naciones

Unidas. Así, cuando tuvo lugar la invasión de Corea del Sur por Corea del Norte y el caso se presentó al Consejo de Seguridad, el delegado soviético no estuvo presente para imponer su veto prohibiendo la discusión del asunto. En consecuencia, las Naciones Unidas, influenciadas por Estados Unidos, entraron en la guerra.

En 1946, observadores de las Naciones Unidas fueron a Grecia, cuyo gobierno había denunciado la infiltración de fuerzas guerrilleras comunistas. En 1947, la partición de la India creó el problema de Cachemira, y aquí las Naciones Unidas lograron establecer un alto el fuego, dejando observadores. Asimismo, la ONU intentó mediar en Oriente Medio entre árabes y judíos tras la guerra de 1948, pero no tuvo éxito debido a que su actividad no fue respaldada por Estados Unidos ni la Unión Soviética.

La guerra de Corea proporcionó una especial intervención de las Naciones Unidas, en 1950, participando en la guerra con 36.000 soldados junto al cuarto de millón de Estados Unidos.

Cuando, con motivo de la crisis de Suez, en 1956, Francia y Gran Bretaña





Izquierda, arriba, un miembro del destacamento sueco de las fuerzas de la ONU rodeado de civiles congoleños durante el conflicto de 1960. Las naciones neutrales son las que componen el grueso de las tropas que intervienen en este tipo de operaciones.

Izquierda, abajo, una patrulla de camelleros israelí y una unidad de los «cascos azules» montan guardia a ambos lados de la línea de demarcación al norte del Sinaí. Desde su fundación, las Naciones Unidas han intentado moderar las tensiones entre árabes y judíos con mayor o menor éxito.

Página anterior, cartel de la Organización de Naciones Unidas en defensa de la unidad para la paz del mundo.

usaron su veto en el Consejo de Seguridad, la «Resolución sobre la Unidad para la Paz» permitió el envío de una fuerza de emergencia de las Naciones Unidas. Veinticuatro países expresaron su disposición a contribuir con tropas.

En 1958 un grupo de observadores de la ONU operó con éxito en el apaciguamiento de la guerra del Líbano. En 1960, Hammarskjold logró establecer rápidamente un núcleo de observadores en Laos, cuando el gobierno de este país se quejó de que elementos subversivos se filtraban a través de sus fronteras.

En 1960 y 1961 las Naciones Unidas se involucraron en la más amplia de sus empresas, cuando trató de intervenir para pacificar el Congo. Poco después de obtener su independencia de Bélgica, el gobierno congolés se enfrentó a un motín de su propio ejército, y se iniciaron movimientos de separación en las provincias de Katanga y Kasai, instigados por las potencias occidentales. Con el pretexto de proteger a sus súbditos blancos, el gobierno belga envió paracaidistas. El Consejo de Seguridad, en respuesta a una apelación del gobierno congolés, accedió a enviar una fuerza militar al Congo con el propósito de preservar el orden y sin ponerse al lado de ninguna de las diversas facciones congolesas. En agosto de 1960



había allí 20.000 soldados de la ONU originarios de 14 países.

Las Naciones Unidas intentaron asegurar la marcha del Congo de las tropas belgas y de los mercenarios de otros países, evitar que las grandes potencias intervinieran en este asunto africano y salvaguardar la economía e independencia del Congo, tarea que rebasó sus limitadas fuerzas. El propio Hammarskjold perdió la vida en un extraño accidente de aviación.

Un ejemplo muy reciente de difícil actuación de la ONU ha sido la presencia de sus tropas en el Líbano tras la invasión israelí en marzo de 1978. Desde entonces han tratado de instalarse a lo largo de los 900 kilómetros cuadrados de territorio comprendidos entre el río Litani y la frontera israelí, mostrándose incapaces de asegurar su función pacificadora.

Son dignos de mención dos acontecimientos de significación histórica: la admisión, en octubre de 1971, de la República Popular de China en las Naciones Unidas y la consiguiente expulsión del gobierno de Taiwan, así como la sucesión, en diciembre de 1971, de U-Thant por el doctor Kurt Waldheim como cuarto secretario general de la Organización.

Las tropas de las Naciones Unidas solamente pueden intervenir en un país mediante la invitación expresa de un gobierno, y debiéndose retirar tan pronto se lo exija el mismo. Carece de recursos financieros para apoyar una campaña sos-



tenida, especialmente cuando uno o más de los países miembros más fuertes se niega a contribuir a ello. En cualquier disputa, el número de países propiamente neutrales en los que pueden reclutarse tropas es limitado.

Con todo, el hecho cierto de que, real y simbólicamente, los cascos azules y blancos de las fuerzas de la ONU han estado presentes en diversas partes del Globo, tiene un significado histórico suficiente para no ser ignorado.

Con respecto al segundo aspecto del mantenimiento de la paz, es decir, las acciones gubernamentales, deben tenerse en cuenta los siguientes puntos. En enero de 1967, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética firmaron un tratado prohibiendo las armas nucleares en el espacio exterior. En agosto de 1967, en una conferencia de desarme en Ginebra, Estados Unidos y la Unión Soviética redactaron un Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. En julio de 1968 las

Arriba, Leonidas Ilich Breznev, presidente de la Unión Soviética desde 1960.

Página anterior, Kurt Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas de 1971 a 1981.





Izquierda, Yuri Gagarin (1934-1968), el primer hombre que salió al espacio, en abril de 1961. Su hazaña marcó el comienzo de una carrera espacial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que había de durar hasta bien entrada la década de los 70, en que ambos gobiernos descubrieron que el aumento de los costes de sus respectivos programas resultaba prohibitivo.

Página anterior, en 1973 Francia se sumaba a las potencias en posesión de la energía nuclear. La pequeña isla de Mururoa, en el Pacífico, fue el escenario de la primera prueba. La potencia de la bomba era de un megatón, el equivalente a un millón de toneladas de TNT, y la temperatura en el centro de la explosión alcanzó los cien millones de grados Celsius.

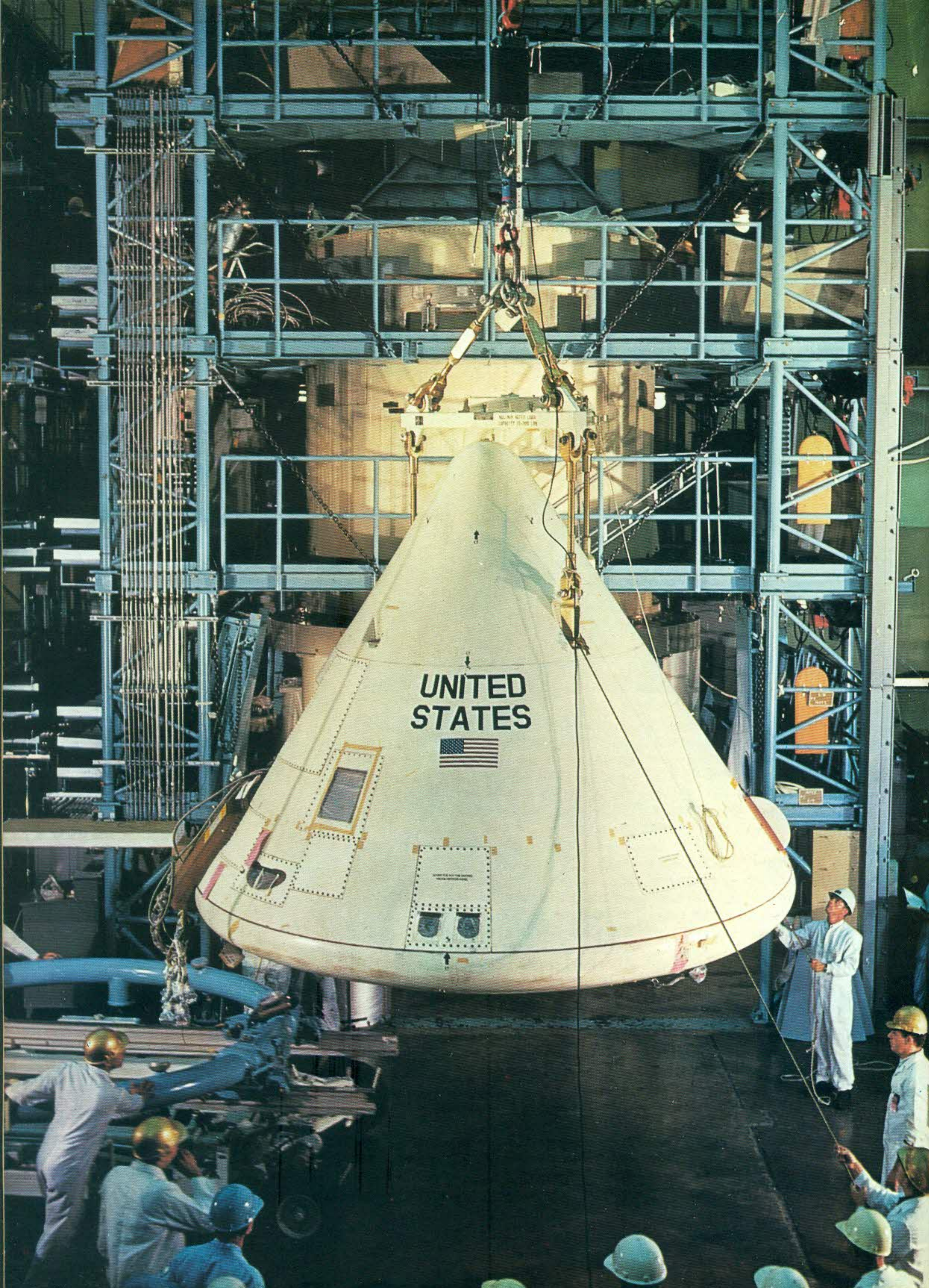
dos grandes potencias intentaron limitar el uso de misiles ofensivos y defensivos. En noviembre de 1969 dieron comienzo en Helsinki las Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas (SALT). En febrero de 1971 cuarenta naciones firmaron un tratado prohibiendo las armas atómicas submarinas. En noviembre de 1974, Leonidas Breznev, por la Unión Soviética, y Gerald Ford, por Estados Unidos, firmaron un pacto por diez años para controlar la carrera de armas estratégicas, aunque esa carrera continúa.

Ciencia y tecnología

Los avances de la ciencia en los últimos cuarenta años han sido asombrosos. Aquí no podemos hacer sino indicar tan sólo algunos datos que lo demuestran, tanto en el conocimiento que el hombre ha alcanzado de sí mismo como del universo en que está situado.

En 1946 el descubrimiento del carbono-13 permitió la curación de diversas enfermedades metabólicas, y el mismo año se observó que las manchas solares emitían ondas de radio. En 1949 la cortisona posibilitó mejorar el tratamiento de las enfermedades artríticas. En 1956 se produjo el descubrimiento de los neutrones y antineutrones. En octubre de 1957, el planeta Tierra fue rodeado por primera vez por el satélite soviético *Sputnik I*. En 1961, Claus y Nagy, mediante sus estudios de la estructura de los meteoritos, llegaron a la conclusión de que hay una elevada probabilidad de existencia de vida en otras partes del universo. El mismo año, Crick y Watson descifraron el código genético con su descubrimiento de que el ADN (ácido desoxirribonucleico) tiene una molécula que consiste en dos espirales formadas cada una de ellas por una ristra de átomos: se consideró que esta estructura química podría contener la clave de la vida.

En el campo de la física el principal interés se centró en los trabajos sobre el neutrino (partícula atómica), mientras que en 1961 se instituyó la Organización Europea para la Investigación Nuclear (CERN). A mediados de los años 1960, se hicieron progresos notables en biología molecular. En 1966 empezaron a pla-


UNITED
STATES





Arriba, operación quirúrgica «a corazón abierto», otro de los avances en medicina que se han hecho posibles gracias al progreso tecnológico: el paciente es mantenido con vida artificialmente mediante instrumentos electrónicos especializados.

Izquierda, una enorme antena de radar destinada al seguimiento de los vuelos espaciales, símbolo de una nueva época en la historia del hombre, como han empezado a llamarla periodistas e historiadores: la Era del Espacio.

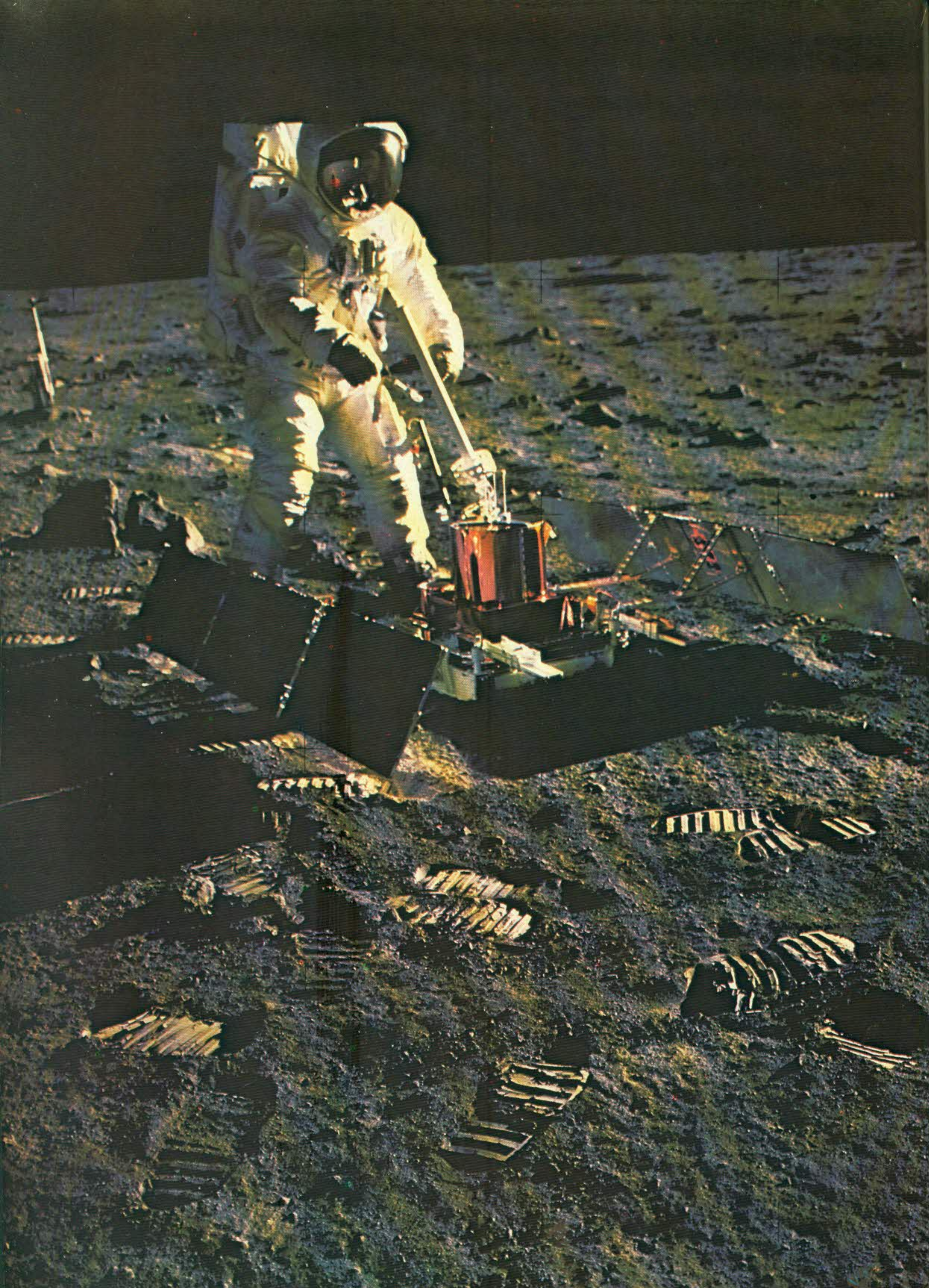
Página anterior, técnicos de la NASA izan la cápsula del Apolo XI, primera nave espacial tripulada que se posó en la superficie de la Luna, el 21 de julio de 1969. Esta pequeña estructura de metal, llamada módulo de mando, era el único espacio de que disponían los astronautas Armstrong, Aldrin y Collins durante la travesía por el espacio, y fue la única sección del cohete que regresó a la tierra tras los casi nueve días que duró el viaje completo.

nearse los satélites de comunicación de alcance mundial, que entraron en funcionamiento en 1968. A fines de la década de 1960 se hicieron también los primeros intentos de cirugía cardíaca y aumentaron los esfuerzos en la investigación del cáncer. El descubrimiento de los pulsars, efectuado por Martin Ryle, anunciado en 1968, amplió el conocimiento astronómico del universo.

En 1971, la ingeniería genética se orientaba ya en la perspectiva de la cura de enfermedades hereditarias. También aquel año se hizo público el trabajo del profesor Gabor, de la universidad de Londres, acerca de la fotografía tridimensional (holografía). En mayo de 1973, la fecundación artificial fue un éxito. También es notable el progreso en las ciencias sociales. Los antropólogos sociales, al estudiar las sociedades primitivas, y los sociólogos, que estudian las sociedades contemporáneas, en los últimos años han investigado el cómo y el por qué se organizan las comunidades humanas. No obstante, los Congresos Mundiales de Ciencias Sociales evitan las amplias generalizaciones relativas a los modelos de vida social, y cada corriente se concentra en situaciones específicas.

Asimismo, se han efectuado grandes progresos en el campo de la psicología; por ejemplo, la teoría del aprendizaje de Skinner, Tinbergen y Lorenz, y la cuestión de la naturaleza de la inteligencia estudiada por Burt y Vernon, han influido en las políticas educacionales de algunos gobiernos.

En el campo espacial fueron, sin duda, las arriesgadas empresas en el espacio exterior las que cautivaron la imaginación humana. Tras unos vuelos experimentales realizados con perros y monos, el Mayor soviético Yuri Gagarin se convirtió en el primer hombre del espacio, cuando un cohete de seis toneladas le puso en órbita en abril de 1961. En 1968, el ingenio espacial norteamericano *Apolo 8* dio la vuelta a la Luna, y el 21 de julio de 1969 el astronauta Neil Armstrong alunizó. A las posteriores exploraciones lunares siguieron sondeos espaciales hacia Marte y Venus, y aunque de estas investigaciones se obtuvo una información científica muy valiosa, todavía no se ha descubierto ningún indicio de la existencia de vida humana en el espacio. En mayo de 1973 se estableció permanentemente en el espacio el *Skylab* o laboratorio espacial norteamericano. En julio de 1975, el *Apolo*





norteamericano y el *Soyuz* soviético se ensamblaron perfectamente.

La influencia de la ciencia en la industria, el comercio y la agricultura ha sido enorme, especialmente en el campo de las comunicaciones y, sobre todo, en el desarrollo de la electrónica. Un hecho observable ha sido el surgimiento de un problema social y humano en aquellas zonas en las que la introducción de máquinas ha tendido a hacer superflua la mano de obra. Otro fenómeno ha sido la extensión masiva de la urbanización. Mientras que en 1950 el número de ciudades que contaban con más de un millón de habitantes era de 11, en 1960 aumentaron a 49. No obstante, es necesario indicar que aquel mismo año el 80 % de la producción industrial tenía lugar en países que ya en el siglo XIX habían producido el 90 % de la misma.

La II Guerra Mundial aceleró por sí misma la aplicación de nuevas tecnologías. En 1942 apareció el computador automático y la cinta magnética; en 1945 se produjo la explosión de la primera bomba atómica y la fabricación del radar, mantenido en secreto durante la contienda. En 1946 volaron los primeros misiles sin piloto, controlados por radio, y se inventó la xerografía. En 1947 se produjo el primer vuelo supersónico. En 1948 aparecieron los primeros discos de gramófono de larga duración, así como la radio de transistores. En 1949 se celebró una conferencia en las Naciones Unidas sobre la conservación y utilización de recursos, señal de la creciente inquietud con respecto a la velocidad con que éstos eran consumidos por las sociedades industriales. En 1950 fue posible obtener fuerza eléctrica de la energía atómica. Dos años más tarde explotó la primera bomba de hidrógeno, mientras que al mismo tiempo se producía un rápido desarrollo de los isótopos para su uso en medicina. Asimismo, se fabricó con éxito la primera píldora anticonceptiva, elemento importante para el control de la población y que ha alterado las formas tradicionales del comportamiento sexual. En 1955 tuvo lugar la conferencia de Ginebra sobre el uso pacífico de la energía nuclear, seguida en 1957 por el establecimiento del EURATOM (Comunidad Europea de Energía Atómica). En 1959 hicieron su primera aparición los submarinos y el primer buque de pasajeros propulsados por energía atómica, así como el *hovercraft* o aerodeslizador. Las aventuras espaciales se incrementaron y en 1960 habían 20 satélites en órbita alrededor de la Tierra. En 1962 se utilizó el Telstar para las emisiones de televisión instantáneas en todo el mundo. Aquel mismo año, en Estados Unidos habían 200 reactores atómicos en funcionamiento, 39 en Gran Bretaña y 40 en la Unión Soviética. El gas natural comenzó a aplicarse con fines industriales.

En las décadas de 1960 y 1970 se hizo cada vez más intensa la preocupación mundial con respecto a la amenaza de la polución y la nuclearización de los ríos, los océanos y la atmósfera. Surgió un

Arriba, uno de los mayores hovercraft *del mundo, el SRN4 de la clase Mountbatten, durante su viaje inaugural entre Dover y Boulogne. Este aerodeslizador alcanza los 96 kilómetros por hora y puede transportar 250 pasajeros y 30 automóviles.*

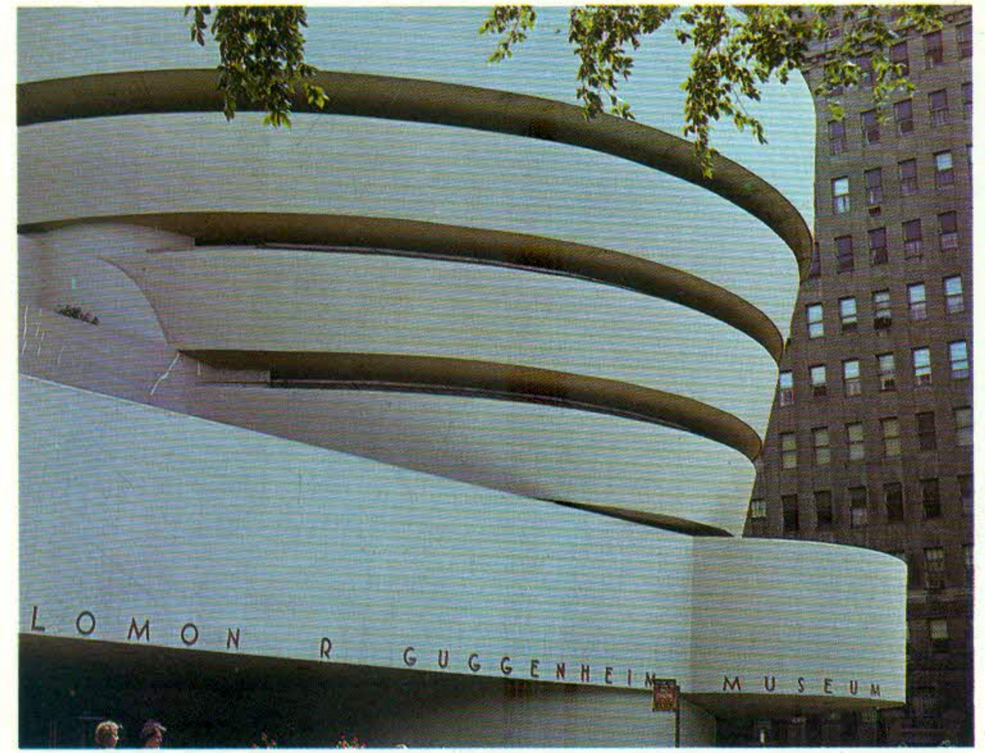
Página anterior, un segundo Nuevo Mundo ha sido conquistado para la civilización desde que el astronauta Neil Armstrong dejó sus huellas en la superficie de la Luna, cubierta por el polvo de millones de años. Sus primeras palabras: "Un pequeño paso para mí, un gran salto para la Humanidad».

nuevo y vivo interés por la conservación del medio ambiente, la protección de la naturaleza, de las especies animales exóticas y del suelo. En junio de 1972 la ONU celebró una conferencia mundial sobre el medio ambiente humano. En septiembre de 1978, la Organización de Consulta Marítima Intergubernamental (IMCO) se reunió para organizar medidas preventivas contra la polución de los mares, a raíz de un accidente petrolífero: el desastre del *Amoco Cádiz* ocurrido aquel verano. Finalmente, el viaje inaugural del *Concorde*, el avión anglofrancés, que partió de Toulouse en marzo de 1969, debe señalarse como un triunfo de la tecnología.



Educación y cultura

Durante los últimos treinta años la presión educativa ha sido enorme. Ante todo como resultado directo del crecimiento de la población, acontecimiento paralelo a la complejidad creciente del conocimiento humano y al aumento del interés de las masas por la cultura. Estas presiones han afectado a los sistemas de administración educacional, el contenido de los planes de



Arriba, «la batería», la mayor y más antigua concentración de rascacielos del planeta en la isla de Manhattan, Nueva York.

Izquierda, el Guggenheim Museum de Nueva York.

Página anterior, arriba, el avión supersónico Concorde sobrevuela París antes de aterrizar en la pista especial del aeropuerto Charles De Gaulle.

Página anterior, abajo, fachada de un edificio de oficinas diseñado por Óscar Niemeyer, en São Paulo, Brasil.

estudio y los métodos de enseñanza, y su influencia puede observarse en la guerra contra el analfabetismo. Otras características a señalar son la creciente disponibilidad de educación para la mujer y la comprensión gradual de la necesidad de perspectivas globales en la educación, tal como manifiestan las actividades de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y una multitud de asociaciones culturales internacionales no gubernamentales.

La educación en los países industrializados está amparada por una economía relativamente floreciente y por la estabilidad política. La principal característica de los



últimos años, en estos países, ha sido la extensión de la educación gratuita y obligatoria desde la escuela primaria hasta, por lo menos, los primeros tres años de educación secundaria, es decir, hasta los 15 años de edad. Esto ha comportado el problema de organizar una educación masiva universal para un período de diez años de escolaridad que, al mismo tiempo, asegure el entrenamiento de una élite de tecnólogos, administradores y profesionales de alta cualificación. A su vez, tal hecho ha planteado la cuestión de la edad de selección para los diferentes tipos de educación secundaria, y también el grado de especialización subjetiva que debe intentarse a cualquier edad en particular. Los dos últimos problemas están en proceso de solución, de manera diferente, en distintos países, pero hasta ahora no puede detectarse ninguna tendencia general, si bien se ha ido hacia una escolaridad integrada para niños de 15 ó 16 años.

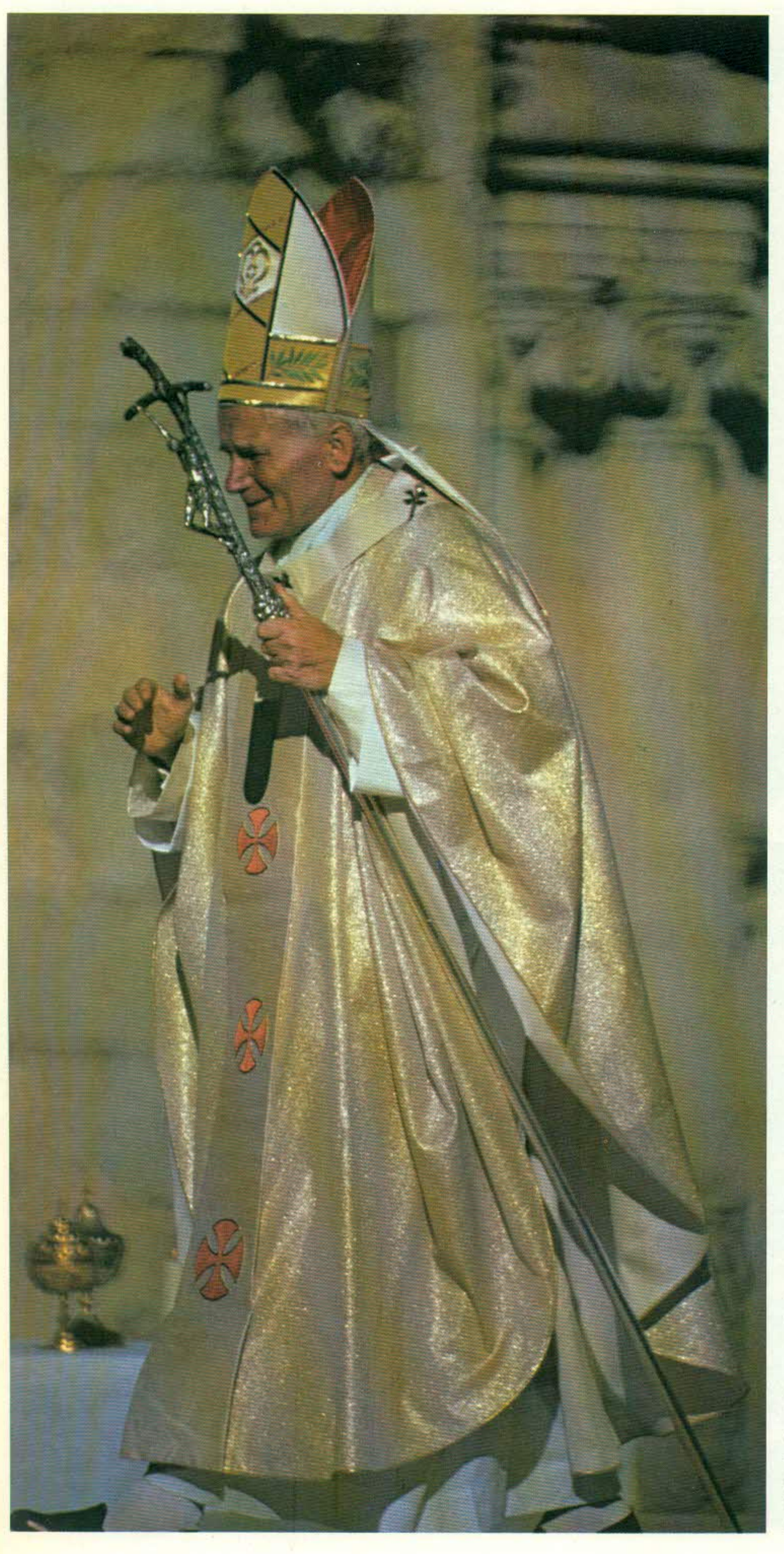
Entre los países en «vías de desarrollo», existen enormes diferenciaciones educativas, debido ante todo a las diversidades culturales. Algunos proceden de antiguas culturas, tales como China y la India, y en cambio otros han surgido directamente del tribalismo, como Ghana, en África. Ninguno de ellos ha logrado todavía plenamente la meta de la educación primaria obligatoria para todos; ninguno tampoco



Arriba, La metamorfosis de Narciso, *de Salvador Dalí.*

Izquierda, estudiantes rusos en un aula de la universidad. En las naciones comunistas la educación es un camino para el reforzamiento ideológico de los ciudadanos.

Página anterior, monumental escultura en bronce de Atlas, obra de Lee Lawrie, ante el International Building de Nueva York, en la Quinta Avenida.



está libre de la paralizante desventaja de los insuficientes recursos de capital y la escasez de mano de obra especializada. En su mayor parte sólo tienen en común un nacionalismo entusiasta, graves problemas lingüísticos y cierto grado de analfabetismo. Debido en gran medida a estos factores, los sistemas educacionales tienden a estar más centralizados que en los países «desarrollados».

Los problemas educacionales del continente indio están, naturalmente, dominados por su división, por el sentimiento nacionalista que ha resultado de ella, por las influencias aún potentes de la religión y la casta y, por encima de todo, el problema de establecer una lengua nacional. En Sri Lanka y Malasia existen dos comunidades diferentes en cada país, divididas por su origen, religión y lenguaje. Así, la mayoría sinhalesa en Sri Lanka y la malaya en Malasia insisten en el adecuado conocimiento de sus propias lenguas, mientras que las minorías, tamil en Sri Lanka y china en Malasia, insisten en que las escuelas públicas dispongan de servicios para la instrucción en su propia lengua.

En la mayor parte de los países africanos se repiten las tres dificultades ya citadas: falta de capital para inversión en la educación, vacilación entre dar prioridad a la escolaridad primaria masiva o a la secundaria selectiva, para una élite nativa de la que existe una gran necesidad, y el fenómeno de la alienación social causado por la llegada al poder de una clase gobernante educada en Occidente y distanciada de su propio pueblo.

La educación en los países comunistas está necesariamente impregnada en todos los niveles por una premisa ideológica: el marxismo-leninismo. Una sociedad homogénea ha producido un sistema de educación homogénea. No obstante, debido a la misma naturaleza del proceso educativo, especialmente en sus formas más modernas, este control monolítico, rígido, centralizado, debe flexibilizarse. En la Unión Soviética y China el esfuerzo educacional ha sido enorme, pues sus poblaciones pasaron de la ignorancia y el primitivismo a la modernidad, en menos de medio siglo, lo cual es toda una hazaña. Sin embargo, en ambos países la educación es utilizada por el Estado como una herramienta política para la construcción de la sociedad comunista.

A la luz de lo que acabamos de exponer, resulta paradójico que el mundo, aunque dividido ideológicamente, e incluso dividido dentro de similares áreas ideológicas, ha sido testigo durante los últimos cuarenta años de los grandes esfuerzos realizados para educar a los niños con una conciencia de sus lealtades globales. La UNESCO se fundó para desarrollar el

mutuo entendimiento de los pueblos a través de los medios de comunicación, alentar la educación popular y la enseñanza de la ciencia. Ha promovido campañas de alfabetización, de entendimiento entre el Este y el Oeste, sobre los derechos humanos y de intercambio de técnicos en educación.

Creencias personales

Las religiones tradicionales, cristianismo, judaísmo, Islam, hinduismo, budismo, taoísmo, confucianismo y sintoísmo, cuentan con cerca de 2.400 millones de creyentes en una población mundial de 3.000 millones. Es imposible de calcular cuántos son auténticos creyentes y cuántos lo son sólo nominalmente, pero puede decirse con cierta justificación que hoy la mayoría de las personas parecen más motivadas por impulsos nacionalistas y sociales que por la religión en el sentido tradicional. Los cristianos suman alrededor de 900 millones: 550 millones de católicos, 217 de protestantes y 137 de ortodoxos orientales, y se encuentran principalmente en Occidente. El Islam cuenta con cerca de 440 millones, distribuidos por Oriente Medio, norte de África y Pakistán. El hinduismo, con 150 millones, se extiende por Asia sudoriental y el Tíbet. El sintoísmo, con 50 millones de seguidores, en Japón. El judaísmo, con unos 12 millones de adeptos, está extendido por todo el mundo. El taoísmo, con 50 millones, y el confucianismo, con unos 400, son religiones chinas.

Es posible discernir tres tendencias en las religiones tradicionales durante los últimos treinta años: el énfasis creciente en la importancia de la obra social, especialmente en el cristianismo; una mayor participación en los problemas políticos, y diversos intentos para volver a interpretar la doctrina sagrada de manera que pueda ser adaptada a la modernidad. Se ha producido una oscilación desde la metafísica de la creencia hacia la ética, aunque existen distinguidas excepciones a esta tendencia, como el existencialista católico francés Gabriel Marcel, el teólogo suizo Karl Barth, el paleontólogo francés y sacerdote Pierre Teilhard de Chardin, y el erudito japonés en budismo zen Teitaro Suzuki.

La creencia en la verdad absoluta de lo que la ciencia afirma haber establecido no es, probablemente, tan firme como lo era hace cincuenta años, aunque la verificación es la condición esencial de toda investigación de cualquier fenómeno que merezca una seria atención. «La verdad es —observa el protagonista de *El hombre sin atributos* de Robert Musil— que la ciencia ha desarrollado una concepción intelectual tan dura y sobria que ha demolido las antiguas elucubraciones metafísicas y morales de la humanidad.»

Hace más de cien años, en 1856, el escritor norteamericano Nathaniel Hawthorne, experto conocedor del comportamiento de las comunidades humanas, en su *Diario sobre Melville*, anticipó la posición crítica en la que se encontraría el hombre moderno: «No puede creer, pero se siente incómodo con su incredulidad, y es demasiado sincero y valeroso para no tratar de ser lo uno o lo otro».

Gran torso: arco, *escultura en bronce de dos metros de altura, obra de Henry Moore.*

Página anterior, Juan Pablo II, elegido en 1978, es el primer pontífice no italiano después de cuatrocientos años. Como polaco se le consideró capacitado para iniciar el diálogo con las naciones no cristianas.



La crisis de fin de siglo

A finales de la década de 1970 la astrología ha reaparecido como objeto intelectual de interés en amplios sectores sociales. Y de la antigua bibliografía paracientífica se han rescatado obras profetizadoras de grandes catástrofes y desgracias para el género humano, entre ellas la célebre de Nostradamus, mezcla de sortilegios y cálculos astrológicos cuya difusión cobró a principios de los años de 1980 un gran auge.

Aunque es evidente lo ficticio de esa recuperación de los viejos mitos apocalípticos olvidados, lo cierto es que ello constituye uno de los síntomas de la crisis que comenzó a cernirse sobre el mundo a mediados de los recientes años 70, y cuya prolongación es una realidad insoslayable al iniciarse la década presente. Sin embargo, los orígenes de la crisis no forman parte del mundo mágico, pues presentan unas realidades concretas. El encarecimiento de la energía en 1974 fue el punto de partida de esta época crítica, en parte por motivos de una eventual escasez de los carburantes naturales de mayor difusión, como el petróleo, pero en parte, también, como producto de la eterna crisis política que domina el Oriente Medio —despensa energética de la humanidad— y que tiene su centro en la pugna entre árabes e israelíes. El aumento de los precios de los crudos se transformó de pronto en un instrumento político en manos de los países árabes para presionar al mundo occidental, y la presión acabó por extenderse al orbe entero.

El resultado del encarecimiento del petróleo fue el punto de partida de una recesión económica cuyo fin no se vislumbra por ahora y que ha paralizado el fuerte desarrollo de la economía occidental iniciado después de la II Guerra Mundial. Un desarrollo cuya esencia era problemática, pues se fundamentaba, en parte, en la pobreza de una extensa área del planeta considerada como Tercer Mundo, bloque de países productores de materias primas baratas y compradores de manufacturas caras. Como señalara hace unos años el sociólogo franco-argelino Franz Fanon, «el ser del mundo occidental, con su mitología consumista, es el no-ser del mundo pobre». Y en palabras del economista egipcio Samir Amin, este «intercambio desigual» es el eje de la política mundial entre un centro «rico» —los países industriales occidentales y el bloque socialista— y una periferia «pobre».

La crisis de 1974 señala el inicio de una exigencia de los países de la periferia, comandados por los poseedores de materias primas básicas, por establecer unas relaciones económicas más horizontales, que permitan un funcionamiento más equitativo de la economía mundial. En esa perspectiva se han multiplicado las reuniones internacionales, dentro y fuera del marco de las Naciones Unidas, en un esfuerzo que, sin embargo, hasta el presente ha resultado baldío. El último hito en este sentido lo constituyó la Conferencia de Cancún celebrada en México bajo los auspicios de este país, a finales de 1981. El propio presidente mexicano, José López Portillo, asumió el papel de portavoz del «Sur» —a pesar de ser ya México una nación en expansión económica— y frente a



Arriba, Ronald Reagan, presidente de los Estados Unidos de América desde las elecciones de 1980, en su despacho de la Casa Blanca.

Página anterior, chimeneas de descarga en unas explotaciones petrolíferas de Kuwait situadas en pleno desierto.



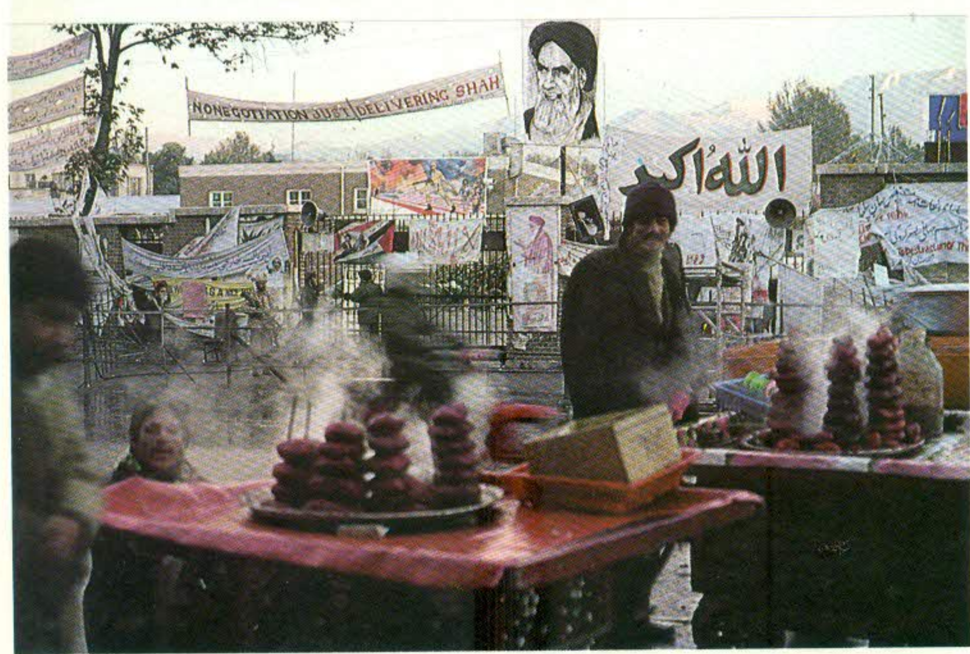
él, el presidente estadounidense Ronald Reagan como líder del «Norte». Las reuniones finalizaron con buenas intenciones, pero el propio López Portillo constató las resistencias del mundo desarrollado industrial a aceptar un nuevo orden económico.

Si las delicadas relaciones Norte-Sur son un aspecto de la crisis que impregna a la humanidad, el enfrentamiento Este-Oeste, entre los bloques del mundo del «socialismo real» y del «mundo occidental», constituye otra faceta aún más inquietante.

La inquietud proviene de un doble factor: por una parte, las perspectivas de difícil compaginación entre dos sistemas sociales radicalmente dispares; por otra, la capacidad destructora de los arsenales armamentistas de que disponen las dos grandes potencias líderes de ambos bloques: Estados Unidos y la Unión Soviética. En la historia de la humanidad nunca se dio el caso, hasta el presente, de que unas potencias que almacenaron armamento no llegaran nunca a emplearlo de algún modo. Sin embargo, el freno que bloquea la agresión mutua es, como acabamos de señalar, la propia potencia destructora de que disponen, capaz de arrasar el planeta varias veces. Lo señaló el propio Albert Einstein en los últimos años de su vida: «Si hay una tercera guerra mundial —dijo—, la cuarta lo será con piedras.»

Hasta el presente, las contradicciones económicas, sociales y políticas, al alcanzar su clímax, desembocaron en la guerra. Pasó hace siglos con, por ejemplo, las guerras entre el Cristianismo y el Islam, entre las potencias europeas (Guerra de los Treinta Años), y ha pasado en el presente siglo XX, el más mortífero de la historia de la humanidad, con las dos grandes contiendas. Estudios polemológicos realizados por Gaston Bouthoul han señalado que la historia de la humanidad, en la era actual, ha conocido unas dos mil guerras. Dos mil guerras en casi dos mil años. Una guerra por año. Pero hoy una gran guerra supondría a la humanidad un retroceso de cinco mil años o más. Esta es la causa que ha motivado que, a partir de la acumulación de arsenales nucleares, los enfrentamientos bélicos entre las superpotencias han sido traspuestos a otros países y en escenarios localizados: Corea, Indochina, el conflicto árabe-israelí, la guerra angoleña, las luchas en América Central, no son más que formas menores de enfrentamiento.

Lo que los medios de comunicación han venido en denominar el «equilibrio del terror» es un estado de ansiedad colectiva



Arriba, atentado de la organización palestina «Septiembre Negro» contra la delegación de Israel en los Juegos Olímpicos de 1972, en Munich.

Izquierda, manifestaciones en Teherán en favor de la revolución islámica dirigida por Jomeini.

Página anterior, el Presidente de México, José López Portillo, con su esposa en un acto público.

que a la larga puede resultar peligroso si no se vislumbran perspectivas de diálogo y mutua comprensión. Parece, hoy, en esta década de 1980, haber quedado atrás aquella coyuntura conciliadora que tomó el nombre histórico de «coexistencia pacífica».

Fue necesario que el mundo se situara al borde del abismo con la crisis soviético-estadounidense del Caribe, para que los máximos responsables de los dos bloques, John F. Kennedy y Nikita S. Kruschev reflexionaran y se esforzaran por abrir un diálogo y sentar las bases de una competencia pacífica.

Aquella coyuntura parece hoy superada. Kennedy fue asesinado y Kruschev relegado al olvido por los poderes soviéticos, y a partir de aquí la sinceridad comenzó a disolverse de nuevo. La etapa posterior se ha caracterizado por el hecho de que los grandes líderes hablan de paz, pero sus actas colisionan con sus palabras. En los años de 1970 todavía se vivió del reflujo de la coexistencia pacífica, pero el principio de la década actual pre-



senta un signo alarmante. El expansionismo y las actitudes intolerantes han resurgido y se perfila una nueva «guerra fría».

La Unión Soviética aparece condenada a intervenir, directa o inductoramente, como lo ha venido haciendo en cada década, en la vida de algún país del cinturón de naciones que forman el bloque llamado «socialista»: en 1956 fue Hungría, en 1968 Checoslovaquia, ahora, a finales de 1981, Polonia –induciendo al ejército polaco–. El porvenir de esa zona aparece, pues, sombrío. Por otra parte, la invasión de Afganistán por tropas soviéticas supuso en 1980 una acción puramente imperialista.

La desmitificación del «socialismo» soviético es hoy una realidad y los teóricos sociales comienzan a descubrir la veracidad de la vieja idea del antiguo colaborador de Tito, Milovan Djilas, acerca de la «nueva clase». La tecnoburocracia es hoy, en el mundo del «socialismo real», la detentora absoluta de todas las decisiones. Es la sociedad estatificada.

El mundo occidental se halla atrapado en estos albores de la década de 1980 por la crisis económica, por sus latentes contradicciones con el mundo subdesarrollado y por su división interna. En efecto, la ascensión de Ronald Reagan ha significado la resurrección de las decimonónicas teorías económicas liberales. Pero el siglo XX no es el siglo XIX. Y, especialmente, no lo es la segunda mitad de la centuria. Las teorías liberales de Milton Friedmann, asumidas por el equipo dirigente estadounidense, tropiezan con la inercia de unas sociedades capitalistas enraizadas en el keynesianismo, es decir, en la gestión del Estado en ciertos sectores económicos en combinación con la iniciativa privada. Los dirigentes del neoliberalismo, de ser sinceros con la doctrina que afirman defender, deberían comenzar por deshacer los monopolios y legislar contra los trusts económicos. Pero no lo hacen. En consecuencia, su liberalismo es falso.

Contrariamente, en Europa palpita la gestión socialdemócrata del capitalismo, que presupone una extensa seguridad social y, de hecho, ha creado un estado de compleja modificación sin graves perturbaciones. En Gran Bretaña la economía ha retrocedido con los esquemas neoliberales de la primer ministro Margaret Thatcher.

En diversas cuestiones han aparecido, pues, contradicciones entre dos modos de entender la sociedad basada en la economía de mercado y en la democracia política, y así, entre Alemania y Francia, por una parte, y Estados Unidos por otra, surgen divergencias, por ejemplo, en torno a la cuestión del desarme, la relación con los países del Tercer Mundo, con el bloque soviético, con la cuestión árabe-israelí, etcétera.





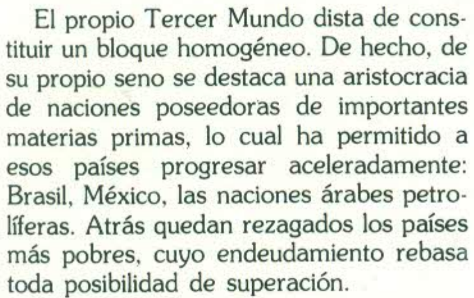


Arriba, Margaret Thatcher, líder del Partido Conservador inglés, que llegó a primer ministro con las elecciones de 1979. Es la primera vez que una mujer ocupa el cargo de jefe de Gobierno en un país tan tradicionalista como Gran Bretaña.

Izquierda, arriba, Lech Walesa, líder del sindicato polaco Solidaridad, que se enfrentó al Gobierno y al Partido Comunista en 1981 y 1982.

Izquierda, abajo, el presidente de la URSS, Breznev, y el ministro Gromiko asistieron a los funerales del mariscal Tito (Belgrado, 8 de mayo de 1980), a pesar de las tensas relaciones entre Yugoslavia y la Unión Soviética.

Página anterior, manifestación de las Trade Unions en Londres, contra el Gobierno conservador.



El propio Tercer Mundo dista de constituir un bloque homogéneo. De hecho, de su propio seno se destaca una aristocracia de naciones poseedoras de importantes materias primas, lo cual ha permitido a esos países progresar aceleradamente: Brasil, México, las naciones árabes petrolíferas. Atrás quedan rezagados los países más pobres, cuyo endeudamiento rebasa toda posibilidad de superación.

La complejidad de la época crea situaciones de una singularidad excepcional. Por ejemplo, el caso iraní. En 1981, a pesar de las dificultades, la revolución chiíta islámica parece consolidarse. Un estado teocrático, al estilo de los de la Edad Media, o incluso más atrás, surge en la época de la energía nuclear, la televisión y la astronáutica, poniendo en jaque a los estudiosos del proceso histórico, y manifestando una vez más la capacidad de la especie humana de sorprenderse a sí misma.

La tensión chino-soviética ha quebrado asimismo el mito de la fraternidad entre los países llamados «socialistas», y en el mismo nivel cabe situar el conflicto armado chino-vietnamita. Ello es una prueba de la persistente vitalidad de los nacionalismos.

Nacionalismos y movimientos religiosos, pues, muestran aún su fuerza. Los segundos sacudiendo, por ejemplo, al mundo árabe; los primeros disolviendo el mito de la hermandad socialista, y aún en la vieja Europa laten movimientos nacionalistas con notable fuerza: en Ulster, en Córcega, en Croacia, en Euzkadi. Hay especialistas que vaticinan en un futuro próximo grandes crisis nacionalistas en el gran mosaico de etnias y pueblos que es la Unión Soviética.





Las grandes instituciones internacionales que hace pocos años estaban en auge y se proyectaban como embriones de una futura «administración de administraciones» a nivel planetario, están colapsadas. Las Naciones Unidas, por ejemplo, no acaban de hallar hoy su papel en el tenso mundo político de los albores de los años 1980. La Comunidad Económica Europea no encuentra las vías para superar los particularismos, y su desunión puede significar una debilitación histórica de proporciones impensables. Entre las dos grandes superpotencias se ha llegado a hablar del Viejo Continente como banco de pruebas bélicas ante la impotencia de los Estados y los pueblos europeos. Otras instituciones, como la Organización de Estados Americanos no corren mejor suerte, y la Organización de Estados Africanos está descompuesta por las rivalidades internas.

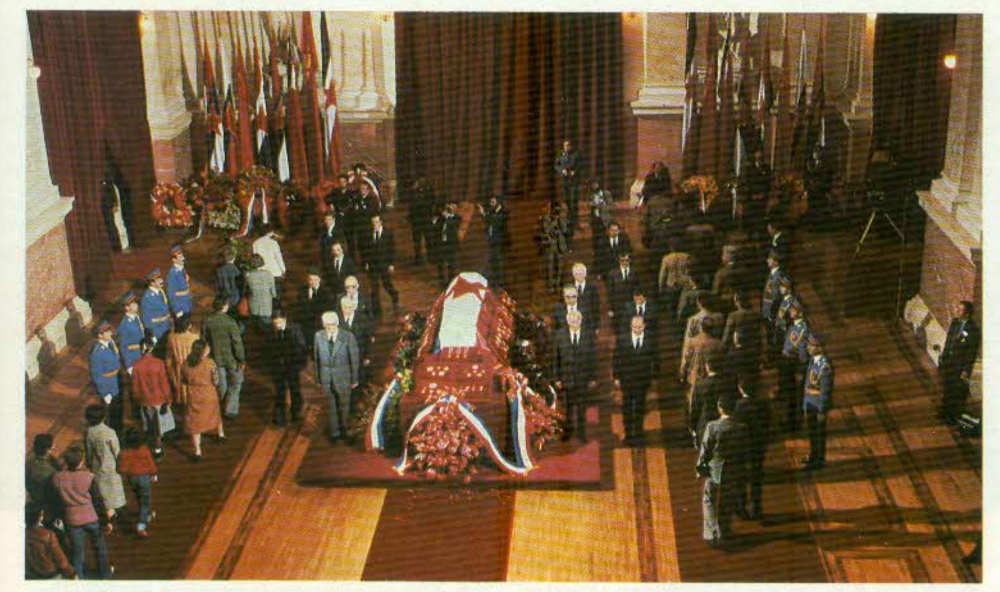
La violencia ha inaugurado estrepitosamente la década de 1980. El presidente estadounidense Reagan y el papa Juan Pablo II sufrieron sendos atentados –sin consecuencias letales–, reveladores del clima de inseguridad y de crispación existente. El presidente egipcio Anwar el-Sadat fue muerto por militares que participaban en un desfile por él presenciado. Fuera del pequeño marco de la vieja Europa occidental, de Estados Unidos y de algunos países latinoamericanos (México, Venezuela, Costa Rica, Colombia, Perú, etc.), las reglas del gobierno de la mayoría, es decir, de la democracia política, no se respetan, y grupos minoritarios se abrogan mandatos a sí mismos. España ha accedido a la democracia después de muchas décadas de dictadura, pero las libertades cívicas fueron gravemente amenazadas por sectores minoritario en febrero de 1981, y sólo la autoridad del monarca Juan Carlos I disuadió finalmente a los secuestradores de la democracia.

Son sólo algunos ejemplos de la fluidez y conflictividad de la época.

Se ha puesto de relieve, al entrar en 1982, que los acuerdos de Yalta que sellaron la victoria aliada en la II Guerra Mundial se han quebrado. El canciller socialdemócrata alemán Helmut Schmidt ha señalado la necesidad de una reunión en la cumbre de, al menos, los dirigentes de las dos superpotencias, Reagan y Breznev, y aunque parece difícil que ello pueda suceder, lo cierto es que el entendimiento es la única vía racional. Sin embargo, un «nuevo Yalta», es decir, una nueva «redistribución del mundo» entre las potencias no solucionaría las tensiones, que sin duda se reproducirían pronto. El desarme, el respeto a las pequeñas naciones y la solución de los inmensos problemas sociales que existen son las únicas vías que pueden facilitar el acceso a un mundo verdaderamente civilizado.

La historia de la humanidad ha padecido épocas de parálisis y agotamiento que sirvieron a profetas y agoreros para pronosticar grandes catástrofes y males inauditos, como al principio hemos señalado. Sin embargo, la capacidad de renacimiento de los humanos es una constante de la historia. La potencialidad utópica del género humano vislumbrará nuevas vías. Piénsese, por ejemplo, en la amplia etapa de la Edad Media, con su pesimismo, su pobreza y su conformismo. De sus entrañas surgió un enorme caudal de energías, y Tomás Moro, Erasmo de Rotterdam y Tomasso di Campanella alumbraron sus utopías sociales proyectando un mundo mejor.

Luego siguieron las utopías de la Ilustración. El mundo mejoraba material y espiritualmente, pero los hombres del Siglo de las Luces no se sentían satisfechos. Soñaban con sociedades armónicas con el medio natural, un retorno a la naturaleza. Más adelante la utopía socialista de los



Arriba, asesinato del presidente de Egipto el 6 de octubre de 1981, durante un desfile conmemorativo de la guerra de Yom Kippur de 1973.

Izquierda, entierro de Josip Broz, llamado Tito, (1892-1980), presidente de Yugoslavia desde 1945. A estas exequias acudieron presidentes de 127 países y 47 ministros de Asuntos Exteriores. Fue una de las mayores concentraciones de mandatarios internacionales de la historia contemporánea.

Página anterior, arriba, manifestantes iraníes queman una bandera norteamericana sobre el muro de la embajada de Estados Unidos en Teherán, en noviembre de 1979. Los estudiantes islámicos radicales retuvieron como rehenes al personal de la embajada y exigían para su liberación la entrega del Sha, refugiado en Estados Unidos.

Página anterior, abajo, el papa Juan Pablo II es herido en un atentado en la plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981.

Robert Owen, conde de Saint-Simon, Charles Fourier, entre otros, buscó nuevos horizontes. Optimismo y confianza fue el común denominador de todos los movimientos utópicos.

Mas de pronto, en el siglo XX la utopía de la esperanza se trueca en la utopía sarcástica, e incluso en la antiutopía, de la que el *1984* de George Orwell es paradigmático. El hombre del siglo XX parece incapaz de dominar las fuerzas que él mismo ha creado. Y el escepticismo irrumpe y se abre paso en mentalidades y comportamientos.

La utopía se disuelve después de la II Guerra Mundial y Herbert Marcuse es-



cribe *El final de la utopía,* mientras Albert Camus, una de las mentes más lúcidas del siglo, publica su mensaje por la libertad y la tolerancia en *El hombre rebelde.* Ambos constatan el bloqueo de la humanidad, pero ambos también confían en el hallazgo de una salida de la crisis de civilización que, si ahora cobra formas agobiantes, de hecho apuntaba hace ya varias décadas.

Como afirma Camus, no hay fuerzas del mal ni fuerzas del bien. Nada es intrínsecamente perverso ni genuinamente bueno. Hay situaciones y procesos sociales, pero tras ellos siempre existen personas y relaciones entre personas. Y ésta es precisamente la gran esperanza, el que en última instancia son los propios hombres los que han de decidir el futuro y ese futuro no puede ser la propia aniquilación.

Si el historiador alemán Oswald Spengler viviera, afirmaría que los hechos dan la razón a sus teorizaciones acerca de los ciclos civilizadores y a la profecía del «derrumbe» de la civilización occidental. Pero esto es discutible, pues si bien es cierto que la sociedad occidental está amenazada, las fuerzas que la amenazan aparecen también preñadas de problemas. Y lo cierto es que en muchos aspectos la so-



ciedad humana no está constituida en compartimentos estancos, sino que, como demuestra la economía, una acción ejercida en un segmento del cuerpo planetario provoca efectos similares en todo él. Las crisis económicas cíclicas del capitalismo se dijo que no afectaban a las sociedades «socialistas». No ha sido así, y el caso polaco ilustra las fortísimas implicaciones de aquella crisis, y aún la propia Unión Soviética tiene problemas que repercuten en la política del país.

Esa peculiar unicidad que presenta hoy la humanidad, en parte producida por los avances tecnológicos, puede ser también una garantía de hallazgo de vías nuevas para salir del presente túnel y facilitar un tránsito pacífico y optimista hacia el siglo XXI, que apunta ya en el horizonte del tiempo.

La policía italiana disolviendo las manifestaciones de Reggio di Calabria en 1971 con motivo del cambio de capitalidad de la región.

Índice



